

M. N. Mera

**EL NOMBRE
DE LOS
CABALLOS**



El nombre de los caballos

M. N. Mera

Título: El nombre de los caballos

© 2018 Torrelodones, Madrid

© de los textos: Maria N. Mera

Ilustración y diseño de portada: Begoña Núñez-Mera

Twitter: @Mery_Mera

Facebook autora: María N. Mera Escritora

Fanpage en Facebook: Fran o Francesca

E-mail: mnunezmera@gmail.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de la obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copy right. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Just Say Yes _ [Snow Patrol](#)

I'm running out of ways to make you see
I want you to stay here beside me
I won't be OK and I won't pretend I am

So just tell me today and take my hand
Please take my hand...

Just say yes

Just say there's nothing holding you back
It's not a test nor a trick of the mind
Only love.

Canción que forma parte de la banda sonora de *El nombre de los caballos*.

ÍNDICE

Nombre 1: Platón

Nombre 2: Héctor

Nombre 3: Adela

Nombre 4: Thatcher

Nombre 5: Andrea

Nombre 6: Sansón

Nombre 7: Belén

Nombre 8: Ana

Nombre 9: Redford

Nombre 10: Eric

Nombre 11: Esther

Nombre 12: Olivia

Nombre 13: Inspectora

Nombre 14: Marta

Nombre 15: Francesco

Nombre 16: Víctor

Nombre 17: Mera

Nombre 18: Charly

Nombre 19: Tomás

Nombre 20: Delphine

Nombre 21: Monmouth

Nombre 22: Emma

Nombre 23: Ángel

METEDURAS DE PATA

AGRADECIMIENTOS

MIS OTRAS NOVELAS

Nombre 1: Platón

Domingo, 20 de septiembre de 2015

Resultaba cómico que estuviera a punto de comenzar el otoño; el sol resplandecía, el calor era insoportable, la gente vestía ropa de verano y todos los que habían ido aquel domingo a las carreras se protegían del sol con gafas o luciendo llamativas y grandes pamelas. No me hubiera importado formar parte de aquel bonito lienzo casi impresionista, pero mi cometido en el hipódromo de la Zarzuela era uno menos artístico: Platón me necesitaba. Reanudé la marcha y conduje el coche unos metros más hasta que llegué a la cuadra.

Enseguida vislumbré a Jose de brazos cruzados y con gesto ceñudo apoyado contra la puerta del box de Platón. Como siempre hacía al entrar en los establos, admiré aquel espacio cuadrado que se parecía más a un patio andaluz que a una cuadra de caballos, con aquel pozo central circundado de macetas llenas de coloridas flores a sus pies. Escudriñé el rostro del entrenador en busca de respuestas, estaba seguro de que ya debía tener un diagnóstico.

—¿Cuál es tu opinión? —le solté al tiempo que le dedicaba una palmadita en el hombro y miraba de reojo al protagonista del día.

—No es una rotura, tampoco es un problema de tendones.

—Eso es una buena noticia. —Abrí la portezuela de madera y accedí al interior del box.

Platón se acercó a mí e inclinó la cabeza como señal de saludo. A pesar de acabar de completar una carrera, su pelaje negro resplandecía; obra de su entrenador, al que seguramente tendría que dar la razón.

—Veamos si Jose ha acertado.

Había recibido su llamada de emergencia hacía menos de media hora. Por lo visto, se había lesionado en una carrera y Andrea, su dueña, estaba muy preocupada por él.

Efectivamente, como era habitual, Jose había acertado; tan solo era una fisura, nada preocupante. Aunque, obviamente, a Andrea le iba a dar un patatús; no solo por lo mucho que adoraba a sus caballos, sino, sobre todo, porque ambos sabíamos que su padre iba a montar en cólera por no poder contar con Platón durante al menos un mes y medio. Si bien, en el fondo, esa lesión había sido responsabilidad suya por insistir en que corriera cuando no estaba todavía preparado. Tal vez debía haberme negado rotundamente a que lo sacaran a correr, pero la última palabra la tenía el preparador, quien en este caso, y por primera vez en su vida, se había comportado como un irresponsable. En fin, no envidiaba su trabajo, tener que lidiar con el señor Amador no era fácil.

En ese sentido yo podía considerarme un hombre con suerte. Con treinta y cuatro años tenía todo cuanto quería: un trabajo que me apasionaba sin jefes que me atosigaran. Aunque, realmente, aquello no era del todo cierto, mis jefes eran mis clientes, los propietarios de los caballos en el caso del hipódromo y los dueños de los centros hípicas en otros. Y en el caso concreto del señor Amador, era peor que un mal jefe. A veces también contaban conmigo para situaciones complicadas en otros centros del sur de España e incluso en el extranjero. Me había labrado una buena reputación como veterinario de caballos.

—Bueno..., ¿he acertado? —Jose me sacó de mis pensamientos.

Asentí a regañadientes y él hizo un gesto victorioso levantando los brazos al cielo.

—No sé para qué te llamo, yo mismo podría ocupar tu lugar.

—Serás cretino... —Sonreí malicioso—. Ahora te toca darle la mala noticia a Andrea. Aunque ya sabes lo que opino, esto es tanto culpa del señor Amador como tuya.

—Sí, ya lo sé... —repuso molesto por que le sacara de nuevo el tema. Ya le había advertido la semana anterior que no estaba de acuerdo con su plan—. No tenía que haberlo dejado correr hoy. Pero que conste que yo le pedí al *jockey* que tan solo se lo tomara como un entrenamiento para la carrera del cuatro de octubre, para comprobar si ya estaba recuperado de su anterior lesión. No sé por qué narices le ha dado tanta caña. Es normal que se haya

lesionado, no estaba listo. ¡Lo ha hecho correr como si fuera a ganar la carrera!

Era evidente que Jose estaba indignado, lo que demostraba que después de todo él no tenía toda la culpa; el *jockey* había sido el causante de la lesión de Platón.

—Deberías hablar con él e intentar sacar en claro por qué no ha seguido tus indicaciones. Si dependiera de mí, ese chico estaría ya en la calle. Es evidente que no tiene suficiente experiencia. ¿De dónde lo sacaste?

—Fue una recomendación del señor Amador.

—¡Con eso me lo dices todo! En fin..., no me meto en tu trabajo, pero el señor Amador no debería decidir qué caballo va a participar en la carrera, eso es decisión tuya siguiendo mis recomendaciones como veterinario... Y que conste que no las has seguido.

—Sí..., no me lo recuerdes. No volveré a cometer el error de que me convenzan de algo que no tiene sentido... Y sí, después hablaré con el *jockey*, no pienso volver a contar con ese inútil.

—De acuerdo..., pues entonces apunto la prescripción y me voy.

—Nada de eso. Primero tienes que ir a ver a Andrea. Me ha pedido que vayas a hablar con ella en persona. Está en las gradas esperándote.

—¡No te creo!

—Lo siento..., esta vez no es un farol. Me ha pedido que vayas expresamente tú a contarle el resultado.

Solté un bufido, exasperado. Andrea y sus sentimientos eran demasiado intensos para mí, a veces no sabía cómo gestionarlos. Yo era un veterinario, no un psicólogo.

—¿No podrías ir tú y ponerle cualquier excusa?

—No..., ese no es mi trabajo, chaval. —Me dio una palmadita en la espalda—. Entonces, ¿toca antiinflamatorio durante unos días?

—Así es. Le voy a dar la primera dosis ahora; te dejaré todo reflejado en el cuaderno. Y reposo, Jose, al menos durante un mes. Pobre Platón..., espero que no te dañes la otra pata por el peso extra —le dije al caballo al mismo tiempo que acariciaba su cabeza. Él asintió como si me hubiera comprendido—. Sería más sencillo si te tumbaras a descansar.

—¡Ni lo sueñes!

—Vaya, no sabía que hablaras, Platón... —solté con ironía.

—Muy gracioso, Dekker.

—Pues ya podía copiar a Francesco, que se tumba todos los días para dormir.

—¿Estás seguro de que es un caballo? —Me miró con sarcasmo—. Además, con ese nombre...

—No te metas con mi caballo, le pega ese nombre. Y es un poco especial, es cierto. Pero Platón no se tumba ni aunque esté medio muerto.

—¿Sería mucho pedir que llamaras a los caballos por sus nombres reales? Este es Flecha, al menos para el resto de la humanidad. Además, lo pone bien claro en la puerta.

—Es un caballo demasiado sabio para llamarse así.

—Y tú eres un veterinario demasiado raro, ¿lo sabías? También pensarás que no me pega el nombre de Jose.

—Ahora que lo dices..., sí que te pega. Sencillo pero rudo, exactamente como tú.

—¿Sabes qué nombre te pega a ti? Cretino.

Me reí al escuchar aquello. Siempre andábamos igual, no podíamos evitarlo.

—Yo seré un cretino, pero tú deberías limpiar un poco mejor las cuadras.

Observé como me hacía un gesto ofensivo con el dedo corazón, lo que me hizo soltar otra carcajada. ¡Qué gran tipo Jose!

No comprendía cómo podía tener tiempo para limpiar tan a fondo las cuadras además de atender a los caballos. No conocía ningún otro preparador que se ocupara personalmente de la limpieza, los demás contrataban un camero para esas tareas. Era meticulosamente perfecto en su trabajo.

No tardé en localizar a Andrea en su rincón de siempre. Apenas era una niña, sin embargo, vestida de ese modo, con aquel vestido veraniego que dejaba sus largas piernas a la vista y esas botas vaqueras, parecía tener diez años más. Cuando me vislumbró a lo lejos, llamó mi atención como si fuera más que su veterinario, lo cual me hizo soltar un bufido que solamente oí yo; no podía hacer la competencia al altavoz que iba describiendo la carrera que

se desarrollaba en ese momento.

En cuanto llegué a su altura, se acercó e intentó decirme algo, aunque enseguida desistió, haciéndome una seña para que nos alejáramos hacia el interior del edificio. No se detuvo al llegar a la zona de apuestas, y con razón, había colas delante de las ventanillas y demasiado bullicio. Subimos unas escaleras y me llevó por los pasillos hasta una especie de despacho.

—Por favor, dime que no ha sido nada grave —susurró poniendo las manos en posición de plegaria en cuanto cerré la puerta.

—Por suerte no es nada grave, tan solo necesita reposo durante un mes.

—Ay —suspiró aliviada echándome los brazos al cuello—, menos mal, estaba preocupadísima. Pobre Flecha, espero que no sufra mucho.

—No te preocupes —contesté mientras trataba de zafarme como podía—, es un caballo muy fuerte.

—Gracias —puso su mano en mi brazo—, te agradezco mucho que hayas venido tan rápido.

«Tu padre no me lo agradecerá cuando reciba mi factura».

—Ya sabes que siempre estoy a vuestra disposición. Espero que tu padre no se lo tome demasiado mal.

—Yo me encargo de él.

Aquel comentario tan maduro me sorprendió. Fue en ese momento cuando ambos nos giramos al oír como se abría la puerta.

—¡Andrea! —exclamó sorprendido un hombre de cabello canoso al que no había visto en mi vida—. ¿Qué haces aquí?

—¡Ah, Pablo! Perdona por entrar en tu despacho de este modo, solo buscábamos un sitio tranquilo donde hablar. Te presento a Héctor Dekker, es nuestro veterinario. Este es Pablo Valverde, director del hipódromo.

—¿Dekker? La verdad es que me suenas de algo —dijo pensativo.

—Es un placer conocerle, señor Valverde.

—¡Nada de hablarme de usted! Bueno, pues... dejo que terminéis vuestra conversación.

Unos golpes hicieron que todos dejáramos de hablar. La cabeza de un hombre calvo y de evidente baja estatura asomó por la puerta.

—Señor Valverde..., es mejor que venga. Es la periodista.

—¿Qué ha pasado?

—Pues verá... —Aquel hombre vestido de modo informal, bueno, prácticamente igual que yo, miró con preocupación hacia el exterior del despacho.

El señor Valverde salió raudo sin esperar una explicación. Unos segundos después volvió a entrar y me señaló.

—¿Podrías venir, Héctor?

—¿Yo? —pregunté sorprendido.

—Sí, por favor.

Salí tras él bastante confundido, seguido de Andrea. No tuve que caminar más de unos metros para descubrir a una mujer en el suelo, no comprendía qué tenía aquello que ver conmigo.

—Ayúdame a llevarla a mi despacho, Héctor.

Obedecí, no tenía más remedio. Entre ambos trasladamos el cuerpo inerte hasta el sofá. Andrea nos seguía con curiosidad, así como aquel hombre menudo.

—Venga, Paco, ve a buscar al médico. Andrea..., imagino que tendrás mejores cosas que hacer.

Debía tener la suficiente confianza como para deshacerse de ella de un modo tan directo. ¿De qué se conocerían, aparte del simple hecho de ser usuaria del hipódromo?

—Oh..., sí, por supuesto, Pablo. ¡Hasta otro día, Héctor!

El señor Valverde había espantado a todos menos a mí, que era el único que ni quería estar ni pintaba nada en aquel lugar.

—Por favor, comprueba que está bien —me indicó.

—No soy médico.

—Bueno..., eres lo más parecido que tenemos a mano. He mandado a Paco a buscar un médico, pero haz lo que puedas mientras tanto.

—Está bien.

Me di por vencido y acerqué una silla al sofá donde descansaba aquella mujer joven y morena. No debía tener más de treinta años.

—Es Rebeca Pastor, periodista de ABC. Ha venido a hacer un reportaje sobre las carreras. Es una preciosidad, ¿no crees?

Un sonido gutural salió de mi garganta como respuesta.

—En mi opinión tan solo se ha desmayado por un golpe de calor. ¿Ha estado a pleno sol?

—Eh..., sí, me consta que sí.

—Está ardiendo —dije tocando su mejilla con la mano.

El móvil de Pablo Valverde sonó en ese momento, demasiado alto para mi gusto, y salió del despacho. Centré mi atención en la paciente, tenía las mejillas sonrojadas.

De pronto unas manos me empujaron hacia atrás, haciendo que casi me cayera de la silla.

—¿Quién eres y qué me estabas haciendo? —La mujer se incorporó molesta.

—Yo... estaba comprobando si estabas bien.

—¡Estabas besándome!

—¡Por supuesto que no! Tan solo quería comprobar...

—¿Dónde estamos? —Miró a su alrededor.

—En el despacho de Pablo Valverde. Ha salido un momento.

—¿Y por eso aprovechabas para tocarme?

Me levanté airado. Esa mujer era una auténtica paranoica, altiva y demasiado creída.

—Mira..., te estaba ayudando por petición de Pablo, ya que te has desmayado de repente. Pero ya veo que estás perfectamente, así que me iré.

Justo en ese instante el dueño del despacho entró. La paciente aprovechó para ponerse en pie. La agarré por el brazo al ver que se tambaleaba, después la senté en el sofá.

—No deberías levantarte todavía.

—¿Acaso eres doctor?

—Algo así —contesté—. Pablo..., creo que alguien tendría que ocuparse de llevarla a su casa.

—¡No puedo dejar mi coche aquí! —protestó ella—, lo necesito mañana para ir al trabajo.

—Héctor te llevará a casa, no tienes por qué preocuparte.

¿Qué? Por nada del mundo haría eso, no quería pasar ni un segundo más

junto a esa mujer.

—Pero el reportaje... Tengo que entregarlo el martes y no tengo bastante material —replicó con amargura la periodista.

—Será mejor que entregues otro reportaje en su lugar y vuelvas el domingo que viene. Estaré encantado de acompañarte de nuevo, pero ahora... tengo que dejarte. Héctor..., te agradezco mucho que te ocupes de esto. Hablamos otro día.

Dicho eso desapareció por la puerta como un auténtico cobarde. Le gustaría pasearse con mujeres bonitas, pero hacerles el favor de llevarlas medio enfermas a su casa, era otro asunto.

—No te preocupes, Héctor, puedo volver por mí misma —sugirió Rebeca a la vez que se incorporaba, esta vez más cautelosa, sujetándose en el brazo del sofá.

—Creo que no deberías conducir en tu estado.

Ella rio nerviosa.

—Creo que el jefe te ha dejado el trabajo sucio, no es justo.

En ese instante ya no parecía tan engreída.

—No es mi jefe, eso es lo más gracioso de todo. Pero no importa, yo siempre cumplo mis promesas.

—En realidad no has prometido nada...

—Venga..., será mejor que te lleve.

Ella comenzó a caminar a pesar de que apenas podía mantenerse erguida, de modo que me acerqué a ella y le tendí el brazo derecho, dejando a su elección si aceptaba mi ayuda. No tardó en apoyarse en mí, entonces la rodeé con el brazo. La verdad era que desprendía un olor de lo más atrayente.

Una vez en su coche, se recostó en el asiento y cerró los ojos. La observé con disimulo mientras esperaba a que el vigilante nos abriera la barrera para poder salir del recinto. Esa mujer era totalmente contradictoria, una belleza delicada a simple vista, lo cual contrastaba con su carácter indómito.

—Siento que hayamos tenido que conocernos en estas circunstancias —comentó ella.

—No importa.

—Suelo ser mucho más interesante y divertida, y también menos borde, te

lo aseguro.

Tuve que reírme.

—Ah, de modo que sabes reír.

Por lo visto había abierto los ojos y me estaba mirando. Esos ojos verdosos y esas pecas que bañaban sus mejillas le daban un toque de niña buena que obviamente no era real.

—No suelo reír muy a menudo.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —pregunté sorprendido.

—No hay más que verte, un veterinario serio y responsable que tan solo tiene ojos para los caballos.

No pensaba admitir que había dado en el clavo.

—No tienes anillo, así que supongo que no estás casado. Trabajas un domingo por la mañana en el hipódromo y has dicho que eres algo así como un médico, eres obviamente un veterinario... Lo extraño es que no huelas a caballo.

—También soy un hombre aseado.

Soltó una carcajada que me gustó.

—Oh, Dios, qué dolor de cabeza. No vuelvas a hacerme reír, Héctor.

Hacía tiempo que no hacía reír a una mujer tan bonita.

—Por cierto, me llamo Rebeca Pastor.

Lo cierto era que le pegaba ese nombre. Debía ser sin duda una persona extrovertida y seductora, pero su carácter dubitativo y perfeccionista la llevaría a ser una persona celosa incapaz de ligarse a una sola persona. Era evidente que no me convenía cultivar su amistad, y mucho menos algo más que eso.

—Héctor Dekker.

—¿Extranjero? No tienes nada de acento.

—Bueno..., solo el primer apellido, el segundo es Conde.

—Muy aristocrático. ¿De dónde eres?

—Soy español, pero también soy medio holandés.

—Ah..., en realidad tu físico es más propio de Holanda.

Sí, era cierto, pelo rubio, ojos claros. Era producto de otro país, había

salido a mi padre.

—Creo que hemos llegado a tu casa.

—¿Cómo sabías la dirección? —preguntó curiosa.

Le tendí la tarjeta que me había entregado Pablo antes de desaparecer por la puerta, en ella ponía su nombre y su puesto, así como su dirección.

—De modo que ya sabías mi nombre.

Asentí.

—Bien...

—Baja, que voy a buscar un sitio para aparcar. Después te dejaré las llaves en el buzón.

—Oh..., mejor sube, ya sabes cuál es mi piso.

—Por supuesto. Ahora nos vemos.

Ni en broma me iba a dejar embaucar por una Rebeca con tono de voz seductor. Además, no acababan de convencerme las mujeres volátiles. Dejaría caer las llaves en su buzón o se las dejaría al conserje, si es que trabajaba en domingo.

—Muchas gracias por traerme, y perdona por haberte malinterpretado cuando...

—Oh..., no pasa nada... Supongo que estarás acostumbrada a que los hombres quieran besarte.

Sonrió con descaro antes de salir del coche.

Ni en sueños pensaba volver a verla, no caería en el mismo error por tercera vez. Por lo menos había aprendido algo sobre mí; siempre me sentiría atraído por ese tipo de mujeres, seguras de sí mismas, de carácter fuerte, sabedoras de sus encantos y de cómo explotarlos para que acabara enamorándome de ellas hasta los huesos. Por eso, hacía tiempo que había tomado una decisión para atajar ese problema patológico: no volvería a caer en las redes de una mujer de ese tipo, y menos sabiendo lo que significaba su nombre.

En ese momento desconocía en qué medida me iba a complicar la vida esa periodista.

Nombre 2: Héctor

Martes, 22 de septiembre de 2015

Era el cumpleaños de mi padre, de modo que dejé a mis animales predilectos antes de lo habitual. Debía cocinar algo antes de presentarme en su casa, tan solo esperaba que mi hermano esa vez se dignara contribuir. Desde que mi madre no estaba, mi padre había decidido abandonarse, con respecto a su aspecto, a la casa y también a la alimentación. Por eso los domingos, cuando íbamos a comer con él, o en días especiales como ese, mi hermano y yo (más bien yo) nos ocupábamos de que tomara algo caliente y casero.

Desde que estaba solo, el único entretenimiento de mi padre, aparte de ver la televisión y escuchar música clásica (era un auténtico melómano), era encontrar excusas para discutir con su vecino, también viudo, aunque bastante más veterano que mi padre en esa materia. Las excusas eran siempre de tipo perrunas y solían variar bastante, desde *tu perro siempre está intentando cazar a mi gato* hasta *tu perro no me deja dormir la siesta con sus ladridos*. No sabía si todo era cierto o se lo inventaba porque era la única forma que había encontrado de sacar la ira que lo carcomía por dentro por haber perdido a mi madre. Yo era más partidario de lo segundo. Era cierto que el vecino no era un tipo simpático, ni siquiera amable, pero las veces que íbamos a visitarlo no oíamos ningún ruido ni altercado provenientes de la casa vecina.

Tal vez mi padre tan solo estuviera llamando nuestra atención para que le hiciéramos más caso, y no lo culpaba. Ambos éramos demasiado egoístas y el trabajo engullía la mayor parte de nuestro tiempo. Y en el fondo sabía que al menos se merecía que uno de nosotros tomara la difícil e incómoda decisión de irse a vivir con él, o al menos turnarnos para que no estuviera siempre solo.

—Felicidades, papá. —Le di un fuerte abrazo.

A pesar de su pelo desaliñado y sus zapatillas de andar por casa, cuando lo visitábamos interpretaba magistralmente el papel de padre fuerte y resuelto que lo tenía todo controlado, pero ¿a quién iba a engañar? Tenía el jardín

abandonado, el agua de la piscina verde y su ropa dejaba mucho que desear, cuando siempre le había apasionado mantener el jardín lleno de flores y el agua de la piscina cristalina durante todo el año, y en sus mejores momentos había sido un dandi presumido.

—Gracias, hijo. Eric ya ha llegado y ha traído una tarta. A mí no me ha dado tiempo a hacer nada.

—Ya..., supongo que tener demasiado tiempo libre es contraproducente — murmuré.

— ¿Cómo?

—Nada, papá. Yo he preparado carne asada con patatas y también una ensalada.

—Ya sabes que las ensaladas no me gustan.

—Por eso la he preparado.

Me dedicó un bufido y nos dirigimos al salón. Eric estaba allí acariciando al gato. Al menos mi padre no estaba solo del todo, tenía a Grisín, que era un gato un tanto extraño que se creía perro, tal vez por eso tenía problemas con el perro del vecino.

—¡Hola, Dek! ¿Qué tal estás? —Me dio unos golpecitos en el hombro, después se acercó a mi oído y me susurró—: Es posible que el jueves falte a la cita, he quedado con una rubia despampanante.

Los jueves solíamos quedar con nuestros amigos comunes para tomar unas cañas y lo que se terciara. La única excusa posible para faltar a la cita era un lío de los interesantes; tener novia formal o incluso mujer no era una excusa, aunque, por suerte, ninguno de los asiduos teníamos nada del estilo.

—Está bien, iremos sin ti y no te echaremos de menos. ¿Cómo ves a papá?

—¡Dejad de cuchichear como unas abuelas! ¿Creéis que no os oigo? Yo a vuestra edad ya os tenía a vosotros, no sé cómo no os enamoráis de una vez y me dais nietos.

Ambos resoplamos a la vez. Casi que era mejor opción irme a vivir con mi padre que cumplir cualquiera de sus dos deseos.

—Papá..., eran otros tiempos. La gente ya no se casa a los treinta años — protestó Eric.

—Que yo recuerde, ya tienes treinta y tres, y tu hermano treinta y cuatro.

No sois unos jovencitos.

—Bueno..., cambiando de tema: ¿alguna nueva del vecino? —preguntó Eric con una sonrisa resplandeciente y guiñándome un ojo.

Lo que faltaba, mi hermano encima metiendo cizaña.

—Sí..., por supuesto, siempre hay algo nuevo. Hace dos días, ese endemoniado perro se comió parte del cerramiento, ¿te lo puedes creer?, y logró colarse en mi jardín...

—¡Qué osado! Colarse en tu jardín —comentó Eric, aunque mi padre continuó hablando como si nada.

—... suerte que el gato estaba dentro de casa.

—¿Lo has denunciado?

Mi padre se quedó pensativo, pero por su gesto supe que no lo había hecho aunque lo había llegado a considerar.

—Papá..., espero que no llegues tan lejos. Cualquiera que te oiga pensaría que estás hablando de un gran danés, y no tengo nada claro que ese perro pueda comerse a Grisín, más bien podría ser justo al revés.

—¿Cómo dices, Héctor?

Mi padre tenía la manía de no oír bien cuando lo que escuchaba no le gustaba.

—Nada, papá. ¿Empezamos a cenar? Estoy muerto de hambre.

—Claro..., claro.

Los tres nos encaminamos hacia el salón y durante un rato nos entretuvimos poniendo la mesa y abriendo una botella de vino.

—¿Todo bien? ¿Qué tal tus caballos, Héctor? ¿Y tú tus casos, Eric?

—Mis caballos muy bien.

—Mis casos son un poco más complejos que los caballos de Héctor —me dedicó una sonrisa sarcástica—, pero todo va bien. El lunes tengo que ir a Barcelona, tengo un juicio.

—Oh, cuéntame en detalle.

¡Lo que me faltaba! Cuando se ponían a discutir sobre cómo era mejor abordar uno de sus casos, conseguían sacarme de la conversación. Sabía que en el fondo les hubiera gustado que fuera como ellos, magistrado, como mi padre, o abogado penal, como mi hermano. Por desgracia para ellos, había

salido a mi madre. Aunque sabía que mi padre siempre había respetado mi profesión y la de mi madre, también estaba seguro de que jamás nos entendería.

Observé a mi padre mientras escuchaba los pormenores del caso de Eric. En esos momentos era cuando más me recordaba al de antes, al de siempre; un hombre feliz con su trabajo, con su familia, con una mujer a la que adoraba. A pesar de que yo no había encontrado todavía a la mujer de mi vida, podía llegar a comprender la pérdida de mi padre, podía entender que el dolor lo seguía consumiendo, y que por esa razón veía problemas donde no los había en lugar de soluciones como siempre había hecho. Le faltaba esa chispa de energía y de vida que le proporcionaban el amor y la atención de mi madre.

Aunque yo no hablaba con nadie sobre ella, también me sentía roto por dentro. La mayor parte del tiempo prefería no pensar en ello, pero cuando me tocaba ir al hipódromo, es decir, muy a menudo, no podía evitar hacerlo. Yo estaba allí gracias a ella y los caballos eran mi vida por ella, lo que más me apasionaba estaba lleno de sus recuerdos desde que era un niño. ¿Cómo evitar que su imagen, con esa sonrisa tan auténtica y transparente que tenía, se me apareciera a menudo delante de los ojos?

Mi hermano tampoco hablaba de ella, y eso solo podía significar que estaba tan destrozado como nosotros. Pero al menos a Eric y a mí nos salvaba tener una ocupación que consumía casi todo nuestro tiempo. Había sido una maldita casualidad que, justo cuando mi padre había decidido prejubilarse para pasar más tiempo con mi madre, ella muriera poco después. Ahora mi padre no tenía nada con lo que entretenerse, y sería muy difícil que resurgiera de las cenizas. Muchas veces le pedía que me acompañara en mis visitas médicas, y alguna vez lo había hecho, pero era evidente que no le atraían las mismas cosas que a mí. Tal vez Eric debería llevárselo a sus juicios.

Darí­a lo que fuera con tal de volver a tener a mi madre entre nosotros, pero el fatal destino había decidido cambiar nuestras vidas y ya nada volvería a ser como antes. Realmente el dolor que me había producido la falta de mi madre me volvió indolente a la repentina marcha de Inés. Cuando leí la nota que había dejado sobre el mueble de la entrada, donde me explicaba que se iba, pero que era incapaz de decírmelo a la cara porque se moría de vergüenza

por dejarme en semejante situación y que hacía meses que no sentía nada por mí porque veía que no podría competir por mi amor por los caballos, curiosamente, no sentí nada, como si yo mismo hubiera seguido con ella durante los últimos meses por pura inercia y costumbre, cuando ya no había nada entre nosotros, cuando el enamoramiento inicial, rápido y potente, ya se había diluido con la rutina, mis ausencias por trabajo y una falta de comunicación por ambas partes al evitar hablar de ello.

Esos momentos en familia me gustaban, pero también dolían, porque eran la certeza de que a partir de entonces estaríamos los tres solos.

Miércoles, 23 de septiembre de 2015

Estaba durmiendo a pierna suelta después de trasnochar demasiado por culpa de Eric y su empeño en ir a tomar una copa, que se convirtió en un par más, tras despedirnos de mi padre, cuando el teléfono empezó a colarse en mi sueño. Al principio formaba parte de mi realidad onírica, pero no tardó en convertirse en mi realidad física con ese sonido tan insoportable. Me incorporé sobresaltado. Me extrañó que fuera el teléfono fijo el que sonara, podía contar con los dedos de una mano las personas que tenían aquel número, y ninguno era cliente mío. Aquello no podía ser una emergencia equina, sino algo personal. La imagen de mi padre hizo que descolgara *taquicárdico*. ¿Y si le había pasado algo? Dicen que cuando uno pierde a su alma gemela no tarda en irse con ella. No, eso no podría soportarlo, mi padre no podía hacernos algo así.

—¿Sí?

—¿Héctor Dekker?

—Sí, ¿quién es?

—Le llamo de seguridad del hipódromo de la Zarzuela.

¿Cómo habrían dado con el teléfono de mi casa?

—Siento molestarle, pero tiene usted que pasar ahora por el hipódromo.

—¿Cómo ha conseguido mi teléfono? ¿Le pasa algo a alguno de mis caballos?

—No se trata de eso. Se le requiere en el hipódromo urgentemente.

—No entiendo, ¿puede decirme de qué se trata?

—Ella me advirtió que no vendría si no se lo explicaba.

—¿Quién es ella?

—Señor Dekker, ha muerto alguien. Esto está lleno de policías y quieren interrogar a todos los que estuvieron aquí el domingo.

¿Una muerte? ¿De qué demonios hablaba ese hombre?

—¿Quién ha muerto?

—Un entrenador.

Por alguna extraña razón, tuve un mal presentimiento.

—Dígame qué entrenador, por favor.

—Mire, me han dicho que no comunique ninguna información... Tan solo le diré que ha aparecido el cuerpo sin vida de José Galiano.

Colgué, incapaz de seguir aquella conversación. No podía ser cierto, Jose no podía estar muerto. Pero además, ¿cómo habría muerto para que la policía estuviera de por medio? Sin duda debía haber sido en extrañas circunstancias, y me preguntaba cuáles serían. No tenía ningún sentido que estuviera muerto, y mucho menos que existiera algún misterio alrededor de su muerte. Aún tenía la esperanza de que el vigilante se hubiera equivocado de preparador o incluso que se tratara de una broma. Pero no. No solo descubrí varias llamadas perdidas en el teléfono fijo, sino también miles de ellas en el móvil desde la tarde anterior. Lo había silenciado al llegar a casa de mi padre y había olvidado por completo volver a subir el volumen. Casi todas, por no decir todas, relacionadas con el hipódromo.

El vigilante de la garita me informó de que me esperaban en el edificio de control filmado. Aunque no me había especificado quién me esperaba allí, tan solo podía ser la policía, ¿quién si no? Avancé con el coche intentando descubrir si realmente aquello estaba lleno de policías como me habían dicho, pero no vi nada fuera de lo normal, salvo un agente apostado a la entrada del edificio donde me habían convocado.

—Buenos días. Identificación, por favor.

Saqué torpemente el DNI de mi cartera y se lo tendí. Lo estudió detenidamente y después asintió.

—Pase, le están esperando.

Otra vez aquella frase. Dos personas levantaron la vista al oírme entrar.

—Soy Héctor Dekker, el veterinario...

—Sabemos quién es usted, señor Dekker. —La mujer, vestida de un modo sobrio con un traje de chaqueta gris y una blusa blanca, se levantó y me tendió la mano. Sentí como me radiografiaba cuando sus ojos me escrutaron casi con insolencia, como si pretendiera obtener respuestas a un interrogatorio silencioso que solo ella controlaba. Dios, qué forma de mirar tan intensa tenía aquella mujer—. Subinspectora Aguilera e inspector Biosca, del Grupo de Homicidios de la Brigada Provincial de la Policía Judicial.

La palabra homicidios me daba mala espina y aquella mujer me parecía demasiado joven para trabajar en la Policía Judicial, aunque ¿qué sabía yo? No tenía ni la menor idea de qué significaba ser subinspectora.

Pensaba esperar a que comenzaran el interrogatorio, pero no pude resistirlo.

—¿Quién ha muerto?

La subinspectora me dedicó una mueca burlona, lo cual me descolocó.

—Venga, señor Dekker, no disimule. Estoy segura de que ya sabe quién ha muerto.

¿Cómo podía ella saber eso?

Aquella mujer era de lo más desconcertante, con esa mirada aguda e inteligente y esos rasgos tan sencillos pero al mismo tiempo tan singulares.

—Ayer por la tarde encontraron el cuerpo de José Galiano en uno de los contenedores.

—¡Oh, Dios mío! —suspiré, pasándome las manos por el pelo.

Una cosa era saber que había muerto y otra bien distinta saber que alguien le había quitado la vida. La subinspectora no apartaba sus ojos de mí, parecía estudiar todas mis reacciones como si intentara descubrir si yo lo había matado. Aunque, si lo pensaba fríamente, ¿a quién se le ocurriría echar su cuerpo al contenedor? Si yo hubiera querido asesinarlo, me habría deshecho del cuerpo en un lugar anónimo para que no lo relacionaran conmigo. ¿O tal vez se trataba precisamente de eso?

—Señor Dekker...

—Llámeme Héctor, por favor.

—Muy bien. Héctor..., dígame qué hizo el domingo por la tarde, desde las tres —quiso saber aquella perturbadora mujer.

Todavía no había oído la voz del inspector; la subinspectora, no sabía su nombre de pila y me preguntaba cuál sería, parecía llevar el interrogatorio. Lo reconocía, era una necesidad patológica conocer el nombre de todas las personas, pero sobre todo el de las mujeres que llamaban de algún modo mi atención. Tanto su semblante como su aspecto, con aquella media melena de color castaño tirando a caoba perfectamente peinada, parecían de lo más serio, pero con una sonrisa en los labios resultaría de lo más atractiva.

—¿Se supone que lo mataron el domingo a esa hora?

—Dígame simplemente dónde estuvo.

—Llegué aproximadamente a las dos y cuarto al hipódromo. Jose, quiero decir José Galiano, me había llamado por una emergencia con uno de los caballos, que se había dañado en una carrera. Estuve con él un rato mientras lo inspeccionaba y después fui a las gradas a hablar con Andrea, la propietaria de Platón, digo de Flecha. Después aquella periodista se desmayó y el director del hipódromo me pidió que la llevara a su casa...

—Espere, espere... ¿Quién se desmayó? —interrumpió la mujer.

—Una periodista del ABC, una tal Rebeca Pastor.

La subinspectora miró a su compañero extrañada.

—¿Con qué directivo del hipódromo dice usted que habló?

—Con Pablo Valverde.

Volvieron a dirigirse una mirada cómplice. La subinspectora revisó sus notas.

—Héctor..., no sé si está usted tomándonos el pelo.

—¿Qué? ¿A qué se refiere?

—Ninguno de los directivos se llama Pablo Valverde.

—¡Pero estuve en su despacho! Nos presentó una de mis clientes, Andrea Amador.

—¿Andrea Amador?

—¿Van a decirme que tampoco hay ninguna Andrea Amador? —No pude evitar utilizar un tono irónico.

—Sí, la hay. De hecho ha sido ella quien nos ha dado su número de teléfono privado, ya que no respondía usted al móvil desde ayer por la tarde.

—Por primera vez oí la voz del inspector. Era un hombre correctamente

apuesto en todos los sentidos. ¿Habría algo entre ellos?

Me extrañó que Andrea tuviera mi teléfono fijo. Repasé mentalmente si aquello podía ser cierto, hasta que recordé que hacía unos meses me lo había pedido con la excusa de que un día no había sido capaz de localizarme en el móvil.

—Hablen con ella. Fue Andrea quien me presentó a Pablo Valverde como director del hipódromo.

De nuevo aquella mirada seguida de un silencio. Estaba comenzando a encontrarme muy confuso, además de incómodo.

—Ya hemos interrogado a la señorita Amador. Ella asegura que lo vio un momento en las gradas y que terminaron de hablar en la zona de apuestas, al parecer la estaba poniendo usted al día del estado del caballo lesionado. Después se despidieron y ya no volvió a verlo.

¿Estaban de broma?

—Yo... yo...

—Héctor..., ¿es cierto que discutió usted con José Galiano en las cuadras?

—¡Por supuesto que no! —exclamé. Comenzaba a sentirme bastante indignado.

—Nos han dicho varios testigos que lo vieron discutiendo en la cuadra con él.

—¿Discutir? Bueno..., tuvimos una conversación seria sobre la lesión del caballo...

—Nuestras fuentes aseguran que, además de hablar en un tono bastante alto, los vieron hacer gestos ofensivos.

—Ah... —estallé en una carcajada que pretendía ser natural, pero que resultó más bien del tipo nervioso—, verán..., Jose y yo somos..., éramos bastante irónicos, ¿saben lo que quiero decir?

Ninguno de los dos dio muestras de comprenderme.

—Nos llevábamos bien, y de vez en cuando nos hacíamos comentarios irónicos. Si alguien que no está acostumbrado lo ve desde fuera puede pensar que nos llevamos mal, pero nada más lejos de la realidad. Es un tipo fantástico con el que se trabaja..., quiero decir, era un tipo fantástico y era un gusto trabajar con él. No puedo creer que esté hablando en pasado —murmuré.

Aquellos dos policías me escrutaban con la mirada como si quisieran interpretar mis gestos o mis palabras para incriminarme. ¿Por qué me hacían sentir culpable?

—Decía usted que hablaron sobre la lesión del caballo.

—Sí. En mi opinión el caballo se lesionó por culpa del propietario, el señor Amador; al parecer insistió mucho en que debía correr ese día.

—Oh..., ¿y qué opinaba el señor Galiano al respecto?

—Él también estuvo de acuerdo en que participara en la carrera, desoyendo mis consejos veterinarios.

—De modo que sí discutieron —comentó la subinspectora.

Sinceramente, ya no sabía qué contestar, aquel interrogatorio parecía una trampa.

—¿Quieren saber algo más o puedo irme?

—Volviendo a la periodista...

—Pues la llevé a su casa, como me pidió el director.

—¿Llegó a entrar en su domicilio?

—No, en absoluto, solo la dejé allí.

—¿Podría darnos su dirección?

—Sí, por supuesto, se la escribiré —dije al tiempo que cogía una hoja y un bolígrafo que había sobre la mesa.

—¿Qué hizo después de eso?

—Volví al hipódromo, en taxi, para recoger mi coche.

—¿Qué hora era cuando salió definitivamente de aquí?

Lo pensé durante unos instantes.

—Serían las cinco y media de la tarde.

No tardé en interpretar su mirada inquisitiva. Había estado en el hipódromo justamente durante las horas críticas en las que parecía que había muerto mi amigo.

—Puede usted irse, pero, por su bien, esté disponible en el móvil; volveremos a llamarle —esa vez fue el inspector el que habló.

Asentí, no podía creer que me hubieran tachado de culpable.

—¿Puedo acercarme a la cuadra? Ahora que Jose no está, alguien tiene que darle los medicamentos a Flecha. Oh..., de hecho, imagino que nadie se

habrá encargado de su medicación desde el domingo.

—No se preocupe, Héctor, alguien se está ocupando de los caballos del señor Galiano. Ahora mismo nadie puede entrar en esa caballeriza, está bajo precinto policial.

—Me gustaría echarle un vistazo, si no puede ser hoy, me gustaría hacerlo mañana.

La subinspectora asintió.

—Lo avisaremos cuando pueda volver a visitar a sus caballos.

—Gracias.

Salí del edificio sumido en una profunda tristeza. Mi amigo había muerto y nunca más podría volver a verlo. Me preguntaba quién podía haberlo matado. Era un buen hombre, completamente inofensivo y tan solo vivía para su cuadra; no podía imaginármelo con enemigos. Era algo inexplicable. Lo que estaba claro era que lo iba a echar mucho de menos. Pensar en el hipódromo era pensar en él, puesto que desde que era joven formaba parte de ese ambiente equino tan particular y adictivo. Igual que mi madre. Ambos eran parte de ese lugar que me había visto crecer y en el que siempre soñé que trabajaría. Mi trabajo también estaba unido a Jose y, no era que me preocupara en esos momentos mi situación, pero no sabía lo que iba a hacer sin él, y mucho menos los caballos, nadie podría prepararlos y cuidar mejor de ellos.

También me sentía confuso y cabreado. Parecía ser sospechoso de su asesinato y, para colmo, la ingrata e inmadura de Andrea había mentido para ¿incriminarme? No entendía nada de lo que estaba sucediendo, me sentía como un tren descarrilado en medio de una montaña inhóspita.

En cualquier caso, debía concentrarme en solucionar aquel embrollo, y lo primero que tenía que hacer era obvio: encontrar a esa niña mimada.

No sabía que eso se convertiría en una misión imposible.

Nombre 3: Adela

Viernes, 25 de septiembre de 2015

Entré en el dormitorio de mi madre con cargo de conciencia, sabía que no eran horas de ir a verla. Por suerte, el personal de la residencia no me lo tenía en cuenta, eran conscientes de que mi trabajo como inspectora me impedía cumplir los horarios de visitas.

—Hola, mamá. —La besé en la mejilla sabiendo que no recibiría ninguna señal por su parte—. Siento venir tan tarde, pero me han asignado otro homicidio.

A pesar de que sabía que era inútil hablar con ella, siempre le contaba lo que se me pasaba por la cabeza, como si estuviera confesándome o poniendo mis pensamientos en orden. No sería la primera vez que mis monólogos me servían para esclarecer un caso. De hecho, cuando tenía uno complicado, solía ir más a menudo a visitarla. Sabía que era muy egoísta por mi parte, pero ¿acaso no lo era todo el mundo?, ¿no llama la gente a sus amigos y familiares cuando necesitan su ayuda, cuando algo les preocupa, cuando se sienten tristes? Yo necesitaba la ayuda silenciosa de mi madre. Aunque en otros tiempos, ahora lejanos, no la había necesitado, incluso había rezado para que desapareciera del planeta.

—Este caso no tiene ni pies ni cabeza. No ha muerto un hombre importante, ni siquiera un hombre con enemigos. En realidad no tiene ningún sentido, a no ser que haya sido una víctima aleatoria. Lo poco que he averiguado sobre José Galiano me hace pensar que era un hombre solitario que dedicaba todo su tiempo al trabajo. En el hipódromo todo el mundo asegura que trabajaba los siete días de la semana, festivos o no, desde antes del amanecer hasta bien entrada la noche, y todos lo respetaban. Parece que apenas tenía vida fuera de los muros del hipódromo; no tenía mujer ni hijos, tan solo un hermano que vive fuera de España, y sus padres fallecieron hace tiempo...

»Y luego está ese hombre..., Héctor Dekker...

Por unos segundos proyecté su imagen en mi mente y solté un suspiro involuntario.

—Mamá, ya sabes que yo sé cuándo alguien miente, tengo ese pequeño *defecto* tan útil para mi trabajo. Pues estoy muy confusa con Héctor. O bien miente muy bien, o bien está diciendo la verdad y alguien le ha tendido una trampa. No hay ningún Pablo Valverde. También hemos intentado encontrar a esa periodista, Rebeca Pastor, y ni rastro de ella. Nadie tiene constancia de que ese día hubiera un periodista del ABC en el hipódromo y, además, en el periódico no trabaja nadie con ese nombre. Y es más..., fuimos a la dirección que nos dio Héctor; el piso está en venta y no vive nadie allí. ¿Tiene algún sentido? Héctor parecía muy convencido de lo que decía. Según él, Andrea miente. Lo único que es cierto es lo del taxi, lo llevó desde esa dirección de vuelta al hipódromo. No sé qué pensar de todo esto. Además..., ¿qué móvil tendría Héctor para matar a José Galiano?... Pero me temo que es muy sospechoso que nos haya mentido en tantas cosas. De hecho, mañana mismo tengo pensado hacerle una visita en su casa. Tal vez se presente voluntario para dejarme echar un vistazo...

Suspiré.

—Es increíble que no me recuerde.

¿Cómo podía haberse olvidado de mí? Yo no lo había hecho a pesar de tener fuertes razones para olvidarlo. Era cierto que ahora llevaba el pelo más corto y que estaba más estilizada que cuando era joven, pero tampoco podía haber cambiado tanto como para que no me reconociera. En cuanto a él, a pesar de que su pelo rubio estaba más oscuro y que era todavía más alto y más fuerte y su voz era más profunda, podría reconocer esa mirada llena de sinceridad, ese porte de seguridad y aplomo y el inconfundible alboroto de su pelo en cualquier lugar. Es cierto que yo tenía ventaja porque su nombre había salido en la lista de trabajadores que el hipódromo nos había enviado, pero había sido una decepción no descubrir ni un atisbo de reconocimiento por su parte, aunque, dadas las circunstancias, tal vez fuera mejor así.

Sabía que no tenía mucho sentido haberme presentado como la subinspectora en lugar de como lo que era en realidad, la inspectora

responsable del caso, pero al comprender que Héctor no me reconocía, había sentido la necesidad de esconderme. Tal vez, si se informaba sobre mí, encontraría fácilmente mi nombre y apellido, por esa razón había usurpado el puesto de Charly. Lógicamente, en cuanto salió Héctor de la habitación, el recién ascendido a inspector me había exigido una explicación a mi proceder. Un «tengo mis razones» fue suficiente para él, o al menos no insistió más.

El subinspector Carlos Biosca, Charly para mí, era desde hacía unos años mi compañero y apreciaba mucho su prudencia, no cuestionaba nunca mi forma de actuar, incluso aunque no tuviera ningún sentido para él. Era un hombre leal y trabajador y un excelente compañero: era silencioso cuando había que serlo y hablador cuando era necesario, sabía cómo sacar el mayor rendimiento del equipo (mucho mejor que yo) y era una persona muy discreta, algo que yo valoraba muchísimo. Pero no podía confesarle que Héctor no era un desconocido para mí, si no, correría el riesgo de que me apartaran del caso. O tal vez esa no era la razón.

Por el momento, y viendo que Héctor no me había reconocido, prefería que no supiera mi verdadera identidad. Ni siquiera el apellido le había resultado familiar, si bien es cierto que Aguilera es un apellido más o menos común. Lo que no podría decirle jamás era mi nombre. Estaba segura de que si escuchaba mi nombre y apellido juntos, se acordaría de mí.

Todavía no podía creer que su físico siguiera llamando la atención de todas y cada una de las células de mi cuerpo, de hecho me molestaba que siguiera resultándome tan condenadamente atractivo. Podría jurar que hacía años que ningún hombre despertaba mis instintos más básicos, que él lo consiguiera me sorprendía y me asustaba a partes iguales.

Mis pensamientos se detuvieron al sentir las manos de mi madre apoyadas en mi vientre. No tenía la mirada perdida, sino que en ese instante era lúcida, incluso tierna.

—El bebé... —susurró.

Me llevé las manos a la boca por la sorpresa. Poco después pude sentir las lágrimas rodando por mis mejillas, no solo por haber oído su voz por primera vez en mucho tiempo, sino, sobre todo, porque me había recordado aquello que quería olvidar.

El sonido de mi móvil me devolvió a la realidad. Sequé mis lágrimas antes de contestar.

—Inspectora Aguilera —respondí como una autómatas.

—Esther..., soy yo, Jorge, del anatómico.

—Ah, hola, Jorge. ¿Tienes algo para mí?

—¡Tú qué crees! He hecho horas extras para poder darte algo hoy, ya que parecía muy importante para resolver el caso. Aunque no estoy muy seguro de si realmente será útil. Te doy media hora, si no, lo dejamos para mañana, que para mí, sinceramente, es la mejor opción.

—Estoy ahí en menos de media hora. Gracias, Jorge.

—De todas formas, ten en cuenta que los análisis de muestras van a tardar unas semanas.

—Lo sé, pero me fío de tu primera impresión; siempre lo he hecho y siempre has acertado.

Cuando colgué mi madre ya había vuelto a su estado de retiro y abstracción habitual, no sabía dónde andaría su cabeza, pero era evidente que no estaba en este mundo y que el instante tan extraño que habíamos vivido había sido un espejismo. Me habría gustado tanto poder tener otra oportunidad y poder pedirle perdón...

Sábado, 26 de septiembre de 2015

Nos encontramos delante de la casa de Héctor, un bonito pareado en las afueras de Aravaca. Era curioso que ambos viviéramos a unos metros de distancia y que jamás nos hubiéramos cruzado. Tan cerca y tan lejos al mismo tiempo..., siempre había sido así, al menos así era como lo recordaba.

Seguía dándole vueltas a las sospechas de Jorge, el forense, sobre la causa de la muerte. Según él había claros indicios para asegurar que la parada cardiorrespiratoria había sido consecuencia de un tóxico que le habían inyectado en la yugular. Jorge sospechaba, debido a varios factores, como el color de los labios o el estado de las pupilas, que podía tratarse de un veneno casero procedente del fruto de un tipo de árbol muy común en los jardines, altamente tóxico y que provoca la muerte casi instantánea. Aún así, él siempre se curaba en salud diciendo que nada era seguro hasta que tuviera los análisis de muestras definitivos.

No me resultaba agradable lo que iba a hacer, pero por mucho que en mi interior me negara a admitir que Héctor Dekker era nuestro principal sospechoso, o el único que teníamos por el momento, no podía dejar de investigarlo, aunque sabía que no le iba a hacer mucha gracia que husmeáramos en su vida privada, a nadie se la hacía. No obstante, tenía que confesar que me apetecía conocer algo más de su vida aparte de lo que habíamos averiguado. Por lo menos sabía que estaba soltero y que nunca se había casado, pero ¿había alguien en su vida? El simple hecho de cuestionarme algo así era impropio de mí, por no decir que no me reconocía.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo de este modo? —preguntó un Charly preocupado por las consecuencias.

—Sí.

—Sabes que aunque consigamos su consentimiento al registro, si encontramos algo que pueda inculparlo, no tendrá ningún valor probatorio. Lo mejor sería solicitar una autorización judicial.

—El juzgado de instrucción no aceptaría la petición del mandamiento de entrada y registro, y lo sabes muy bien, no hay suficientes pruebas en su contra.

—¿Y entonces para qué lo haces? —insistió Charly, evidentemente confuso.

Era una buena pregunta... Tal vez necesitaba quedarme tranquila, descubrir que él no tenía nada que ver con lo sucedido, confirmar que mi intuición era correcta y que Héctor había tenido la mala suerte de estar en el momento y lugar inadecuados, o incluso que lo habían manipulado para que todo apuntara en su dirección.

La realidad era que quería honrar los recuerdos, la memoria del pasado, pero mi fiel compañero no podría entenderlo ni en un millón de años.

—No puedo explicártelo, simplemente confía en mí. Las consecuencias las asumiré solamente yo.

—Está bien, pero no es eso lo que me preocupa, sino que destruyas tu carrera.

Charly era un buen hombre y mejor compañero, ni siquiera entendía su lealtad, no me la había ganado. Hacía tiempo que no ganaba más que enemistades y celos, y con toda la razón del mundo.

Llamé al timbre intentando convencerme de que eso era lo correcto. Tuve que hacerlo unas tres veces hasta que la puerta se abrió con ímpetu. Me estremecí al observar su torso desnudo y lo bien que le sentaban los vaqueros. Ni que decir tiene que era de las pocas personas a las que el pelo alborotado y rebelde le sentaba de maravilla.

—¿Qué demonios...? —exclamó mirándome a mí primero y después a Charly.

Tuve que toser ligeramente para poder recuperar la voz y apartar la vista de tan bien torneado cuerpo.

—¿Siempre abre la puerta medio desnudo? —Me mordí el labio por haber hecho ese comentario, no solo porque hacía más evidente que me había impresionado, sino, sobre todo, porque no empezaba con buen pie si mi intención era conseguir un registro con consentimiento del morador.

Sus ojos me escrutaron con ¿ira contenida?

—Creo que yo no tengo que darle ninguna explicación, subinspectora, usted sin embargo sí me debe una. ¿Qué hacen en mi casa?

—Disculpe la intromisión, pero nos gustaría hablar con usted un momento. —Cambié el tono de voz para intentar solventar la situación y surtió efecto, su mirada se tornó preocupada, incluso triste, consiguiendo que me diera hasta lástima.

Moví la cabeza para intentar ahuyentar tanto sentimentalismo, debía mantenerme fría y distante, básicamente mi estado habitual, si no quería acabar con mi carrera profesional. Bastante me había costado llegar donde estaba; horas y horas de trabajo desatendiendo otras responsabilidades, incluida a mí misma. Además, no debía olvidar que él podría ser perfectamente el asesino de José Galiano. Tenía que apartar de mi mente las opiniones y recuerdos pasados sobre él para poder llevar ese caso lo más asépticamente posible.

—Por supuesto... —Se hizo a un lado y nos dejó entrar.

Me gustaba el olor que desprendían tanto él como su vivienda: a masculinidad, a limpieza, a frescor. Héctor cerró la puerta y nos pidió que esperáramos allí, para aparecer un segundo después vestido con una camisa azul. Mejor así, si no, me distraería de mi cometido.

—Ustedes dirán.

—Queremos saber si nos permitiría echar un vistazo a su casa —solicitó Charly.

—Oh..., de modo que soy sospechoso.

—Por el momento no, tan solo nos gustaría echar un vistazo, si nos da su permiso, claro —respondió mi compañero.

—No tengo nada que ocultar. Pueden registrar mi casa de arriba abajo, pero tengan especial cuidado con mi material veterinario.

—Si pudiera dejarme también las llaves de su coche...

Me pareció que Héctor se sorprendía ante la petición de Charly.

—Oh..., sí, no hay problema.

Se acercó a una cajita de madera que estaba a la entrada para después tenderle las llaves.

—Está en el garaje.

—Muchas gracias por su colaboración. Empezaré por arriba —dijo Charly antes de dirigirse hacia la escalera.

Me disponía a acompañarlo cuando Héctor me agarró del brazo.

—Subinspectora... —murmuró suavemente—, ¿podemos hablar un momento?

No debía dejarme hipnotizar por esa virilidad que desprendía y mucho menos por esos labios tan apetitosos que en el pasado habían sido mi perdición. Debía mantenerme lo más alejada posible de ese hombre.

—Sí, por supuesto. ¿Me invita a un café?

—Claro..., será un placer. —¿Cómo podía dedicarme una sonrisa en esa situación? Debía cuanto menos odiarme.

Me senté en su singular cocina, pequeña pero funcional, con una mesa alta de madera y dos banquetas a juego, mientras observaba cómo preparaba el café en una cafetera italiana.

—Creo que se están confundiendo de persona, yo no maté a Jose. ¿Cómo podría hacer algo así? Y además, ¿por qué?

Me encogí de hombros.

—Yo no busco el porqué, busco el cómo y el cuándo. El porqué es algo muy complejo, tenga en cuenta que hay gente que está bastante loca en este mundo y hace cosas inexplicables.

—¿Le parezco un loco? ¿No se da cuenta de que me han tendido una trampa?

Suspiró antes de continuar hablando al mismo tiempo que me colocaba una taza delante que ponía *you are awesome*.

—¿Podemos tutearnos? —me preguntó, a lo cual no pude negarme—. Bien, para eso necesito saber tu nombre de pila.

Evalué la situación. Era evidente que no me había reconocido, por tanto, debía mentirle si quería seguir con el caso. No me gustaba en absoluto la idea de repetir errores del pasado, pero no me quedaba más remedio.

—Sí, por supuesto. Me llamo Adela.

—¿Adela? —preguntó asombrado.

—Sí, ¿por qué te sorprendes?

—Pues..., sencillo, no te pega ese nombre.

—¿Ah, no? ¿Y qué nombre me pega?

En cuanto salieron las palabras de mi boca, supe que no debía haberlo preguntado.

—No lo sé, pero Adela te aseguro que no... Bueno, en cualquier caso, quiero pedirte que abras tu mente un poco. Si yo hubiera matado a Jose, habría estado perjudicándome a mí mismo; gracias a su amistad y a..., bueno, y a otras circunstancias, yo soy veterinario de los caballos de su cuadra.

—¿No fue el propietario de la cuadra quien te contrató?

—Bueno..., sí, claro, pero gracias a la recomendación de Jose. Deberías interrogar a Andrea y a su padre, son los propietarios de la cuadra. Ella está mintiendo.

—Ya los he interrogado.

—Pues tal vez deberías hacerlo de nuevo, así como tratar de encontrar a esa periodista del ABC y al director...

—Héctor...

No debería darle detalles sobre la investigación, pero ¿cómo ocultarle algo así?

—Esa periodista no existe, ya la hemos buscado...

—¿Cómo? Eso no es posible... ¿Y su piso?

—Está en venta, allí no vive nadie.

Héctor palideció y se sentó decaído en la banqueta. Su pelo revuelto era una tentación muy grande, pedía a gritos que hundiera mis manos en él, pero yo sabía contenerme.

—Esto es una pesadilla —murmuró. Después levantó la mirada—. ¿De verdad que no han encontrado al señor Valverde?

—Me temo que no existe esa persona.

La estupefacción con la que me miró no era una puesta en escena.

—¡No puede ser! —exclamó desesperado.

A pesar de su evidente confusión, se levantó a apagar el café, que llevaba burbujeando unos segundos. Después me lo sirvió con delicadeza, aunque imaginaba que su cabeza debía estar igual que el café, un verdadero hervidero de pensamientos confusos en busca de una respuesta. Yo también querría que tuviera razón y que él no fuera el culpable, y ese deseo me atormentaba. Mis casos no solían afectarme de un modo tan personal.

—¿Quieres leche?

—No, gracias, así está bien.

—Ahí tienes el azúcar —me indicó.

—Lo tomo sin azúcar.

—Negro y sin azúcar —murmuró, como si eso significara algo—. Subinspectora..., cada vez tengo más claro que esa gente me ha tendido una trampa.

—Está bien, Héctor, interrogaré de nuevo a Andrea y también a su padre. ¿Alguien más a quien tenga que interrogar? —le pregunté cruzándome de brazos.

—Sí. Ayer me dijiste que alguien se estaba ocupando de los caballos. ¿Sabes quién es?

Negué con la cabeza.

—¿No crees que ese nuevo entrenador podía tener interés en acabar con Jose para quedarse con su trabajo?

En realidad tenía mucha razón, ¿cómo no había pensado en ello?

—No sé cómo funcionan las cosas en el hipódromo. ¿Cómo y quién decide quién se encarga de entrenar a los caballos?

—En este caso solo hay un propietario, y es Luis Amador, y su hija

Andrea. Ellos deciden quién prepara a sus caballos y también eligen al veterinario. Dejan en manos del veterinario a sus purasangres, su alimentación y su salud; en él reside la responsabilidad de asegurarse de que no se produce dopaje y de que no serán descalificados por esa razón. El preparador es el que se encarga de que los caballos estén alimentados y limpios, de entrenarlos todos los días para que estén a punto para las carreras y de dar la voz de alarma al mínimo síntoma de enfermedad o lesión. Esas dos figuras son imprescindibles, sobre todo la del preparador.

Héctor se quedó por unos instantes con la mirada perdida. Después se levantó y cogió su móvil de la encimera. Con manos expertas escribió algo.

—¿Qué sucede? —le pregunté con curiosidad.

—Estoy buscando el nombre del *jockey* que montó a Flecha el día que murió Jose...

—No entiendo...

—¡Javier Martín! —exclamó entusiasmado, como si ese nombre tuviera un significado oculto.

—No te sigo, Héctor.

Siguió leyendo en internet durante unos segundos hasta que levantó la cabeza con cara de satisfacción.

—Había algo que no me cuadraba, y, aunque tal vez no signifique nada, acabo de caer en lo que era. El *jockey* que montó a Flecha no siguió las instrucciones de Jose, que eran muy claras y sencillas; debía participar en la carrera con el solo propósito de entrenarlo y comprobar si estaba listo para correr próximamente, pero en ningún caso debía forzarlo a ganar ni llevarlo a sus límites.

—¿Y lo hizo? —Aquello se ponía interesante, aunque no supiera qué podía tener que ver con el caso.

—No solo corrió como si fuera a ganar la carrera, de hecho iba en cabeza antes de que se lesionara, sino que lo forzó de tal manera que se dañó precisamente la misma pata de la que ya se había supuestamente recuperado.

—Pero... ¿por qué hizo algo así?

—Exacto..., eso mismo me pregunto yo. Insté a Jose a que hablara con él e intentara averiguar por qué había hecho algo tan grave.

—Espera..., espera, esto no me lo comentaste el día que te interrogamos.

—Bueno..., no me pareció importante.

—Pues a mí me parece muy importante.

—¿Habéis interrogado a ese *jockey*?

—Sí, por supuesto, pero ahora tengo que volver a hacerlo. ¿Sabes qué pensaba hacer Jose con él? Me refiero a que... había cometido un grave error y...

—Pensaba despedirlo, al menos es lo que hablamos, pero, claro..., supongo que nunca llegó a hacerlo.

La mirada de Héctor se volvió triste de pronto.

—Es una información muy interesante, Héctor, mucho. Creo que tendrías que habérmelo comentado el otro día.

Héctor se encogió de hombros.

—¿Me das permiso para ir a ver a Platón?

—¿Platón? —pregunté confusa.

—Me refiero a Flecha, yo lo llamo de otro modo.

—¿Por qué lo llamas de otro modo?

—Manías mías —dijo sin más explicaciones.

Aunque él todavía no lo sabía yo estaba al tanto de esas *manías*, si se las podía llamar así, y tenía que reconocer que su pequeño talento para los nombres me inquietaba. ¿Y si descubría mi verdadera identidad?

—¿Por qué piensas que Adela no me pega?

Era consciente de que no debía haber hecho esa pregunta, sobre todo por la sonrisa de satisfacción que acababa de dedicarme, pero a quién iba a engañar, me intrigaba.

—Las Adelas son mujeres activas, entusiastas y muy idealistas. Tienen mucha fuerza de voluntad...

—Suenan bien, ¿no piensas que pueda ser así?

—Sí, en eso cumples las características, pero no me has dejado acabar. Son tan soñadoras que acaban pecando de inocentes, y cuando no consiguen lo que quieren se entristecen con facilidad y se vienen abajo. Sinceramente, no me pareces el tipo de mujer que se venga abajo con facilidad, y mucho menos que seas inocente, si no, no serías subinspectora de la Policía Judicial. ¿Me

equivoco?

Tragué saliva.

—En cuanto acabemos aquí, te acompañaré al hipódromo a ver a Platón..., quiero decir a Flecha. Tenemos mucho trabajo por delante.

—¿Tenemos? —preguntó con curiosidad.

—Creo que voy a necesitar tu ayuda para entender el mundo de los caballos.

—¡Inspectora! —De pronto entró Charly en la cocina. Obviamente había olvidado que ante los ojos de Héctor no era la inspectora jefe. Héctor me miró desconcertado.

—He encontrado algo..., en el coche.

—¿Qué has encontrado?

—Será mejor que vengas.

Le dirigí una mirada decepcionada a Héctor.

«No, por favor, no me obligues a encerrarte».

—¿Qué es lo que ha encontrado? —preguntó Héctor confuso, sin obtener respuesta.

Seguimos a Héctor por una puerta lateral de la cocina que daba al jardín trasero. Cuando mis ojos se acostumbraron a la fuerte luz, observé que a pesar de ser pequeño tenía gran variedad de árboles, pero el que más llamó mi atención fue un tejo antiguo que protagonizaba el espacio. Era bello y majestuoso y sus frutos rojos hacían juego con las flores del mismo color que lo rodeaban a sus pies. El garaje en realidad no era más que una pérgola que protegía el coche del sol y de la lluvia. Charly nos condujo hasta el maletero, que estaba abierto, y levantó la alfombrilla, indicándome con un gesto dónde debía mirar. Héctor se asomó también.

— Un vial vacío —anunció Charly.

—¿De dónde ha salido eso? —preguntó confuso Héctor.

—Héctor, ¿no reconoces este frasco? Tal vez sea algún medicamento para uno de tus caballos.

—Puede ser..., pero jamás dejo tirados por ahí los frascos. Además, ni siquiera lleva etiqueta.

Héctor parecía de verdad confuso.

—¿Todos suelen llevar etiqueta? —pregunté a pesar de que parecía evidente.

—Sí, por supuesto.

—Tendremos que analizarlo para ver qué contenía —añadió Charly mirándome, consciente de que podría ser el arma del crimen. Si fuera así tendría serios problemas con mi proceder en el registro.

—No sé si este vial tiene algo que ver con el asesinato, pero por cómo os estáis mirando, parece que sí. Es evidente que alguien me ha tendido una trampa. ¿Me crees tan estúpido como para matar a alguien y dejar huellas por todas partes? Andrea y ese hombre quieren que parezca culpable. ¿No te das cuenta de que por esa razón montaron esa película con la periodista? De ese modo dejaría el coche en el hipódromo durante casi una hora, tiempo que utilizaron para meter esta prueba e incriminarme.

—El señor Pablo Valverde no existe, Andrea niega que sucediera aquella historia que contaste, no existe ninguna periodista con ese nombre... —le resumí.

Héctor suspiró claramente agobiado y bajó la mirada.

—¡Paco! —soltó de pronto—. Busca a un hombre llamado Paco entre el personal de mantenimiento del hipódromo. Es un hombre bajo, medio calvo, fuerte y tiene un tatuaje en el brazo de un dibujo geométrico.

—¿No sabes cómo se apellida?

—No, ni siquiera sé si Paco es su verdadero nombre. Él fue el que entró a avisar al tal Pablo de que la periodista se había desmayado. ¡Andrea miente! Fue todo un montaje —me agarró del brazo—, debes creerme, Adela.

—Adela... —murmuró Charly, que mantuvo la boca cerrada después de la mirada que le dirigí.

Me aparté de Héctor, su mano me hacía sentir cosquilleos que no me hacían ningún bien.

—Héctor, ¿tienes algún inconveniente en que analicemos este frasco?

—No..., hacedlo, ya me da igual.

—Pero... —Charly comenzó a protestar, y ya sabía la naturaleza de sus inquietudes. Aunque resultara que el vial contenía restos del veneno que habían utilizado para asesinar a Galiano, de nada nos serviría de cara a un

juicio, no sin testigos externos ni autoridad judicial que pudieran dar fe de que lo que habíamos encontrado estuviera realmente allí antes de llegar nosotros.

—Héctor, vendrás conmigo al hipódromo: me ayudarás a buscar a ese supuesto Paco e iremos a ver al caballo.

—Pero, inspectora, no he terminado de registrar la casa.

—Estoy segura de que a Héctor no le importará que te quedes un poco más. —Héctor asintió muy a su pesar—. Llámame si encuentras algo más, aunque lo dudo.

Dios, ¿pero qué estaba pasando? ¿No podía haberme reencontrado con Héctor en otras circunstancias? De ese modo le habría podido confesar mi verdadero nombre. Aunque no podía imaginarme cuál habría sido su primera reacción, si abrazarme o estrangularme. De hecho, yo había sentido esa misma contradicción al leer su nombre en aquella lista.

Nombre 4: Thatcher

Aravaca, octubre de 1996

Llevo unas semanas en el cole nuevo y lo único que quiero es largarme de aquí. Yo no he pedido esta nueva vida, ni este cambio de lugar, ni de colegio, ni de casa. No va conmigo. Las niñas de la clase son unas cursis tremendas, además de mortalmente aburridas, solo hablan de chicos y de ropa. Ni siquiera hablan de música y de libros, que es lo único que me interesa a mí. Bueno, hay algo que últimamente me interesa incluso más que eso; observar cómo juega él al baloncesto. Aunque sus amigos lo llaman Dek a mí me gusta más su nombre de verdad. Además, tengo la suerte de que me ignoran; para ellos no existe esa chica que no les quita ojo durante todo el recreo, me he vuelto invisible.

Mi madre es una mujer débil que no puede vivir sin un hombre a su lado, y por su culpa hemos tenido que cambiar nuestra vida, nuestro hogar, nuestro entorno. Estoy en guerra con ella, no pienso conformarme con su necesidad de no estar sola en la vida. ¿No podría haber llorado un poco más a su anterior marido, mi padre? No pienso parecerme a ella cuando sea mayor, no voy a casarme nunca.

Dejo de prestar atención a mis pensamientos cuando me doy cuenta de que él va a tirar a canasta. Tiene un tiro limpio y elegante que casi siempre consigue encestar de un modo silencioso, sin apenas rozar el aro. Soy con seguridad la única que observa embelesada todos los detalles de sus jugadas, pero no soy la única de la clase que suspira por él. Las demás serán unos muermos, pero al igual que yo saben reconocer al chico más guapo e interesante de la clase. Sé que le gusta mucho ese deporte, y no solo porque juegue siempre en el recreo, sino porque también lo hace en su tiempo libre. Lo veo jugando todos los días cuando paso delante de su casa de camino a la mía, por suerte la canasta es visible desde la calle. Por lo menos tenemos algo en común, aunque en mi caso tengo que agradecerse precisamente a mi madre, que me apuntó a clases para ver si conseguía «deshacerme de mis

redondeces». Dice que no comprende cuál es la razón de que no haya heredado su figura si apenas como, por eso ha pensado que el deporte sería el modo de hacerme adelgazar. Por ahora no ha funcionado.

—¡Eh, tú! ¡Pásanos el balón!

Vuelvo a la realidad. El partido se ha detenido, ya que la pelota ha salido del campo y, por desgracia, ha venido a parar justamente a mis pies. Ya no soy invisible, todos los chicos me miran esperando una reacción por mi parte. Decido pasarla, pero no al que me la ha pedido, sino al objeto de mis deseos. Él la coge al vuelo y me dedica una sonrisa.

—¡Buen pase, Esther! ¿Por qué no juegas con nosotros?

Sabe mi nombre, no puedo creerlo.

Escucho como los demás jugadores protestan y niego con la cabeza. Pienso que reanudarán el partido y se olvidarán de mí, pero estoy muy equivocada; Héctor camina hacia mí y mi cuerpo se tensa.

—Sé que te gusta el baloncesto.

—¿Cómo lo sabes?

—Si no, no estarías aquí plantada todo el tiempo. ¡Anda, juega con nosotros! Estamos desequilibrados, en mi equipo somos menos, así que nos vendrá bien tu ayuda.

Vuelve a sonreírme, es tan guapo, con ese pelo rubio y esos ojos color miel, o verde, no sé, su color siempre me ha parecido indefinido..., o tal vez cambian dependiendo de la luz. Pero lo mejor de todo es su forma de ser.

—Está bien.

—Genial —me susurra—. ¡Chicos, Esther va con nosotros, así seremos cinco contra cinco!

Se oyen protestas de ambos equipos, pero decido ignorarlas, voy a demostrarles que soy digna de jugar con ellos. Mi profesora de baloncesto dice que tengo mucho talento, y eso que tan solo llevo un mes jugando.

Cuando suena el timbre me doy cuenta de que es la primera vez que el recreo se me pasa tan rápido. Pero sin ninguna duda lo mejor es cómo me mira la pandilla de repipis al pasar delante de ellas hablando con Héctor, tienen la mandíbula desencajada. Según él, ya formo parte del equipo, por lo visto soy la mejor en defensa. Ya no me importa no ser invisible.

Aravaca, noviembre de 1996

Han pasado dos meses desde que acabó mi etapa de oscuridad en el colegio, y todo gracias a Héctor. La mayoría de sus amigos me tratan mejor, aunque algunos todavía recelan de mí. Los he escuchado alguna vez hablando entre ellos sobre los planes que tienen para el fin de semana, pero por el momento yo no estoy incluida en ellos, o eso pienso mientras le quito el candado a la bici.

—¿Tienes planes esta tarde?

Levanto la mirada sorprendida.

—No —miento como una bellaca. Mi madre me mata si se entera de que no he ido a clase de baloncesto, pero si hay una mínima posibilidad de estar con él, me dan igual las consecuencias.

—¡Genial! ¿Te parece que vayamos a mi casa y practiquemos el ataque? En defensa tendrás que enseñarme tú, pero me temo que cuando coges el balón, te lo quitan fácilmente. —Se me queda mirando como esperando una respuesta—. ¿Te molesta que te lo diga?

¿Cómo va a molestarme con esa mirada humilde y preocupada?

—No, me gusta la gente sincera.

Él asiente como si hubiera acertado con mi comentario.

—Pues vamos —dice subiéndose a su bici—, mi casa está de camino a la tuya.

—¿Cómo lo sabes?

—No sé dónde está tu casa, pero te he visto pasar por delante de la mía muchas veces.

Oh, vaya, seguro que se ha dado cuenta de que siempre miro hacia su casa como esperando verlo, tengo que controlarme.

Lo sigo y aprovecho para admirar su espalda, es ancha y me encanta. Su voz también me gusta, tiene voz de hombre, no como los demás del equipo. Héctor se detiene frente a la verja de su casa y la abre. Me indica que entre y lo hago mirando hacia todas partes preguntándome si estaremos solos. Rodeamos la casa y llegamos al jardín trasero, jamás imaginé que pudiera tener semejante maravilla. ¿Quién tiene un campo de básquet con dos canastas en su jardín?

—Guau —no puedo evitar murmurar—. Pensaba que solo tenías la canasta de la entrada.

—Eso fue al principio, pero después de un tiempo convencimos a mis padres para ampliarlo. La de la entrada se ha quedado ahí porque no hemos encontrado tiempo de quitarla. Además..., yo sigo usándola. Por cierto, estamos solos hasta que llegue mi madre con mi hermano. —Parece que me lee la mente—. Hablé con mi madre para volver en bici desde el colegio, me gusta ser independiente, igual que tú.

Yo no soy independiente, simplemente no tengo a nadie que pueda recogerme, era volver en bicicleta o caminando.

—Además..., si fuera con ellos tendría que perder casi una hora mientras mi hermano va al logopeda, y paso...

Mientras habla, Héctor se quita el abrigo y coge una pelota de baloncesto. Yo me quito el mío también.

—Basta de conversación, trabajemos ese ataque. Cuando te veas acorralada por el enemigo...

Suelto una carcajada.

—¿Por qué te ríes? —pregunta divertido.

—¿El enemigo? Te has pasado un poco, ¿no?

—Bueno, era una forma de hablar...

Sonríe y yo me pregunto cómo puede ser que me guste tanto su sonrisa, jamás me había pasado algo así.

—¡Venga! Intenta quitarme el balón. —Obedezco—. ¿Ves el giro que hago? Este es el truco para deshacerte de ellos. Ahora pruébalo tú.

Lo intento unas cuantas veces sin resultado, Héctor consigue quitarme el balón todo el rato. Me resulta difícil concentrarme teniéndolo tan cerca y con ese olor tan delicioso que desprende, pero finalmente decido olvidarme de lo que me hace sentir. Tengo que aprender, si no, no mejoraré en baloncesto, y ahora este deporte es muy importante para mí. No solo es mi punto de unión con él, sino que es mi nexa con la sociedad. Finalmente, para mi asombro, lo consigo un par de veces, y no solo eso, además logro encestar.

—¡Bravo, Esther! —exclama al mismo tiempo que me rodea con sus brazos y me levanta del suelo como si apenas pesara.

Sonrío como una estúpida, incluso noto atónita que he levantado los brazos para celebrar la victoria. Héctor me baja poco a poco y nos quedamos mirándonos, muy cerca el uno del otro. Sus labios son los más perfectos que he visto jamás, incluso a pesar del vello rubio que comienza a asomar tímidamente por encima de ellos.

Héctor se aparta de pronto un tanto avergonzado y tose ligeramente antes de hablar.

—Creo que tenemos que practicar un poco más. Has mejorado mucho, y también en el tiro, pero creo que puedes hacerlo mucho mejor.

Durante un rato seguimos practicando, hasta que oímos una voz.

—¡Hola!

La observo. Ahora comprendo de dónde vienen esos labios tan perfectos, son iguales a los de su madre, aunque ella es morena y con los ojos oscuros. Me sorprende que Héctor le saque media cabeza a su madre con tan solo quince años.

—Soy Carolina, la madre de Héctor. —También tienen la misma forma de sonreír, como si fuera lo más natural y normal del mundo. Yo antes también sonreía, pero ya se me ha olvidado, bueno, eso no es cierto, ahora el único que consigue que sonría es Héctor—. Imagino que eres Esther.

—Sí.

No puedo creer que Héctor haya hablado de mí. No parece avergonzado, tampoco tiene que estarlo, tan solo somos amigos.

—Tenía muchas ganas de conocerte.

—Oh..., gracias.

—Os prepararé algo de merendar, ¿de acuerdo?

—Gracias, mamá, estoy muerto de hambre.

Enseguida volvemos a nuestra tarea, hasta que su madre vuelve a aparecer poco después con una bolsa en la mano.

—Tengo una emergencia con un caballo.

¿De qué demonios está hablando? Pero no tardo en darme cuenta de que el rostro de Héctor se ilumina.

—¿No te importa si la acompañamos? Así podrás ver a los caballos.

Parece que a él le entusiasma la idea, así que asiento.

—He metido la merienda en esta bolsa. —Nos la tiende—. Eric se ha quedado en casa de Róber, así que seremos nosotros tres.

—¡Mejor! —suelta Héctor. Después me susurra al oído—: Me llevo bien con él, pero a veces es un poco plasta.

He visto a su hermano por el colegio. Sé que es él porque, a pesar de que no se parecen mucho, ambos tienen esa profunda mirada tan característica enmarcada por unas espesas y largas pestañas.

—¿Tienes hermanos? —me pregunta.

Niego con la cabeza. No me gusta mentirle, aunque en cierta forma no es una mentira. Él no es mi hermano.

Su madre no para de parlotear de camino a no sé dónde. Por lo visto es veterinaria y se ocupa de algunos caballos del hipódromo creo que ha dicho; no estoy muy segura, pero no tardo en descubrirlo en un cartel. Entonces ella se extiende en explicaciones sobre las carreras de los caballos, incluso me pregunta si me gustaría ir a verlas con ellos este domingo. Asiento entusiasmada. Ni siquiera sé si mi madre me dejará, pero por el momento prefiero pensar que soy libre de hacer lo que quiera.

Aquel lugar parece muy grande. Vamos en coche por dentro del recinto hasta que finalmente aparcamos el todoterreno frente a una edificación no muy alta de forma cuadrada.

—Ya hemos llegado —anuncia—. Esta es la cuadra donde están mis caballos.

—¿Quién se ha lesionado? ¿Margaret Thatcher? —pregunta Héctor antes de entrar.

—¿Cómo lo sabes? —Su madre se gira sorprendida.

—No lo sé, pura casualidad.

—Esther..., aquí mi hijo, que es muy humilde, no solo adivina siempre qué caballo o yegua se ha lesionado, sino que tiene un talento muy especial para los caballos. ¿No te lo ha contado?

Lo miro y niego con la cabeza.

—Él no los llama por los nombres que han elegido sus dueños, sino que los bautiza personalmente dependiendo de lo que le transmita el caballo, o dependiendo de su personalidad.

La seguimos por aquel patio cuadrado hasta llegar a un establo con el nombre de *Rosa Negra*. La cabeza de un caballo, ¿o es una yegua?, asoma por el agujero.

—Para todo el mundo esta es Rosa Negra, pero Héctor dice que es una yegua con mucho carácter y una ganadora, por eso ha decidido que su nombre justo es Margaret Thatcher.

Carolina entra en la cuadra seguida de Héctor.

—Puedes pasar, Esther —me dice.

—No, gracias, prefiero quedarme aquí.

Ese animal me impone demasiado como para entrar en un espacio tan cerrado, por no decir que me da pavor.

Héctor comienza a inspeccionar a la yegua siguiendo las instrucciones de su madre. Actúa como un verdadero profesional mientras ella le hace todo tipo de preguntas, como intentando que sea él quien decida el diagnóstico. Primero la hace girar en círculo, después le levanta la pata derecha delantera y la aprieta con una especie de tenazas. Margaret hace un ruido que parece un quejido de dolor.

—Dime qué has observado.

Él medita durante un momento.

—Cojea, no quiere caminar, y al hacerlo da pasos muy rápidos y cortos. Le duele la punta de la ranilla...

—Muy bien.

—Creo que habría que hacerle una radiografía, pero estoy bastante seguro de que es una laminitis.

—Estoy de acuerdo contigo. ¿Crees que es leve o...?

—Por ahora creo que es leve, pero tenemos que hacer algo.

—¿Qué harías tú?

Yo sigo la conversación como si fuera un partido de tenis, totalmente admirada de que Héctor sepa tanto.

—Cambiarla a otro box donde el suelo sea más blando. También creo que le convendría tumbarse para aliviar la presión.

—¿Medicamentos?

—No, en absoluto. Podemos aplicarle frío para que no le duela tanto.

—Se te olvida algo —apunta su madre.

—¡La dieta! Tenemos que observar la dieta, aunque no tengo muy claro qué es lo que hay que hacer.

Su madre sonrío, visiblemente orgullosa de su hijo.

—Lo has hecho muy bien, hijo, casi perfecto. Podéis dar una vuelta mientras le hago la radiografía para confirmar nuestro diagnóstico. Vas a ser un gran veterinario.

Héctor sonrío orgulloso y me hace una seña para que lo siga. Salimos del establo y caminamos. A lo lejos vemos algunas personas montando a caballo.

—Mira..., ese que viene por allí es Jose Galiano, el entrenador de nuestro establo.

—¿Qué tiene que hacer un entrenador?

—Es el responsable de que el caballo esté en perfecto estado para las carreras.

—Oh..., ¿no es muy joven?

—¡Qué va! Debe tener veintimuchos. Aunque la verdad es que solo ayuda a su padre; está aprendiendo, igual que yo. En realidad es un *jockey*.

—¿*Jockey*?

—Son los que montan los caballos en las carreras. Lo ideal es que sean bajitos, delgados y muy flexibles. Su padre quiere que sea entrenador, pero él parece más interesado en ser *jockey*. Yo le entiendo, es mucho más divertido. ¿Vas a venir a las carreras este domingo?

Lo medito durante un rato.

—Tengo que pedir permiso.

—Claro...

—Es asombroso lo bien que se te dan los caballos, Héctor.

—Es lo que más me gusta del mundo.

—¿Más que el baloncesto?

—El baloncesto es lo segundo que más me gusta del mundo.

—¿Y lo tercero?

Héctor no dice nada, tan solo me mira durante unos instantes como si quisiera decirme algo importante, pero finalmente baja la cabeza.

—Creo que deberíamos volver.

Nombre 5: Andrea

Sábado, 26 de septiembre de 2015

No podía evitar observarla mientras conducía camino del hipódromo. No era una mujer que destacaría en una multitud, pero aun así, tenía algo que no me había pasado desapercibido la primera vez que la vi. No era ni su pelo castaño y liso con tonos caoba ni sus ojos del mismo color, aunque con un toque verde casi inapreciable. Tampoco era su nariz perfectamente griega, ni su piel aceitunada de aspecto suave y terso. Parecía que su belleza residía en la fuerza y seguridad que desprendía, en su sencillez, en su modo de observarme, como si intentara captar algo más allá de mis palabras. A pesar de eso, su mirada escrutadora era indescifrable; no tenía ni idea de lo que se le pasaba por la mente, ni si me creía cuando le aseguraba que era inocente. Pero tal como se estaban desarrollando los acontecimientos, esa parecía mi única salvación, que me creyera.

—¿En qué piensas?

—Tengo muchas cosas en la cabeza —contestó sin mirarme siquiera.

—Imagino que yo estoy en el cien por cien de tus pensamientos.

Me miró sobresaltada, incluso me atrevería a decir que algo tensa.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno..., si soy sospechoso, imagino que no dejarás de pensar en mí, muy a tu pesar...

—Oh... —susurró casi aliviada a juzgar por cómo la expresión de su rostro se suavizó de pronto—, ya, sí, supongo.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Tú hazla, ya veré si contesto.

Tuve que reírme, aunque lo más probable era que fuera del tipo de risas nerviosas debido a las circunstancias.

—¿Estás casada?

No me miró, pero tensó la mandíbula. Me gustaba observar sus reacciones,

eran de lo más curiosas.

—Sí.

—¿Estás siendo sincera o me estás mintiendo igual que con tu verdadero puesto, inspectora?

No sabía qué me impulsaba a provocarla. Tendría que ser más inteligente y hacerle la pelota, aunque algo me decía que daría igual. Además, ni siquiera sabía hacer algo así.

—¿Por qué no me dijiste que eras la inspectora del caso? —insistí ante la evidente falta de respuesta.

Suspiró como si fuera a hablar, pero justo en ese momento llegamos a la puerta de acceso del hipódromo. El hombre de la garita salió y se situó junto a la ventanilla de la conductora.

—Inspectora Aguilera —anunció con seriedad y sin saludar previamente.

—Buenos días, inspectora, enseguida le abro.

El hombrecillo se apresuró a llegar a la garita en tiempo récord y levantar la barrera de hierro.

—No sé cómo lo haces —comenté.

—¿El qué?

«Bueno, por lo menos no está sorda».

—Conseguir que la gente haga lo que pides incluso aunque no hayas sido nada educada.

—No sé a qué te refieres —murmuró antes de emprender la marcha dentro del recinto del hipódromo—, siempre soy educada.

Solté una carcajada, pero ella me ignoró. El resto del tiempo hasta llegar a la cuadra permanecimos en silencio, o más bien lo hice yo, la inspectora no parecía muy habladora.

Había un agente de policía apostado en la entrada.

—Inspectora... —dijo inclinando la cabeza cuando pasamos delante.

Ella solamente le respondió con un gesto. Puse los ojos en blanco, ¿cómo podía ser tan engreída?

—Después de que le echas un vistazo a tu caballo, quiero hacerte unas preguntas. —Su tono era firme y autoritario. No respondí, yo también sabía jugar a ser antipático.

Nada más entrar en el box de Platón la falta de Jose me dio una bofetada en la cara. No estaba allí para recriminarme en nuestro tono sarcástico habitual lo mal que cuidaba de mis caballos ni yo podía devolverle el golpe metiéndome con lo sucio que estaba todo o con el estado lamentable de los geranios. Aquella idea me devolvió a aquel fatídico día y recordé nuestra charla, la reprimenda, a Andrea...

Y de pronto caí en la cuenta de lo mucho que me había extrañado encontrar mi coche abierto cuando volví en taxi de casa de la falsa periodista. Jamás dejaba el coche abierto, y precisamente aquel día Andrea había estado especialmente pegajosa. Lo más probable era que me las hubiera robado, aunque aún no sabía cómo se las había ingeniado para devolvérmelas. Otra cosa que tendría que preguntarle, si es que daba con ella.

Andrea..., hasta ese momento me había parecido un nombre adecuado a su personalidad. Daba la sensación de ser valiente y fuerte, y sin duda le gustaba escuchar, pero todavía no había podido comprobar si solía rehuir las disputas. Lo que ya no me cuadraba era que fuera complaciente con familia y amigos, al menos a mí me había engañado vilmente, y era la primera noticia que tenía de que las Andreas mintieran para inculpar a otros. El significado de su nombre era demasiado bonito para ser verdad, definitivamente no era merecedora de su nombre

Platón reclamó mi atención intentando morderme la mano y eso me hizo preguntarme quién habría estado atendiéndolo desde que había desaparecido Jose.

—¡Claro! ¿Cómo no me había dado cuenta? —pregunté en voz alta.

—¿Decías algo?

La inspectora se había quedado fuera, pero, por lo visto, estaba atenta a todo lo que hacía o decía. Me asomé por la parte superior de la puerta de madera.

—Jose Galiano murió el domingo después de las tres de la tarde...

—¿Cómo sabes eso?

La miré sin comprender.

—¡Ah! El día que me interrogasteis me preguntaste dónde había estado el domingo a partir de las tres —le expliqué cuando caí en lo que quería decir.

—Oh..., es cierto. Continúa.

—No encontraron su cuerpo hasta el martes, ¿verdad?

Ella asintió.

—¿Nadie notificó su desaparición? Un preparador de caballos es algo muy visible en el recinto. Si no está, todo el mundo lo sabe.

No podía comprender cómo no se había dado la voz de alarma hasta el martes. Amador estaba en constante contacto con Jose y que hubiera tardado tanto en avisar podría indicar que estaba involucrado en el asesinato.

—Verás, Héctor, claro que se dieron cuenta. El lunes por la mañana el señor Amador alertó al hipódromo, y después denunció su desaparición en comisaría.

—Pues tardaron mucho en encontrarlo...

—Encontraron el cuerpo en un contenedor de paja usada, no sé si sabes que ese tipo de basura no se recoge todos los días... Fue el mal olor lo que nos condujo hasta el cadáver. Y..., Héctor, esta es la última información que te doy sobre el caso.

—¿Y no te parece una casualidad que fuera el señor Amador quien denunciara su desaparición? Todo acaba en Andrea y su padre. —La mirada amenazadora que me dedicó Esther me hizo darme cuenta de que estaba dando palos de ciego, buscando un culpable y tirando de cualquier cosa con tal de seguir peleando. Mejor me callaba.

—No, Héctor, no me parece nada extraño —contestó exasperada. Lo dicho, mejor me estaba calladito—. Al fin y al cabo Amador era el único cliente de José Galiano. A partir de ahora tienes que confiar en que voy a hacer mi trabajo. Y no hablemos más del caso, solo si te hago preguntas directas, ¿de acuerdo?

Era evidente que su *de acuerdo* no requería respuesta por mi parte, de modo que no contesté.

—¿No querías comprobar si tu caballo estaba bien?

Por algún motivo me costaba apartar la mirada de ella.

—Oh..., sí, es verdad.

Durante un rato puse toda mi atención en el equino herido.

—¡Maldición!

—¿Qué sucede? —La inspectora se asomó de nuevo a la puerta.

—Pobre Platón, nadie le ha estado dando el medicamento desde el domingo después de darle su primera dosis de antiinflamatorio. Me dijiste que alguien se estaba ocupando de los caballos. —La miré con reproche.

—Yo... pensaba que sí. El señor Amador me dijo que estaba todo controlado.

—Pues es evidente que no. Tengo que hacer que se recueste como sea. ¿Me haces el favor de traerme el libro de medicamentos? Está a la entrada de la cuadra, la primera puerta a la derecha. Lo encontrarás dentro del armario.

—Sí, por supuesto —murmuró antes de alejarse.

—Platón..., vas a tener que hacer un esfuerzo para tumbarte, si no, te quedarás sin las dos patas.

Cuando la inspectora regresó ya había conseguido que se tumbara.

—Perdona..., me ha costado un poco encontrarlo. ¿Es esto? —preguntó al tiempo que me tendía el libro.

—Sí, muchas gracias.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó de pronto, haciendo que levantara la vista.

—¿El qué?

—Tumbar al caballo... Tengo entendido que no suelen tumbarse aunque estén lesionados.

—Oh..., sí, suele ser así en general. Pero deberías conocer a mi caballo, Francesco, duerme siempre tumbado y junto a la comida, así no tiene ni que levantarse para comer. —Me reí al pensar en ello—. Es un vago tremendo.

Atisé un gesto de sonrisa en su rostro, aunque tan ligero y tan poco claro que no estaba seguro de si lo había visto o si lo había imaginado. Pero de lo que sí estaba seguro era de que por un instante sus rasgos se habían suavizado haciendo todavía más evidente su atractivo, lo tenía escondido bajo una capa de seriedad, no sabía si a causa de su trabajo o por otras razones. Me intrigaba, para qué iba a negarlo.

—¿Dónde está Francesco? ¿Está aquí?

—Oh, no..., yo no soy propietario de caballos de carreras. Francesco está en un centro hípico del Escorial. Me turno con un amigo que también tiene un

caballo allí para ir a darle de comer. Y los fines de semana suelo sacar tiempo para montarlo.

—Ya..., te gusta montar.

—Sí, es una de mis pasiones —confirmé, ya que su comentario no había parecido una pregunta, sino una afirmación—. Por cierto, ¿sabes quién es el preparador de esta cuadra ahora que no está Jose?

—Sí... —comenzó a decir la inspectora, pero una voz desconocida nos interrumpió.

—Yo soy el preparador.

La inspectora se giró y yo dirigí la mirada hacia el foco de aquella voz. El hombre se acercó y le tendió la mano a ella.

—Raúl Mendoza.

—Soy la inspectora Aguilera.

—Yo soy Héctor Dekker.

—Lo sé —respondió con tono prepotente.

—De modo que ahora eres el preparador de esta cuadra.

Para mi gusto vestía de un modo inapropiado para dedicarse a ese mundo. Jamás había visto a un entrenador vestido con traje en horario de trabajo. Al fin y al cabo pasabas el rato limpiando y montando caballos. Yo siempre vestía vaqueros y ropa funcional.

—Así es, el señor Amador me ha contratado para sustituir al anterior preparador.

Sin saber muy bien por qué, aparte del hecho de tener un tono de voz pedante, aquel hombre me daba malas vibraciones.

—Pues me vienes muy bien, ya que nadie ha estado medicando a Pla... a Flecha y estoy apuntando ahora mismo la nueva prescripción para que, por favor, la lleves a rajatabla. Hay que darle...

—¿Yo?

—¿Quién si no?

—Ese no es mi trabajo.

—¿Qué? —pregunté confuso. Tal vez estaba hablando con el propietario de un bar en lugar de con un entrenador de caballos.

—Que yo sepa los veterinarios se ocupan de administrar las medicinas.

—Existe un acuerdo con el señor Amador para que el preparador le dé los medicamentos. Si yo tuviera que venir dos veces al día, creo que al señor Amador no le haría mucha gracia la factura.

Era la primera vez que no replicaba.

—En ese caso, me ocuparé personalmente. ¡Claudia! ¡Claudia! —se puso a vociferar.

De pronto apareció por la entrada de la cuadra una señora menuda pero fuerte. Se acercó a nosotros con paso decidido. Ella sí que vestía como una persona normal para aquel ambiente.

—Sí, señor, dígame.

—Entérese bien de las medicinas que hay que darle a este caballo antes de ponerse a limpiar las cuadras.

Era evidente que no quedaban muchos Joses Galiano en el mundo que se ocuparan de todo: la limpieza de la cuadra, el entrenamiento, la alimentación y la medicación. Ahora hacían falta varias personas para hacer el trabajo que mi gran amigo había hecho siempre él solo.

—Mire, señora...

—Llámame Camila, por favor. En realidad ese es mi nombre —me susurró al oído—, pero el señor Mendoza me llama cada día de una manera.

No sabía si reírme o llorar, mis caballos en manos de un tipo que ni siquiera valoraba la importancia de un nombre.

—Camila, si vas a estar por aquí, cuando termine de escribir la receta voy a buscarte y te lo explico todo.

—Perfecto, estaré en el segundo box.

—Señor Mendoza... —interrumpió la inspectora—, me temo que no hemos podido hablar todavía. Cuando lo llamé me dijo que hoy no estaría aquí.

—Tiene razón, inspectora, no pensaba venir, pero al final he podido hacerlo.

—¿Podemos hablar ahora? —Le noté un tono impaciente.

—Sí, por supuesto.

Ambos se alejaron y yo me quedé observando el cuerpo de aquella mujer misteriosa. No comprendía cómo podía parecerme tan sexy con unos simples

vaqueros y una camisa azul, tal vez fuera porque tenía un culo precioso.

En ese instante, la inspectora se giró y caminó hacia mí. Era evidente que me había pillado infraganti. ¿Me iba a echar un rapapolvo?

—Héctor..., había olvidado que no tienes coche. ¿Podrás...?

—Sí, claro, pediré un taxi. No te preocupes, inspectora.

—Tengo nombre.

—Lo sé, pero ya te dije que no te pega ese nombre.

Se giró sin despedirse.

Platón me hizo su típico ruidito para llamar mi atención.

—Lo siento, Platón, pero tú no tienes un culo tan bonito.

Al final no me había hecho esas preguntas, aunque en el fondo era mejor así, de ese modo al día siguiente tendría una excusa para volver a verla. Y tampoco habíamos buscado al tal Paco, pero de eso podría encargarme yo solito.

Ignoraba que Paco se convertiría en mi siguiente *misión imposible*. La primera, con nombre de mujer, había resultado un auténtico fracaso; Andrea no contestaba mis llamadas y, por desgracia, no sabía dónde vivía.

Nombre 6: Sansón

Aravaca, diciembre de 1996

Estoy en mi dormitorio escuchando a Oasis, *Morning glory*, mientras decido cómo decírselo a mi madre. Me aterra la idea de que no me deje ir a las carreras. Me estrujo las manos intentando iluminarme con la fórmula mágica cuando la puerta se abre de pronto.

—¿Tienes algo de ropa para lavar?

—Emm..., ya la he echado a la lavadora.

—Bien... Menos mal que has bajado esa música infernal.

¿Infernal Oasis? Mi madre no tiene gusto para la música.

—¡Mamá! —la llamo antes de que desaparezca por la puerta. Ella se gira —. Yo...

—Dime. —Me observa mientras busco las palabras que no he llegado a decidir—. Oye..., ¡tú has adelgazado! Parece que mi idea de apuntarte a baloncesto está funcionando.

—Sí, supongo.

—¿Qué querías decirme?

—Me han invitado al hipódromo para ver las carreras de caballos. ¿Puedo ir?

Algo me dice que la fórmula mágica no es la correcta. Mi madre sigue allí de pie sin contestar y mirándome de un modo extraño.

—¿Mamá? ¿Me has oído?

—Sí, claro que te he oído, pero... ¿Qué es eso de las carreras? ¿Quién te ha invitado? ¿Cuándo? Si es hoy, olvídale, tenemos planes...

—¿Qué planes? No me has dicho nada.

—Esta tarde iremos a ver a los abuelos.

—¡No son mis abuelos! —exclamo enfadada.

Mi madre cierra la puerta y después se encara a mí con un dedo amenazador.

—No te atrevas a decir nunca más algo así. Pueden oírte.

—¡Me da exactamente igual!

Estoy empezando a fastidiarlo, pero no puede pretender que la familia de su nuevo marido sea mi familia.

—Niña, quieras o no, me he casado y estamos creando un nuevo hogar. Los padres de Julián son ahora tu familia.

—¡No! Lo siento, mamá, pero ellos no son mi familia. Si tú has querido olvidar a papá tan rápido, es tu problema, pero yo no pienso hacerlo. Si quieres que vaya a ver a mis verdaderos abuelos, perfecto. Cuenta conmigo.

Sé que me estoy buscando un serio problema además de la certeza de no ir a las carreras, pero por ahí no paso, por nada y nadie en el mundo.

Mi madre suspira antes de hablar.

—Yo nunca olvidaré a tu padre, pero he pasado página. Es hora de que lo hagas tú también y empieces a considerar a Julián y a Tomás tu nueva familia.

Gruño al escuchar su nombre. Tomás. Eso sí que no.

—No pienso considerar a Tomás mi hermano, no cuando se porta como un... —solo me sale un insulto que hará que mi madre me parta la cara, de modo que rectifico en el último instante— un loco energúmeno.

—Es un chico de lo más atento y cariñoso, deberías aprender de él.

¿Atento? ¿Cariñoso? Es evidente que mi madre vive en un mundo de ilusiones.

—Las carreras son por la mañana, podría ir a las dos cosas. ¿Me dejas? —No quiero seguir con la conversación sobre Tomás porque, si no, empeoraré la situación.

—¡Pues claro que no! Te he dicho que tenemos planes.

—Pero volveré a tiempo para ir a visitar a... a esos señores.

—Cuando comiences a considerar a *esos señores*, a Tomás y a Julián como parte de tu familia, entonces, ya veremos si te dejo ir a las carreras. Además..., ¿con quién pensabas ir? No tienes amigos.

—¡Claro que tengo amigos! He quedado con un compañero del colegio y vamos con su familia, sus padres y su hermano. Viven a cuatro manzanas de aquí.

—¿Compañero? ¿Te has hecho amiga de un chico?

—Sí, ¡¿y qué?! —Sé que la estoy cagando.

—Deberías salir con niñas, no con niños. ¿Cómo se llama?

Me cruzo de brazos, no pienso decirle su nombre.

—Si te haces una amiga te dejaré ir a las carreras, incluso al parque de atracciones. Pero con ese chico, se llame como se llame, no irás a ningún lado. Y esta conversación se ha acabado —dice antes de desaparecer dando un portazo.

—¡Mierda!

Miro nerviosa el reloj y apago el radiocasete. Me da exactamente igual lo que piense mi madre, Héctor es mi mejor amigo y seguiré quedando con él. Y hoy voy a ir a las carreras, tan solo tengo que buscar una excusa para salir de casa sin levantar sospechas. Me escaparé.

La puerta de mi dormitorio vuelve a abrirse. Tengo que recordar pedirle a mi madre que ponga un cerrojo, cualquiera puede entrar cuando quiere.

—¿No sabías que es de personas educadas llamar antes de entrar en un cuarto?

—De modo que soy un loco energúmeno... —dice Tomás intimidante.

—¿Escuchando detrás de la puerta?

—No, estaba en mi habitación y se oye todo. La cuestión es... —se acerca tanto a mí que me echo hacia atrás hasta chocar con la ventana— que a partir de ahora voy a ser un loco energúmeno de verdad. Te vas a arrepentir de esto.

Cuando se marcha trago saliva, la verdad es que en ocasiones ese niño consigue asustarme; es enorme, musculoso y tiene cara de pirado.

Espero diez minutos para salir del cuarto y bajo la escalera.

—¿A dónde crees que vas, niña? —pregunta mi madre asomada a la puerta de la cocina.

Odio cuando me llama *niña*.

—Pensaba ir a comprar el pan, ¿o ya has ido tú?

El fin de semana debo comprar el pan y siempre lo hago de mal humor, puesto que ¿por qué Tomás no tiene ninguna responsabilidad?

—Ah..., claro. ¿Te queda dinero?

—Sí, tengo todavía.

—Bien, pues vete, y vuelves directa a casa.

Cojo la bicicleta y bajo la cuesta a toda velocidad, si me retraso más, ya no llegaré. Veo a Héctor a lo lejos haciéndome señas. Su hermano está junto a él, ambos apoyados en el coche de sus padres.

—Siento el retraso —digo casi sin resuello.

—No pasa nada, estamos esperando a mi padre. Déjame la bici, que la guardo dentro.

—¡Hola, Esther! —me saluda su madre sentada al volante—. Me alegro mucho de que te hayan dejado venir. ¡Ya verás qué divertido es!

No me importaría que mi madre se pareciera un poco más a la de Héctor, siempre está sonriente y animada. Antes mi madre era muy parecida a la suya..., antes de que mi padre muriera. Pero todo ha cambiado y creo que ya no volverá a ser la que solía.

Su padre sale justo cuando Héctor ha guardado la bicicleta. Es un hombre muy elegante a pesar de que viste informal y a simple vista es algo más serio que su mujer, pero enseguida me saluda afectuoso y me anima a entrar en el coche. Ahora comprendo de dónde ha sacado Héctor el color rubio de pelo, también su color de ojos es igual que el de mi amigo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me suelta Eric, el hermano de Héctor, cuando el coche ya se ha puesto en marcha.

—Adelante.

—¿Tienes un hermano?

—No.

—¿Y qué hay del forzado de Sansón?

—¿Sansón?

—Sí, creo que se llama Tomás, pero en el cole lo llaman Sansón. Alguien me dijo que era tu hermano.

—No lo es, solamente es el hijo del marido de mi madre... No sabía que lo llamaban así, aunque le pega mucho. —Sonrío pensando en ello.

—¿Verdad que sí? ¡Se lo puso mi hermano! —me explica riéndose.

—¡Me encanta esta de Cranberries! ¿A ti te gusta? —interrumpe Héctor al sonar una de mis canciones preferidas en la radio.

—*Hold on to love, that is what I do. Now that I've found you and from above. Everything's stinking. They're not around you...*

Ambos hermanos cantan a dúo, con ese acento perfecto. Todos en el cole sabemos que el inglés lo tienen dominado porque su padre se encarga de hablarles en inglés de vez en cuando.

Estoy sorprendida de que cada día que pasa Héctor me guste más que el anterior. Ya no me importa tanto su físico, aunque sigue atrayéndome como si él fuera la Tierra y yo la luna que no puede evitar girar a su alrededor, lo más importante es el hecho de tener a alguien a quien llamar mi amigo. No permitiré que mi madre me aleje de él.

No tardamos en llegar al hipódromo. Carolina me explica que los caballos correrán en la pista de hierba frente a las gradas, pero que primero debemos ir al *paddock*, que es la zona donde los *jockeys* los muestran antes de la carrera. Nos plantamos junto a las vallas de hierro y miro boquiabierto los ejemplares que pasean junto a sus jinetes.

—¡Qué bonitos! —exclamo. Últimamente he vuelto a recuperar la sonrisa.

—Sí, son alucinantes —comenta Héctor, que está pegado a mí—. Mira la número ocho. Me gusta la seguridad con la que camina, mira el porte que tiene, es orgullosa, incluso un pelín nerviosa, ¿ves como de vez en cuando tira hacia arriba? Tiene algo especial... Lo único que no me convence es su nombre.

—¿Cómo se llama?

—Laika.

—No está mal. ¿Cómo la llamarías tú?

Héctor medita durante un instante y después me clava una mirada seria.

—Esther.

Durante unos segundos nos quedamos mirándonos como tontos, hasta que Eric tira del brazo de su hermano.

—¡Vamos! Papá nos espera para apostar.

—¿Apostar? —pregunto confusa.

—Sí, vamos, Esther. No te preocupes, yo tengo dinero para que podamos apostar los dos.

—¿Cuál has elegido? —pregunta Eric.

—A Esther, la número ocho.

Eric mira a su alrededor como buscando a esa yegua y después se fija en el

folleto que tiene en las manos, donde vienen los nombres de cada caballo. No tarda en soltar una carcajada al darse cuenta del verdadero nombre. Evidentemente, todos en su familia están al tanto de su peculiar talento con los nombres.

Llego a casa con una mezcla de sentimientos encontrados: felicidad por lo bien que me lo he pasado junto a Héctor y su familia y terror por la posible reacción de mi madre. Además, sé que Tomás se aprovechará de la situación para atormentarme durante días.

Héctor ha ganado su apuesta, jamás había visto tanto dinero junto. Insistía en que me quedara la mitad, pero me he negado. Si encima de haberme escapado aparezco con veinticinco mil pesetas, mi madre pensaría que he robado un banco.

No tengo ni que abrir la puerta, mi madre está ahí esperándome y, sin mediar palabra, me da una sonora bofetada que me deja estupefacta; es la primera vez que me pega.

—Vete a tu cuarto. Y que sepas que estás castigada hasta... hasta que yo lo diga. Y no creas que te has librado de visitar a tus abuelos, irás, y esta vez serás la niña más dulce del mundo. Yo me encargaré.

Me cruzo con Sansón de camino a la escalera, su mirada dice «yo también me encargaré».

Estoy preocupado por Esther. Desde el día que fuimos a las carreras la han castigado y ya solo la veo en el colegio. Además, ha dejado de ir en bici a clase; su madre la deja por la mañana en coche y el gigante de su hermanastro la lleva de vuelta a casa en la moto. Durante las clases no podemos hablar y en el recreo tampoco, ya no juega al baloncesto con nosotros porque Sansón se la lleva con él y sus secuaces y no me atrevo ni a acercarme. Una vez lo hice y, antes de llegar hasta Esther, él se acercó con paso decidido a mí y me soltó: «Ni se te ocurra acercarte a ella, ya no puedes volver a verla». Me da mucha rabia esta situación, verla rodeada de la pandilla de brutos de ese tío, que la ignoran por completo. Se me rompe el corazón el verla tan deprimida mirando hacia el suelo.

En clase le he pasado alguna notita, pero creo que ni siquiera la ha leído, y

luego, cuando salimos, apenas nos da tiempo a intercambiar unas frases, su hermano siempre está ahí plantado, esperándola con los brazos cruzados, dedicándome una mirada de odio que me deja temblando. Alguna vez me he aventurado a seguirlos hasta donde aparca la moto, pero la mirada de pavor de Esther seguida de un movimiento de negación de su cabeza, me ha hecho pararme en seco. Algo va mal y ya no sé qué hacer.

La desesperación me lleva el último día de clase a idear un descabellado plan de acción. No quiero correr el riesgo de que se marche de vacaciones y no pueda volver a hablar con ella hasta después de las Navidades. ¿Y si se van fuera de Madrid?

A veces me pregunto por qué no sé más cosas sobre ella. Nunca hemos hablado de su familia, ni de sus tradiciones, ni de sus miedos, ni de sus sueños. Siempre acabamos hablando de mi familia, mis sueños y mis miedos. ¿Tal vez no sé escuchar? ¿O tal vez a ella no le gusta hablar de su vida? En cualquier caso, eso no volverá a suceder. Cuando retomemos nuestra amistad, sin castigos de por medio, pienso interrogarla sobre toda su vida. Quiero saberlo todo sobre Esther.

Me coloco un gorro negro de lana, me subo el cuello del abrigo y echo a andar calle arriba. Mi plan es perfecto, vigilaré su casa y, si tengo la suerte de que se vayan todos los miembros de la familia, intentaré contactar con ella. Sé que el grandullón ha quedado con una chica esta tarde. Me estoy convirtiendo en un verdadero espía, pero cuando uno no consigue lo que quiere se agudizan todos sus sentidos para poder conseguirlo. En cuanto a su madre, no tengo ni idea de si estará en casa, pero sí sé que el padre de Sansón trabaja mucho y suele llegar tarde.

Al llegar me siento en la acera y miro hacia las ventanas del piso de arriba, las cortinas están echadas. Me pregunto qué estará haciendo Esther en este momento, seguramente leer y escuchar música. A lo mejor la espera va a ser larga.

De pronto siento una presencia detrás de mí.

—¿Qué haces tú aquí?

—He venido para ayudarte a hacerlo bien.

—¿Hacerlo bien?

—Sí, el plan para hablar con Esther.

Me hace gracia que, a pesar de no haberle dicho nada de mis preocupaciones, sepa lo que pretendo hacer. A veces pienso que mi hermano no pertenece a este mundo.

—En realidad lo tengo todo controlado.

Sé que no es cierto, que me vendrá bien ayuda en el exterior cuando consiga colarme dentro, pero en ocasiones mi hermano pequeño me parece un pedante sabelotodo.

—¿Llamas controlado a estar frente a su casa sentado entre los coches? Los vecinos se van a mosquear al verte aquí, sin contar con que me necesitas para que vigile cuando estés dentro. ¿O cómo pensabas hacerlo solo? —Niega con la cabeza para enfatizar lo malo que es mi plan.

—Está bien..., puedes quedarte si estás tan aburrido.

Eric me mira con desconcierto y en ese instante oímos el sonido de la moto de Sansón saliendo del garaje. Pasa a nuestro lado tan rápido que por suerte ni desvía la mirada.

—Uno menos —soltamos al unísono.

Tan diferentes y al mismo tiempo tan parecidos. Siempre será así, supongo.

Miro de nuevo hacia la casa, tal vez debería colarme para comprobar si Esther está sola.

—Aunque te puedes meter en un buen lío... —es mi hermano el que habla —, creo que deberías intentar colarte para comprobar si su madre está dentro. Como eres menor de edad tampoco sería tan grave.

—¿Acaso eres mi padre?

—¿Cómo? —pregunta confuso.

—Nada..., que sí, que voy a colarme.

—¡Me cago en la mar! —exclama de pronto Eric—. Podía haber traído los *walkies* para comunicarnos.

—Bueno, para eso está el...

—¡Ya lo tengo! Si viene alguien de la familia llamo tres veces al timbre y me piro.

—¿Cómo que ya lo tienes? Es lo que iba a...

—¡Venga! ¿A qué esperas? ¿No te parece buena mi idea?

—Sí..., claro, es brillante —suelto mosqueado mientras me levanto del suelo. O mi hermano es un roba-ideas a base de leer la mente o pasamos demasiado tiempo juntos.

Salto la valla, no sin antes haberme asegurado de que no hay testigos. Rodeo la casa y me asomo a una de las ventanas de la fachada lateral. Es el salón y está desierto. Sigo mi camino hasta llegar al porche trasero, desde donde veo una piscina tapada con una lona azul. Me escondo detrás de un sillón de mimbre y me asomo a la cristalera. Una cortina tapa la vista, pero puedo comprobar por un hueco que la luz está apagada. Sin embargo, de pronto se ilumina el fondo y veo como sale su madre de una habitación. Oigo como llama a Esther, quien no tarda en descender por la escalera descalza y vestida con unos vaqueros y un jersey de rayas amarillas y azules. Ahora no puedo entender lo que le dice, pero tiene pinta de que le está dando algún tipo de instrucción. Esther asiente sin mucho entusiasmo. Después su madre se pone el abrigo y sale al exterior. Sonrío para mí, por lo visto voy a conseguir mi objetivo, aunque no sé de cuánto tiempo dispongo. Espero un tiempo prudencial después de escuchar escuchado el coche alejarse por la calle, entonces salgo de nuevo. Eric me hace una seña desde el otro lado de la calle y yo llamo al timbre.

—¿Quién es? —pregunta Esther por el telefonillo.

—Soy yo, Héctor. Sé que no hay nadie en tu casa, ¿puedo pasar?

Por un momento pienso que ya no está al otro lado, puesto que se ha hecho el silencio.

—Está bien, pero no tenemos mucho tiempo.

Está apoyada contra la pared de la entrada. No estoy acostumbrado a verla con el pelo suelto, suele llevarlo recogido en una coleta o en un moño, tal vez por eso me cuesta apartar la mirada de ella. Su larga y abundante melena brilla de un modo casi sobrenatural, como por efecto de unos rayos de sol inexistentes. Nunca me he planteado si Esther es bonita o no, puesto que somos amigos, pero cada día descubro algo que me fascina de ella.

—¡Hola! —exclamo haciendo un gesto de saludo con la mano.

Esther me dedica una sonrisa algo triste como respuesta. Cuando la conocí pensé que no sabía sonreír, pero poco a poco he ido aprendiendo que no es tan

complicado conseguir que lo haga, y mucho más fácil todavía hacerla reír, y la verdad es que me he propuesto hacerlo a menudo, pero hoy no parece el día adecuado.

—¿Qué haces aquí? —Su tono es serio y su postura con los brazos cruzados parece indicar que no le apetece mucho verme.

—¿Puedo entrar?

Ella suspira antes de bajar los brazos y abrir la puerta. Ambos entramos al calor del hogar.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta, demasiado formal para mi gusto.

—No he venido a tomar nada, sino a verte.

—Oh —dice simplemente—, mi madre no tardará en volver, ha ido a hacer la compra.

—Mira, Esther, voy a ir al grano. Estoy preocupado por ti, sé que te han castigado por lo del hipódromo, pero... ¿no es una exageración llevar casi tres semanas castigada? ¿Por qué son tan duros contigo?

—Héctor..., me escapé de casa durante horas, mi madre no me dejaba ir con vosotros a las carreras...

—Pero... me dijiste que te castigaron por llegar más tarde de lo previsto, no que...

—Te mentí.

—¿Por qué?

Esther baja la mirada y me da la espalda para entrar en la cocina. Después se sienta derrumbada sobre una de las sillas que rodean una mesa de color blanco.

—Me daba vergüenza decirlo que mi madre no me dejaba ir.

—¿Por qué no te dejaba? Si me lo hubieras dicho le habría pedido a mi madre que hablara con ella.

Me siento a su lado.

—No se trata de eso.

—No te comprendo.

—Ella... ella no me deja salir contigo porque eres un chico.

—¿Qué?! ¡Menuda chorrada!

—Lo sé, pero no hay manera de que comprenda que solo somos amigos.

—¿Y qué es lo que piensa?

—Que un chico y una chica no pueden ser amigos. Dice que siempre uno de los dos va detrás del otro. Dice que tengo que salir con chicas.

Suelto una carcajada.

—Sí, por supuesto, con las cursis de clase.

Aquello parece hacerle gracia, porque le entra la risa floja, tanto que se le saltan las lágrimas. Sin embargo, no tardo en darme cuenta de que aquello ha derivado en otra cosa; está llorando de verdad. Esther se levanta como si le diera vergüenza y se pone de espaldas a mí. Me acerco a ella y la abrazo por detrás porque tengo unas ganas tremendas de consolarla, no me gusta verla triste. Pienso que se va a soltar, pero se agarra a mis brazos con fuerza hasta que unos segundos después por fin se tranquiliza.

—Lo siento —dice—, no puedo creer que me haya puesto a llorar como una tonta delante de ti.

—Para eso son los amigos..., aunque tu madre piense que no podemos serlo.

Eso la hace reír, aunque no tengo ni la menor idea de por qué.

—Dime, Esther, ¿qué está pasando?

—Ya te lo he dicho.

—No, sé que hay algo más —Esther aguanta mi mirada poco tiempo, no tarda en desviarla.

—No hay nada más, Héctor.

Sé que no está siendo sincera, pero no quiero presionarla.

—Está bien... ¿Cuándo crees que te quitarán el castigo?

—Cuando cumpla treinta años.

Esta vez soy yo quien se ríe con ganas y ella no tarda en seguirme. La noto relajada.

—Así me gusta... ¿Qué quieres que hagamos? ¿Me enseñas tu casa? Me gustaría mucho ver tu habitación. ¿Esa canción que suena es de Fool's Garden?

Es en este instante cuando el timbre de la puerta suena tres veces seguidas.

—¡Vaya! Qué inoportuno Eric —comento desilusionado, Esther me mira sin comprender—. Creo que tengo que irme.

—Tranquilo..., mi madre nunca llama al timbre, iré a ver quién es.

—No, es la señal, Esther.

—¿Qué señal?

—Mi hermano está fuera y esa es la señal para avisarme de que viene alguien de tu familia.

—Si es así, ya es demasiado tarde. Escóndete ahí. —Me señala un armario de la entrada—. Yo subo a mi habitación, mi madre irá a asegurarse de que estoy haciendo lo que me ha pedido.

—¿Qué te ha pedido?

—No hay tiempo, escóndete. Cuando oigas sus pasos subiendo, esperas un poco y te vas.

Me meto dubitativo en un armario lleno de abrigo y no tardo en sentir las manos de Esther empujándome y cerrando la puerta. Menudo agobio, siempre he odiado los sitios cerrados.

Escucho como la puerta se abre, pero Esther está equivocada, no es su madre.

—¡Culo gordo! ¿Dónde estás?

Escucho cómo esa mole de casi dos metros sube la escalera.

—Sé que estás sola, así que esta vez tendremos una charla, la que ayer no pudimos tener.

¿De qué habla?

—Bueno..., en realidad no será una charla, ya lo sabes.

Su voz se oye más lejana, debe haber llegado a la puerta de la habitación de Esther, pero puedo percibir su hostilidad en cada una de las sílabas que pronuncia.

—¡Abre la puerta, hermanita! —exclama tan alto que lo oigo como si estuviera junto a él.

Decido salir del escondite, pero no para huir como estaba previsto, sino para subir las escaleras sigilosamente. Conozco a Esther, no es la típica chica asustadiza que se esconde en un armario como yo, soy consciente de que si Sansón sigue acosándola de ese modo, acabará enfrentándose a él.

La he visto en acción en varias ocasiones en el colegio. Una vez se enfrentó a nuestras cursis compañeras por reírse de nosotros, pero otra me dejó estupefacto cuando se enfrentó a dos de nuestros adversarios más

habituales en el campo de baloncesto. No habían parado de picarla durante el partido haciendo comentarios ofensivos sobre que no sabía jugar por ser una niña. Ella esperó pacientemente hasta el final del partido y entonces se acercó a los dos cuando se estaban regodeando por habernos ganado. Primero los observó con altanería, y después les soltó: «¿Sabéis cuántas canastas habéis metido entre los dos? ¡Una!... Una frente a cinco que he metido yo. ¿Quién no sabe jugar al baloncesto?». Uno de ellos se calló inmediatamente después de aquella lección, sin embargo el otro se le acercó por detrás cuando Esther ya se estaba alejando. Corrí hacia ellos, ya que era evidente cuál era su intención. Lo más gracioso fue que no hizo falta que interviniera. Justo cuando Iván iba a darle un golpe en la espalda, Esther se movió hacia un lado haciendo que se cayera al suelo. Tengo que reconocer que me sentí orgulloso de su elegancia, ni siquiera se rio de él, ni se quedó para humillarlo, siguió caminando hacia la clase como si no hubiera pasado nada.

Desde aquel día nadie osa meterse con ella, pero ahora tiene a este grandullón aporreando la puerta de su dormitorio. Jamás imaginé que su vida fuera así. Ahora comprendo la razón de que nunca me invite a su casa; su madre no la deja quedar conmigo, pero, además, estoy seguro de que se avergüenza de esta situación. ¡Como si fuera culpa suya!

Tomás no para de golpear la puerta mientras la insulta hasta que, como yo he previsto, Esther la abre y se encara a él.

—¡Qué! ¿Qué vas a hacerme, cobarde de mierda? Vete a meterte con alguien de tu tamaño.

—¡Yo no soy un cobarde!

—¿Ah, no? Pues yo creo que sí, aprovechas cuando no están nuestros padres para meterte conmigo. Muy valiente no eres que digamos.

Tomás la empuja y desaparecen dentro del dormitorio, eso hace que me atreva a subir los escalones que me faltan. Cuando llego a la altura del cuarto me pego a la pared como he visto hacer a Tom Cruise en *Misión imposible*.

—¿Te atreves a hablarme así?

—Vamos, Tomás... —dice en tono conciliador—, ¿por qué no intentamos llevarnos bien? Al fin y al cabo tenemos que aprender a vivir juntos.

Me asomo rápidamente, Tomás la tiene acorralada contra la pared, de

hecho no veo a Esther, la tapa el enorme y musculoso cuerpo de Sansón.

—Verás..., todavía recuerdo cómo me llamaste aquella vez: loco energúmeno. ¿Te suena? Tú misma le dijiste a tu madre que jamás me considerarías tu familia, lo que pasa es que ahora tienes miedo, culo gordo.

—¡No vuelvas a llamarme así! ¿Lo has entendido, niño de papá?

Esther, con ese cuerpo tan canijo en comparación con aquel gigante, lo empuja tan fuerte que hace que se tambalee.

Oh, no, ¿por qué has hecho eso, Esther? ¿Estás loca? ¿Por qué narices será tan valiente!

—¿¿Qué me has llamado?! —exclama furioso Tomás.

—¡Niño de papá! Lo eres, y lo sabes muy bien.

Lo sé por cómo se tensa el cuerpo de Sansón, pero no llego a tiempo para pararlo, le da un puñetazo en el estómago. Esther se deja caer al suelo sujetándose la barriga. Me coloco delante de ella, Sansón me mira entre aturdido y asustado.

—¿Qué leches haces tú aquí?

—¿Estás bien? —me agacho para preguntarle. Obviamente no me contesta, no puede.

—Yo... yo —balbucea el grandullón— no quería...

—¡No vuelvas a tocarla! ¿Me entiendes? —lo amenazo desde el suelo.

Es evidente que no era lo que había planeado antes de entrar en el dormitorio, pero estoy tan cabreado que no me importa que me dé una paliza, incluso eso haría que me sintiera mejor, así estaría en igualdad de condiciones con respecto a Esther. Pero no me espero esta reacción por parte de esa mole. Baja los ojos y después abandona el dormitorio. Esther sigue con la mirada clavada en el suelo.

—Oh, Dios, no puedo creer lo que te ha hecho. ¿Cómo estás? —vuelvo a preguntar, impaciente por escuchar su voz—. Por favor..., asiente si estás bien; si no lo haces, te llevaré a urgencias.

Por fin consigo que asienta y que levante una mirada llorosa. Intenta incorporarse y yo me apresuro a ayudarla, sin embargo, Esther me aparta.

—Puedo sola.

Hace una mueca de dolor al levantarse del todo y se sienta en la cama.

—¿Este bruto te pega a menudo? —Obviamente no obtengo respuesta—. Deberías hablar con tu madre sobre lo que ha sucedido.

Para mi absoluto desconcierto, Esther estalla en una carcajada amarga.

—Mi madre no me creería, siempre dice que debería aprender modales de él.

—¿Qué?! —Eso es de locos.

—Sí, él la ha encandilado.

—De cualquier forma, esta vez tienes pruebas. —Señalo su abdomen. Estoy seguro de que mañana lo tendrá amoratado.

— Héctor, es mejor que te vayas.

—No pienso irme hasta que vuelva tu madre. No te dejaré sola con ese... ¿Cómo lo llamaste?, ¿energúmeno?

Eso la hace sonreír. Y justo en este instante suena el timbre tres veces seguidas.

—¡Mierda! —exclamo fastidiado.

—Es mi madre, tienes que irte antes de que te vea.

—Solo me iré si me prometes que no dejarás que esto vuelva a suceder.

—Por supuesto. Tranquilo, esto no volverá a pasar.

Me lo dice con tanta convicción, que respiro más calmado y salgo corriendo de allí. Eric no ha cumplido su parte del plan y en vez de haber huido está fuera esperándome, atacado de los nervios. Debo agradecer tener un hermano extraterrestre que sabe leerme la mente y mejorar mis planes. Y, sobre todo, tengo mucha suerte por tener una familia como la mía, que siempre me apoya y me comprende. Ojalá pudiéramos adoptar a Esther.

Nombre 7: Belén

Sábado, 26 de septiembre de 2015

A pesar de ser sábado por la tarde, había organizado una reunión de emergencia con el equipo. Teníamos que poner en común lo que habíamos conseguido desde el día anterior y no podíamos esperar al lunes; no debíamos olvidar que un asesino andaba suelto. Llevábamos toda la tarde reunidos sin llegar a ninguna conclusión, pero yo no iba a dar mi brazo a torcer, debíamos esforzarnos más para resolver ese caso aunque ninguno de nosotros durmiera esa noche. Sin embargo, en cuanto el sol comenzó a ponerse todos menos Charly desaparecieron con diferentes excusas. Lo primero que sentí fue decepción, pero, después de observar el gesto de mi compañero con el que me decía que no podía juzgarlos, me convencí de que tenía razón. Ellos tenían una vida aparte del trabajo, al contrario que yo, pero ¿y Charly? Como siempre, estaba junto a mí sin importar la hora o el día de la semana, pero yo era consciente de que, a pesar de no tener una vida sentimental estable, tendría mejores cosas que hacer un sábado por la noche. Ese caso me afectaba de forma personal y no me importaba dedicarme a él día y noche, pero no podía arrastrar a todo el mundo conmigo.

—Tú también deberías irte.

—Si nos llegaran los análisis de muestras... podríamos avanzar — comentó Charly frustrado e ignorándome por completo.

—¿No me has oído?

—Oh..., ¿te refieres a tu sugerencia de que me vaya? Me iré cuando tú lo hagas, no intentes deshacerte de mí.

Sabía que no sentía nada amoroso hacia mí, ¿cómo iba a sentirlo si era mucho más joven que yo? Además, a mí últimamente solo me rodeaba la oscuridad y a él se lo veía con ganas de vivir, y a nadie le gusta vivir entre tinieblas. También sabía que no lo hacía para hacerme la pelota, eso no hubiera servido conmigo. Tal vez era algo tan simple como que le gustaba su

trabajo.

Sobre los análisis de muestras, Charly también tenía razón, pero por otro lado temblaba ante la idea de tener confirmación de las sospechas de Jorge sobre la causa de la muerte. Y luego estaba ese vial tan sospechoso y desconcertante. Aunque me costara reconocerlo tenía miedo, y no solo por Héctor. ¿Lo conocía lo suficiente como para asegurar que era inocente o quería convencerme de que lo era? Me preocupaba que mis recuerdos pudieran estar confundiendo mi buen juicio. Si lo pensaba fríamente, en realidad era un auténtico desconocido.

—Espera, espera —dijo de pronto Charly clavando la vista en su portátil.

Esperé impaciente a que levantara la vista. Lo hizo unos segundos después y su sonrisa me informó de que era la respuesta que no quería.

—¡Lo tenemos!

—¿Los análisis de muestras? Eso es imposible.

—No, solamente el resultado de las huellas encontradas en el frasco que descubrimos en el coche.

Tragué saliva. Tendría respuestas, tanto si quería como si no.

—¿De quién son? —pregunté tratando de disimular mi angustia.

—¡De Héctor! —Charly sonrió satisfecho. Yo sentí ganas de vomitar, aquello era tan descorazonador...

—¡Es una buena noticia! No teníamos nada concreto contra él y ahora sí.

Me levanté y caminé hasta la ventana. Ya era noche cerrada. Pensé en Héctor y en cómo me estaba mirando antes de despedirnos en el hipódromo. Hubiera jurado que estaba contemplando mi trasero y eso había hecho que me sintiera sensual por primera vez en mucho tiempo. Pero debía ignorar todo lo que me hacía sentir, y no solo por las circunstancias en las que había vuelto a verlo, sino porque no sería bueno para él. En cualquier caso, no debía ignorar que era un sospechoso, pero cada vez que lo pensaba me decía que él jamás sería capaz de matar a sangre fría. ¿O estaría equivocada?

—¿Llamamos a la jueza Sáez?

—¿Qué? —me giré confusa.

—Digo que si llamamos a la jueza, ya tenemos pruebas de que Héctor pudo haber asesinado a José Galiano.

—Todavía no hay nada concluyente. Debemos esperar a tener los análisis de lo que contenía y ver si coincide con el veneno casero que Jorge sospecha que utilizó el asesino.

—Pero..., deberíamos informarla.

—Aún es pronto. No quiero molestar a su señoría hasta tener pruebas válidas para el juicio.

—Pero..., es evidente que Héctor lo asesinó.

—¿Con qué finalidad?

—Como tú me has enseñado, a veces no hay ninguna razón evidente —respondió con cierta pedantería.

—Si de verdad fue él, me parece muy poco inteligente dejar el arma del crimen en su propio coche y meter el cuerpo en un contenedor del hipódromo a unos metros del establo donde trabaja.

Charly se encogió de hombros.

—¿Piensas que ha sido una trampa como él dice? Se ha inventado un montón de personas que no existen, y la única que existe, Andrea Amador, lo niega todo. Su testimonio parece de locos.

—Precisamente, Charly, es absurdo que alguien piense que gente que no existe le pueda servir de coartada y más aún que implique a una persona que no lo va a apoyar. A mí Héctor me parece demasiado inteligente para haber creado semejante escenario. —Lo que me callé era que nunca le daría la razón porque mi corazón me decía que él no era culpable.

—¿Y qué hay de los árboles de su jardín? Ambos vimos el tejo —insistió.

—Ten en cuenta que de momento es solo una sospecha del forense, todavía falta el informe de muestras para confirmar que murió como él cree. Por el momento tenemos que esperar a tener algo concluyente, la su señoría no emitirá una orden de arresto con lo que tenemos.

Charly tenía la mirada perdida. Cuando se ponía a analizar algo muy concienzudamente, se colocaba la mano bajo el mentón y me recordaba a la estatua de Rodin. Era cierto que uno de los dos tenía que hacer de abogado del diablo y cuestionarlo todo y a todos, pero ambos sabíamos que ese papel solía hacerlo yo.

—¿De qué conoces a ese hombre?

Me sorprendió a pesar de que en el fondo sabía que tarde o temprano llegaría ese momento. Suspiré antes de contestar.

—Lo conocí hace tanto tiempo y éramos tan pequeños que no puedo considerar que lo conozca. Apenas teníamos quince años.

—Pero él no se acuerda de ti.

Asentí, dolida por un lado y agradecida por otro.

—Es curioso —comentó, dejándome confusa.

—¿El qué?

—Que estés enamorada de él sin apenas conocerlo.

—¿Qué? ¡No estoy enamorada de él! —solté airada.

Charly se rio.

—Lo que tú digas, jefa. Pero tienes que confesar que te sientes atraída por él.

Me volví hacia la ventana, prefería que no se diera cuenta de cuánta razón tenía.

—Bueno..., ¿cómo quieres que procedamos?

Me giré de nuevo para mirarlo.

—Necesito volver a interrogar a Andrea y a su padre. También quiero interrogar al hombre del hipódromo, el encargado de mantenimiento que comentó Héctor. El del tatuaje..., el tal Paco... —expliqué al notar que Charly no sabía de quién le hablaba—. Todavía no lo hemos localizado.

—¿Qué hay del nuevo entrenador?

—En principio podemos descartarlo, tan solo está haciendo un favor al señor Amador hasta que se sepa qué va a pasar con la cuadra.

Se me había hecho muy tarde para pasar a ver a mi madre y decidí irme a casa. Aparqué el coche delante, pero ni siquiera llegué a entrar; después de la conversación con Charly necesitaba despejarme. Como de costumbre mis pasos me llevaron al parque Arroyo Pozuelo, el más cercano a mi casa. En otros momentos del día solía estar abarrotado de gente haciendo ejercicio o paseando y de niños correteando, pero por suerte, a esas horas, podía encontrar la paz y el silencio que buscaba.

—Inspectora, ¿me estás siguiendo?

Levanté la mirada al oír una voz que llevaba incrustada en mi cabeza

desde hacía unos días.

—¡Héctor! —exclamé sorprendida. Había pensado que mi oído me estaba jugando una mala pasada—. ¿Qué haces aquí?

—No eres tan buena actriz, o al menos no das la impresión de serlo, así que deduzco que ha sido un encuentro casual.

—Por supuesto, te aseguro que si estuviera siguiéndote no te darías cuenta.

—Te creo, inspectora. —¿Cómo podía ser tan atractivo cuando sonreía!— Tengo que confesar que me vienes muy bien, estaba dándole vueltas al caso. ¿Te importa que paseemos juntos?

No contesté a su pregunta, pero de forma involuntaria comenzamos a caminar en la misma dirección como si fuéramos más que unos desconocidos.

—Soy yo la que tiene que dar vueltas al caso, no tú.

—Bueno, eso no es cierto, desde que soy sospechoso, yo también estoy intentando encajar las piezas. Para serte sincero, estoy bastante preocupado, ¿crees que hay suficientes pruebas en mi contra?

—Si crees que voy a comentarte algo sobre el caso, estás muy equivocado. Buenas noches —dije contundente antes de alejarme de él, pero no llegué muy lejos, me agarró del brazo antes de que pudiera hacerlo.

—Sé que no compartirás nada sobre el caso conmigo porque eres una profesional, y eso es lo que me gusta de ti.

Sentí como mi boca pretendía sonreír ante su comentario, pero la contuve.

—Estoy seguro de que encontrarás a los que mataron a Jose y que no permitirás que un inocente acabe en la cárcel.

—¿Los que mataron? ¿Crees que son varios?

—No lo sé, pero podría ser. Además, ya sabes de quiénes sospecho. Pero será mejor que dejemos el tema..., no quiero que pienses que tenía esta encerrona preparada para sacarte información.

Durante unos segundos ninguno de los dos hablamos.

—De modo que vives por esta zona... —comentó. Era igual que de pequeño, no podía estarse calladito—. ¿Llevas mucho tiempo viviendo por aquí?

—Creo que no es de tu incumbencia.

—Bien, tienes razón, supongo que entablar una conversación trivial con

una inspectora de la Policía Judicial no es algo fácil. Inspectora..., dime algo sobre ti, algo que puedas contarme. Háblame de tu infancia, por ejemplo.

Lo miré inquisitiva. ¿Se acordaría de mí y estaba jugando conmigo?

—¿De mi infancia?

—Sí, cuando eras una niña.

No sabía si era una trampa o una pregunta inocente. Si solo tenía en cuenta lo que sabía de cuando era niño, sería más bien la segunda opción, pero ahora no estaba tan segura.

—Jugaba al baloncesto y escuchaba música.

—¡Anda! Igual que yo. —Parecía tan natural al hablar que tal vez yo estuviera un poco paranoica—. ¿Tenías muchos amigos?

—No.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Que no tenías amigos o que no tenías muchos?

No pude evitar poner los ojos en blanco.

—Los buenos amigos se cuentan con los dedos de una mano.

—Eso es cierto... Lo curioso es que al final los que más se preocupan por ti y con los que puedes contar siempre, es con tu familia.

—Eso depende de la familia —repuse a la defensiva.

—Sí, tal vez yo haya tenido siempre mucha suerte con la mía.

—No lo dudes.

Me miró extrañado.

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso conoces a mi familia?

Me giré nerviosa por la posibilidad de haber podido cometer un error.

—No, claro que no, solo digo que es evidente por como hablas de ellos.

Héctor se quedó mirándome durante unos instantes, incluso llegué a sentirme incómoda.

—¿Sabes? Me recuerdas a alguien...

Ese era el momento que había temido desde el principio.

—Es hora de irme —dije después de mirar el reloj—. Mañana tengo trabajo.

—¡Pero si es sábado! ¿No tienes planes para hoy con tu marido o...?

—¿Y tú? ¿No tienes planes con ninguna mujer, con tu familia?

—Sí, tenía planes que se habían pospuesto del jueves, pero no me sentía

con ganas de ir —dijo apesadumbrado, y yo me quedé rumiando si los planes serían con una mujer o con su familia.

—Bueno, inspectora, ha sido un placer pasear contigo. Espero no verte demasiado a menudo, y no es porque no disfrute de tu interesantísima conversación, sino porque eso significará que me habéis eliminado de la lista negra. Buenas noches.

Comenzó a caminar alejándose de mí.

—¿Héctor?

¿Por qué lo estaba llamando?

—¿Sí?

Se giró. Estaba tan endemoniadamente atractivo con ese pelo suyo tan rebelde que juro que estuve a punto de dar dos pasos y besarlo. Por suerte me contuve, por desgracia se me daba demasiado bien contener mis impulsos.

—No les des más vueltas a las cosas e intenta descansar. Buenas noches, Héctor.

—Lo intentaré, aunque no puedo prometerlo. Buenas noches, inspectora.

Esa sonrisa traviesa iba a darme mucho que pensar esa noche. Me giré dispuesta a no torturarme más y me alejé; sin embargo, sentí como si todavía estuviera observándome. Nada más lejos de la realidad, cuando me volví él ya no estaba a la vista.

No sabía por qué no le había explicado la verdad sobre mi marido, pero sí sabía que odiaría que los planes que había pospuesto fueran con una mujer.

Lunes, 28 de septiembre de 2015

Llevaba desde el sábado por la tarde vigilando el piso de la falsa periodista, por lo visto estaba en venta a través de una inmobiliaria de la que no había oído hablar jamás. Tenía que reconocer que estaba obsesionado con localizar a Andrea, incluso había intentado averiguar su domicilio de forma ilegal, sin embargo no había tenido ningún éxito. De modo que, viendo que la única conexión con aquella absurda historia era Rebeca Pastor, o como realmente se llamara, había decidido apostarme frente a aquella vivienda y esperar el tiempo que hiciera falta. Era mi única esperanza de intentar sacar

algo en claro de aquella patraña en la que me había visto envuelto.

En mis horas más kafkianas me llegaba a plantear si no sería todo producto de mi imaginación, si yo habría creado a esa farsante, al director del hipódromo y toda aquella pantomima, pero nadie mejor que yo sabía que nunca había sido demasiado creativo, ni siquiera para inventar nombres para mis caballos, siempre eran ellos quienes me lo sugerían de un modo u otro.

Mis ojos se perdieron por enésima vez en el anuncio de la inmobiliaria colgado del piso donde esa desconocida había fingido que vivía hasta que de pronto caí en algo que había obviado todo el tiempo. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Salí apresuradamente del coche y mis pasos se dirigieron a la garita del conserje.

—Disculpe, ¿tendría usted el teléfono de la inmobiliaria que vende el piso de la primera planta?

El hombre me miró con desinterés, como si le costara levantar la vista del libro que estaba leyendo.

—Lo pone en el anuncio.

—Parece que se ha borrado.

—Pues búsquelo en internet —dijo, y volvió a lo suyo.

Me alejé soltando algunos improperios para mis adentros y una vez en la calle busqué la información como había sugerido mi amable amigo. No tardó en responder una mujer al teléfono.

—Inmobiliaria Madrid Sol, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenos días, estoy en la avenida de Bonn 13 y me gustaría echar una última mirada al piso que tienen en venta para poder tomar una decisión.

—Si me da su teléfono, un agente se pondrá en contacto con usted.

—Mire..., tan solo tengo dos horas, salgo de viaje y estoy casi seguro de que quiero comprar el piso, así que, si es tan amable, ¿podría avisar a la señorita que me enseñó el piso hará una semana? No recuerdo su nombre pero es delgada y morena y con pecas.

—Ah..., sí, debe referirse a Belén.

—Sí, ahora que lo dice, ese era su nombre —mentí como un auténtico profesional.

—Ahora mismo le paso con ella...

—¡No, por favor! Dígale simplemente que estaré aquí esperando y que le agradecería que no tardara mucho, en dos horas me iré. Muchas gracias.

Colgué, no podía arriesgarme a que reconociera mi voz, aunque lo dudaba.

Entré de nuevo en el edificio dispuesto a negociar con el conserje impasible.

—Disculpe, he quedado con la agente inmobiliaria, está a punto de llegar. ¿Le importa que la espere en la puerta del piso?

—Haga lo que quiera, pero ni se le ocurra deambular por el edificio —me contestó mientras me amenazaba con un boli.

Estuve dando paseos impacientes a lo largo del pasillo frente al piso en venta, mis zancadas se hacían más grandes a medida que pasaba el tiempo. ¿Y si venía otra mujer? Tal vez no fuera ella la que enseñaba esa casa, me había hecho ilusiones con que por fin me salía bien algo relacionado con esclarecer mi situación, pero lo más probable era que finalmente no apareciera nadie.

Al oír el sonido de unos tacones saliendo del ascensor (no podía creer que lo hubiera utilizado para subir una mísera planta), me escondí tras una columna. El repiqueteo de los zapatos dejó de sonar cuando llegó a la puerta. La escuché resoplar un par de veces, y al oír el tintineo de unas llaves decidí asomarme para comprobar si era ella. Al menos de espaldas lo parecía: morena, delgada, menuda, ataviada con una falda entubada que ensalzaba su figura; definitivamente era el tipo de mujer que solía atraerme. Antes de entrar miró hacia la escalera y pude contemplar brevemente su perfil. Mi truco había sido todo un éxito.

Llamé al timbre y me preparé para impedirle reaccionar como pensé que haría. Sin embargo, no intentó cerrarme la puerta en las narices, sino que se quedó petrificada mirándome con la boca abierta. Tuve que reconocer que disfrutaba de la expresión de pavor de su rostro, se lo tenía merecido por haber jugado conmigo.

Normalmente no disfruto del sufrimiento ajeno, pero cuando te llevan al límite de tu resistencia intentando privarte de tu libertad, de tu vida, de la gente a la que quieres, puedes volverte un absoluto mezquino sin sentimientos. Así me sentía en ese momento. Ni siquiera me reconocía a mí mismo, pero estaba harto de que jugaran conmigo. Y ya no se trataba de una simple traición

sentimental como estaba acostumbrado, esta vez alguien pretendía que acabara en la cárcel culpable del asesinato de un amigo y compañero que, obviamente, no había cometido.

Me sentí fuerte y decidido cuando me abalancé sobre ella después de haber cerrado la puerta de un portazo. Por un momento me recordó a una época en la que había sido incluso valiente, cuando tenía quince años y era un inconsciente. Bueno, tal vez no era tan valiente como entonces, lo que tenía delante no era una bestia sino una mujer a la vista frágil e indefensa.

—¿Quién eres! —exclamé agresivo.

—Belén Hernández...

—No me refiero a tu nombre, sino a la razón de que montases esa farsa y te hicieses pasar por periodista. ¿Quién te encargó el trabajo?

—¿Trabajo?

—¡Sí! —grité enfurecido, la verdad era que comenzaba a gustarme mi nuevo yo—. ¡¿Quién te encargó que me engañaras?!

—No era ningún trabajo, sino un favor.

—¿Un favor para quién!

—Andrea...

¡Por supuesto!, no podía ser de otra forma.

—¡Siéntate y cuéntame todo!

Belén asintió y se sentó en una de las sillas que rodeaban la mesa del comedor (la casa estaba completamente amueblada, lista para entrar a vivir). Me dirigió una mirada arrepentida antes de comenzar a hablar. El temblor de su voz hizo que volviera a ser yo mismo.

Una hora más tarde salí del piso, por primera vez esperanzado desde que había empezado ese *thriller* policiaco.

Pobre iluso.

Nombre 8: Ana

Aravaca, diciembre de 1996

Estoy muy nerviosa porque no estoy nada segura de que el plan de Héctor sea una buena idea, aunque tengo que reconocer que no he dejado de sonreír como una tonta desde que me lo explicó hace dos días, después de habernos visto en mi casa.

Sé que no es porque le guste, sé que tan solo es un amigo, pero pienso disfrutar de que se preocupe por mí aunque sea ridículo; nunca he tenido a nadie que lo hiciera, aparte de mi padre. Sé de sobra que no hay razón para inquietarse (si Tomás vuelve a ponerme una mano encima, estaré preparada), pero me gusta que lo haga. Tengo mucha suerte de tenerlo como amigo.

Hemos establecido un método seguro de comunicación. Me ha dejado un *walkie-talkie* y tengo que ponerme en contacto con él después de comer; en caso de que no lo haga, él llama por teléfono a las cuatro de la tarde en punto y debo responder al primer timbrazo para que dé la impresión de que la llamada se ha cortado.

La voz de mi madre llamándome desde abajo es lo único que consigue que borre mi absurda sonrisa, aunque lo hago con la esperanza de que haya llegado el ansiado momento.

—Me voy a la compra...

—¿Puedo ir contigo?

Mi madre me mira extrañada.

—¿Te sucede algo?

—No, ¿por qué?

—Normalmente nunca quieres acompañarme al supermercado.

—Ya..., bueno, es que me aburro —miento. Debo mostrarme desinteresada, si no, sé que no funcionará.

—Bueno..., vale, puedes venir. Me vendrá bien, así me ayudas. Tengo que comprar muchas cosas, que al final vienen tus abuelos a comer el día de

Navidad.

Sé que con *tus abuelos* no se refiere a mis abuelos de verdad, pero tengo que morderme la lengua para no decir nada, no quiero estropear la única oportunidad que tengo de volver a ver a Héctor.

—¡Vamos, niña! —exclama cogiendo las llaves del coche.

—¿Puedo ir un momento al baño?

—Siempre tan oportuna... —dice con fastidio—. Te espero en el coche.

Salgo apresuradamente escaleras arriba y entro en el despacho del marido de mi madre. Me pregunto dónde estará Tomás, esta mañana no lo he visto por casa, supongo que habrá quedado con los matones de sus amigos. Marco ese número que tan bien conozco y espero. Por suerte lo coge su hermano.

—Aquí Luciérnaga. Avisa a Escarabajo de que voy al punto de encuentro.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Corto y cierro.

Por el camino mi madre no para de hablar de lo bien que hace todo Tomás. Es un chico obediente, atento, que aprueba todo y que siempre está en casa. Poco importa que yo saque sobresalientes y que también esté en casa a todas horas, al menos desde hace dos semanas, que estoy castigada. En cuanto a lo de ser obediente, sé que nunca lo seré. Al contrario de lo que quiere que parezca mi madre, no he nacido rebelde, simplemente, desde que mi padre no está, he cambiado. No puedo obedecer rodeada de tanta injusticia, no va conmigo. Y creo que mi padre tiene algo que ver, siempre me decía que nunca me dejara intimidar, que siempre podría elegir las cosas importantes de mi vida y que nadie podría obligarme a hacer algo que no quisiera. Sus palabras son ahora mi guía en la vida.

Entramos en el supermercado y miro a diestro y siniestro, pero por el momento no hay rastro de Escarabajo. ¿Le habrá dado tiempo a venir? Tal vez su madre no estuviera en casa. Si fuera así, habríamos perdido nuestra única oportunidad; mi madre va a hacer una gran compra y no tendrá que volver a salir al menos en una semana.

Mi madre me encarga unas cuantas cosas y me alejo de ella sin parar de recorrer con los ojos todos los rincones a mi paso. Por suerte ha cogido número para todo lo posible; la pescadería, la carnicería, la charcutería.

Necesitamos tiempo. Yo voy a tardar mucho en encontrar las cuatro cosas que me ha encargado, soy una lenta, como dirá después. Cuando ya tengo todo, remoloneo un poco más. De pronto alguien me agarra del brazo y me arrastra a la sección de pañales. Sonrío a mi atacante.

—Pensaba que no llegarías a tiempo, Escarabajo.

Se ríe a su vez.

—Yo también, Luciérnaga. Mi madre no estaba en casa, he llamado al hipódromo diciendo que era una emergencia familiar.

—¿En serio? —pregunto alarmada.

—Que no..., que es broma. Mi madre no se había duchado todavía y es un poco pesada. Es que tu madre es muy madrugadora...

—¿Madrugadora? Si son las once de la mañana.

—Pues eso...

—Bueno..., ¿qué hacemos? —pregunto impaciente.

—Sí, es verdad, vamos a concentrarnos. Mi madre ya está haciendo su trabajo.

—Tu madre es genial.

—No siempre, pero parece que te estima y no quiere que sigas castigada por una tontería.

—Bueno..., no fue una tontería, me escapé de casa durante horas...

Héctor baja la mirada.

—Espera... —Lo agarro del brazo—. ¿Qué le has dicho a tu madre?

—El fin justifica los medios.

—A mí me parece que es más correcto el fin no justifica los medios. No me importa que lo dijera el mismísimo Maquiavelo.

—Lo sé, pero si le decía la verdad completa no me ayudaría tanto, ¿sabes? Y tú no puedes estar castigada más tiempo.

—Qué le has dicho —me cruzo de brazos muy seria.

—Que llegaste tarde ese día y teníais una comida familiar.

—¡Ay Dios!... No me gusta que hayas mentido a tu madre..., no se lo merece.

—Lo sé, le diré la verdad después, te lo prometo. De todas formas, a ella le parecería exagerado también el castigo que te han impuesto, sin contar con

que el mayor castigo que sufres se llama Tomás.

Me tiemblan las piernas.

—Tienes que prometerme que no hablarás con nadie de eso.

—Pero...

—Héctor, por favor, es cosa mía, no tuya, ¿de acuerdo? Prométemelo. Ni siquiera con tu hermano.

Héctor me mira muy serio, como si se estuviera planteando traicionarme.

—Te lo prometo, pero que conste que lo hago en contra de mi voluntad.

—Vale, tomo nota. Ahora vamos a separarnos, tú buscas a tu madre y yo a la mía.

—A veces pienso que has nacido para dar órdenes —murmura Héctor antes de desaparecer.

¿Yo dar órdenes? Está muy equivocado.

No tardo en encontrar a mi madre hablando animadamente con la suya. Héctor aparece al mismo tiempo que yo, pero por el lado contrario.

—¡Hola, Esther! —Carolina me da dos besos—. Acabo de conocer a tu madre, sabía que era ella porque sois clavaditas.

Mi madre me dedica una mirada perpleja.

—Mamá, es la madre de Héctor, compañero de clase.

Me mira con una sonrisa maliciosa en los labios, acaba de comprender que Héctor es ese amigo del que no he querido decirle el nombre.

—Este es mi hijo.

Héctor y mi madre se saludan.

—Pues, como te decía... —continúa diciéndole a mi madre—, nosotros vivimos a unas manzanas de vuestra casa. Yo estoy encantada de que Héctor y Esther compartan pandilla.

—¿Pandilla?

—Claro, son varios en el grupo, así es mucho más divertido. Me preguntaba... Verás, Manuela, tengo a mi sobrina en casa durante las vacaciones y está un poco harta de estar rodeada de tanto hombre, ¿podría venirse Esther a comer a casa? Si os viene bien podría venirse ahora con nosotros

—Pues... —mi madre duda.

—Yo te la acerco a casa esta tarde, ¿sobre las nueve te parece bien?

Ahora es mi turno, no debo mostrarme demasiado interesada, conozco a mi madre.

—Tengo que ayudar a mi madre con la compra.

—No, no hace falta —responde ella agobiada—. ¿De dónde es tu sobrina?

—Es de Segovia.

Ya la tiene en el bote, ella también es de un pueblo de Segovia.

—Está bien, puedes ir, Esther. Pero no hace falta que la traigas a casa, puede venir andando.

Me arrastra a unos metros de ellos, su mirada me hace entender que está *ligeramente* enfadada?

—Se me ha llegado a pasar por la cabeza que tú has organizado este encuentro, pero sé que es completamente imposible..., así que te dejo ir. Pero que sepas que me he visto obligada para no quedar mal con ella y que esto no significa que dejes de estar castigada, es tan solo una tregua. Según cómo te comportes el día de Navidad podrás volver a ser libre... Ah..., y no vuelvas más tarde de las nueve, ¿entendido?

Por fin se acaba mi encierro, estoy segura de que la estrategia que he diseñado para no desquiciarme el día de Navidad cuando estemos con la familia de Tomás va a funcionar: tener la boca cerradita y sonreír todo el tiempo.

Héctor se sienta de un salto en el sofá del sótano, o, mejor dicho, de su cueva, la cual comparte con su hermano. Es una gozada tener un espacio para ti sin que estén tus padres alrededor, yo tan solo tengo mi dormitorio y siempre entra quien quiere, es decir, tengo *cero* intimidad. Todos necesitamos tener un lugar acogedor donde refugiarnos para pensar, soñar, cuando estamos tristes o simplemente cuando no queremos hablar con nadie.

No puedo dejar de observarlo. Le ha crecido el pelo y, si antes era rebelde, ahora es un puro caos absolutamente adorable; sueño con poder hundir los dedos en él y aspirar su aroma a hierbas frescas. Ahora se está riendo de alguna tontería que ha dicho Eric y mis ojos se pierden en esos labios que siempre han sido una auténtica pesadilla para mí. Y no digamos cómo le quedan los vaqueros... Pero prefiero no perderme por esas latitudes,

ya que no quiero torturarme más. Nunca había sentido una atracción tan fuerte por alguien, pero, para no martirizarme demasiado, intento recordar que lo más importante no es cómo me hace sentir como chico, sino cómo me hace sentir como amigo. Sencillamente, si una parte de mí es feliz, se lo debo a él. Además, sé que él solo me ve con los ojos de la amistad, nunca se ha sentido atraído por mí.

—Nunca me imaginé así a tu madre —comenta risueño, con los brazos detrás de la cabeza.

—¿Cómo?

—Tan parecida a ti... Me la había imaginado con una gran nariz llena de verrugas como las brujas. —Suelta una carcajada y yo sonrío al imaginármela así—. Mi madre tiene razón, es muy guapa, pero su hija lo es más todavía.

Noto como las mejillas se me encienden, odio no poder controlar mis sonrojos.

—Además, hay una gran diferencia entre vosotras —sigue hablando, seguramente sin percatarse de mis repentinos colores—, ella es fría y calculadora, tú eres cálida e inocente.

¿Inocente?

Se queda mirándome fijamente, clavándome esos ojos de color indeterminado de un modo profundo, misterioso, que hace que me ponga nerviosa y me dé la vuelta buscando algún pretexto para cambiar de tema. Sin embargo, no hace falta, tenemos compañía.

—¡Esto es un rollo! —Su prima acaba de hacer acto de presencia.

—¿Por qué no vamos con estos? —pregunta Eric con su potente voz. Ana se sienta junto a él y asiente entusiasmada.

—Sí, podríamos ir... Esther, ¿te apetece ir a jugar al baloncesto con los chicos? Tenemos todavía un par de horas de luz.

—¿Con los chicos?

—La pandilla que dijo mi madre que compartíamos. —Me guiña un ojo—. Ana, ¿quieres venirte con nosotros?

No estoy segura, pero creo que Ana tiene dos años menos que nosotros, uno menos que Eric. Me gusta que la tenga en cuenta a pesar de ser más pequeña. Me siento cómoda con ella, y no es algo habitual que conecte tan

rápido con alguien.

—¿Cómo voy a ir así? —Estira su vestido de flores y levanta bien un pie para que comprendamos la situación, esos zapatos de trabilla no son los más adecuados.

A mí me entra la risa, y todos acaban riendo también.

—Anda, ven... —Héctor la agarra por el brazo—, te dejaré algo de ropa. Si rompes esos zapatos tu madre te matará, y después a nosotros dos por haberte llevado a jugar al baloncesto.

No tardo en descubrir que *la pandilla* está compuesta por algunos chicos de la clase, un par de vecinos de Héctor y, ahora, nosotras dos, las únicas chicas, aunque en realidad Ana es una adquisición temporal durante las vacaciones de Navidad.

Esta tarde me parece mágica, no sé si porque llevo unas semanas encerrada en casa o porque esta pandilla es mejor de lo que esperaba. Me siento cómoda, libre de nuevo, aceptada, feliz.

A la hora acordada, Héctor me acompaña a casa aunque le he asegurado que no es necesario, que puedo volver sola caminando unas cuantas manzanas.

—Acuérdate de nuestro pacto, Luciérnaga. —Me sonrío.

—Por supuesto, como para olvidarlo, Escarabajo. Ahora vete ya, que no quiero que te vean.

Asiente y se aleja con las manos en los bolsillos del vaquero. Suspiro antes de abrir la verja. Siento una mirada sobre mí y levanto los ojos; Tomás está asomado a la ventana y me dedica una sonrisa diabólica.

Nombre 9: Redford

Lunes, 28 de septiembre de 2015

Me sentía tan bien después de la conversación, o más bien interrogatorio, con Belén Hernández, que me fui al Escorial a ver a Francesco. Desde que había comenzado esa locura, no había podido acercarme a verlo y tenía que darle de comer, limpiarlo y, ante todo, montarlo. Lo encontré tumbado como esperaba, pero en cuanto me vio tuvo el detalle de levantarse para darme la bienvenida.

—Eres muy amable por levantarte. —Me respondió con un resoplido—. Y también por hablarme, Fran. Te he tenido muy abandonado, pero hoy por fin vas a hacer un poco de ejercicio con tu legítimo dueño.

Mientras lo acariciaba me preguntaba por qué la inspectora no habría cogido mis llamadas. Era evidente que era una mujer muy ocupada, pero para despedirme de mi paranoia necesitaba comunicarle la buena noticia: tenía un testigo que podía asegurar que me habían tendido una trampa. Belén, Belén..., jamás hubiera imaginado que llegaría a gustarme ese nombre. Dos posibles personalidades, la altruista y desinteresada o, por el contrario, la superficial y fría. Me había tocado del segundo tipo, pero al menos me había demostrado que podía llegar a cambiar, se había apiadado de mí y me había contado toda la verdad. Estaba radiante por poder despedirme del oscuro agujero al que parecía abocado mi porvenir.

Mi móvil vibró en el bolsillo trasero del vaquero.

—Tranquilo, Francesco..., no me voy muy lejos. Pero tengo que coger esta llamada, mi futuro depende de ello.

Me alejé ligeramente del box de mi fiel compañero y contesté.

—¡Por fin, inspectora! Estaba preocupado porque no contestabas mis llamadas.

—Héctor...

—Tenía que hablar urgentemente contigo, he localizado a la falsa

periodista. Su verdadero nombre es Belén Hernández, no le pegaba ese nombre, pero a veces las cosas no son como parecen. Trabaja en la inmobiliaria...

—Héctor...

—... y ha confesado que fue Andrea la que le encargó el trabajo, aunque la excusa no hay quien se la trague. Andrea quería que ella me sedujera para luego romperme el corazón, entonces ella intentaría acercarse a mí, por lo visto está enamorada de mí. Lo sé, es una locura y no tiene ningún sentido, apenas tiene veinte años...

—Héctor...

—... Ella hizo el trabajo de ese día, pero no me sedujo porque dice que se apiadó de mí al comprender que era un buen hombre. Ni se me pasó por la cabeza aceptar su invitación de subir. Menuda engreída...

—¡Héctor! —La exasperación de la inspectora hizo que por fin me callara —. ¡Deja de hablar de una vez por todas! Me temo que esto se ha complicado para ti.

—¿Cómo? No, al revés..., ahora tengo una testigo a mi favor.

—Héctor, he dicho que dejes de hablar, eres imposible.

Francesco hizo un gesto de asentimiento desde el box, como si él también pensara que era imposible.

—Hace un rato me han avisado de que han encontrado a Belén Hernández...

—Menos mal...

—No, Héctor, no lo entiendes... Ha aparecido muerta.

—¿Muerta? Eso no puede ser, ¡si acabo de estar con ella!

—Alguien la ha asesinado y el portero asegura haber dejado entrar a alguien que corresponde con tu descripción.

La inspectora guardó silencio y yo también, era incapaz de articular palabra.

—Cómo... Eso no es posible... ¿Cómo la han matado? —balbuceé como pude.

—No te puedo dar detalles, tan solo te diré que de forma violenta. Héctor..., necesito que me prestes atención: es hora de que hables con tu

hermano y tu padre.

—¿Qué? —pregunté confuso.

—Necesitas un buen abogado penal. ¿Me entiendes?

—¿Cómo sabes que mi hermano...?

—Tengo tu historia, Héctor, lo sé todo sobre ti. Habla con él, necesitas un abogado.

—¿Quieres decir que creen que la maté yo?

No podía ser cierto lo que estaba sucediendo.

—Supongo que cuando has hablado con ella estabais en el piso en venta de la inmobiliaria Madrid Sol en la Avenida de Bonn...

—Sí.

—Es ahí donde han encontrado su cuerpo.

—Pero...

—El portero asegura que fuiste el último en subir, antes que ella. Además, presumo que has dejado tus huellas por todas partes.

—Es una trampa —musité casi sin fuerzas.

—Si lo es, te aseguro que el verdadero asesino se habrá asegurado de no dejar ni una sola huella.

Me temblaban las piernas y me senté sobre una maceta.

—Héctor, haz lo que te he dicho. No sería extraño que tuviera que detenerte como presunto asesino.

—¿¿Qué!?

—Con las pruebas que seguro que vamos a encontrar, su señoría lo tendrá claro. Pero yo pienso que esto es demasiado sencillo, si fueras el asesino no habrías sido tan estúpido como para dejar tantas pruebas.

—Oh..., gracias, qué detalle. Pero creo que te equivocas, sí que soy un estúpido, es la segunda vez que me engañan —respondí con sarcasmo.

—Créeme que seguiré investigando.

Permanecí en silencio intentando asimilar lo que me estaba diciendo aquella desconocida con apariencia de conocida, porque era cierto que desde el principio había sentido una conexión familiar con ella, incluso a pesar de su actitud poco cercana y su escasa locuacidad.

—¿Héctor? ¿Sigues ahí?

—Sí.

—No hagas ninguna tontería, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Ahora tengo que dejarte. No cojas el coche hasta que hayas meditado todo y..., Héctor..., no vuelvas a llamarme. —Después de decir eso colgó.

Que meditara antes de coger el coche..., eso siempre me lo decía mi padre, y tenía buenas razones para ello.

Después de haber comprendido que estaba hundido literalmente en la mierda, me dirigí a casa de mi padre. Había decidido hacer caso a la inspectora y había convocado también a Eric, aunque me había costado lo mío sacarlo de la oficina, por lo visto estaba muy liado y, aunque él todavía no lo sabía, iba a estarlo mucho más a partir de ese día.

La mirada de decepción de Francesco al ver que me iba sin haberlo montado me partió el alma, pero no tenía más remedio que posponer mi paseo. Tendría que pedirle de nuevo a mi amigo Alejandro que se ocupara de él. Últimamente mi vida se parecía más a un *thriller* que a la vida de un simple veterinario de caballos.

Me habían desconcertado al mismo tiempo que sorprendido los consejos escuetos y directos que me había dado la inspectora, todos ellos útiles y sabios, pero inesperados viniendo de una casi desconocida, sobre todo su último comentario porque era lo que siempre me decían mis padres, que meditara antes de actuar.

Eric no había llegado todavía cuando llegué a casa de mi padre. Me sorprendió que Grisín se hubiera vuelto de pronto cariñoso y se restregara contra mis piernas por primera vez en la vida. Solía ser cercano con todos menos conmigo, como si intuyera que los gatos no eran de mi agrado.

—De pronto este gato me adora.

—¿Qué sucede, Héctor? —me preguntó mi padre alarmado.

—Te lo cuento cuando llegue Eric. ¿Has comido algo?

—Yo sí, pero diría que tú no has comido nada, ¿me equivoco?

—Tienes razón, aunque no sé cómo puedes saberlo.

—Tienes mala cara y te conozco... Por suerte me ha sobrado lasaña.

—¿De esa congelada?

—Sí, claro.

—Menudo asco... Pero vale, acepto. ¿No tienes tiempo de sobra para cocinar algo casero?

—No, no tengo mucho tiempo, el vecino no para de darme problemas.

—Anda ya... ¿Qué ha pasado esta vez? —pregunté al mismo tiempo que me preparaba un vaso de agua.

—No sabes lo que apareció el otro día en mi jardín.

—No tengo ni idea..., me tienes en ascuas —comenté con ironía. A ver con qué noticia espeluznante me sorprendía mi padre. Nunca había sido cuentista ni exagerado, tal vez algo peculiar y tiquismiquis, pero desde que mi madre no estaba, había cambiado en ese sentido.

—¡Un niño!

—¿Un niño? No entiendo.

—El nieto del vecino. No sabía ni que tuviera hijos...

—¡Claro que los tenía! —exclamé—. Y bastante mayores que nosotros dos, por si acaso se te ocurre recriminarme de nuevo el hecho de no tener nietos.

—... Un niño de unos cuatro años apareció de pronto en el jardín. Por supuesto, Grisín vino enseguida a avisarme...

—¿Que el gato te avisó?

—... El niño estaba dando vueltas por el jardín como si fuera la extensión del de su abuelo... Claro está, se había colado por el agujero que había hecho ese perro endemoniado...

—Oh..., sí el gran danés... —Me reí al pensar en la verdadera raza del perro, un beagle.

—... y que, evidentemente, el vecino arregló mal... —Mi padre seguía a lo suyo mientras calentaba la comida en el microondas, el único electrodoméstico que utilizaba últimamente.

—¿No tenía nombre el vecino? Creo que se llamaba Víctor.

—... Pues tuve que agarrarlo de la mano y llevarlo a su casa. Llamé a su puerta...

—Oh..., menuda caminata más larga —comenté irónico de nuevo, aunque parecía que esa era una conversación en una única dirección (mi padre y el

mundo), ni siquiera tenía claro que estuviera hablando conmigo.

—... y ¿te puedes creer que solo dijo: «Oh, vaya, ¿dónde te habías metido, Diego? Te estaba buscando por todas partes»? El niño le respondió algo ininteligible y los dos se metieron en casa sin decir ni un gracias.

—Increíble, papá —dije sintiéndome de pronto condescendiente.

—Lo sé..., es increíble. Bueno..., aquí tienes la lasaña.

—Gracias. ¿Sabes lo que pienso?, que deberías empezar a utilizar otros electrodomésticos. ¿Sabes que tienes un horno muy moderno y una cocina de inducción casi nueva? También deberías caminar un poco más lejos que la puerta del vecino y, para variar, hacerte amigo de Víctor y dejar de refunfuñar tanto.

—¿Quién es Víctor?

—¡Papá! ¿Quién va a ser? El vecino que tanto te entretiene.

—Sí, entretenido me tiene —dijo molesto—. Y ni muerto pienso ser su amigo.

A veces pensaba que en vez de hablar con un señor de sesenta y nueve años recién cumplidos, estaba hablando con un niño de cuatro.

—Incluso he llegado a pensar en comprarme un perro para estar en igualdad de condiciones.

—Es lo más razonable que has dicho desde que he llegado. Aunque... ¿has tenido en cuenta a Grisín? No es que me preocupe mucho por el gato, pero...

—Mi gato se cree que es un perro, con lo que no creo que se llevaran mal.

—También es cierto.

Durante unos segundos me dediqué a devorar aquella lasaña congelada. No entendía por qué tenía apetito, tal vez la incertidumbre me produjera hambre.

—Papá..., ¿te acuerdas de que una vez me dijiste que la amistad entre un hombre y una mujer no existe?

¿Por qué me habría acordado de eso?

—¿Yo dije eso? —Me miró sorprendido—. Pues no lo recuerdo.

—Sí, me lo dijiste cuando era un adolescente.

—Si tú lo dices...

—En aquella época yo salía mucho con mi amiga Esther. ¿Te acuerdas?

—Perfectamente..., seguro que lo dije por esa razón.

—¿Por esa razón?

—Erais el claro ejemplo de que esa expresión es una realidad..., esa chica siempre estuvo coladita por ti.

—¿Tú crees?

—Oh, sí. Aunque no duró mucho vuestra amistad. Desapareció de pronto después de aquello. Me pregunto qué habrá sido de ella.

Yo me lo había preguntado cientos de veces, pero había llegado un momento en que preferí olvidarla para no sufrir su ausencia, sobre todo al no saber el motivo por el que no se había despedido de mí.

—¿Papá? ¿Dek? —La voz de Eric nos distrajo de nuestra conversación.

—¡En la cocina! —gritó mi padre.

Eric entró inquieto y soltó un bufido antes de sentarse junto a mí. Mi padre lo imitó (sin bufar) sentándose al otro lado.

—A ver..., cuéntame. Y espero que sea algo muy grave, para hacerme salir del despacho —dijo mi hermano, tan amable como siempre.

—Es probable que en los próximos días me detengan por asesinato. — Solté de pronto sin escrúpulos—. ¿Crees que es lo suficientemente grave?

La mandíbula de mi hermano se extendió hasta casi llegar a la mesa, mi padre se puso blanco como la servilleta que tenía entre mis piernas.

—Es una de tus bromas, ¿verdad? —preguntó Eric.

—Ojalá..., pero no, es completamente en serio. Os lo contaré desde el principio, aunque, dejad que primero termine de comer esta maravillosa lasaña al más puro estilo italiano.

Mi hermano me agarró del brazo deteniendo el delicioso bocado que estaba a punto de engullir.

—Héctor..., déjate de tonterías y cuéntame en qué lío te has metido.

—Yo no he hecho nada, pero alguien quiere que parezca el culpable.

Aparté la comida y les relaté todo lo que había sucedido desde el miércoles por la mañana, momento en el que mi vida se había visto trastocada por completo y sin remedio.

—La inspectora Aguilera... Sí, he oído hablar de ella. Es una gran profesional.

—¿La conoces en persona?

—No, no he tenido el gusto... Me temo que esta vez te has metido en un buen lío, Dek.

—¿Cuento con vuestra ayuda?

Mi hermano se quedó pensativo.

—Por supuesto que te ayudaremos, ¿verdad, hijo? Yo me ocupo de toda la investigación, tú estás muy liado.

—Tú también estás muy liado con el vecino y salvando niños en apuros —repuse yo.

—¿Papá salvando niños? ¿Qué es eso? —preguntó Eric confuso.

—Oh, nada —dijo mi padre haciendo un gesto con la mano, como quitándole importancia.

—No, papá... No sé cómo lo haré para compaginar mi trabajo con este caso, pero no pienso dejaros toda la diversión para vosotros. —Me guiñó un ojo—. ¿Crees que podría hablar con tu amiga la inspectora extraoficialmente?

—No es mi amiga, acabo de conocerla.

—Ya..., pero por lo que parece te tiene aprecio, seguro que se ha fijado en ese culito que tienes y que vuelve tan locas a las mujeres. —Me dio una palmadita en el hombro.

Vaya, ahora mi hermano se ponía jocosos.

—No es ese tipo de mujeres... Es seria, fría y muy concentrada en su trabajo; no tiene tiempo para fijarse en hombres en general y en mi culito en particular.

Recordé que había asegurado que estaba casada, pero yo sabía que no era cierto, por mis muertos que esa mujer no tenía ningún hombre en su vida.

—Ah..., si no es una mujer frívola, despampanante, a la que le gusta divertirse más que trabajar, además de beber y llevar tacones, entonces no es tu tipo de mujer.

—Evidentemente no. Olvídate de hablar con ella, me dejó muy claro que a partir de ahora no puedo volver a ponerme en contacto con ella.

—Lógico... Bueno, pues podemos empezar por visitar el hipódromo.

—Ese deseo sí que te lo puedo conceder, además, ahora mismo si te viene bien. Aunque... ¿qué quieres hacer allí?

—Quiero que me enseñes dónde apareció el cadáver y dónde está ese despacho en el que te metió Andrea. Y también quiero que me expliques cómo funciona el hipódromo.

—Lo sabes de sobra... —protesté.

—Me lo habrás contado miles de veces, pero la verdad, Dek..., nunca te he prestado atención, es sumamente aburrido.

—Menudo desgraciado —resoplé desilusionado.

—Hijos, yo me quedaré aquí. Decidme qué queréis que investigue, no estoy para trabajo de campo —interrumpió mi padre.

—Ya..., el paseo del otro día hasta la puerta del vecino te dejó agotado.

Como era de esperar, mi padre me ignoró.

—Papá, quiero que investigues a Andrea y a su padre, Luis Amador, pero también quiero que investigues a la inspectora Aguilera —explicó Eric.

—¿Por qué a la inspectora? —pregunté confuso a la vez que temeroso. Por algún motivo tenía miedo de averiguar cosas de su vida privada que pudieran no gustarme, por ejemplo que realmente estuviera casada.

—Siempre es bueno investigar a los polis para asegurarse de que van a ser objetivos en la resolución del caso. Venga —mi hermano me dio un golpecito y se levantó—, vámonos, que todavía hay mucho que hacer.

—Yo me conecto ahora mismo al ordenador y empiezo a investigar —dijo mi padre dirigiéndose al despacho.

¿Quién era ese hombre que ocupaba el cuerpo de mi padre?

Estaba inspeccionando a uno de los caballos cuando Eric se apoyó en la puerta de entrada del box, parecía pensativo. A pesar de lo gruñón y sarcástico que era, si había alguien que pudiera esclarecer mi situación, ese era él. No solo porque era mi hermano, sino porque era un abogado de gran reputación. En cuanto a reputación, mi padre no se quedaba atrás, podía estar orgulloso de tener semejante equipo de investigación.

—Bonito nombre..., American Pie. Bueno..., aunque seguramente tú no lo llamas así.

—Exacto, es Robert Redford para los amigos.

Mi hermano soltó una carcajada.

—¿Y se puede saber por qué te recuerda al actor?

—Es evidente..., su capa es baya.

—¿Baya?

—Sí, rubia, amarillenta. Es atractivo, seguro de sí mismo y sonriente.

Eric volvió a partirse de risa.

—Los caballos no sonríen.

—Oh, claro que lo hacen, lo que pasa es que los abogados se creen que lo saben todo.

Pensé que replicaría, sin embargo guardó silencio, como si su mente se hubiera transportado a algún lugar diferente o no hubiera pillado la broma. No tardó en volver a hablar, aunque parecía que lo hacía consigo mismo.

—Supongo que a estas alturas ya tienen el resultado de las huellas del vial, y, si no te han arrestado todavía, solo hay dos opciones, que las huellas no fueran las tuyas o que sí lo fueran pero que estén esperando el resultado del contenido del puñetero frasquito. En cualquier caso, nos viene muy bien que tu inspectora cometiera el error de no seguir el procedimiento para el registro de tu casa, sin testigos externos ni autoridad judicial no tendrá ningún valor probatorio en un posible juicio.

—Oh...

No entendía ni la mitad de lo que decía, pero daba igual, seguramente estaba pensando en voz alta.

—... Es evidente que todavía no disponen de los análisis de muestras extraídas en la autopsia, eso tarda bastante más tiempo, y hasta que no los tengan no habrá nada definitivo. Eso quiere decir que por el momento no te pueden culpar del asesinato del preparador..., pero el asunto de la muerte de la periodista farsante... es otra historia.

—¿Por qué? —pregunté aun sabiendo que no me estaba escuchando.

—... Seguro que tus huellas están por todas partes y no tardarán en analizarlas, hay un testigo que asegura haberte visto en la escena del crimen, descubrirán que llamaste a la inmobiliaria... No pasará mucho antes de que vengan a buscarte. Podremos pagar la fianza para que no estés en la cárcel, pero no vas a poder evitar que te arresten como sospechoso de la muerte de Belén Hernández.

—¿Hablas en serio? Contaba con tu ayuda para...

—... Los que han maquinado todo esto saben muy bien lo que están haciendo para quitarte del medio..., pero la cuestión es por qué, ¿por qué les da miedo que revolotees por aquí? ¿O tan solo eres su chivo expiatorio? Algo me dice que no es eso, sino más bien que tú eres capaz de descubrir lo que están intentando ocultar. ¡Eso es, Dek! ¡Piensa!... Tienes que averiguar qué están intentando ocultar, tiene que ser algo que solo tú puedes descubrir.

—No creas que no lo he pensado, pero por el momento no he llegado a ninguna conclusión.

—Tiene que ver...

—... ¡con los caballos! —terminé la frase.

—¡Exacto! Tiene que ver con el hecho de que eres veterinario, pero, además, no uno cualquiera, sino uno de los mejores.

—Vaya..., gracias. Nunca me lo habías dicho.

—Tienes razón, mejor lo retiro... —dijo con picardía—. Aunque estoy seguro de que tú también piensas que soy un excelente abogado penal y nunca me lo has dicho.

—Ah, ¿sí?

—Una vez me dijiste —continuó, ignorándome— que es obligatorio llevar un control de los medicamentos que les dais a los caballos.

—Sí, tenemos un registro, ya que en cualquier momento la FEI o la RFHE podrían solicitar revisarlo.

—¿La fei y la qué?

—Sí, la Federación Ecuéstre Internacional y la Real Federación Hípica Española, ambas responsables del antidopaje en las carreras de caballos.

—Me gustaría ver ese registro.

—Bien..., voy a por él.

Enseguida noté que Eric venía detrás de mí.

—Me gustaría saber dónde se guarda ese registro. ¿Quién lo maneja?

—Yo y también el entrenador, en este caso Jose —dije con tristeza.

Eric me puso una mano en el hombro.

—Siento lo de tu colega, sé que lo apreciabas.

—Sí, mucho, y quiero que descubras quién lo asesinó.

—Lo haremos juntos, no lo dudes.

—Este es el cuaderno. —Se lo tendí para que le echara un vistazo.

Eric pasó las páginas donde se sucedían líneas rellenas con fechas, nombres de caballos y medicamentos, así como la firma de la persona que lo había administrado.

—No entiendo nada de esto, así que te voy a dejar a solas para que lo estudies. Necesito que te remontes a enero de este año.

—¿Enero? ¿Por qué? Eso me llevará mucho tiempo, son muchos caballos...

—Héctor..., no importa el tiempo, hazlo. Necesito que te aprendas de memoria la historia clínica de todos estos caballos desde enero.

—Pero ¿por qué desde enero?

—Porque lo digo yo... Tú mandas cuando se trata de caballos y yo mando cuando se trata de salvar a mi hermano de la cárcel. ¿Te vale como explicación?

Odiaba cuando se ponía así de prepotente, pero no me quedó otra más que suspirar a modo de aceptación.

—Voy a volver a echar un vistazo a la zona donde encontraron el cuerpo.

Eric me había tenido horas dando tumbos por el hipódromo visitando hasta el último rincón para estar al tanto de mis movimientos.

—No sé qué pretendes encontrar...

No respondió y se alejó dando grandes zancadas. Trajeado, desentonaba un poco en aquel lugar, pero él era así, un pijo presumido.

En realidad tenía suerte de tenerlo como hermano. Sé que algunas personas no se llevan bien con sus hermanos o simplemente no tienen apenas relación y solo se ven cuando hay alguna reunión familiar, sin embargo en nuestro caso siempre habíamos sido y compartido amigos, incluso aunque Eric fuera más pequeño que yo. Cuando éramos adolescentes teníamos nuestros más y nuestros menos, pero siempre habíamos seguido adelante y habíamos podido contar el uno con el otro. En realidad, para qué iba a engañarme, era mi mejor amigo.

Dejé mis divagaciones a un lado y comencé a trabajar, no debía olvidar que estaba en juego mi libertad y que Jose merecía justicia.

Empecé revisando el historial de American Pie, solamente por el hecho de

haber sido uno de los caballos ganadores el domingo que habían asesinado a Jose. No tardé en descubrir una letra que no era la mía y no pude evitar que se me humedecieran los ojos. Acaricié aquellas letras femeninas y perfectas. Su escritura siempre había sido fresca y directa, sin recovecos, sin florituras, como era ella. Si hubiera estado con nosotros, todo habría sido diferente; habría sido mejor, más divertido, más fácil, más organizado en ocasiones y completamente caótico en otras, una maravillosa contradicción. Así era mi madre.

Había tenido que ausentarme durante dos semanas para acudir a unas conferencias sobre dopaje. Por supuesto, se había mostrado encantada de ocuparse de los caballos en caso de que hubiera una emergencia mientras yo estaba fuera. Hacía unos meses que se había jubilado porque decía que estaba cansada y que quería disfrutar de la vida haciendo todo lo que le habría gustado hacer: estudiar italiano y aprender a tocar el piano y a cocinar comida japonesa. Qué ironía y qué poco tiempo le concedió el destino para probar esas cosas nuevas que ansiaba. A veces la vida es muy injusta con la gente buena y maravillosa. Y yo no dejaba de sentir un profundo pesar por ser el culpable de la muerte de mi madre.

No tardaría en descubrir que aquello no era cierto.

Nombre 10: Eric

Aravaca, diciembre de 1996

Hoy es Nochebuena. Mis padres están ajetreados haciendo la cena. Como siempre, vienen mis abuelos, Ana con sus padres y sus hermanos pequeños y mis otros tíos con sus hijas. Estoy sentado en un sillón de la cueva y ya son las cuatro y cuarto. He llamado dos veces a casa de Esther, pero no lo ha cogido. Como habíamos acordado no he dejado el teléfono sonando, pero estoy pensando en hacerlo para comprobar si están en casa o no. Tal vez esté volviéndome paranoico sin razón. Voy a hacerlo. Marco el teléfono. El que tengo en la cueva es bastante antiguo, de los de dial, y tienes que meter el dedo dentro del círculo, me encanta el sonido que hace. Suena una vez, dos, tres...

—¿Dígame?

Es la voz de Sansón, así que cuelgo.

Ahora estoy más preocupado que antes. ¿Y si se han quedado solos en casa y está haciendo daño a Esther? Solo de pensarlo me imagino dándole un puñetazo en el estómago más fuerte que el que le dio a ella. Ese tío me saca de mis casillas.

—¿Qué te pasa? —pregunta Eric, que acaba de entrar y se ha sentado frente a mí.

—Nada.

—Pues tienes una mirada que da bastante miedo.

En ese momento me doy cuenta de que esa visualización ha hecho que cierre los puños como si fuera a pegar a alguien.

—Estoy preocupado, Luciérnaga no ha cogido la llamada.

—Estarán fuera de casa.

—No, ha contestado Sansón.

—Dijiste que el método de comunicación era para poder hablar con ella sin que se enterara su madre porque no dejaba que quedara con chicos, pero ya no está castigada y la deja venir a casa. Entonces, ¿por qué estás preocupado?

Eric no sabe lo que ha sucedido con el hermanastro de Esther. No puedo

contárselo aunque me encantaría poder hacerlo, necesito compartirlo con alguien. Pero he hecho una promesa.

—No estoy preocupado..., pero quiero hablar con ella.

—¿Sabes qué? Parece que tu amiga no es la única coladita como dice papá.

No hace demasiado mi padre ha soltado que se nota que Esther está loca por mí. Yo creo que no es cierto y se lo he dicho mil veces, tan solo somos amigos, pero todo el mundo lo ha asimilado como una gran verdad. Tal vez porque el secreto de la amistad entre chicos y chicas solo lo conocemos quienes tenemos amigos del sexo contrario, por eso para el resto de los mortales es incomprensible.

—¡Claro que no! —Me levanto indignado—. Odio cuando decís esas tonterías. Solo somos amigos.

—Lo que tú digas... Y, cambiando de tema, ¿vas a invitarla a la fiesta de Fin de Año?

—Por supuesto, por eso quería llamarla.

A mi madre se le ha ocurrido organizar una fiesta para nosotros, allí mismo, en la cueva; baile, Coca-Cola, *ping-pong* y muchos amigos. Los adultos mientras tanto se quedarán arriba en su propia fiesta. La verdad es que cuando nos lo comentó me pareció una malísima idea, ¿es que acaso iban a dejar a nuestros amigos venir a nuestra casa en Nochevieja? Pero, como mi madre es genial, esta mañana ha llamado a las madres de algunos de nuestros amigos de la pandilla para comentárselo y casi todos han confirmado que venían. Me preguntó si sería buena idea llamar a la madre de Esther, pero le dije que primero quería preguntárselo a ella personalmente. No estoy nada seguro de que vayan a dejarla.

—Pues dile a Ana que la llame ella. Como es una chica, quien coja el teléfono le pasará la llamada a Esther.

Tiene razón, ¿cómo no se me ha ocurrido a mí antes?

—A veces, solo a veces, eres un genio, Eric.

Hoy es Fin de Año y ya son las doce y media de la noche. Han empezado a llegar nuestros amigos. Nuestra cueva tiene entrada independiente desde fuera y un baño, así que nuestros invitados no tienen que pisar la casa, eso es lo que

le encanta a mi madre de nuestro sótano. Hemos puesto en el techo una bola enorme plateada como la de la película de *Fiebre del sábado noche*, lógicamente, ha sido idea de mi madre. También se le ha ocurrido colgar algunas ramitas de acebo por la cueva, como si fuéramos a besarnos al estilo Hollywood. Menuda ridiculez.

El aforo limitado por mi madre todavía no está completo. En estos momentos somos quince, incluidos nosotros dos y nuestras tres primas, y falta que lleguen otros diez.

Hemos abierto la mesa de *ping-pong* y nuestro amigo Alejandro nos ha dejado su fútbol. Su tío los fabrica de madera (los hacen a mano) para después venderlos a los bares. Por suerte el que tenemos no lleva la ranura para meter las cincuenta pesetas, es gratis, y los muñecos de madera son del Atleti y del Real Madrid, es una auténtica pasada, pero no veas qué movida para traerlo.

La música va a ser lo mejor, para algo he estado dos días grabando cintas con lo más guay. Incluso he dejado hueco para añadir algunas canciones que me ha pedido Ana, dice que les gustan a las chicas. A mí me da un poco de vergüenza ponerlas, pero bueno, hay que tener en cuenta que hoy son más niñas de lo habitual, cinco en total: Esther (que todavía no ha llegado), Ana, mis otras dos primas y Marta, hermana de uno de mis colegas.

—¡Dek! ¡Dek! —Mi hermano me llama desde la barra.

Nuestra cueva cuenta con una barra de bar que hoy vamos a usar para poner las bebidas además de patatas fritas y frutos secos. Mi prima Ana también ha comprado unas chuches para completar el menú, aunque en estos momentos no puedo ni pensar en comer más, mi madre nos ha cebado como a unos cerdos antes de morir.

—Qué pasa —digo con desgana.

—Mira —me señala algo que tiene oculto—, he conseguido estas botellas para beberlas a escondidas.

—¡Estás loco! —le suelto—. Papá y mamá podrían echarlas de menos.

—¡Venga ya, Dek!, no seas aguafiestas. Si tienen hasta telarañas. Solo beberemos un poco. Además, no hay para todos, esto solo será para los VIP.

—¿Los VIP? —A veces me pregunto si mi hermano es mayor que yo y mis

padres se han confundido.

—Sí, claro. Tú y yo decidimos quiénes tienen pase VIP para dar un traguito a estas botellas de cava. Por ejemplo, las primas están excluidas. Y yo voy a decírselo solo a Róber. Imagino que tú se lo dirás a Esther y a Xandro.

Alejandro es uno de mis mejores amigos, tiene un año más que yo. Últimamente lo tengo un poco abandonado por Esther, pero él tiene también otro grupo de amigos, así que no le afecta demasiado. Róber es su hermano y tiene la misma edad que Eric. Y luego está Marta, su hermana, que tiene la misma edad que yo y es la primera vez que se apunta con nosotros. Ojalá le guste la pandilla, de ese modo Esther no estaría tan sola.

—Eres un caso, Eric. Escóndelas bien. Voy a ver si ha llegado alguien más.

Busco a Esther entre las cabezas que acaban de entrar, pero no está. ¿Por qué tardará tanto? Tal vez tenía que haber ido a recogerla a casa.

A la una me acuerdo del *walkie-talkie*, a lo mejor Esther ha intentado contactar conmigo. Decido salir por la puerta de fuera para comprobarlo, será más rápido entrar por la cocina, pero al abrirla casi me choco con Esther. Está allí plantada, tan guapa, con un vestido negro y rojo entallado bajo un elegante abrigo abierto y los labios ligeramente pintados de un bonito color rosa, que me quedo embobado mirándola.

—Siento haber llegado tarde, mi madre no quería dejarme venir sola y el estúpido de Sansón ha estado poniendo mil excusas hasta que su padre le ha dado un grito.

—¿Te ha tratado bien?

—En realidad se ha puesto a fumar y yo he salido corriendo. No pretendía acompañarme, y lo prefiero.

Ojalá hubiera ido a recogerla. Por suerte lleva unas bailarinas planas.

—¿Tienes pensado pasar? Hace frío aquí fuera.

—¿Adónde ibas?

—¿Yo?

—Sí, estabas saliendo.

—Oh..., lo he olvidado —miento. No quiero reconocer que estaba pendiente de ella—. Bienvenida a la mejor fiesta de Nochevieja de Aravaca.

Estás muy guapa, por cierto.

Noto como se sonroja y eso me hace sonreír para mis adentros. La dejo pasar y cierro la puerta de la cueva.

—Me lo ha hecho mi madre. Yo preferiría ir en vaqueros, pero insiste en que estos días hay que arreglarse.

No tenía ni idea de que su madre tuviera tan buen gusto, ni que supiera coser.

—Todas las chicas van con vestido... A mí me gusta —confieso.

Me mira sorprendida

—¿De qué chicas hablas? ¿De Ana?

—Esta vez hemos conseguido un numeroso grupo del sexo femenino, cinco frente a veinte.

—Guau —dice con ironía—, ya me siento más acompañada.

—Por lo menos tú tienes buen gusto para la música, porque ellas son terribles.

—¿Por qué lo dices?

—Ya lo comprobarás a medida que avance la cinta.

Esther en un principio se muestra un poco reservada y no se despegaba de mi lado, lo cual no me importa en absoluto, hasta que el efecto de las dos copitas de cava que nos hemos ido bebiendo a escondidas detrás de la barra se va introduciendo en su sistema sanguíneo. Es entonces cuando se transforma y comienza a bailar desinhibida junto a Ana, cantando a coro *Ironic*, de Alanis Morissette, que evidentemente he seleccionado porque sé que le gusta a Esther, aunque todavía tengo más sorpresas para ella.

Cuando comienza a sonar la siguiente canción, Esther se para, me mira y se troncha de risa. Sin embargo, Ana se ha juntado con mis otras primas y están bailando y cantando fascinadas su canción preferida, *Back for good*, de Take That. Se les ha unido Marta, que hasta el momento no se había iniciado en el baile. Aunque esta canción ni siquiera se puede bailar.

—Ya he entendido lo de la música..., tenías razón. ¿Te atreves a una partida de fútbolín? —me desafía Esther.

—Te vas a arrepentir de haberme retado.

Esther me saca la lengua. La verdad es que me lo estoy pasando genial, y

me encanta verla tan feliz. Cuando la conocí estaba asolada por sombras amenazadoras, era una niña solitaria y nunca sonreía. Pero ahora cada día que pasa rebosa más luz, se abre más a la gente (sigue confiando solo en mí para las cosas importantes, lo que me encanta) y sonrío más a menudo. Por un lado me siento orgulloso por haber contribuido, aunque sea en una mínima parte, a su felicidad, pero por otro tengo miedo de no poder ayudarla con su difícil situación familiar. Sigo pensando que la mejor opción sería adoptarla.

—¡Xandro! —llama Esther—. ¿Te apuntas? ¿A quién eliges de pareja?

Me sorprende. Pensaba que era un reto personal, pero ya veo que no.

—A Eric, claro. Las chicas están todas bailando esa *eme* de canción. ¡Eric! —Le hace señas para que se acerque. Mi hermano sale de detrás de la barra terminando la penúltima botella de contrabando.

La noche va pasando, ya nos hemos terminado todo el cava entre los cinco. Esther está de nuevo bailando con las chicas, y entonces comienza una canción lenta que estaba esperando, *No more I love you's*, de Annie Lennox. Parece como si mientras grababa la cinta supiera lo que me iba a apetecer en cada instante, y en este momento siento un extraño impulso de bailar con ella. Además, nuestras miradas se acaban de encontrar y no existen las casualidades. Obviamente el cava me está dando unas alas que no suelo tener.

Me acerco a ella y rodeo su cintura, esta vez de un modo diferente. Lo hago despacio, deleitándome con su tacto, sin dejar de observar esa bonita sonrisa que me invita a acercarme cada vez más a ella, hasta que la atrapo entre mis brazos. Esther se cuelga de mi cuello y aspiro su dulce aroma, lleva ese perfume que tanto me gusta aunque nunca recuerdo su nombre. Comenzamos a bailar al son de la canción. Ni siquiera sé lo que están haciendo los demás, en este instante me da exactamente igual. La voy alejando del centro de atención hacia un rincón de la cueva en el que nadie nos podrá ver, uno de los pilares que sostiene ese lugar nos ocultará de miradas indiscretas.

Creo que es la primera vez en mi vida que bailo con una chica, pero me siento confiado y seguro de lo que estoy haciendo, no quiero estar en ningún otro lugar, con ninguna otra persona. Esther y yo no dejamos de observarnos, casi sin pestañear, como si fuera la primera vez que nos miramos desde tan

cerca. Mi mano derecha se aleja de su cintura para apartarle un mechón de pelo de la cara y se lo paso por detrás de la oreja. Me encanta cómo lleva hoy la melena, suelta, como me gusta a mí. Sus ondulados bucles no dejan de llamarme para que los toque y lo hago, mis dedos se maravillan de su suavidad. Esther se detiene y cierra los ojos. Mis dedos, que parecen tener vida propia, acarician su mejilla, su nariz, sus labios. Dios, todo en ella es tan suave que creo que jamás he tocado nada tan delicado, tan puro, tan virgen.

Esther abre los ojos y por alguna extraña razón mira al techo. Sonrío al comprender lo que ha visto. Allí está la obra de mi madre, una ramita de acebo que me mira desafiante. En realidad no necesito algo tan obvio, pensaba hacerlo igualmente. No tardo en adentrarme en esa boca perfecta que sabe a cava y que parece estar hecha para mí. Nuestros besos se vuelven más y más intensos, como si quisiéramos comernos mutuamente, y acabamos apoyados contra la columna ¿Cómo no se me ha ocurrido hacer esto antes? ¡Es una auténtica pasada!

No sé cuánto tiempo llevamos morreándonos, pero de pronto siento que alguien me da unos golpes en el hombro. Me aparto de Esther algo avergonzado.

—Siento molestarte, hermano, pero la gente se va ya a casa.

—¿En serio? ¿Qué hora es?

He perdido la noción del tiempo. Esther baja la cabeza, obviamente azorada por que nos haya pillado Eric.

—Son las cuatro.

—¡Mi madre me va a matar! ¡Tengo que volver a casa!

—Te acompaño. —Esther asiente y se aleja en busca de su abrigo.

—Te guste o no, siempre tengo razón. Te dije que estabas colado por ella. Tu primer beso, ¿no? —me susurra un Eric más que satisfecho y orgulloso.

A veces me saca de quicio que siempre tenga razón, pero esta noche no me importa lo más mínimo. Sí, estoy colado por ella, es evidente que lo he estado siempre. Y sí, Esther es mi primer beso, y me alegro de que sea precisamente ella, mi mejor amiga. Eric se sorprende de que no replique y que incluso le sonría.

De camino a casa de Esther, vamos pegados como un cromo a su álbum, yo

la agarro por los hombros y ella a mí por la cintura. A estas horas no hay peligro de que nadie nos vea. En cada esquina me detengo y nos besamos con desesperación. Es como una droga, estaría toda la vida besándola. Al llegar me da un beso rápido y se aleja. Sé que prefiere no tentar a la suerte, por si hay alguien de su familia fisgando por la ventana.

—¡Hasta mañana!

—Adiós, Escarabajo.

Me he despertado con un dolor de cabeza martilleante que lleva machacándome desde hace un buen rato a pesar de que he intentado ignorarlo. Quién no ha oído hablar de la resaca..., pero nunca pensé que sería así. Aunque lo peor no es eso, sino saber que he cometido un gravísimo y tal vez irreversible error. ¿Cómo he podido enrollarme con mi mejor amiga? Me siento en la cama y me agarro la cabeza con las manos como si con eso fuera a conseguir borrar lo que pasó. Respiro profundamente varias veces. Analicemos la situación antes de que me vuelva loco de remate.

Uno. Esther es mi mejor amiga. No importa que la conozca desde hace poco, es la persona con la que más tiempo paso y con la que más a gusto estoy. Junto a ella me siento valiente, divertido e incluso buena persona.

Dos. Hasta que escuché a Eric decirlo con esas palabras, nunca había sospechado que aquel sentimiento que me acompañaba desde el día que la invité a jugar al baloncesto en el recreo y que me hacía necesitar verla y hablar con ella todos los días y protegerla de cualquiera que intentara hacerle daño, significara que estoy loco por ella. Pero es así como me siento. No puedo negarlo, y mucho menos desde que la he besado. Sé que suena muy cursi y que es algo que dirían las chicas, pero anoche sentí mariposas en el estómago antes de atraerla hacia mí, y cuando la tuve entre mis brazos sentí que mi cuerpo se desintegraría en átomos por la excitación que me producía la cercanía de su cuerpo. Me gustaría abrazarla a todas horas y prometerle que el estúpido de su hermanastro no volverá a tocarla porque para eso tendría que matarme primero.

Tres. Bien, al menos ya he analizado mis sentimientos. Ahora tengo que tomar la balanza y pesar la amistad y el amor por Esther. Tengo quince años, pocas personas acaban con su primer amor y mucho menos si empiezan a salir

con esa edad. Si sigo besándola todos los días acabaremos siendo novios e incluso algo más serio, que, por otro lado, es lo que más deseo. Sin embargo, si freno este deseo, si me concentro y consigo que mi consciente olvide, o al menos ignore, lo que me hace sentir, podríamos seguir siendo amigos, de este modo nuestra relación durará para siempre. Y tal vez (ojalá que ocurra) cuando seamos mayores podamos volver a intentarlo. Seguro que en ese caso podremos acabar juntos, casarnos y tener hijos y ser fan felices como mis padres, o incluso más, porque mis padres nunca fueron amigos antes de empezar a salir, y creo que esa es la combinación perfecta. Sí, ya lo tengo.

Conclusión: debo hablar con Esther y convencerla de que lo que pasó anoche fue un error, y debo hacerlo con tanto tacto que ella misma esté igual de convencida que yo, y por supuesto evitar que se sienta mal y se enfade. Podría perderla para siempre, como amiga y como futura novia. Eso sería lo peor.

Si Eric no me hubiera abierto los ojos y si no hubiera abierto esas botellas de cava, quizá no estaría en esta difícil situación. ¡Maldito Eric y sus aperturas!

Me despierto como una rosa, me siento tan bien que sé que hoy nadie podrá estropear me el día, ni siquiera mi madre, ni siquiera Sansón. Héctor siente lo mismo que yo, le gusto, me ha besado, me ha tocado, me ha abrazado. Apenas he dormido, me he pasado toda la noche rememorando cada instante desde que me agarró por la cintura, pero sobre todo no me quito de la cabeza cómo me estaba mirando mientras bailábamos. Nunca imaginé que se fijaría en mí. Me pregunto si ha sido algo repentino o si ya sentía algo por mí hace tiempo. Seguramente lo primero, nunca me ha mirado de un modo tan profundo, como si quisiera atravesar mi cerebro.

No tengo ni idea de cómo serán las cosas a partir de ahora, si seguiremos siendo tan amigos como antes o si será incluso mejor. Creo que lo segundo, ya que si mezclamos los besos y los abrazos con lo bien que nos lo pasamos juntos y lo mucho que confiamos el uno en el otro, será lo mejor que me ha pasado en la vida.

Alguna vez he oído a la gente hablar de la resaca, sobre todo a Sansón cuando ha salido con sus amigos el día anterior, pero yo me siento mejor que nunca. Tal vez Héctor ha absorbido el alcohol de mi sangre con sus besos. Me río de mi estúpido pensamiento y me levanto todavía recordando lo que me hizo sentir la primera vez que me tocó para apartarme el pelo de la cara y después cuando me lo acarició, creí que me desmayaría del placer. Es algo incomparable, ni siquiera tengo palabras para describir el proceso que se desató en el interior de mi cuerpo. Y tengo pensado sentirlo de nuevo hoy.

Me miro el brazo a la altura del bíceps y compruebo que, después de todo, el apretón que me dio Tomás cuando se vio obligado a acompañarme a casa de Héctor ha dejado sus huellas. Por lo menos he convencido a mi madre para que ponga un cerrojo en mi cuarto, he tenido que mentirle y decirle que me daría mucha vergüenza si alguna vez entrara Tomás a hablar conmigo (¡como si hablara conmigo!) y me pillara desnudándome. No tardó ni dos horas en mandar a su marido a comprar e instalar el pestillo. Ahora lo uso los viernes cuando ellos salen a cenar o al cine y me dejan a solas con ese perturbado, que encima está molesto conmigo porque lo obligan a quedarse en casa para hacer de niñera. Lo que sí que parece no importarle es tener que preparar la cena, de hecho parece otra persona mientras cocina, pero es solo cuestión de un instante, es una ilusión, ya que después vuelve a ser el de siempre.

No entiendo cómo es posible que mi madre se engañe pensando que estoy más segura con él en casa. ¿No se da cuenta de que me deja a solas con mi verdugo? ¿Por qué estará tan ciega? Le he dejado pistas por todas partes, en cada conversación cuando estamos solas, pero no me escucha.

Por suerte, cuando terminamos de cenar, soy más rápida que él y salgo corriendo para encerrarme en el dormitorio. Siempre viene a buscarme e intenta convencerme de que vaya a ver una película con él. Incluso parece buena persona y todo.

—Venga, culo gordo, he alquilado *Showgirls*, será divertido verla juntos.

Eso fue hace unos días. Ya había oído hablar de esa película, cuando estaba obligada a estar con ese loco y sus sucios amigos durante el recreo, y pensé que debía ser una película muy desagradable y denigrante para las mujeres. Cada día que pasa odio más a mi madre por no darse cuenta del

grave error que está cometiendo, por creerse todos los embustes de ese pirado y nunca escuchar las indirectas que le lanzo.

—No, gracias —le contesté—, no me gustan ese tipo de películas y prefiero leer una novela.

—Seguro que lees novelas guarras. —Se rio—. Ya que me quedo a cuidarte como si fueras un bebé, podrías sacrificarte y acompañarme mientras veo una de las mejores películas que existen.

Me daban ganas de vomitar solo de imaginarme viendo una película así junto a él. No sé de lo que sería capaz.

—No, de verdad, muchas gracias.

Desde que me pegó no ha vuelto a tocarme, pero yo ya había decidido tratarlo con educación y no volver a insultarlo. Va contra mis principios, pero es lo más inteligente que puedo hacer. Cuando tratas con un loco hay que seguirle la corriente, y he descubierto que, si lo trato con educación y mantengo la calma y me muerdo los labios para no decirle lo que pienso en realidad, acaba dejándome en paz; si le sigo el juego, es mucho peor.

A las cuatro de la tarde suena el teléfono y lo cojo incluso antes de que termine de sonar el primer timbrado.

—Luciérnaga.

—Escarabajo.

Héctor suena serio, me pregunto por qué.

—¿Quedamos a las cinco en el campo de baloncesto?

—Sí, claro. ¿Te pasa algo?

—Eh..., no, es solo que me sentó mal el cava.

—Oh..., yo me siento mejor que nunca.

Héctor no responde.

—De acuerdo, nos vemos allí en una hora.

Algo me dice que vamos a estar los dos solos y eso me hace muchísima ilusión. No hay nada que me apetezca más que estar a solas con él y volver a sentir sus labios sobre los míos. Esos cuarenta y cinco minutos de espera me matan, pero por fin llega el momento y voy tan rápido que llego antes de tiempo. No hay ni un alma a pesar de que todavía no se ha ido el sol, aunque no queda mucho. Hoy, como excepción, me apetece que se haga de noche para

que nadie pueda vernos mientras nos enrollamos. Cierro los ojos y me imagino ese momento. Me abrazo, tal vez no haya cogido el mejor abrigo para ese día tan frío, pero no tengo que preocuparme, espero que Héctor me haga entrar en calor. Ya lo hace solo con verlo a la entrada del campo de baloncesto. Aunque no tardo en volver a sentir frío al notar algo extraño en la expresión de su rostro. Algo ha debido pasar. Siempre me sonrío el verme, sean cuales sean las circunstancias. Me pongo tensa hasta que se acerca a mí.

—Ha pasado algo, ¿verdad?

—No, no, claro que no.

—Héctor, no me mientas, te conozco.

—Es solo que... Verás, he estado dándole vueltas a lo que pasó anoche

Siento un temblor en las piernas, un leve mareo al dejar de respirar por unos segundos. No hablo, dejo que lo haga él, pero tengo tanto frío que llego a pensar que estoy desnuda.

—Valoro muchísimo tu amistad, Esther, eres mi mejor amiga. Sé que nunca te lo he dicho, pero es cierto. Eres la persona que mejor me conoce, la que mejor me hace sentir, en la que más confío y con la que mejor me lo paso.

Siento que estoy empequeñeciéndome, los párpados me pesan, siento la rigidez de mis miembros como si fuera a entrar en una parálisis muscular.

—Por eso creo que tenemos que olvidar lo que pasó anoche, no quiero perder lo que tenemos, es lo más valioso que he tenido nunca. Dime que lo entiendes..., por favor. Dime que opinas lo mismo y que justo ibas a decírmelo.

Soy incapaz de abrir la boca, no puedo comprender de qué me está hablando. ¿Qué hay de los besos? ¿No sintió nada? ¿No quiere volver a besarme, a abrazarme, a tocarme? Creo que me voy a morir, quiero que me entierren viva en un agujero, quiero que Sansón me dé una paliza que acabe por fin conmigo, quiero volver con mi padre. La vida no tiene sentido, la amistad tampoco, la familia mucho menos, y el amor... es un invento de la televisión.

—Siento mucho esto, Esther, ayer fui un estúpido. Ese cava creo que me trastornó, no tenía que haberlo hecho. Eres mi amiga y los amigos no se besan. Cometí un tremendo error.

La próxima noche que salgan nuestros padres voy a acompañar a Sansón a ver una de esas películas denigrantes para las mujeres. Voy a dejar que todo explote. He perdido lo poco que tenía. Es una pesadilla que te den algo para después quitártelo y encontrarte con que no tienes nada. Ya he perdido a mi padre, a mi madre porque no es la misma desde que se ha vuelto a casar y ahora a mi mejor amigo y mejor posible novio. Lo he perdido todo. Ya no tengo a nadie más.

—Esther, di algo... No me mires así, me partes el corazón. Sabes que te quiero y que no puedo vivir sin ti, lo sabes, ¿verdad? Y creo que por el momento tenemos que seguir siendo solo amigos, seguro que en un futuro no muy lejano, podremos ser más que amigos, pero ahora no es el momento adecuado.

No entiendo nada de lo que dice..., aunque tal vez sí lo entienda. No me quiere volver a besar, no se siente atraído por mí y no sabe ni qué decir para excusarse por haberme besado, por eso no para de decir tonterías sin sentido. Incluso le ha echado la culpa al cava, típico.

—Lo entiendes, ¿verdad, Esther?

Asiento porque me quiero ir antes de ponerme a llorar delante de él.

—Menos mal, sabía que pensarías lo mismo que yo; si es que en el fondo somos almas gemelas. Eres la mejor amiga del mundo por comprender lo que te he explicado, ya que ni yo mismo lo entiendo..., pero tú siempre me comprendes. Tengo mucha suerte de tenerte.

—Tengo que irme. —Por fin consigo abrir la boca.

—¿Tan pronto? Pero si acabas de llegar.

—Tenemos plan familiar.

—Oh..., vaya. Bueno..., gracias por venir. Te acompaño a casa.

—No, no hace falta, me están esperando en el coche en la esquina. Solo quería avisarte. Adiós.

Me giro para irme, pero Héctor me agarra de la mano y eso me duele más que todas las palabras que me ha dicho porque me hace sentir mil cosas por dentro, y odio que tenga ese efecto en mí.

—Gracias por no enfadarte, Esther.

Enfadarme sería un sentimiento insignificante frente a lo que siento en este

momento, ojalá solo estuviera enfadada...

Pero no, estoy rota por dentro y no sé si podré recomponerme.

Pero tengo que hacerlo, y lo más rápido posible. He aprendido a sobrevivir en este mundo hostil, rodeada de extraños, y puedo hacerlo de nuevo. Soy fuerte, mi padre siempre me lo decía.

Pero en este momento voy a ser débil, necesito llorar mi nueva pérdida, soy incapaz de controlarme, no me siento capaz de contener la tristeza que invade cada milímetro de mi ser.

Las lágrimas comienzan a nublarne la vista mientras me alejo sin rumbo fijo.

Nombre 11: Esther

Lunes, 28 de septiembre de 2015

Encontramos a mi padre hablando por teléfono. Era la primera vez que lo veía tan animado desde que había fallecido mi madre. Cuando colgó sonrió satisfecho, seguramente le gustaba volver a ser útil, pero sobre todo no tener tantas horas para pensar en mamá y pelearse con el vecino. No dejaba de ser irónico que mi padre volviera a la vida cuando yo parecía abocado a pasar el resto de la mía en la cárcel. Aun así, me alegré de verlo tan contento.

—¿Qué tal en el hipódromo? ¿Habéis descubierto algo importante?

—Todavía no —contestó mi hermano con voz neutra. Eric jamás se dejaba llevar por las emociones, ni buenas ni malas, tal vez por eso era tan buen abogado criminalista—, pero Héctor se ha traído trabajo para esta noche.

Había cometido una pequeña infracción y había sacado de su ambiente hípico el cuaderno de medicamentos, algo totalmente inusual además de prohibido. Aunque ¿quién lo iba a echar de menos? ¿El nuevo preparador, que sabía menos de caballos que mi propio padre? Jose sí habría notado su ausencia, le gustaba tenerlo controlado y en muchas ocasiones había actuado como veterinario dando ciertos fármacos no inyectables a los caballos que estaban bajo tratamiento.

—Y tú, papá, ¿has averiguado algo sobre la inspectora y sobre los Amador? —preguntó mi hermano sentándose de golpe en el sofá, como siempre hacía. Mi madre solía regañarlo porque decía que rompería los muelles de aquel viejo mueble, y él siempre se reía mientras contestaba que sería una suerte si se rompía, que necesitaban uno nuevo.

El rostro de mi padre se tornó serio.

—Sí, tengo noticias, pero antes siéntate, Héctor.

¿Que me sentara? Eso no sonaba muy bien.

—Ya estoy sentado, ¿a qué vienen tantos formalismos?

—He tirado de contactos para poder averiguar algo sobre ellos. De hecho creo que es bastante sospechoso que el señor Amador esté casi arruinado.

—¿Arruinado? Pero si es millonario —repuse pasmado.

—Pues por lo visto está intentando vender su empresa, pero por el momento no hay comprador. Y el estado de sus cuentas demuestra que no está en una buena situación financiera.

—Oh, vaya, papá, buen trabajo —respondí con una sonrisa llena de orgullo.

—Tal vez eso lo haya llevado a cometer alguna infracción en las carreras, para conseguir liquidez. ¿Qué opinas, Héctor? —interrumpió mi hermano.

—Em..., es difícil, a los caballos ganadores siempre se les hace el control antidopaje. Si se les da alguna sustancia para alterar su ritmo y que ganen la carrera, saldría en los análisis y automáticamente el caballo sería descalificado, incluso podrían penalizar al preparador.

—¿Al preparador? —preguntó Eric con sorpresa—. ¿Y qué hay del propietario? ¿No es él el responsable del caballo?

—En realidad, al menos en España, no lo es. El propietario es una persona que invierte en caballos, suele gustarle el mundillo, pero no es un entendido. Sin embargo, el preparador es la persona que más tiempo pasa con el caballo, vigila su estado de salud y es el máximo responsable de que el animal esté en plena forma para poder participar en una carrera. Es cierto que, si el caballo ha tomado alguna sustancia que pueda alterar los análisis, es el veterinario, en última instancia, quien autoriza o no que corra.

—Pero... ¿existe la posibilidad de darle al caballo alguna sustancia en una cantidad muy pequeña que esté admitida o que por ser tan pequeña no salten las alarmas? Lo que quiero decir es que si se podría burlar el control antidopaje.

Mi hermano era muy astuto, siempre lo había sido, incluso aunque no dominara la materia.

—Sí, es posible burlar el sistema.

Yo podría hacerlo y, si lo sabía yo, lo sabría cualquier veterinario.

—De modo que, en ese caso, la medicación no estaría reflejada en ese libro que has traído —apuntó Eric con mucho acierto.

—Podría estar o podría no estarlo. Si está, lo encontraré. Revisaré el historial de los caballos de Amador que han ganado estas dos semanas.

—Ya te dije que desde principios de año, Dek.

Era absurdo remontarse tanto, pero debía confiar en el olfato de mi hermano... Lo único que podría perder sería el tiempo.

—Bueno, papá..., y ahora háganos de lo que has averiguado sobre la inspectora que lleva el caso. —El abogado lideraba la marcha de la conversación.

—No me ha resultado fácil, pero al final he conseguido un contacto importante y cercano a ella que me ha contado muchas cosas.

—¿Quién? —Eric se me adelantó.

—Es mejor que no lo sepáis, se dice el pecado pero no el pecador. Antes de empezar, me gustaría saber algo... —Mi padre me clavó una mirada algo extraña—. Héctor, ¿conocías a la inspectora antes de este... este suceso?

—¿A la inspectora Aguilera? —pregunté sin saber a dónde quería llegar mi padre.

—Sí, a la inspectora.

—Pues claro que no.

Mi padre asintió despacio sin dejar de mirarme y después continuó hablando.

—Pues bien..., la inspectora ha ascendido por méritos propios y le ha costado lo suyo, ha tenido que enfrentarse a muchos hombres que ansiaban ese puesto. Pero por lo visto es la mejor de todos, por eso ha ascendido rápidamente a pesar de lo joven que es. Es una mujer completamente comprometida con su trabajo, aunque no siempre ha sido así.

Mi hermano y yo nos miramos preguntándonos a qué se refería, pero ambos nos mantuvimos callados.

—Es una mujer fuerte y competitiva y junto a su equipo ha resuelto casos muy complicados. Eso sí, nadie la tiene en mucha estima, a excepción de su fiel compañero Carlos Biosca, al menos en los últimos años. El resto del equipo no habla muy bien de ella, dicen que es muy estricta, que los hace trabajar siempre muchas más horas de lo debido sin distinguir noches o fines de semana. Según ellos, desde hace unos años se ha vuelto una mujer huraña y amargada, además de adicta al trabajo.

—Eso nos conviene —comentó Eric.

—¿Está casada? —Aproveché la interrupción de mi hermano para preguntar algo que me tenía en vilo.

Mi padre me miró ¿sorprendido?, ¿preocupado?

—Eso no viene al caso, pero sí, está casada.

Por mucho que me doliera esa afirmación, al menos sabía que era una mujer sincera; era evidente que mi instinto me había fallado al pensar que no tenía ningún hombre en su vida. Ni siquiera sabía muy bien por qué me molestaba su estado civil, no tenía nada que hacer con una mujer así; adicta al trabajo, huraña y amargada. Aunque, si lo pensaba detenidamente, no éramos tan distintos. Yo también podría ser considerado un adicto a los caballos y, si no fuera por mi familia y las ocasiones en que Eric y yo quedábamos con nuestros amigos de la infancia, mi vida podría considerarse bastante solitaria. La única diferencia entre ella y yo era que yo no estaba amargado, aunque no tardaría en estarlo como las cosas siguieran yendo en mi contra.

—Hace unos años no era tan, digamos, desagradable y fría, pero ocurrió algo terrible en su vida que la transformó por completo.

Mi padre se quedó callado.

—¿Relacionado con su trabajo? —preguntó Eric

—No, algo relacionado con su vida personal.

Me puse en guardia al escuchar aquello.

—Antes de contároslo, quiero saber si conocéis el nombre de pila de la inspectora.

—Sí, Adela.

—No —respondió Eric al mismo tiempo.

—¿Adela? —preguntó mi padre visiblemente extrañado.

—Sí, me dijo que ese era su nombre, aunque no le pega en absoluto.

—¿De verdad, Héctor, no te recuerda a nadie esa mujer?

Me quedé pensativo, era cierto que el día que me la había encontrado en el parque me había dado un vuelco el corazón al observar sus ojos, me recordaba a alguien que creía haber olvidado, aunque en realidad nunca lo había hecho, pero luego, al detenerme a contemplar ese rostro serio, carente de sonrisa, había desechado esa absurda idea.

—Sí, pero no puede ser. ¿Por qué lo preguntas?

—Su nombre de pila no es Adela, sino Esther.

Eric soltó un taco y yo sentí que mi corazón se desbocaba. Esther, Esther Aguilera. ¿Por qué me habría mentido? ¿Cómo podía no haberla reconocido con lo unidos que habíamos estado de pequeños? Es cierto que de pronto y sin previo aviso había desaparecido de mi vida, de hecho se esfumó de ella igual de rápido que había entrado, y nunca más había vuelto a verla ni a saber de ella, y no porque no lo hubiera intentado y deseado.

—No puedo creer que la inspectora sea ella. Solo hay una posible razón para que te mintiera, Héctor,

Lo miré intrigado, yo no conseguía discernir por qué razón me había ocultado su identidad.

—Ella te reconoció nada más verte y al ver que tú no la reconocías decidió mentirte.

—Es evidente, pero ¿por qué?

—Fácil..., si sus superiores descubrieran que teníais un lazo de amistad, y no digamos de amor, la habrían apartado del caso.

Tal vez se había sentido molesta porque no la hubiera reconocido, a mí me habría sentado mal si hubiera sido al revés. Aunque comprendía su maniobra; había preferido mantenerse al margen hasta descubrir si yo tenía algo que ver con el asesinato de Jose. Pero ¿por qué? ¿Porque confiaba en su talento para resolver el caso y no quería que nadie se lo quitara, por orgullo profesional? Quizá había preferido observarme de cerca antes de confesarme la verdad y solo estaba esperando el mejor momento, el cual nunca había llegado. Sinceramente, lo dudaba. Seguramente Eric tenía razón en que era una profesional y quería resolver ese caso para seguir escalando en su trabajo, ya que al parecer era lo único que le quedaba.

Ya no era la chica de la que me había enamorado con quince años, mi mejor amiga; su mirada había perdido luminosidad, inocencia, naturalidad. Estaba más estilizada que cuando era joven y su pelo había perdido claridad, aunque sus toques caoba seguían allí, pero, por encima de todo, seguía siendo tan sexy como siempre. Ahora comprendía la atracción que había sentido nada más verla, una atracción sin lógica alguna; la inspectora estaba muy lejos de pertenecer al grupo de mujeres de las que solía enamorarme últimamente y que

luego me rompían el corazón a la primera de cambio. A mí me gustaban las mujeres traviesas que enseguida se sentían atraídas por mí, las que no se hacían de rogar, con las que no tenía que esforzarme demasiado por llevármelas a la cama, despreocupadas de todo excepto por su aspecto y su ropa, como Belén, que ahora estaba muerta... Y todo apuntaba a que yo era su verdugo.

—Papá..., cuéntenos ese terrible suceso. —Mi hermano me sacó de mis ensoñaciones. Yo también quería escuchar esa historia, sobre todo ahora que sabía que era parte de Esther, mi Esther.

Mi padre suspiró y se echó hacia atrás en la silla. Pareció como si el tiempo se detuviera mientras hablaba, y a medida que avanzaba el relato mi corazón se iba helando cada vez más. Quería abrazarla, besarla, arroparla y prometerle que nunca más volvería a sufrir, que todo saldría bien a partir de ese momento, que nunca más la dejaría. Ese sentimiento de protección jamás lo había sentido con ninguna otra mujer, y era curioso, ya que Esther Aguilera parecía la mujer más fuerte e independiente que hubiera conocido, completamente capaz de cuidar de sí misma. Dudaba que necesitara que la protegieran, y mucho menos alguien tan poco válido como yo, que no era capaz de evitar que me engañaran.

Mi padre ya había terminado su relato y, sin embargo, mi hermano y yo estábamos pegados al sofá, inmóviles, tan solo se oía el sonido del antiguo reloj de madera que marcaba el ritmo con una persistencia casi insolente.

—Tengo que verla.

Me levanté de golpe y avancé hacia la puerta.

—¿Estás loco? Te ha dicho que no la llares y creo que tiene razón, ahora mismo eres sospechoso de asesinato y sería contraproducente. —Eric vino tras de mí y me agarró del brazo.

—No voy a llamarla.

—Y entonces, ¿a dónde vas?

—Sé cómo encontrarla. No quiero hablar del caso.

—¡Héctor! —me llamó mi padre—. No quiero que le hagas daño.

—¿Daño? Solo quiero hablar con ella. Además, es curioso que digas eso cuando sabes perfectamente que yo jamás he hecho daño a una mujer, son ellas

las que me dejan.

Y entonces me di cuenta de que aquello no era cierto, ella había sido la única mujer a la que había dejado, precisamente a la chica que más había querido en mi vida. Qué estúpido y cruel había sido. Si pudiera transportarme al Año Nuevo del noventa y siete, me abofetearía por haber cometido el mayor error de mi vida. Tal vez si no la hubiera dejado nada se habría torcido.

—No es buena idea que hables con ella, Dek, ¡olvídalo! Es una orden de tu abogado.

Los dos me miraban de tal modo, que supe que no me dejarían salir de allí, al menos no podría hacerlo delante de sus narices.

—Vayamos a hacer algo de cena —propuso entonces mi padre.

De cualquier modo era pronto para encontrarla en el parque, Esther se había convertido en una ave nocturna. Seguramente no le resultaría fácil conciliar el sueño, y ahora la comprendía porque últimamente me sucedía también a mí. Es curioso cómo cuando conoces la situación de las personas, los detalles escabrosos de su vida, las circunstancias que las han llevado a ser y actuar de un modo en un principio incomprensible para ti o incluso para el resto de mortales, dejas de juzgarlas, de cuestionarlas, e incluso te pones en su piel hasta comprender que ni siquiera entiendes cómo están tan cabales, hasta preguntarte si tú estarías la mitad de bien que ellas. No somos nadie y por esa razón no deberíamos juzgar a los demás, no cuando no tienes todas las piezas del puzle de esa persona, no cuando lo único que has visto es una escena de la película completa que es su vida.

Mi hermano me pidió que permaneciera en casa de mi padre y que por el momento no volviera a la mía por si acaso mi situación se filtraba a la prensa. La verdad, lo dudaba, pero, como de la noche a la mañana me había convertido en un hombre muy obediente, ni siquiera lo discutí; después de todo, mi familia tenía mi vida en sus manos. Aunque, para qué negarlo, esa actitud obediente me duró bien poco y cuando sentí que mi padre roncaba salí más sigiloso que Grisín por la ventana de mi antiguo dormitorio. La casa de mi padre no estaba lejos de la mía y pude ir caminando hasta el parque, donde esperaba encontrarla. Aunque tenía mis dudas sobre si solía ir a pasear al parque por las noches o si encontrarnos aquel día había sido cosa del destino.

Estaba empezando a pensar que había sido una pérdida de tiempo cuando la vislumbré a lo lejos caminando completamente ensimismada, con la mirada clavada en el suelo y las manos metidas en unos pantalones negros que le sentaban realmente bien. Decidí delatarme dando un paso al frente, sabía que bastaría con eso para que me viera. Me dedicó una mirada tan seria que comprendí la razón de que no la hubiera reconocido. No era la Esther de mi adolescencia. Las circunstancias de su vida la habían cambiado.

¿Qué narices hacía Héctor allí? Era evidente que no había sido suficientemente clara con él. No solo era contraproducente para ambos que nos viéramos, sino que además me sentía impotente por no poder ayudarlo. Estaba pasando por un mal momento, no lograba concentrarme porque me afectaba demasiado que fuera él y que pudieran declararlo culpable, precisamente a él, por mi incompetencia. ¿Por qué habría sido tan estúpido como para caer en todas las trampas que le habían tendido? Era evidente que él no era un asesino, o al menos quería convencerme de ello, pero no encontraba ningún hilo del que tirar. Mi equipo tampoco ayudaba mucho y mi jefe quería que metiéramos a alguien en la cárcel, quería un detenido sin importarle si era inocente o culpable, y Héctor era el reo perfecto.

—Te dije que no podíamos vernos.

—No, me dijiste que no te llamara..., y no lo he hecho. —Se acercó tanto a mí que pensé que me iba a dar dos besos, por suerte, y por desgracia, no lo hizo.

—Vale, pues las nuevas instrucciones son que no puedes llamarme ni verme. Ahora es mejor que nos separemos. —Me giré para irme.

—Espera... —Me agarró del brazo y su mano se deslizó hasta coger la mía, no podía creer que fuera a dejarle hacer aquello—. No pienso hablar del caso, ni te voy a exigir que vuelvas a interrogar a nadie... Lo prometo. Solo... solo quiero hablar contigo.

Después de todo no iba a retirar la mano, me resultaba muy agradable y me merecía un premio después del día de perros que llevaba.

—¿De qué? —le pregunté con cierta brusquedad. No podía evitarlo, me gustaba demasiado y no quería que lo supiera.

—Si no quieres que hablemos, podemos simplemente pasear.

No lo comprendía. Él no me recordaba. Entonces, ¿por qué se comportaba como si disfrutara de mi compañía?

—¿No tienes a nadie con quien pasear? —Me reí provocadora, pero su mano seguía sin soltar la mía y yo me dejaba porque su tacto me estaba transmitiendo paz, una paz que apenas recordaba.

—Claro que sí, a mi padre y a mi hermano, pero ahora mismo necesito descansar de ellos. He ido a pedirles ayuda como me sugeriste, así que llevo casi todo el día con ellos, y creo que me van a volver loco. Necesitaba respirar y hablar con alguien que no me conociera.

—Ah..., muy bien, pues paseemos. Pero será mejor que no nos vea nadie juntos, me pueden apartar del caso.

Tal vez fuera lo mejor para él, que alguien aséptico se ocupara del caso. Yo estaba contaminada por mis opiniones y recuerdos de él, algunos buenos y otros menos buenos.

—No te preocupes, no hay ni un alma a estas horas, y menos siendo lunes. De hecho, no comprendo cómo nunca nos hemos cruzado en este parque. ¿Vienes siempre a pasear por aquí?

—No siempre, la mayor parte de las noches voy a visitar a mi madre.

—Ajá...

—Está en una residencia de ancianos no muy lejos de aquí.

¿Por qué le estaría contando mi vida?

—Oh, vaya. ¿Qué le pasa?

—Tiene demencia senil. Cada vez está peor, ya no habla —menos aquel día, cuando me sorprendió lo lúcida que estaba— y apenas reacciona a mis visitas, pero siento la necesidad de ir a verla, me da pena que esté tan sola... Así que voy y le cuento cómo me ha ido el día.

—Ya..., comprendo, no sabes lo que daría porque mi madre viviera aunque estuviera en ese estado.

—Estoy al tanto de lo de tu madre..., lo siento mucho.

Lo sentía más de lo que él pensaba. Siempre la había apreciado y agradecido lo mucho que nos ayudaba cuando éramos amigos; sin ella, la felicidad de aquellos días habría sido mucho más corta, aunque tal vez hubiera

sido mejor para todos.

—Yo también lo siento, se murió por mi culpa.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté extrañada.

—Si yo no me hubiera ausentado para acudir a esas estúpidas charlas sobre dopaje en Francia, ella no se habría quedado al cuidado de mis caballos. Acababa de jubilarse, tenía muchos planes, iba a estudiar piano, italiano...

—No tienes que sentirte culpable por eso, tú no fuiste el responsable de su muerte. Fue mala suerte, Héctor, ¿me has entendido?

Asintió y me dedicó una sonrisa llena de pesar pero agradecida. Tenía ganas de abrazarlo, aunque ya no sabía si me acordaría de hacerlo.

—Me da mucha rabia que no pudiera hacer esa lista de cosas que tenía apuntadas, y mi padre estaba a punto de jubilarse para pasar más tiempo juntos.

—Oh..., vaya, lo siento mucho.

—Ahora dejemos de hablar de mí..., creo que la gran inspectora es mucho más interesante que yo. Por cierto, ¿cómo llegaste a convertirte en inspectora de la Policía Judicial?

—Bueno..., me mudé a Reino Unido cuando era una adolescente y allí estudié la carrera de psicología.

Héctor silbó ¿sorprendido?

—Te pega ser psicóloga.

—¿En serio?

—Sí, pero continúa.

—Nada más terminar la carrera comencé de becaria en un despacho de psicólogos muy prestigioso, pero enseguida me di cuenta de que eso no era lo mío... y volví a España.

—A cumplir tu sueño —concluyó él con mucha seguridad, como si me recordara.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno..., simplemente he acertado.

—Mi sueño era ser policía y pillar a los malos..., ya sabes, lo típico. Pero yo quería hacer algo más que atrapar ladrones, de modo que entré en el cuerpo

de Policía y estudié varios años hasta que aprobé las oposiciones. Después me concentré en lograr mi objetivo, sabía lo que quería.

—Siempre lo supiste..., quiero decir..., es una pregunta, ¿siempre lo supiste?

¿Me habría reconocido? Decía algunas cosas que me hacían entender que ya sabía quién era en realidad, pero si era cierto ¿por qué no me lo decía? Yo por lo menos lo hubiera hecho.

—Sí, siempre, pero en Inglaterra perdí mis recuerdos y desconecté tanto que olvidé mis sueños, pero siempre hay algo que te lo recuerda.

—¿Qué hay de tu marido? ¿Dónde os conocisteis?

Me detuve sin pensarlo y solté mi mano por primera vez, algo que no le pasó desapercibido a Héctor, que me miró con preocupación. Él no lo sabía, ¿cómo podía saberlo?, pero simplemente escuchar algo tan simple hacía que me retorciera de dolor, un dolor que conseguía entumecer todos mis músculos y que me martilleaba el cerebro.

Héctor se acercó a mí y consiguió hacerme olvidar su pregunta al apartarme un pelo de la cara y ponerlo detrás de mi oreja, un simple e inocente movimiento que hizo que me desentumeciera y volviera a la vida. Su pulgar acarició mis labios y no pude evitar cerrar los ojos, como recordaba haber hecho tiempo atrás. La sensación que me produjo esa caricia fue casi sanadora, como si hubiera curado un dolor que llevaba mucho tiempo instalado dentro de mí.

—Lo nuestro está muerto, simplemente nos falta dar el paso para desligarnos para siempre..., un simple papel.

Abrí los ojos, Héctor me miraba ¿satisfecho?, ¿enamorado? Oh, Dios mío, ¡pero qué estaba haciendo! Él desvió la mirada y yo la seguí, no podía creer que nos hubiéramos detenido junto a un acebo. Demasiadas casualidades.

Héctor me atrajo hacia sí con tanta fuerza que no me quedó más remedio que poner mis brazos alrededor de su cuello. Siempre habíamos encajado, aunque él no lo entendiera en su momento, y yo me preguntaba si sería demasiado tarde, y más en aquellas circunstancias. Sin embargo, cuando me besó y me transporté en el tiempo hasta la cueva de Héctor y Eric, aparté de mi mente el raciocinio que solía acompañarme desde que no me dejaba llevar

por los sentimientos.

Nombre 12: Olivia

Aravaca, enero de 1997

Lo sigo montado en Olivia, la Vespa roja de mi madre. La llamamos así porque las Olivias son familiares, amables, cariñosas y, aunque pueden parecer débiles al principio, son fuertes y decididas cuando es necesario, y ese día necesitaba su potencia para mi cometido. Si mi madre se enterara de que, uno, le he robado su querida Olivia y, dos, la estoy conduciendo, me quedaría castigado hasta el verano. Por suerte lleva toda la semana demasiado ocupada con sus caballos para darse cuenta. Eric ha intentado por todos los medios detenerme. Él no entiende nada, aunque sé que, cada vez más, sospecha que hay una buena razón para que yo actúe como un chiflado, pero no seré yo quien se lo revele; no puedo romper mi promesa. Aunque, como es tan condenadamente listo, es posible que acabe descubriéndolo todo. Ojalá lo hiciera, me gustaría tener un cómplice.

Por suerte, mi objetivo ni se ha dado cuenta de que le sigo la pista desde hace días. En realidad es bastante bobo, yo me habría percatado si hubiera sido al revés. Aparca su Yamaha TZR al final de un camino sin salida; bueno, realmente sí que tiene salida, pero da al campo. Soy precavido y continúo conduciendo. Aparco dos calles más abajo y me dirijo con paso apresurado pero silencioso hacia donde está él. Está de espaldas fumando un cigarro junto a la moto, no deja de mirar hacia los árboles como si estuviera esperando a alguien. En esta calle es fácil pasar desapercibido, por suerte a un lado no hay casas y voy ocultándome detrás de los árboles. Decido detenerme a mitad de camino, desde aquí puedo ver con todo detalle y tal vez incluso escuchar, si se diera el caso.

Espero que esta vez suceda algo, necesito material, y no cualquier cosa, para poder ayudar a Esther y que acabe su pesadilla. Ese diario suyo me dejó trastornado y no pienso parar hasta que encuentre una razón o varias para poder extorsionar a ese hijo de puta. El día que leí casi por casualidad o, mejor dicho, por aburrimiento unas hojas de su diario, decidí que esa era la

única solución. Estaba convencido de que su hermanastro tenía algún secreto que ocultar; era evidente que no era trigo limpio y necesitaba pruebas de ello. Y algo me decía que aparcar la moto en un lugar tan extraño era la respuesta que llevaba toda la semana esperando.

Había estado dándole vueltas a qué hacer desde Año Nuevo, pero tomé la determinación el primer día de colegio después de las vacaciones de Navidad...

Unos días antes...

Esther lleva en mi pensamiento desde el primer día del año. Desde entonces la he llamado todos los días a la hora acordada, puesto que ella ha dejado de usar el *walkie*. A pesar de que me ha respondido siempre al teléfono, la he notado fría y distante, y para colmo me ha dado variadas excusas para no vernos. Es como si de pronto tuviera una vida familiar de lo más intensa y yo, es decir, nosotros ya no entráramos en sus planes, de modo que no he vuelto a verla desde entonces.

Me ha dado por pensar que está mosqueada conmigo por lo que hablamos, aunque no entiendo por qué, ella estuvo de acuerdo conmigo en seguir como amigos. Pero es evidente que he hecho algo mal, ni somos novios ni amigos tampoco, y la echo mucho de menos. Tal vez Eric tiene razón y estoy enamorado de ella y por esa razón no paro de darles vueltas a las cosas, pero también es normal preocuparse por los amigos. Eso es lo que somos y lo que debemos ser. Además, Esther piensa como yo, por algo somos almas gemelas.

Lo que realmente me preocupa es que no esté en el colegio el primer día de clase después de las vacaciones de Navidad. En el recreo busco con la mirada al grandullón de su hermanastro y lo encuentro en la esquina de siempre, junto al baño. De pronto, un pensamiento de lo más escalofriante me golpea tan fuerte en el corazón, que me veo abandonando el partido de baloncesto ante la pasmada expresión de mis compañeros y acercándome a Sansón a gran velocidad. Sé que he perdido el juicio, pero no puedo contenerme. Él se levanta sorprendido al verme y se acerca a mí apresuradamente, como si no quisiera que sus colegas nos escucharan.

—¡Como hayas tocado un solo pelo de Esther, te mataré! ¿Comprendes? — exclamo con rabia.

No tengo ni idea de quién ha poseído mi cuerpo, pero ni yo mismo puedo creer que haya dicho algo así a aquel gigante.

—No he vuelto a tocarla.

Sus palabras son casi un susurro y por un instante advierto un brillo de temor en sus ojos. Aunque he debido equivocarme, a pesar de que yo sea casi igual de alto, él es un cuatro por cuatro y yo un Fiat Uno.

—Entonces ¿por qué no ha venido al colegio?

Sonríe maliciosamente.

—Eso tendrás que averiguarlo tú solito.

Ha debido recobrar su habitual seguridad, ya que se aleja dejándome con la palabra en la boca. Algo me dice que ha dicho la verdad, así que maquino un plan para escaparme a la hora de comer, tengo una hora y media antes de las clases de la tarde y sé cómo escabullirme sin que nadie se dé cuenta.

Llego casi sin aliento a casa de Esther y tengo la precaución de dejar la bicicleta dos casas antes. Llamo al timbre, pero después de varios minutos me doy cuenta de que nadie va a responderme. De modo que decido saltar la valla, no es la primera vez que lo hago. Sé que está ella sola, su madre está trabajando.

Efectivamente, es ella quien, después de dos timbrazos, abre la puerta sobresaltada. Lleva un pijama de Snoopy que le sienta realmente bien.

—¿Qué haces aquí? —exclama ¿molesta?

—¿Puedo entrar?

Parece meditarlo durante unos instantes, hasta que decide dejarme pasar. La sigo hasta su dormitorio, donde se acomoda sobre la cama y se tapa con una manta. La observo con descaro intentando encontrar alguna huella de ese bruto en su rostro, en su cuello, pero no hay ningún indicio que confirme mis sospechas.

—¿Y bien? —pregunta impaciente al mismo tiempo que me siento junto a ella.

—¿Estás bien? Hoy no has ido al colegio y estaba preocupado por ti.

—Sí, perfectamente.

—Y entonces ¿por qué no has ido al colegio?

—Estoy mala.

—¿Mala?

—Sí, gastroenteritis, y te advierto que es muy contagioso.

Estallo en una carcajada. Eso no hay quien se lo crea, no solo porque no tiene ninguna pinta de estar enferma, sino porque además tiene un rubor de lo más sano en las mejillas (de hecho, está guapísima). Por eso he soltado la carcajada. Esther, como es costumbre, no tarda en seguirme. Se podría decir que estoy realmente enganchado a verla reír, a ver cómo se ilumina su mirada, cómo se transforma la expresión de su rostro, antes sombrío y ahora radiante. Definitivamente soy drogadicto a Esther, soy adicto a verla feliz.

—Bueno, ahora en serio... No te apetecía ir al colegio y has mentado a tu madre, ¿no es cierto?

Hace un mohín con los labios que confirma mis palabras.

—¿Lo sabía! Eres la monda. Y yo preocupado como un tonto.

—¿De verdad estabas preocupado?

—¿A ti qué te parece? ¿Iba a arriesgarme a un castigo por escaparme del colegio si no lo estuviera? Tú no te das cuenta, Esther, pero, desde aquel día..., si no coges el teléfono cuando llamo, si no apareces a la hora acordada, si no... En fin, que empiezo a imaginarme cosas y me monto una película en la cabeza. A veces creo que...

—¿Qué?

—Que no sé si te das cuenta de lo mucho que me importas.

Suspiro y bajo la cabeza. Entonces siento la mano de Esther acariciándome el pelo. Si sigue haciéndolo voy a estropear mi propósito de que seamos solamente amigos y voy a abalanzarme sobre ella para besarla. Es la única que con su simple tacto consigue apaciguarme, pero al mismo tiempo me revoluciona como nadie. ¿Qué me está pasando? Ser solo su amigo va a ser lo más difícil del mundo, pero tengo que ser fuerte y aguantar mis instintos más salvajes. Creo que merece la pena que me contenga.

—¿Me he perdido algo importante en el colegio? —pregunta a la vez que deja de acariciarme, lo cual es una pena porque me estaba encantando, pero una suerte para mi cuerpo, que después de Fin de Año añora desesperado el tacto de sus manos.

—Sí, mucho... Tenemos que hacer un trabajo de inglés, una hoja

explicando qué queremos ser de mayores y por qué.

—Oh...

—Ya sabes lo que quiero ser yo, pero... —levanto la cabeza y la miro— ¿qué hay de ti? Nunca me has dicho lo que te gustaría ser de mayor.

—Policía, quiero acabar con la gente abusona que hace daño a los más débiles.

Lo dice con un tono de voz tan serio que me llega al alma, somos los únicos que sabemos la razón de ese deseo, y siento unas ganas terribles de abrazarla y protegerla. Es casi la única persona que despierta ese sentimiento de protección en mí.

—Serás una gran policía, pero, hasta ese momento, te prometo que no dejaré que nadie te haga daño.

Esther se queda mirándome, parece que asombrada. Sus ojos se llenan de lágrimas y, antes de que pueda moverme para abrazarla, se levanta apresuradamente y dice «ahora vuelvo». Espero un rato sentado, hasta que acabo aburriéndome y comienzo a pasear por su dormitorio. Repaso las estanterías llenas de novelas que jamás he leído. Esther siempre intenta inculcarme el gusto por la lectura, pero por el momento no ha hecho ningún avance. Observo el radiocasete sobre la mesa de estudio con unas cuantas cintas apoyadas encima, siento el impulso de darle al *play*, pero finalmente no lo hago. Veo un diario con un candado y una minúscula llave a su lado. Me siento muy tentado de echar un vistazo, primera noticia de que Esther escribe sus pensamientos. Lo que daría por poder leerlo... Voy a echar un vistazo, pero solo si se da el caso de que está abierto, si tengo que usar la llave, me niego rotundamente. Por suerte para mí, pero no para ella, no hay ningún impedimento para que lo haga y la cinta de color verde es la que decide por dónde empiezo a traicionar a mi amiga.

... no merece la pena nada en esta vida y voy a dejar que todo explote. Quiero que mi madre se dé cuenta de que vive engañada, que él sepa que ha sido el culpable de que perdiera la esperanza y que haya una razón importante para que aparten a esta bestia de mi vida. La próxima vez que me pregunte si lo

acompañó al cuarto de estar a ver una de esas mierdas de películas que él ve, le diré que sí. Tengo mucho miedo, pero estoy harta de vivir con temor pensando en que en cualquier momento va a matarme de una paliza o algo peor.

6 de enero

Lo he hecho, he ido al cuarto de estar con él, era evidente que no se lo esperaba. Se ha sentado con un cuenco enorme de palomitas y una cerveza y ha dado unos golpecitos en el sofá para que me sentara junto a él. Le ha dado a play y hemos empezado a ver una película que al parecer se llama Acusados. Enseguida me han entrado arcadas. ¿Cómo puede ver semejante película? Pero me ha dado más asco todavía cuando ha puesto su manaza sobre mi muslo derecho. Y cuando ha dicho “te gusta, ¿verdad, culo gordo?” me he dado cuenta de la estupidez que había cometido y he salido corriendo escaleras arriba y me he encerrado en mi dormitorio. He llegado a tiempo, a punto de que estallara mi corazón, pero por suerte ese cabeza hueca es muy grande y tenía muchas cosas encima. Después de eso he tenido que soportar sus golpes en la puerta llamándome de todo durante casi media hora. Incluso he pensado que iba a acabar rompiendo la puerta. Al final se ha ido, pero tengo miedo de lo que vaya a pasar la próxima vez que salgan nuestros padres.

Y ahora ya no tengo a nadie con quien contar, a él lo he perdido, ya no sé si podré ser su amiga después de lo que ha pasado.

Un escalofrío recorre mi cuerpo al leer esas palabras, incluso comienzo a sentirme mareado, de modo que dejo el diario donde y como estaba y me siento de nuevo en la cama, completamente trastornado. Lo he hecho justo a tiempo, ya que Esther entra en la habitación y se excusa por haber tardado

tanto.

—Será mejor que vuelvas al colegio, si no, te van a pillar.

—¿Cómo? —Estoy distraído, el diario me ha afectado.

—Tienes que irte, Héctor, dentro de quince minutos empiezan las clases de la tarde y si no...

—¡Mierda! —exclamo sobresaltado—, tienes razón. ¿Te veré mañana en clase?

—Sí, mañana creo que ya estaré buena. —Me sonrío traviesa.

Creo que la he recuperado, pero ahora tengo que pensar en algo para solucionar el infierno en el que vive.

Parece que mi vigilancia va a dar resultado. De pronto ha aparecido de la nada un chico al que no conozco, es mucho más bajo que Sansón y también más delgado (cualquiera es más delgado, en realidad) y va oculto bajo una capucha, apenas veo sus facciones. Hablan en susurros y el chico le entrega un paquete. Primer disparo, Sansón abriendo el paquete; segundo disparo, oliendo su contenido; tercero, cerrándolo; cuarto, entregando al chico unos cuantos billetes; quinto, Sansón mirando hacia atrás como para cerciorarse de que nadie lo ha visto. Mi dedo se queda congelado en el disparador de la cámara, está mirando directamente hacia donde estoy yo. Sin embargo, no ha debido verme, puesto que se gira hacia el encapuchado, que ya se está marchando. Entonces oigo cómo lo llama.

—¡Tuerto!

El chico se vuelve contrariado y disparo por última vez, esta vez enfocando al camello.

—Te contacto cuando vuelva a necesitar más.

Ya lo tengo en el bote, la espera ha merecido la pena. Hay material de sobra para cumplir la promesa que le he hecho a Esther, no dejaré que nadie vuelva a hacerle daño.

Espero diez minutos para salir de allí y me dirijo a casa de Esther. Cuando llego, el garaje está abierto y Sansón está aparcando la moto. Ya no me importa que me vea con la Vespa. Me bajo y me dirijo con mucha tranquilidad hacia él.

—Hola, Tomás —le digo sonriendo.

Él se gira y me mira sorprendido.

—Si quieres ver a Esther me temo que hoy no podrá quedar contigo, *Dek* —dice recreándose en mi mote más conocido—. Esta tarde me ha tocado cuidar del bebé de su mamá.

—Esther y yo nos vamos al cine y tú no vas a impedírnoslo.

El muy chulo se planta delante de mí en todo su esplendor, aunque noto que duda, como si estuviera acostumbrado a que nadie le plantara cara como yo estoy haciendo, con una orgullosa sonrisa burlona que estoy seguro de que lo saca de quicio.

—¿De qué te ríes, imbécil?

—¿Has oído alguna vez eso de que el que ríe el último ríe mejor?

—Vas a tragarte tus palabras. —Levanta el brazo con claras muestras de querer partirme la cara, pero yo lo detengo con la mano.

—Yo no haría eso... Sé lo del Tuerto.

Su rostro cambia de expresión. Creo que he captado toda su atención, ya que baja el brazo y se mantiene alerta.

—Tengo fotos de tu reciente intercambio con él, supongo que no querrás que se las envíe a tu padre.

Esther me ha contado que su padre es muy estricto con él, que no le pasa ni una y que siempre le está pidiendo que trate muy bien a su nueva hermana. En realidad no entiendo la razón de que Esther no les hable a su madre y su marido de la pesadilla que está sufriendo. Según ella, es porque no se fía de ese hombre, cree que sabe perfectamente cómo es su hijo y que todo lo que dice es pura fachada para ganarse a su madre, a la cual tiene completamente engañada. A veces creo que Esther es un poco paranoica y que, si le contara la verdad a su madre, esta haría algo para resolverlo.

—¡¿Qué quieres, niño?! —me grita visiblemente cabreado.

—Quiero que me prestes atención, solo te lo diré una vez. Quiero que dejes de molestar a Esther, tanto verbal como físicamente, no quiero que vuelvas a insistir en que baje a ver películas guarras contigo, no quiero que aporrees la puerta de su dormitorio, no quiero que la llames culo gordo... y, por supuesto, no quiero que vuelvas a ponerle la mano encima, ni para pegarle, ni para tocarle el muslo ni ninguna parte de su cuerpo... Resumiendo,

quiero que la ignores por completo, que hagas como si no existiera. Como me entere de que has incumplido alguna de mis peticiones, me las ingeniaré para que tu padre tenga en sus manos las fotos que he hecho esta tarde, y también se las enviaré a la policía.

Sansón me mira boquiabierto.

—¿Me has entendido?

Está tan pasmado que no muestra signos de haberme comprendido.

—Si no me contestas, entenderé que no estás de acuerdo con el trato.

—Lo he entendido, niñato.

—No vuelvas a llamarme niñato... Y déjame pasar. —Lo empujo y entro en su casa.

Salgo a los pocos minutos con una Esther alucinada porque al pasar junto a Tomás, este nos ignora. Parece que después de todo es bastante obediente, sigue incluso en la misma posición en la que lo he dejado. Sonrío para mis adentros. Primer *round*: Héctor 1, Sansón 0.

Nombre 13: Inspectora

Viernes, 2 de octubre de 2015

Unos golpes en la puerta de la sala de reuniones hicieron que Charly y yo dejáramos de elucubrar.

—Inspectora..., tiene visita.

—¿Quién es?

—Dice que es algo personal, un tal Eric Dekker.

Charly me clavó una mirada irónica y llena de interés, ¿o tal vez era de reproche?

—Hazlo pasar a mi despacho, Luis, por favor.

Me dirigí hacia mi madriguera, más intrigada que otra cosa, mientras me preguntaba si Héctor le habría contado a su hermano algo de lo que había pasado hacía unas noches. Ninguno de los dos habíamos movido ficha desde entonces. Sabía que él no haría nada después de cómo había acabado. Por un lado lo entendía, pero por otro no me habría importado que se rebelara contra mí.

Hacía tantos años que no lo veía que me sorprendió su porte elegante y la seguridad que desprendía. En realidad no era muy diferente a cuando era un niño, pero evidentemente se había convertido en un hombre muy atractivo que seguro que recibía la apreciación constante del sexo femenino. Seguía siendo el vivo retrato de su madre, por lo menos en el tono de su pelo negro y de sus ojos. Él tampoco se cortó y me hizo un repaso nada sutil de arriba abajo sin dejarse ni un solo centímetro de mi cuerpo. Estaba claro que no era una sorpresa para él que yo fuera la inspectora Aguilera.

—Esther... —murmuró con una voz que obviamente desconocía.

—Eric... ¿A qué debo el placer de tu visita?

—No me extraña que Héctor no te reconociera, has cambiado mucho, Esther.

—Ah, ¿sí?

—Tu pelo está más oscuro, estás... mucho más delgada y..., no sé, tienes

un aire más serio, más... invencible.

—¿Invencible? —Me sorprendió el adjetivo. Si supiera que me había convertido en una hoja de papel, que con tan solo rasgarme podían acabar conmigo.

—Pareces una mujer fuerte, y tienes que serlo para dedicarte a esto.

—Lo mismo digo, Eric, no tiene que ser fácil ser abogado criminalista. Supongo que por eso estás aquí, ¿verdad? Como sabrás, no puedo hablar contigo del caso...

—Lo sé, pero por lo que Héctor me ha dicho fuiste tú quien le aconsejó que hablara conmigo y con mi padre... Y en cuanto lleguen los análisis de muestras, es más que probable que Dek sea acusado de asesinato.

Asentí con pesar.

—Creo que es una suerte que el caso haya caído en tus manos, sueles resolver casos mucho más complejos que este, por eso no entiendo que todavía no tengas nada.

—No puedo darte detalles, Eric...

—Dime que tienes algo y te dejaré en paz.

Me quedé muda. ¿Cómo podía saber que no tenía nada para salvar a su hermano?

—Lo que me imaginaba... Quiero que sepas que yo no voy a esperar sentado a que se te ocurra alguna brillante idea, estoy investigando.

—No puedes investigar hasta que tu hermano...

—¿Hasta que esté en la cárcel? —continuó molesto—. Como comprenderás no pienso esperar a ese momento, pienso estar preparado con antelación. ¡Estamos hablando de mi hermano! Creo que tú y yo sabemos perfectamente que sería incapaz de matar a nadie, y mucho menos a una mujer.

Tenía mucha razón, Héctor no mataría ni a un pájaro herido, ni siquiera para evitarle el sufrimiento.

—Alguien quiere verlo entre rejas, pero por más que le doy vueltas no consigo adivinar quién. Imagino que a ti te pasa lo mismo, pero tenemos que trabajar juntos para evitar que Dek acabe en la cárcel.

—Sabes perfectamente que no puedo trabajar contigo, Eric, es imposible. Estoy trabajando con mi equipo y estoy segura de que encontraremos al

culpable.

—¿Por qué piensas que es un hombre y no que ha sido una mujer o varias personas?

—Sé lo que pretendes, Eric, pero no caeré en la trampa.

—Está bien, pues te daré yo información... Puede que tenga que ver con los caballos, las carreras, el dopaje, el hipódromo...

—Eso ya lo sé, Eric.

—Pero... puede que nos estemos equivocando y sea algo más personal. Quizás tiene que ver con mi madre.

—¿Qué? ¿Qué tiene que ver tu madre con todo esto?

—Tengo un presentimiento.

—Lo de tu madre fue un accidente.

—Pudo ser un accidente o pudo no serlo. Por favor, investigalo. Yo también lo haré.

—No puedes... —Pero lo di por imposible, que hiciera lo que quisiera siempre y cuando yo no me enterara ni hiciera nada ilegal—. Está bien, investigaré la muerte de tu madre.

—Gracias. —Hizo amago de marcharse, pero se lo pensó mejor—. Ah..., una cosa más... —Me miró de un modo extraño—. Si tienes pensado liarte con mi hermano, que sea porque vais a tener algo serio o una única noche loca de sexo, si no, mejor no lo hagas.

Después de eso salió dando un portazo. Era evidente que Héctor no le había contado nada, y parecía que yo ya había consumido una de las dos opciones. De cualquier modo, no tenía pensado volver a acabar entre sus brazos. Solamente había sido una noche de debilidad, un desliz imperdonable que rememoraría durante mucho tiempo. Simplemente con pensarlo me ponía a sonreír como una tonta.

Lunes, 28 de septiembre de 2015

Nos besábamos en el parque de un modo tierno y dulce, cuando Héctor paró de pronto y me miró con seriedad.

—Si quieres que me vaya, dímelo ahora, ya que no sé si seré capaz de parar de nuevo.

Lo medité durante unos segundos solamente por el hecho de que el lazo

que nos unía en el presente no era el más adecuado, la verdad era que podría perder todo aquello por lo que había luchado durante años. Pero Héctor esperaba una respuesta sin dejar de mirarme de ese modo tan penetrante que recordaba tan bien. Me estaba dando la oportunidad de impedir que sucediera lo que mi cuerpo y parte de mi mente inconsciente llevaban suplicándome desde que había vuelto a verlo.

—No quiero que te vayas, quiero que vayamos a mi casa.

—De acuerdo..., si te empeñas haré un esfuerzo.

Era tan travieso que me hizo reír.

—De hecho ahora no tengo ningún lugar al que llevarte —continuó—. Mi hermano me ha dejado muy claro que no quiere que vuelva a mi casa, de modo que oficialmente he vuelto a casa de mi padre... Vamos —dijo tirando de mí con determinación.

Entramos en mi casa en silencio y en cuanto cerré la puerta Héctor volvió a dedicarme esa mirada con la que me sentía la mujer más bella y sexy del mundo. ¿Cómo era capaz de hacerme sentir tan viva cuando no hacía mucho era una especie de zombi adicta al trabajo? Hacía tanto que no sentía nada en absoluto por nadie que me sentía extraña.

—Jamás había conocido una inspectora tan guapa y seductora como tú.

Tuve que reírme, algo casi desconocido para mí, de hecho me impactó escucharme.

—Soy la primera y la única inspectora que conoces.

—¿Y tú qué sabes? No hace mucho trataba a una yegua que se llamaba Inspectora.

—¡Anda ya, Héctor! —Me reí ante su ocurrencia mientras subía las escaleras hacia mi dormitorio.

—Es en serio. Bueno, ese no era su nombre real, por supuesto, pero yo la llamaba así porque siempre que me acercaba a ella inspeccionaba..., bueno, ya sabes.

—¿Cómo que ya sé? No tengo ni idea de caballos.

Abrí la puerta y, después de echar un vistazo a la habitación, como siempre hacía cuando entraba por primera vez en un lugar, me sonrió con picardía.

—Inspeccionaba mi paquete.

Solté una carcajada.

—No es broma... Me encanta hacerte reír, inspectora.

Después de eso me atrapó entre sus brazos y decidí dejarme llevar por aquel sueño que siempre había tenido de que Héctor me hiciera el amor.

Me desabrochó la camisa lentamente sin dejar de atravesarme con sus bonitos ojos de tono indescifrable, aunque cuando por fin se deshizo de ella se quedó contemplándome ¿asombrado?

—No me esperaba este sujetador de encaje, inspectora.

Mis recuerdos eran muy reales, Héctor no se callaba ni en los momentos más íntimos.

—¿Se puede saber por qué? —No iba a negarlo, tenía curiosidad.

—No sé..., eres tan sencilla y tan seria que pensé que llevarías un sujetador deportivo.

—¿Piensas quedarte ahí, mirando mi ropa interior toda la noche?

—Por supuesto que no, inspectora.

Por fin se decidió a quitármelo, aunque volvió a quedarse observando mis pechos. No tardó en acariciarlos de tal modo que tuve que cerrar los ojos, deleitándome con el tacto áspero de sus manos y después de sus labios. Cuando abrí los ojos, lo imité despojándolo de su camisa de cuadros y acaricié su pecho desnudo. Él también cerró los ojos, visiblemente afectado por las caricias que le dedicaba. Después me apretujó en sus brazos y me besó con algo más que ternura. Acabamos sentados en la cama respirando con dificultad. Héctor se levantó y se quitó los vaqueros. Mi respiración era cada vez más entrecortada, había vivido aquel momento tantas veces en mi mente, que estaba deseando descubrir si la realidad superaba la ficción. Sus *boxers* también desaparecieron. La realidad superaba la imaginación. Se colocó de rodillas en el suelo y se deshizo de mi pantalón como si hubiera nacido para dejarme desnuda. De nuevo observó mi ropa interior.

—A juego... No te pega nada, inspectora.

Me habría gustado decirle que dejara de llamarme así, pero todavía no estaba segura de si conocía mi verdadera identidad, y no me apetecía nada que me llamara Adela, rompería el encanto.

—En cualquier caso, te las voy a quitar.

En realidad me gustaba que hablara, yo era mujer de pocas palabras y en esos momentos me daba cuenta de lo que disfrutaba con alguien como él, que no callaba nunca.

Tiró de mí dejándome al borde de la cama, completamente a su merced y deseando que acabara con aquella sensación palpitante e incendiaria que sentía entre los muslos. Primero comprobó el estado en el que me hallaba introduciendo uno de sus dedos. Arqueé la espalda incapaz de controlarme. Era una desconocida para mí misma, Héctor no era consciente de lo que estaba haciendo conmigo. ¡Sentía! ¡Estaba viva y disfrutando del tacto de otra persona! Una a la que había querido con locura pero a la que también había maldecido con desesperación.

Una eternidad después, acabó con mi agonía introduciendo lo que más deseaba de él. Sentí algo salvaje dentro de mí que ni sabía que existía y produje sonidos desconocidos mientras se sucedían las sacudidas contra mi pelvis. Se derrumbó sobre mí y aproveché para hacer algo que siempre había disfrutado, acariciar ese pelo, ahora castaño pero igual de indomable. Era una sensación maravillosa para mis dedos.

—Oh, Dios, inspectora, eres puro fuego.

—No me pega, ¿no?

—En realidad sí. Lo sospeché la primera vez que te vi. Pero solo te muestras como eres con unos pocos.

«Con ninguno, Héctor, solo contigo».

—Imagino que tienes razón.

Apenas dormí esa noche, hacía demasiado tiempo que no tenía un hombre en mi cama, al menos para algo más que sexo puntual. Además, no pude evitar recrearme en la visión de su rostro y su cuerpo. Parecía que no era muy amigo de las sábanas y yacía boca arriba desnudo a excepción de los *boxers*. Era asombroso cómo podía dormir tan profundamente estando en casa de una desconocida y con la cantidad de problemas que tenía. No lo comprendía, pero, por alguna razón, le pegaba. Cuando éramos unos niños no se preocupaba por nada salvo por mi situación, pero siempre encontraba una solución para todo. No me hubiera importado parecerme más a él y tener un

ápice de su optimismo y vitalidad. Era un hombre apasionado, sencillo y completamente leal.

A pesar de que me sintiera a salvo junto a él, a pesar de que me hacía más feliz de lo que pudiera admitir, a pesar de que me hubiera hecho volver a creer en el amor, a pesar de que me hubiera llevado al delirio haciéndome el amor dos veces aquella noche, a pesar de todo, no lo merecía. No quería oscurecerlo y quitarle ese optimismo casi idealista e inocente que lo hacía destacar, no quería hundirlo conmigo, no quería hacerlo sufrir, no quería mostrarle mi lado oscuro, no quería perderlo por no saber amarlo como se merecía. No quería.

Por todo eso, y por otras razones, me marché bien temprano dejándole una nota muy escueta en la cama. Y supe que después de leerla no querría volver a verme.

Viernes, 2 de octubre de 2015

La visita y, sobre todo, las palabras de Eric se repitieron en mi cabeza durante toda la mañana. De modo que por la tarde, para evitar que mi cerebro estallara de tanto pensar y antes de que mi sentimiento de culpabilidad por no estar haciendo un buen trabajo acabara anulándome por completo, hice unas cuantas llamadas para conseguir el expediente de la madre de Héctor, Carolina Conde.

Según el informe había muerto a causa de un traumatismo craneoencefálico al golpearse contra un borde de cemento mientras estaba tratando a un caballo dentro de un box, precisamente en la misma cuadra donde trabajaban Héctor y Jose. El animal le había dado una coz que le había hecho perder el equilibrio y la muerte había sido fulminante. No había indicios de agresión ni presencia de ninguna droga en su organismo, si bien era cierto que había cantidades pequeñas de tamoxifeno, un medicamento que tomaba de forma regular.

Recordaba a Carolina, una gran veterinaria que le había traspasado a su hijo mayor el amor por los equinos, y no creía posible que un caballo le hubiera dado una coz a alguien como ella. Era evidente que no se le había practicado una buena autopsia. Debía hablar con el forense que había firmado el informe, algo no me cuadraba.

Aunque seguía sin comprender qué relación podría tener la muerte de

Carolina con la de José Galiano, al menos tenía algo que investigar, puesto que seguía sin recibir el informe completo de las muestras de ambos homicidios y estaba empezando a impacientarme. Si bien por otro lado necesitaba tiempo, y cuanto más tardaran esos resultados mejor para Héctor.

Charly llamó a la puerta. Sabía que era él por su forma de hacerlo, un tanto impaciente.

—¿Puedo?

—Ya has entrado, así que adelante —contesté irónica, aunque sabía que él me ignoraba cuando me ponía en ese plan.

—¿A qué ha venido Dekker? Imagino que también lo conocías...

—Sí... Ha venido a decirme que es el abogado de Héctor.

—Pero si todavía no...

—Se ha adelantado. Y me parece bien que esté trabajando para defender a su hermano. —Omití decirle que había sido idea mía—. Básicamente me ha pedido que me esfuerce al máximo. Y tiene razón, estoy muy perdida con este caso.

—Estamos —me corrigió.

—Soy yo quien dirige la investigación, Charly. Soy la responsable de que esto se aclare.

—Y nosotros..., yo —recalcó—, estamos para ayudarte.

—Lo sé. No sabes cuánto agradezco tenerte en mi equipo.

En realidad Charly era más que una ayuda, sin él no conseguiría sacar el máximo del resto del equipo (mucho menos espabilados y eficaces que nosotros dos), ponerlos a trabajar de un modo ordenado y eficiente para poder resolver los casos que se nos presentaban. Y este en concreto era el más importante que teníamos en mucho tiempo; dos asesinatos íntimamente relacionados y un único sospechoso que yo sabía que era inocente. Charly era clave para que yo pudiera utilizar mi talento para lo que realmente servía (mi olfato y mi desconfianza me llevaban a profundizar siempre hasta llegar a la raíz), pero en esa ocasión lo tenía completamente anulado. Tal vez porque era la primera vez que me afectaba personalmente.

—Quiero investigar la muerte de Carolina Conde.

—¿Quién es?

—La madre de Héctor.

—¿Fue asesinada?

—Técnicamente no, pero puede que se equivocaran al dictaminar la causa de su muerte. Murió precisamente en la cuadra de José Galiano, aparentemente de un golpe en la cabeza, en enero de este año. Era también veterinaria y estaba sustituyendo a Héctor en ese momento.

—Bien... ¿Qué quieres que haga?

—Quiero que contactes con el forense que realizó la autopsia, necesitamos hablar con él.

—¡Eso está hecho!

Alguien llamó a la puerta en ese instante y ambos nos giramos intrigados.

—¿Inspectora? Hemos encontrado algo sobre el principal sospechoso.

Era Amaia, una oficial del equipo que por orden de Charly se estaba ocupando de investigar a Héctor a fondo.

—¿Qué habéis encontrado? —Me puse de pie nerviosa, e incluso me tembló la voz, aunque ninguno de los dos pareció notarlo.

—Algo muy interesante.

Miré con recelo lo que traía en la mano, que resultó ser un parte de intervención policial de hacía dieciocho años. Creía que perdía el equilibrio al ver el nombre de Héctor allí escrito; de hecho, me senté por precaución, estaba demasiado impactada. Ni siquiera recordaba todo aquello, lo había borrado de mi mente. Leí el informe dos veces intentando descubrir si había algo que me comprometiera, pero no había nada, aunque sería cuestión de tiempo que lo descubrieran.

—¿Cómo has dado con él? —pregunté intentando que no me temblara la voz y pasándoselo a Charly—. No creo que este documento estuviera en la base de datos, ¿lo encontraste en el archivo?

—Así es, estaba en el archivo.

—Pero... ¿cómo supiste dónde buscar?

No daba crédito. Encontrar algo tan concreto, tan insignificante a simple vista en el archivo era misión imposible, sobre todo si no sabías qué estabas buscando exactamente.

—Ayer intenté contactar con gente que conociera a Héctor. Pensé que con

el cuerpo que tiene —se puso colorada al decirlo, y lo cierto es que asentí casi sin darme cuenta— iría al gimnasio, así que se me ocurrió ir al polideportivo más cercano a su casa. Allí lo conocían, pero no conseguía ninguna información útil hasta que un anciano con ganas de compañía se interesó por el asunto y empezó a hablar. ¡No había quien lo parara! —Hizo una pausa, risueña. Nunca la había visto con esa actitud tan desenvuelta ni tan habladora, pensé si sería el subidón del trabajo bien hecho—. Resulta que sigue viviendo en la misma zona que cuando era pequeño, total, que él conocía a Héctor perfectamente y se acordaba de una pelea en la que había estado envuelto. Como me aseguró que había estado involucrada la policía y conseguí sacarle una fecha aproximada pensé que, si tenía suerte, podría encontrar la minuta... ¡Y aquí está! —terminó triunfal.

—Así que un chico violento... —comentó Charly.

—Tan solo tenía dieciséis años —protesté, lo cual hizo que mi compañero me hiciera una mueca reprobatoria, como si pensara que lo estaba defendiendo.

—Creo que la jueza no pensará igual, estas situaciones pesan en la balanza —dijo Amaia con mucha razón, aunque en esos momentos yo no se la daría. ¿Por qué había decidido estrenarse como una buena policía justo en aquel caso? Sentí la mirada de Charly, su ceja derecha ligeramente arqueada me hizo saber que era necesario que interviniera, aunque fuera en mi contra.

—Gracias, Amaia, buen trabajo —dije en un tono de ultratumba.

Ella entendió que podía irse y así lo hizo, era consciente de que no les gustaba pasar demasiado tiempo en mi compañía y no se lo reprochaba. Al subinspector, sin embargo, no parecía afectarle mi presencia.

Cuando por fin estuvimos a solas, Charly me miró con preocupación.

—Esther... —no me llamaba muchas veces por mi nombre, y mucho menos en la comisaría—, primero..., ¿estás bien?

—Sí —mentí.

—Segundo..., creo que tienes algo que contarme, y no me digas que no tiene nada que ver contigo.

Desgraciadamente, me conocía demasiado bien.

—Está bien, llama al forense y, cuando hablemos con él, me invitas a

comer.

—¿Que te invite a comer? Tú eres la jefa, yo soy un humilde empleado.

—Bien, entonces llamo yo al forense y ya no hay comida.

Charly puso los ojos en blanco.

—Está bien..., invito yo —se rindió.

Todavía no sabía cómo contarle aquello, pero así tendría más tiempo para ordenar mis pensamientos.

Nombre 14: Marta

Aravaca, junio de 1997

Hoy Héctor cumple dieciséis años, justo el día que empieza la primavera (qué bonito), y nos ha invitado a su piscina. Me da un poco de vergüenza que me vean en traje de baño, y no es solo porque siempre me han dado corte estas cosas, sino porque además estará Marta, la hermana de Xandro y Róber, que desde la fiesta de Nochevieja cada vez viene más con nosotros y, para mi desgracia, es guapísima. Es más, auguro que tiene un tipazo impresionante en traje de baño y temo que me comparen con ella, bueno, más en concreto tengo miedo de que lo haga Héctor. Yo no tengo sus curvas ni su pecho, ni soy tan femenina.

Desde enero hemos vuelto a ser tan amigos como siempre, pero jamás ha vuelto a haber nada entre nosotros aunque, a quién voy a engañar, a mí me sigue gustando tanto o más que antes, y me da miedo que se dé cuenta de que Marta está loca por él. Es evidente y sin embargo, por el momento, él no parece haberse percatado de su interés.

Estoy muy orgullosa del regalo que le he traído. Sé que él aprecia los regalos útiles en los que no hace falta invertir dinero, es más, me prohibió expresamente regalarle nada que no fuera casero. De modo que le he grabado una cinta con sus canciones preferidas. Llevo semanas pendiente de la radio, a la caza de canciones que tenía apuntadas, de hecho he conseguido un buen repertorio. También he grabado *Misión imposible*, sé que es una de sus películas preferidas. Y, por último, he incluido algo que tal vez acabe utilizando yo primero, ya que, a pesar de mis esfuerzos, todavía no he conseguido inculcarle el amor por los libros. Es una novela que va a salir dentro de unos días y que mi tía, que vive en Gales, va a enviarme en cuanto la consiga: *Harry Potter y la piedra filosofal*. Por ahora es solo un vale, hasta que el libro llegue por correo. Lo más probable es que Héctor no sepa apreciar el valor de este libro y lo mucho que me ha costado gestionar esto con mi tía, pero estoy deseando que se enganche a la lectura con él. Me temo

que mi mejor amigo es un ignorante literario y no estoy segura de poder resolver ese defecto, que es realmente el único que tiene.

Su madre me abre la puerta y, como siempre, me dedica una gran sonrisa y me planta dos besos.

—Corre a la piscina, Esther, que ya están todos, solo faltas tú.

Vaya, no sé por qué pensaba que la fiesta era a las siete, pero parece que llego tarde.

Están todos de pie alrededor de una mesa de madera del jardín, junto a la piscina. No se dan cuenta de que he llegado, están todos muy atentos mirando algo que Héctor saca de una bolsa. Ahora me acuerdo de que los chicos me preguntaron si quería participar en un regalo conjunto, pero decliné la petición, sentía que en cierta forma nuestra amistad era algo especial ajeno a la pandilla y me apetecía hacer algo más personalizado y, por qué no, íntimo, algo que nos perteneciera solamente a nosotros. Además, mi madre no me da ninguna paga, como a todo ellos, y el dinero para comprar el libro lo he ido adquiriendo de un modo poco ético; desde hace meses he ido robando pequeñas cantidades de la compra, hasta lograr reunir el alto precio del libro, pero ha merecido la pena.

De todos modos, el dinero o, mejor dicho, la falta de él es el menor de mis problemas. El gran problema que tenía desapareció después de las Navidades. Tomás ha cambiado su actitud hacia mí y ya no me acosa, incluso creo que me ignora por completo. Tal vez mi madre o su padre hayan tenido unas palabras con él... No sé realmente qué le ha hecho cambiar de actitud, pero no quiero darle vueltas, ya que, gracias a eso, mi situación ha dado un giro de ciento ochenta grados y tengo una vida normal; salgo con amigos, juego al baloncesto... El único problema que ahora tengo es que sigo irremediablemente enamorada de mi mejor amigo.

Cuando por fin Héctor termina de desenvolver el paquete y exclama «¡madre mía!, menuda pasada» al ver las Nike Air Pump con las que todos los que jugamos al baloncesto hemos soñado, me doy cuenta de lo insignificante que es mi regalo. Ya no puedo dárselo, es ridículo comparado con esas alucinantes zapatillas. Además, ¿acaso le va a hacer alguna ilusión un libro? Soy una ilusa.

Héctor levanta la vista y me dedica una sonrisa resplandeciente.

—¡Esther! Ya pensaba que no vendrías.

—Es que me he despistado con la hora, pero no faltaría por nada del mundo.

—¿Dónde está mi regalo? —pregunta después de acercarse a mí. Los demás siguen adorando ese par de zapatillas como si con ellas pudieran volar.

—Yo...

—Las zapatillas son una pasada..., pero prefiero tu regalo casero —dice como si pudiera adivinar mis pensamientos.

—Verás..., me lo he dejado en casa —miento.

Me niego en redondo a darle las cintas grabadas, y mucho menos el vale del libro, ahora soy consciente de lo cutre que es mi regalo.

—Bueno..., me lo puedes dar mañana, no pasa nada. ¿Vamos a bañarnos?

Asiento aunque no lo tengo muy claro todavía. Marta lleva un bikini de flores en tonos turquesa que le queda de muerte y, como para ridiculizarme, no parece nada avergonzada. Ojalá Ana estuviera aquí, me sentiría mucho menos fuera de lugar.

—¡Venga, Esther! —Héctor me llama desde el agua—. Eric se ha empeñado en que juguemos a marco polo.

Me hago la remolona mientras me desvisto sin dejar de observarlos. Héctor ya no está pendiente de mí, está metido en el juego y con razón, le ha tocado ligarla e intenta desesperadamente pillar a alguien con los ojos cerrados, guiándose por las voces que repiten *polo*. Yo me divierto de lo lindo viendo cuánto le cuesta agarrar a alguien, pero entonces Marta se pone a tiro. ¿Es tonta o qué le pasa? De pronto caigo en la cuenta de que en realidad es muy lista, evidentemente quiere que la pille, y no tardo en descubrir por qué. Héctor toca su rostro y después su pelo, por supuesto con eso es suficiente para adivinar quién es, ella y yo somos las únicas chicas. Quería que Héctor la tocara, y esa escenita ha conseguido que me levante y me acerque al borde de la piscina.

Estoy tan enfadada que ya ni me importa lo poco que me gusta el traje de baño que llevo puesto. Le supliqué a mi madre que me comprara un bikini, pero ella se negó y en su lugar me compró un bañador, según ella mucho más

bonito y recatado. ¿No se da cuenta de que así parezco un bicho raro?

—¡Juego! —Y me zambullo en la piscina.

—Entonces la ligas tú —dice Marta.

¡Pero qué morro tiene!

—Sí, Esther, esas son las normas —la segunda Eric—. Haber venido a jugar al mismo tiempo que todos.

Eric suele caerme bien, pero en este momento lo fulmino con la mirada. De cualquier forma, sé que no tengo más remedio que aceptar, de modo que cierro los ojos y digo *marco*.

Llevo un rato sin parar, pero no consigo atrapar a nadie. Estoy harta de ligarla. Entonces oigo a Marta riéndose, está corriendo alrededor de la piscina y no para de gritar «Héctor, déjame en paz». ¿Qué están haciendo? Me resisto durante unos segundos, pero mi curiosidad puede más que yo y acabo abriendo los ojos. Los demás se quejan y dicen que estoy haciendo trampa, pero yo los ignoro mientras mis ojos siguen los movimientos de ambos; Marta huye de Héctor sin dejar de reír y por lo visto él se lo está pasando en grande también. De pronto Marta se detiene y Héctor, que no puede parar a tiempo, cae encima de ella. No parece que le haya hecho daño, ya que ella no deja de reír. Ambos se quedan observándose el uno al otro, completamente pegados, en una postura nada decente.

Aparto la mirada, no quiero seguir observando esa escenita. Salgo de la piscina mientras escucho las quejas de los demás, pero soy incapaz de seguir ahí, viendo cómo tontean esos dos. Me seco rápidamente y me pongo el vestido y las sandalias. Salgo con paso apresurado, casi corriendo, y de camino a la verja me choco con su madre.

—¿Qué te pasa, Esther? ¿Estás bien?

—Perdón, tengo que irme.

—Pero... estaba a punto de traer algo de merendar.

—Es que... no me encuentro bien. Tengo que marcharme. Adiós,

Mi intención no era cerrar de un portazo, pero ya es demasiado tarde para remediarlo. Comienzo a correr hacia mi casa aunque enseguida tengo que detenerme, estoy sin aliento; además, todavía hace mucho calor.

—¡Esther!

No puede ser. ¿Cómo se ha dado cuenta de que me he ido? Y ¿por qué ha venido detrás de mí? Aunque, en cierta forma, que lo haya hecho me tranquiliza.

Me alcanza enseguida y me agarra del brazo.

—¿Qué bicho te ha picado?

Ha salido en traje de baño y descalzo, tiene un cuerpo tan increíble que por un momento me despisto y me olvido de por qué he huido.

—Nada, tengo que irme.

—¿Cómo que tienes que irte? Es mi cumpleaños, apenas has estado una hora.

—Lo siento, pero... —No quiero decirle la verdad, pero estoy tan enfadada con él que las palabras salen de mi boca sin poder controlarlas—. ¿No te das cuenta de lo que pretende Marta? Solo has necesitado verla en bikini para... para... babear como un imbécil.

—Oh..., de modo que estás celosa.

¿Está sonriendo? Eso acaba por sacarme de mis casillas.

—¿Celosa yo?

—Es evidente. —Sonríe satisfecho y siento unas ganas tremendas de darle una bofetada—. Pero, Esther..., estás muy equivocada, no te enteras de nada.

—¿Que no me entero de nada? No soy tonta, ¿sabes?

—Ya lo sé, pero... —Vuelve a agarrarme del brazo, aunque esta vez con más suavidad.

—¡Déjame en paz! —Me suelto y salgo de nuevo corriendo, pero eso no impide que escuche sus palabras.

—Tiene gracia, una luciérnaga completamente ciega.

No sé ni qué estoy haciendo, pero no pienso volver a casa hasta la hora que me ha dejado mi madre, no quiero responder preguntas de por qué he llegado antes. Además, mi orgullo me lo impide.

No he dejado de caminar y ya estoy cansada, pero todavía queda media hora para las once. Veo a lo lejos un banco, pero antes de llegar, mis ojos captan dos figuras medio ocultas por un árbol que hablan en susurros. Una de las voces me resulta familiar, y no digamos su silueta. Puede que me equivoque, está oscuro, pero por si acaso me oculto detrás de un pino y

observo la escena.

Es él, lo tengo muy claro. Está intercambiando algo con un chico oculto bajo una capucha. No sé qué pasa pero ahora el chico ha subido el tono de voz, parece enfadado, pero no acabo de descifrar de qué hablan. Sé que lo mejor sería marcharme, pero me da miedo hacer ruido al alejarme y que Tomás me vea, así que decido que es mejor quedarme donde estoy y que sea él el que haga el primer movimiento.

Discuten durante un rato, pero al final el encapuchado se aleja. Tomás se queda mirándolo hasta que se cansa y se da la vuelta. Es en ese preciso momento cuando me ve. No sé si salir corriendo o no, de cualquier manera él ya se ha acercado hasta mí, además, Sansón ha cambiado y ya no es el de antes. Sin embargo, me asusta cuando se acerca a mi rostro y descubro una mirada que parece escupir fuego.

—¿Qué narices haces espiándome, niñata?

—Yo no te estoy espiando, me he topado contigo...

—Que sepas que el acuerdo que tenía con él ya no es válido.

—¿Qué acuerdo? ¿Con quién? No te entiendo.

—Con tu novio, el pijo rubio. Ya no sirve para nada, porque ahora sabes la verdad.

Lo miro confusa, no entiendo nada.

—¿Por qué te crees que te he dejado en paz durante todo este tiempo? Él sabía mi secreto y me extorsionó.

—¿Qué?

—Ese pijo me amenazó... —Se me queda mirando de una forma rara—. Me amenazó con enseñarle a mi padre unas fotos comprando maría, ¿es que no lo sabías? Pero ahora ya no importa. El trato ha quedado invalidado.

Sonrío como una tonta al comprender a lo que se refería Héctor, soy una luciérnaga ciega porque no veía que sigo gustándole, si no, no se habría complicado la vida intentando salvarme de Sansón. Él me quiere, ha hecho algo admirablemente valiente, se ha enfrentado a mi hermanastro y me lo ha ocultado todo este tiempo.

—Yo que tú no sonreiría tanto.

Su mano agarra el cuello de mi vestido y me levanta del suelo. Es en este

instante cuando me doy cuenta de que tenía que haber seguido mi instinto de salir corriendo, pero ya es demasiado tarde. En estos momentos no veo a nadie alrededor, estamos en una zona poco transitada del parque.

Me despierto más tarde de lo normal porque he dormido fatal. No sé ni cómo sentirme, si feliz por comprobar que Esther se ha puesto celosa de Marta o triste porque mi mejor amiga se perdiera mi cumpleaños por un rebote tonto. Estuve tentado de ir a buscarla a su casa, pero finalmente decidí que tendría que intentar pasármelo bien aunque ella no estuviera. De hecho me cabreaba no poder disfrutar del resto de mis amigos porque ella hubiera decido abandonarme en un día tan importante. Me quedé mosqueado el resto de la tarde y me acosté demasiado pronto sin dejar de pensar en ella.

Ojalá no existieran las chicas, sería todo más fácil. Marta es guapa y simpática, pero no me atrae en absoluto, mi cuerpo y mi mente se han empeñado en demostrarme todos los días que solo reaccionan ante Esther. No importa que intente evitarlo a toda costa, es ella o ella. Estoy empezando a pensar que he sido un imbécil por ignorar mis sentimientos y por haber convencido a Esther de que fuéramos solamente amigos. Hasta ayer lo llevaba más o menos bien porque pensaba que ya no le interesaba, pero después de descubrir que está celosa de Marta, he comenzado a comerme la cabeza de nuevo. Por eso apenas he dormido.

Subo la persiana y vuelvo a meterme en la cama. Siempre dicen que las cosas se ven más oscuras por la noche y que la claridad del día te devuelve las esperanzas y las ganas de cambiar las cosas. Pues en mi caso ha funcionado. Qué simples somos los humanos, ha sido decidir en mi cabeza lo que voy a hacer y ya me siento completamente renovado.

Bajo a desayunar preguntándome cómo es posible que nadie me haya despertado, ni Eric, que siempre se levanta más temprano y que siempre acaba despertándome para que hagamos algo juntos, ni mi madre, que a ciertas horas te sube la persiana alegando que ya no son horas de dormir.

Antes de entrar en la cocina noto algo extraño, oigo susurros dentro, como si estuvieran hablando de mí a mis espaldas. Cuando abro la puerta descubro a mi familia al completo sentados a la mesa. Solo hay desayuno delante de mi

silla.

—¡Hola! —exclama mi madre sorprendida—. Qué tarde te levantas.

—Lo sé... ¿Qué hacéis cuchicheando aquí?

—¿Nosotros? —Mi madre mira a los demás—. Nada, no cuchicheamos. Anda..., desayuna, pero poco, que casi es la hora de comer.

Me siento sin dejar de mirarlos de reojo y de preguntarme qué traman. Que quieran observarme mientras desayuno no es normal.

—¡Desembuchad! —exclamo antes de darle un sorbo al Cola Cao.

—Mejor termina de desayunar, o mejor... empieza a desayunar —interviene mi padre.

—No pienso comer nada hasta que me digáis qué está pasando. —Dejo la taza y me cruzo de brazos.

Los tres se miran. Estoy empezando a mosquearme de verdad.

—Vale..., está bien, te lo contaremos —dice mi madre. Su tono de voz ha cambiado y es tan serio que se me ponen los pelos de punta. Algo no va bien—. Sabes que mi amiga Mati trabaja en el hospital de la Zarzuela...

—Sí, lo sé. —¿A dónde quiere ir a parar?

—Pues... ayer por la noche estaba de turno en urgencias cuando... —Se le quiebra la voz, como si fuera a echarse a llorar, y deja la frase en el aire.

—Lo que quiere decir tu madre es que ayer ingresaron a tu amiga Esther en el hospital.

Mi padre consigue que de pronto me invada una oleada de frío muy intenso. ¿De qué está hablando?

—¿Qué...? ¿Qué quieres decir?

—Unos señores estaban paseando por el parque cuando la vieron inconsciente en el suelo. Le habían dado una paliza tremenda.

—¿¿Qué?! Eso no es posible, Esther se fue ayer a su casa...

Tal vez después de todo no fuera a su casa como yo imaginaba, ¿qué sé yo? Es posible que no quisiera volver a ella porque en teoría estaba en mi cumpleaños. Sí, eso es, la conozco lo suficiente para saber que no querría volver hasta la hora que hubiera pactado con su madre.

—No estaba en su casa. Debió ir a dar un paseo y allí se encontró con unos desalmados... —continúa mi madre.

—Desalmados...

No, solo había uno, y yo sé quién es. Me levanto de la silla y voy hacia la puerta sin prestar atención a las quejas de mi familia, que no dejan de preguntarme que qué hago y que a dónde voy y me piden que medite las cosas antes de hacer nada.

—Mamá..., cojo prestada a Olivia. —Y cierro la puerta.

Cuando salen detrás de mí ya es demasiado tarde, estoy montado en la Vespa y a punto de arrancar. Los veo a los tres a través del espejo retrovisor, cada vez más pequeños a medida que me alejo, parecen desconcertados por mi súbita reacción. Si ellos supieran lo que yo sé, también habrían reaccionado así.

Todo lo que sucede en las siguientes dos horas lo vivo como si fuera un sueño, bueno, más bien una pesadilla. La ira que siento me mantiene curiosamente cuerdo y con suficiente paciencia como para rastrear a aquel cobarde de mierda por todos los lugares a los que suele ir. Me cuesta localizarlo más de lo que he imaginado, pensaba que después de haberlo perseguido durante días en enero era ya un experto en sus rutinas, pero no he tenido en cuenta que las costumbres durante el verano varían con respecto a las de invierno. En realidad me cruzo con él por casualidad en una de las calles que rodean su casa. Lo sigo sin que se dé cuenta. Parece encaminarse hacia el parque, es evidente que vuelve al lugar del crimen.

Detiene la moto y comienza a liarse un porro, supongo. A partir de ahí no soy consciente de nada hasta que un hombre me agarra por los brazos paralizándome por completo.

—¿Estás loco, chico? Déjalo ya..., ¿no ves que lo vas a matar?!

Al principio no entiendo a qué se refiere, hasta que sigo su mirada; Sansón está tirado en el suelo, su nariz sangra profusamente y escupe sangre por la boca, incluso mis manos están manchadas y los nudillos destrozados. No puedo creer que haya sido capaz de tumbar a esa bestia. Tal vez yo sea más fuerte de lo que pienso, pero, en realidad, la cólera que ha invadido mi mente al imaginar a ese cerdo pegando a Esther hasta dejarla inconsciente ha hecho el trabajo sucio.

Escucho lo que el hombre murmura al teléfono, está dando los datos de lo

que ha pasado y de donde estamos. ¿Está llamando a la policía? Si es así, tengo que largarme de aquí, estoy en serios problemas. Mis piernas reaccionan y echan a correr a pesar de que mi mente está aletargada. La voz de ese hombre intentando detenerme me acompaña durante unos momentos, luego dejo de oírla. ¡Mierda!, no sé qué he hecho.

No me gustan los hospitales, quiero irme, aunque tampoco me apetece ir a casa. Quiero estar con Héctor, necesito hablar con él, que me aclare lo que me contó Tomás.

Él me quiere.

Me duele sonreír, pero no puedo evitarlo cuando pienso en todo lo que ha hecho por mí. Si no fuera por él, no sabría lo que significa la amistad, no sabría lo que significa que te bese tu príncipe azul, no sabría lo que significa ser parte de algo, no sabría lo que significa que te quieran tanto como para protegerte a tus espaldas.

Él me quiere.

Desde que mi padre ha muerto nadie me protege, solo Héctor, aunque yo no sabía hasta qué punto. Por eso solo quiero verlo a él. Sin embargo, no ha venido a verme, y eso sí que me preocupa. Le he preguntado a mi madre por él y me ha dicho algo incomprensible: «no me hables de ese chico, no quiero verlo nunca más». Cuando le he pedido explicaciones, ha cambiado de tema.

Él me quiere.

Ahora estoy sola. Mi madre es la única que me acompaña, pero también tiene que comer y ducharse. Ha intentado que su marido se turne con ella, pero me he negado; ese hombre no pertenece a mi vida. Prefiero mil veces estar sola.

Alguien llama a la puerta con mucha suavidad. No es mi madre, más que nada porque hace poco que se ha ido, y ella no llama a la puerta. Las enfermeras tampoco lo hacen, así que es una visita, pero ¿quién?

—Pasa —digo con un hilo de voz casi inaudible.

Tengo la vista clavada en la puerta, tengo curiosidad por saber quién ha venido a verme. Como se le haya ocurrido al animal de Sansón venir, aprieto el botón para llamar a las enfermeras. Aunque él no llamaría con tanto

cuidado, es un bruto. Además, no creo que quiera verme.

¡No puedo creerlo! Es Héctor. Entra y cierra la puerta con sigilo. Yo intento sonreírle, pero no me sale bien, me duele todavía. La expresión de su rostro me muestra lo que está viendo como si se tratara de un espejo; sus ojos se entristecen primero, se le abre la boca después, seguramente le ha impactado el estado de mi rostro (no he querido mirarme al espejo, pero debo ser un poema), a continuación sus ojos se humedecen al ver mi brazo escayolado (roto por hacer de escudo) y para terminar su mirada se vuelve de piedra y cierra los puños.

—¿Cómo estás? —Se acerca a mí y me coge la mano izquierda. Me gusta su tacto.

—Bien —miento.

Su otra mano acaricia mi pelo.

—Estás muy guapa, Luciérnaga.

Intento reírme, pero no puedo hacerlo, con lo que al final hago una mueca de dolor.

—Siento mucho lo del otro día —dice con tristeza.

—Fui yo la que lo estropeé todo.

Me cuesta hasta hablar. Casi no he hablado con nadie en estos dos días, ni siquiera con mi madre. Solo lo he hecho con la policía; vinieron ayer a interrogarme, aunque lo hicieron con mucho tacto.

—No digas eso, tendría que haberte seguido, si lo hubiera hecho...

—Shh —intento acallararlo. No es el responsable de lo que me ha pasado, bastante ha hecho por mí—. Gracias.

—¿Gracias?

—Sé todo lo que has hecho por mí. Sé lo de Tomás, lo de las fotos...

—¡No me hables de ese animal! —exclama enfadado. De hecho, ha soltado mi mano y se ha levantado.

—Era un animal, es cierto, y sigue siéndolo un poco.

—¿Un poco? ¡Un poco! Mira cómo te ha dejado —dice señalando mi rostro.

—Él no ha sido.

—¿Cómo?

—No ha sido él, aunque sí que ha sido culpa suya.

—Claro que ha sido su culpa, es un cobarde de mierda que pega a alguien inofensivo como tú.

—Él no me pegó en realidad.

—No intentes defenderlo.

—Héctor..., no lo hago, de verdad. Fueron dos encapuchados.

—No te entiendo.

Entonces le explico cómo descubrí a Tomás y que después de cogermelo enfadado del vestido me susurró que tenía que largarme, que no quería que los camellos a los que debía dinero se enteraran de que éramos familia para que no quisieran ir a por mí.

— Se quedó vigilando mientras yo salía corriendo.

—¿Y lo creíste?

—Sí, sé cuándo alguien miente, y él estaba muy nervioso y parecía preocupado por mí. De todas formas se confundió. Ellos ya sabían quién era y me interceptaron cuando huía por el parque.

Héctor parece muy afectado. Se sienta de nuevo junto a mí y pasa las manos por su rubio pelo, que hoy está especialmente revolucionado.

—¿Por qué? —pregunta.

No le entiendo, así que me quedo callada.

—Por qué a ti...

—¿Qué te pasa, Héctor?

—He cometido un grave error y me va a costar caro. Pero me da igual, en realidad fue su culpa, es como si te hubiera dado él la paliza.

—¿De qué estás hablando?

Levanta la cabeza y vuelve a coger mi mano.

—Tú no te preocupes por nada, Esther, tienes que ponerte buena.

—Pero... quiero saber qué pasa, mi madre no quiere que vuelva a verte.

—Y con razón.

—¿Qué? Dime qué pasa.

—Me volví loco, Esther, completamente loco, al pensar que esa bestia te había dado una paliza.

Ahora creo comprenderlo.

—¡Oh, no! Héctor, dime que no has pegado a Tomás.

Asiente apesadumbrado.

—Y le volvería a pegar..., fijate lo que te han hecho por su culpa.

—Estoy bien, de verdad, la policía ya sabe quién ha sido y seguro que los cogen pronto. Ahora el que me preocupas eres tú. ¿Qué te va a pasar?

—No lo sé, creo que mi padre ya lo ha solucionado. Y..., Esther —me dedica una mirada extraña—, ¿te acuerdas de la conversación que tuvimos el día de Año Nuevo? —Como para no recordarla—. Todo lo que te dije fue una absoluta estupidez.

—No te comprendo.

—Lo que te dije sobre que cometí un error al besarte... Fue el mejor error de mi vida y... y me gustaría volver a repetirlo todos los días.

¿Qué? Siento un escalofrío que recorre cada rincón de mi cuerpo.

Él me quiere.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio. Y no me gusta nada Marta, quiero que quede claro. A mí solo me gusta Esther, y siento mucho haberte fallado.

—¿Fallado? Tú no...

—Te prometí que te protegería y no lo he hecho.

Me río de nuevo ignorando el dolor que me produce.

—No tienes que protegerme.

—Sí, los amigos se protegen.

Amigos. Estoy un poco confusa.

—A partir de ahora va a cambiar todo, no volveré a asustarme por lo que me haces sentir. Quiero ser tu amigo, pero, sobre todo, quiero que seas mi novia. ¿Querrás?

Él me quiere. Mi respuesta es una sonrisa de lo más dolorosa.

Nombre 15: Francesco

Domingo, 4 de octubre de 2015

Necesitaba respirar aire puro, alejarme de casa de mi padre, no ver a Eric, no pensar en Esther —imposible, la llevaba conmigo a todas partes desde la noche que habíamos pasado juntos—; por eso decidí ir a visitar a Francesco. Nada más verme resopló disgustado, era evidente que estaba molesto conmigo por haberlo dejado abandonado la última vez.

—Tienes razón, amigo. Llevo una mala época, pero pronto pasará y podré venir a montar todos los fines de semana.

No quería decirle la verdad, que tal vez, si todo salía mal, no volvería a verlo. Pero ese día no quería pensar en negativo, el tiempo era soleado y muy agradable. El centro donde estaba Francesco estaba junto a un camino de tierra que conectaba la pedanía de Peralejo con El Escorial, de modo que salí montado y enseguida comencé a galopar.

A pesar de que no conseguía quitarme a Esther de la cabeza, me encontraba mucho mejor sintiendo el viento en la cara, rodeado de naturaleza; aquel era mi hábitat natural. Algunas personas necesitan ir a un gimnasio para quitarse el estrés (vale, yo iba de vez en cuando, pero a jugar al tenis, no a trabajar en las máquinas), otros lo consiguen comiendo chocolate, a mí me bastaba con montar a caballo para alcanzar el estado puro de felicidad. También había otro modo de conseguirlo, y lo había hecho hacía unos días junto a Esther durante esa inolvidable noche que me había dejado marcado de por vida. Había pensado que la había recuperado al observar cómo se dejaba llevar, cómo sonreía, incluso reía, con las tonterías que le decía; también me había convencido de que la espera de años soñando con reencontrarme con ella había merecido la pena, que había llegado a tiempo, que todo saldría bien a partir de ese día, esa noche. Pero me equivocaba. Ella ya no era como yo esperaba, o como recordaba. Todo lo que pudiera haberle sucedido desde que había perdido su rastro la había cambiado.

Conocía con seguridad una de las peores experiencias de su vida, una que

podría haber acabado con ella y que seguramente en parte lo había hecho, y no se lo reprochaba, no podía hacerlo. Sin duda yo no habría podido soportarlo, pero ella siempre había sido una mujer muy fuerte. Pero todo tiene un precio en la vida, y aquel suceso tal vez la había convertido en una mujer precavida, dura, fría, casi vacía. Y lo que yo había conseguido aquella noche, lo que había visto reflejado en sus ojos, había sido una impresión fugaz, una ilusión imaginada, soñada. La luz del día me había devuelto a la realidad a través de esa nota que me dejó sobre la almohada. *Me arrepiento de lo de esta noche. No vuelvas a llamarme.* Ni siquiera había firmado, aunque estaba seguro de que sabía que yo sabía quién era en realidad. Le había dejado unas cuantas pistas y no dudaba de su inteligencia.

Francesco corría como si él también necesitara desahogarse. Por suerte, era muy temprano y no había ni un alma. Esa quietud, esa soledad, eran las perfectas para disfrutar de aquel acto terapéutico que era para mí montar a caballo, aunque no estaba seguro de conseguir los mismos resultados de siempre, al fin y al cabo, mi vida había dado un giro considerable y desconocía cómo acabaría todo aquello. Era la primera vez que me preocupaba el futuro de una forma tan evidente, pero también era la primera vez que no tenía ni idea de lo que me depararía. Mi vida estaba en esos momentos en manos de mi padre, mi hermano y la mujer a la que más había amado en mi vida, aunque tal vez no pudiera contar con ella porque solo estaba medio viva, y no sabía si yo sería suficiente para que quisiera recomponerse y recuperar su otra mitad.

La imagen de una Esther de quince años volvió a mi mente. Me gustaba esa imagen, me gustaba recordar nuestra amistad y rememorar esos días tan extraños que vivimos aquel verano, el verano más corto de nuestras vidas. Debía ser fiel a mis principios, a mi forma de ser, debía seguir siendo el positivo, el protector, debía seguir teniendo fe en nosotros, en ella. No podía darme por vencido al mínimo obstáculo, nos merecíamos una oportunidad, o dos, o tres. Nos merecíamos tiempo para volver a conocernos y no debía hacer caso a esa nota. Tenía que enfrentarme a sus miedos y arrancarle la coraza que la recubría aunque para ello tuviera que hacer que se rompiera. Necesitaba que alguien le recordara que la quería, que la necesitaba, que estaría

esperando el tiempo que hiciera falta. Eso haría.

La conocería.

La esperaría.

Una, dos, tres oportunidades.

Las que hicieran falta.

La quería, y esa vez nadie la apartaría de mi lado. La única que podría hacerlo sería ella misma si decidía que yo no era suficiente para poder recomponerse. Y si lo hacía no se lo reprocharía, tenía todo el derecho del mundo a no querer recuperar su otra mitad. No podía imaginar el dolor que habría sentido y yo no podía obligarla a vivir si ella no quería hacerlo. Pero lo intentaría.

Una, dos, tres oportunidades.

Las que hicieran falta.

Las que ella me dejara.

Ella decidía.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba volviendo a la cuadra, tal vez Francesco consideraba que había tenido suficiente ejercicio. Sentí el móvil vibrar en el bolsillo del chaleco justo cuando descendía del caballo. Me quedé de piedra cuando vi quién me llamaba.

—Hola, inspectora.

—Hola, Héctor. Necesito hablar contigo.

—No te cortes..., habla.

—Por teléfono no, dime dónde estás.

—Estoy con Francesco.

—Oh, de acuerdo. Pásame la localización por wasap y estaré allí enseguida.

—Como quieras... Corto y cierro, Luciérnaga.

La primera provocación. Escuché su respiración a través del teléfono. No sabía cómo reaccionaría, pero tenía que empezar a trabajar en recuperarla, y qué mejor que remontarme a nuestro pasado común.

—Corto y cierro, Escarabajo.

Eso sí que no me lo esperaba. Sonreí, y no solo por sus palabras antes de colgar, sino porque recordé el día en que le había explicado que cuando se

decía corto y cierro, el otro no tenía que responder nada; pero ella siempre lo hacía, aunque no tuviera sentido. Esas simples palabras me confirmaron que había tomado la decisión adecuada. Nuestro pasado lo merecía, nuestro futuro lo merecía más.

Cuando llegó cuarenta minutos después, estaba esperándola en la puerta de entrada del centro de equitación, junto a Francesco y a la yegua de mi amigo, Pitusa. Siempre me reía de él por haberle puesto un nombre tan ridículo a una yegua tan bonita. Todavía no me había explicado el porqué de ese nombre, aunque no era difícil imaginarlo, hacía unos años había tenido una novia que se llamaba así. Carmen habría sido un nombre más acertado, puesto que son extremadamente independientes y casi imposibles de conquistar, y por Dios que mi Francesco llevaba tiempo intentado conquistar a esa yegua cabezota sin conseguirlo. Aunque últimamente había visto avances, ya no se apartaba cuando se le acercaba para mordisquearle el cuello.

Al menos yo había elegido un nombre apropiado para mi caballo, porque él y yo teníamos muchas cosas en común, sobre todo en lo relacionado con nuestras ganas de divertirnos y reírnos por encima de todo, sin despreciar nuestra capacidad seductora. Aunque la mía debía andar un tanto oxidada, a juzgar por el semblante serio de la inspectora, que se acercaba a nosotros con su habitual caminar seguro y franco.

Estaba absolutamente preciosa a pesar de su sencilla forma de vestir, casi rayando en la sobriedad. Aunque vistiera con harapos, nada impediría que su belleza destacara por encima de todo. Ni siquiera lo conseguía ocultar con ese peinado tan serio y sin maquillaje. Yo sabía que no tenía el mismo efecto en todos los hombres, ni siquiera cuando éramos niños, pero en mí tenía un efecto demoledor, sobre todo si me miraba de ese modo tan penetrante.

—Te presento a Francesco.

—Ah..., el que duerme tumbado.

—Sí, y esta es su compañera Pitusa. Que conste que yo la llamaría de otra manera..., pero Francesco no me deja.

Esther hizo un gesto, extrañada.

—Es una larga historia...

—Oye, Héctor..., sobre lo de la otra noche...

—No hace falta que digas nada.

—Pero... ¿leíste la nota?

—¿La nota? —pregunté irónico—. Ah, sí, la leí y luego la rompí... ¿Sabes por qué?... Porque no te creo.

—¿Cómo que no?... Si es exactamente lo que pienso.

—Pues no te creo... Venga, Esther, tú y yo nos conocemos... y creo que quieres engañarte a ti misma, sé que no te arrepientes... y sé que quieres volver a verme. Pero también te diré algo..., no te voy a presionar ni voy a estar detrás de ti como un perro faldero —observé como abría los ojos sorprendida—, pero ten por seguro que estaré aquí mientras esté aquí.

En mi cabeza lo tenía mucho mejor pensado, pero me estaba saliendo una verdadera chapuza de discurso.

—Lo que quiero decir es que no sé si podré estar aquí todo el tiempo que quiera, tal vez acabe en la cárcel, pero si todo sale bien aquí estaré esperándote, y, si cambias de opinión, avísame. Esperaré lo que haga falta, pero no haré ningún movimiento hasta que tú muevas ficha.

Durante unos instantes ninguno de los dos dijo nada, Esther me observaba muy seria, con esa mirada inescrutable, imposible de descifrar. Al final decidí romper el hielo.

—De qué querías hablarme.

—Será mejor que nos sentemos en algún sitio —dijo mirando a su alrededor.

—Será mejor que hablemos mientras montamos a caballo. —Le tendí las riendas de Francesco.

—¿Qué? Yo no sé montar —objetó alterada.

—Pues es un gran día para hacerlo por primera vez.

—Será mejor que hablemos como personas normales.

—Es la mejor forma que tengo de hablar de algo serio, y presumo que no es una buena noticia la que vienes a darme. Por favor... —insistí con mirada suplicante.

Sabía que los caballos no le daban mucha confianza, pero finalmente cogió las riendas tras suspirar resignada.

—¿Por qué me ha tocado el caballo negro? Tal vez la yegua sea más dócil.

—Oh..., no te dejes engañar por el color..., Pitusa es una fiera de color blanco. Y me fío mucho más de Francesco, él sabe que si no te trata bien tendrá problemas conmigo, ¿verdad, Francesco?

Mi fiel compañero no me dejó en ridículo y resopló antes de asentir con la cabeza. Esther me miró admirada.

—Siempre has tenido mano con los caballos, pero yo... No sé ni cómo se sube.

—Te lo explicaré. —Me acerqué a ella. Olía tan bien que tuve el impulso de besar su bonito cuello de cisne, pero me contuve—. Por lo que veo te has vestido de un modo adecuado para montar a caballo, seguro que lo sabías.

—¡Para nada! —protestó con ímpetu.

—Ya lo sé, pero no deja de ser gracioso que hayas elegido botas altas y ropa cómoda para hoy. Pon aquí el pie izquierdo, coge las riendas así e impúlsate hacia arriba...

Ella me obedeció muy concentrada.

—Así, muy bien.

—¿Y ahora?

—Ahora nos vamos a dar un paseo —dije montando en Pitusa—. Iremos despacio, no te preocupes.

—Bien, nada de galopar, que no me siento segura aquí arriba.

No pude evitar que me viniera a la cabeza una imagen de Esther desnuda cabalgando sobre mí con total seguridad y pasión, una imagen real de hacía unas noches que deseché enseguida, no podía distraerme de ese modo.

Nos alejamos del recinto y Francesco, como siempre hacía cuando cabalgaba con Pitusa, se colocó a su lado. Normalmente ella se habría apartado ligeramente, pero ese día Francesco me hizo sentir orgulloso, la constancia y la perseverancia a veces tienen su recompensa. Esperaba que a mí también me diera resultado.

Esther iba tiesa como un palo mirando hacia el suelo de vez en cuando, como temiendo caerse.

—No te pasará nada, Esther, confía en mí.

Me sorprendió la mirada confiada que me dedicó.

—Héctor..., tu hermano vino a verme a la comisaría.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Eso no importa. Me dio una pista para empezar a investigar; no sé si tendrá razón o no, pero la seguí.

No podía creer que estuviera hablando del caso conmigo.

—He estado investigando la muerte de tu madre.

—¿De mi madre? No entiendo, lo de mi madre fue un accidente.

—Eso parece, pero quería asegurarme. En la autopsia se determinó que había muerto a causa de un traumatismo craneoencefálico ocasionado por un golpe contra un borde...

—Sí, lo sé.

—... y que todo apuntaba a que el caballo le había dado una coz. A mí no me convencía nada lo de la coz...

—A mí nunca me ha convencido.

—En fin, hemos ido a hablar con el forense que realizó la autopsia. Por suerte estaba de vacaciones, y hemos podido revisar el historial, las fotos... Y, verás..., encontraron restos de tamoxifeno en su organismo.

—¿Tamoxifeno? ¿Eso no es para...?

—Sí, es un medicamento para combatir el cáncer.

—¿Cáncer? —pregunté sobresaltado. No entendía nada—. Mi madre no estaba enferma.

La mirada de Esther me hizo entender que estaba muy equivocado.

—Me temo que sí lo estaba. Y tu padre debía estar al tanto.

No podía creer que mi padre nos hubiera ocultado algo así.

—Está bien... ¿Qué más has averiguado? ¿Tiene alguna conexión con lo que está pasando ahora?

Esther no contestó enseguida.

—No te puedo contar los detalles, pero, después de que una persona de confianza revisara el caso, las fotos del cuerpo, los análisis..., no descartamos que no fuera un accidente como determinó la autopsia, sino que fuera asesinada.

—¡Pero eso es imposible! ¿Quién querría matar a mi madre?

—Todavía no lo sé...

—¿Y por qué piensas que esto tiene que ver con lo de Jose? —Sabía que

me estaba poniendo un poco histérico.

—Tranquilo, Héctor, estás poniendo nervioso a los caballos.

Era bastante irónico que lo dijera ella, sin embargo, tenía toda la razón del mundo.

—Tira de las riendas así..., vamos a detenernos. Creo que tienes razón, estoy un poco nervioso.

Esther siguió mis instrucciones. Me acerqué a ella para ayudarla a descender, pero antes de que llegara, ya lo había hecho ella. Sonreí para mis adentros al comprobar que seguía siendo tan hábil e independiente como cuando era una niña.

Sin soltar las riendas de los caballos, nos apoyamos sobre una valla de madera desde la que se podía contemplar una magnífica vista de la sierra de Guadarrama.

—Héctor..., cada vez estoy más segura de que tienes un enemigo muy decidido a acabar contigo y toda la gente que quieres y aprecias. ¿Sabes quién puede ser?

Si las sospechas de Esther eran ciertas, primero había acabado con mi madre, simulando que había sido un accidente, luego con Jose y por último con la falsa periodista, haciendo que estas dos muertes apuntaran a que había sido yo el asesino. Era evidente que alguien quería quitarme de en medio, pero ¿por qué?, ¿quién?

—No lo sé, Esther, no tengo ningún enemigo.

—Me lo imaginaba... Por el momento te he puesto vigilancia.

—No lo necesito.

—Lo siento, pero soy yo la que toma estas decisiones. Es evidente que alguien quiere que acabes mal y, si no consigue incriminarte, podría intentar acabar contigo de otra forma. También tendremos vigilados a tu padre y a Eric.

—Eric no tardará en darse cuenta.

—Pues habla con él... Creo que ambos debéis tener una charla con vuestro padre.

—Sí, eso por descontado...

Su mirada era tierna en ese momento. Tal vez todavía había posibilidades de salvarla.

—¿Por qué me lo has contado? Se supone que es parte de la investigación.

—Lo sé. Puede que me meta en un lío, pero no podía dejar de decirte lo que he descubierto sobre la muerte de tu madre. Sé que la querías mucho, y yo la apreciaba, aunque hiciera mucho que no la veía.

Tuve el valor de coger su mano, estaba fría.

—Gracias, Esther.

Me dedicó una sonrisa de lo más cálida.

—Por la amistad que un día tuvimos.

Ese comentario no me hizo mucha gracia, como si significara que lo que teníamos ahora no era valioso. Aunque en realidad no teníamos nada aparte de una noche de pasión que para mí había significado mucho más que para ella y unos recuerdos borrosos. Ella había cambiado, sin embargo yo seguía siendo tan iluso como siempre, aunque esa vez la mujer de mis desvelos nada tenía que ver con las mujeres que últimamente me rompían el corazón; su físico, su personalidad y el significado de su nombre eran una nueva bifurcación en mi camino, todavía algo desdibujada pero que me atraía de un modo casi magnético.

—Supongo que tendrás trabajo y deberías irte.

—Sí, justo iba a decírtelo.

Me alegré de descubrir que todavía había ocasiones en las que podía leerle el pensamiento.

Aunque pronto descubriría que no podía leer todo lo que llevaba escrito.

Nombre 16: Víctor

Domingo, 4 de octubre de 2015

El pesimismo fue engulléndome a cada kilómetro que recorría de camino a casa de mi padre. Y no solo era por mi madre, ni siquiera por el hecho de que mi padre nos hubiera ocultado su enfermedad, era por ella, por Esther. Me había animado a ofrecerle mi amor *en pausa*, pero... ¿y si me equivocaba?, ¿y si era un caso perdido?, ¿y si había llegado demasiado tarde el reencuentro? La notaba tan distante, tan fría, tan distinta de la imagen que me había ofrecido hacía unas noches...

Intenté ahuyentar la tristeza al entrar a la casa familiar, pero el silencio sobrecogedor que me envolvió al abrir la puerta lo impidió. Aunque mi padre viviera solo siempre había algún tipo de sonido, normalmente procedente de la televisión o del aparato de música. Grisín apareció de la nada frente a mí, maullando más alto de lo habitual.

—Ahora no, Grisín. ¡Papá! ¿Dónde estás?

No obtuve respuesta. El gato seguía sin dejar de hacer ese ruido insoportable mientras recorría la planta de abajo. Casi hubiera preferido el ladrido de un perro a aquella especie de lamento, pero mi padre era un gran defensor de ese gato. En el piso de arriba tampoco tuve mucho éxito. Por un momento pensé que tal vez hubiera ocurrido un milagro y mi padre estuviera paseando, o incluso que estuviera en casa del vecino tomando un café, aunque sinceramente lo dudaba.

—¡Deja de maullar, Grisín! ¿Qué demonios quieres?

De pronto lo comprendí, quería que lo siguiera. Comenzó a arañar la puerta de cristal que daba al jardín, y al mirar hacia fuera lo vi a lo lejos, tirado en el suelo junto a la valla del vecino. Mientras corría hacia él observé la caja de herramientas y el rollo de alambrada, que sugerían lo que mi padre pretendía llevar a cabo antes de perder el conocimiento. Medité durante un segundo si llamar a una ambulancia o llevarlo yo mismo, la segunda opción me pareció mucho más rápida. Cuando evaluaba cómo cogerlo oí unos ladridos

provenientes del jardín del vecino. No tardó en asomar una cabeza por encima de la alambrada rota.

—¿Qué ha pasado? Mi perro ha ido a buscarme y me ha traído hasta aquí... —Entonces se dio cuenta de lo que sucedía—. ¡Vaya!... ¿Quieres que llame a una ambulancia?

—No, creo que lo voy a llevar yo al hospital.

—¿Necesitas ayuda?

No recordaba que el vecino fuera tan amable, pero tal vez nos habíamos confundido con él.

—Pues... pues sí, la verdad. Si te paso las llaves, ¿puedes entrar por el jardín? Tal vez entre los dos podamos meterlo en mi coche.

Él asintió y desapareció con las llaves. Su perro se quedó allí plantado, observando la escena. Ni el gato ni él mostraban el mínimo gesto de agresividad. ¿Qué había de los ladridos y lo mal que se llevaban su perro y nuestro gato? En esos instantes parecían hasta amigos. ¿O tal vez los animales saben cuándo deben callarse? Cosas más raras se han visto...

Mi padre recobró la conciencia llegando al hospital.

—¿Dónde estoy?

—Papá, te has desmayado. Estamos ya en el hospital, no te preocupes.

—¡Estoy viendo visiones! —advirtió alarmado desde el asiento de atrás.

—No, papá, no son visiones, es el vecino de verdad.

Con la ayuda del vecino, que a partir de entonces tendría un nombre legítimo y era Víctor, trasporté el pesado cuerpo de mi padre hasta la entrada. No tardaron en aparecer dos camilleros que se llevaron a mi padre.

Después de avisar a mi hermano de la situación, me ofrecí para llevar a Víctor a su casa, pero se negó, asegurándome que él podía coger perfectamente un autobús y que yo debía permanecer con mi padre. A veces la vida te da una lección dejándote en evidencia cuando recibes ayuda de las personas que menos esperas. Los tres, pero sobre todo mi padre, habíamos juzgado incorrectamente al vecino y yo personalmente me iba a encargar de que las cosas cambiaran en ese sentido.

Mientras paseaba por la sala de espera como un maniaco enjaulado me dediqué a mortificarme por ser un mal hijo. Era evidente que mi padre no

estaba bien, ¿cómo iba a estarlo? No hacía mucho que había perdido a la mujer de su vida y, para colmo, ya no era un jovencito. No se cuidaba, no caminaba, no hacía nada más que ver la tele, escuchar música y tener peleas virtuales con el vecino. Mi sentimiento de remordimiento se hacía más grande a medida que avanzaban los minutos y mis zancadas se hacían más amplias.

Era más que evidente que Eric y yo no habíamos sido unos buenos hijos; tendríamos que habernos dado cuenta de que, sin mi madre, mi padre tenía los días contados. Solo, aburrido, los días se le harían cuesta arriba, y más todavía en aquella casa llena de recuerdos. Tendríamos que habernos organizado para estar pendientes de él todos los días y no solo los domingos o el día de su cumpleaños. En ocasiones la carga de nuestra vida rutinaria nos impide ver lo que realmente importa, y si nos paráramos de vez en cuando a meditar sobre ello, como estaba haciendo yo en ese momento, nos daríamos cuenta de que la mayor parte de las veces nos equivocamos al considerar el peso en la balanza.

Tendría que tener una charla muy seria con mi hermano. Las cosas iban a cambiar. Tan solo esperaba que no fuera demasiado tarde para tomar esa decisión. Todavía no había salido ningún médico a hablar conmigo y ya hacía una hora que habíamos llegado.

—¡Héctor!

Eric acababa de entrar en la sala de espera haciendo que todo el mundo levantara por unos instantes la vista de sus teléfonos móviles. No le quitaron ojo mientras se acercaba a mí, y no era de extrañar, era un hombre muy atractivo conocedor de sus encantos y sabía potenciarlos vistiendo de ese modo tan elegante que a mí me parecía imposible de imitar. A pesar de ser hermanos y amigos, éramos completamente opuestos. Él, la elegancia personificada, un ligón empedernido que jamás sentaría la cabeza, al menos no hasta que cumpliera los cincuenta años (o eso decía él), y un abogado ambicioso. Yo, su único hermano, siempre vestido con vaqueros y ropa cómoda para poder desarrollar mi trabajo entre equinos, sin ninguna ambición aparte de continuar con la ocupación que llenaba mi vida y en absoluto ligón, las pocas mujeres de mi vida se habían acercado a mí sin que yo hiciera nada para llamar su atención.

—¿Qué ha pasado? ¿Te han dicho algo?

—No..., no sé nada. Pero cuando hemos llegado estaba ya consciente, bueno..., él pensaba que estaba teniendo visiones.

—¿Cómo?

—He tenido ayuda... El vecino, Víctor.

—¿El vecino te ha ayudado?

—Sí..., yo también estoy asombrado. No es un ogro después de todo y, por cierto..., su perro tampoco.

—¿Qué crees que le ha pasado a papá? Podría ser una bajada de tensión o algo así, ¿no?

—¡Pues claro que no, Eric! Papá no está bien, no lo estamos haciendo bien.

Eric miró con una mueca de disgusto a su alrededor y se dio cuenta de que éramos el hazmerreír de la sala de espera.

—Salgamos fuera —propuso tirando de mí—. ¿¡Qué es eso que hacemos tan mal!? —me soltó al vernos a solas.

—Sea lo que sea que tenga papá, tienes que prometerme..., no..., tienes que jurarme que a partir de ahora nos ocuparemos de él. No puede estar tan solo.

—Es difícil, con el trabajo, los viajes... Y encima ahora tu caso.

—No pongas mi caso como excusa, no hay excusas que valgan; si no nos ocupamos de él..., no tardará en irse también, ¿no lo entiendes? Tú, que sabes de todo, sabrás que hay estadísticas sobre cuánto dura una persona después de perder a su pareja.

Eric bajó la mirada y se mordió el labio.

—¿Qué propones?

—Una semana cada uno, tendremos que venir a cenar con él; si no podemos, pues a comer, venir a verlo por la tarde, lo que sea..., pero que no esté solo todo el día. El domingo venimos los dos. Hay que intentar que se alimente mejor y que haga ejercicio. ¿Trato hecho?

Eric miró mi mano como temeroso de dármele, supongo que por si no podía cumplir aquel juramento. Pero me importaba una mierda su trabajo, aunque su ambición lo cegara nuestro padre era lo más importante.

—¿Y si tengo un viaje? Ya sabes que a menudo tengo que ir a Barcelona.

—Me avisas y vengo yo. Y, por si no lo sabes, yo a veces también viajo. Tendremos que comunicarnos. ¿Podrás?

Para qué íbamos a engañarnos, la comunicación no era nuestro fuerte.

—Está bien..., trato hecho. —Me estrechó la mano, no con mucha convicción—. Aunque todavía no sabemos lo que le ha pasado.

—Este trato es independiente de lo que nos digan los médicos. Lo siento..., pero creo que lo que ha pasado ha sido un aviso.

Soltó un bufido como respuesta.

—No parece que tenga nada grave. ¿Está vuestro padre pasando por un mal momento?

Primero mi madre y después yo, claro que mi padre estaba pasando por un mal momento. Me temía que el punto de inflexión había sido la situación en la que me encontraba yo. El médico nos explicó que, aunque todavía faltaba alguna prueba, descartaban que fuera nada serio y que todo apuntaba a un cuadro de ansiedad, pero que debido a su edad preferían que se quedara en observación veinticuatro horas.

—¿Podemos pasar a verlo? —pregunté ansioso.

—Sí, por supuesto.

Justo en ese momento el móvil de mi hermano comenzó a sonar.

—Vete yendo tú, Dek, tengo que coger esta llamada. Es importante.

Y nuestro padre también lo es, pensé, pero no dije nada.

No hacía demasiado yo también habría actuado como él, pero de la noche a la mañana mi trabajo se había visto reducido, por no decir anulado. Todavía no había compartido con nadie que el viernes había recibido una llamada del abogado del señor Amador para informarme amablemente de que prescindía de mis servicios. Tal vez no fuera tan mala idea, en esos momentos quería matar a su hija y, por qué no, a él también; además, tenía información confidencial que demostraba que estaba arruinado y lo más probable era que no pudiera pagar mis facturas. El resto de los caballos que trataba no eran una gran carga de trabajo, de modo que tenía tiempo libre para cuidar de mi padre mientras mi amiga la policía encontraba al verdadero culpable, si es que lo conseguía.

Encontré a mi padre bastante pálido y con un gran moratón en el rostro por el golpe que se había dado contra el suelo.

—¿Cómo estás, papá?

—Oh, hola, Héctor. Estoy bien.

—Tal vez no ha sido buena idea ponerte a trabajar en mi caso.

—Me encanta ayudaros. De hecho, me he sentido mucho mejor por tener algo que hacer, pero... no sé lo que ha pasado.

«Yo sí lo sé».

—Eric viene enseguida, está hablando por el móvil.

Tenía muchas ganas de interrogarlo sobre la enfermedad de mi madre, pero me temía que tendría que esperar a un momento mejor. Ni siquiera se lo había contado a Eric y no era el momento de sacar los trapos sucios.

—Eric y yo hemos hablado de que a partir de ahora tienes que cuidarte más, nada de estar siempre metido en casa viendo la tele.

—También leo y escucho música.

—Sí..., y encuentras problemas donde no los hay... —comenté entre dientes—. Tienes que hacer ejercicio y comer mejor, o sea que a partir de ahora te toca ver vídeos en YouTube para aprender a cocinar, nada de tomar más lasaña congelada. Y para asegurarnos de que lo haces, te tendremos vigilado. —Lo amenacé con el dedo índice.

—¡Lo que me faltaba!

—Ah..., y a partir de ahora vas a ser muy amable con Víctor.

—¿Quién es Víctor?

Suspiré antes de hablar.

—Tu vecino..., el que me ha ayudado a llevar tu pesado cuerpo hasta el coche y después se ha empeñado en acompañarme hasta el hospital.

Mi padre me miraba entre aterrorizado y confuso, con la mandíbula desencajada.

—Pero...

—No te hagas el tonto, lo has visto en el coche, no era una visión. Y que sepas que le debes tu vida a ese, ¿cómo lo llamaste?, endemoniado perro.

—¿Qué? —Mi padre seguía en Babia, tal vez el golpe de la cabeza le había afectado seriamente, dejaría el tema *vecino* para otro momento.

—Por cierto, tienes que pasar aquí la noche.

—Lo sé, pero alguien tiene que ir a dar de comer al gato.

—Grisín tiene kilos de sobra para sobrevivir hasta mañana.

Mi padre me hizo una mueca insistente.

—Está bien..., iré luego a cebar a tu gato. En realidad se lo merece, también le debes tu vida a él.

O mi padre ignoraba las cosas que no le interesaban o se estaba dispersando con las voces que nos rodeaban en aquel box, estábamos a la espera de que nos dieran una habitación para él.

—Oye..., Héctor, ¿por casualidad has visto a Esther?

—¿Qué? No... ¿Por qué lo dices?

—Venga, te conozco. Esa mirada que tienes... Algo me dice que la has visto, e incluso más que eso.

—¿Mamá te traspasó sus poderes? —pregunté asombrado. Mi padre jamás había sido perspicaz, y no podía comprender de dónde sacaba esas conclusiones.

—Dime la verdad.

—Sí..., la he visto, e incluso más que eso.

No podía creer que le estuviera contando eso a mi padre. Él asintió despacio.

—Cuidala mucho, esa chica ha pasado por muchas cosas. Además, siempre ha estado enamorada de ti.

—No creas, papá, recuerda que desapareció de mi vida sin dar ninguna explicación.

—Seguro que no fue idea suya.

—Eso espero, papá..., eso espero.

Era una espina que tenía clavada y me preguntaba si algún día me atrevería a intentar quitármela. Mis pensamientos me llevaron atrás en el tiempo y eso me hizo recordar algo que quería preguntarle a mi padre, algo que había querido preguntarle en su momento pero nunca llegué a hacer.

—Por cierto, papá..., ¿te puedo preguntar una cosa del pasado?

—Claro. No sé si lo recordaré, pero tú pregunta.

—Cuando le pegué la paliza a Tomás, el hermanastro de Esther..., ¿cómo

conseguiste que su padre no me denunciara?

Mi padre me miró sorprendido por la pregunta, después bajó la mirada.

—Pues... fue gracias a ti.

—¿Cómo?

—Recibí una llamada de Julián muy cabreado contándome lo que habías hecho y asegurándome que iba a acabar con nosotros... Fui a tu dormitorio a buscarte, pero no estabas, y entonces... encontré unas fotos de Tomás —¿de qué estaba hablando?— en las que se lo veía comprando drogas. Supuse que se las habías hecho tú, aunque no entiendo para qué.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Verás..., no me sentía muy orgulloso de lo que había hecho. —Lo miré extrañado—. Fui a hablar con él, le enseñé las fotos y, aunque pensé que no funcionaría, funcionó.

—Pero..., no tiene sentido.

—¡Lo amenacé con llevarlas a la policía! Menuda tontería, al chico no le hubiera pasado nada. No sé qué debió pensar, pero funcionó; además de no denunciarte me ayudó a convencer a la policía de que había sido una chiquillada. —Me miró dubitativo y añadió con voz queda, no sé si por vergüenza o por temor a que alguien lo oyera—: También usé mi cargo para presionar... Lo siento mucho.

—Papá, eso no importa, hiciste bien. Ahora lo único importante es que te recuperes.

—Lo haré, lo haré. Lo dicho, Héctor..., ten paciencia con ella, a tu madre le gustaba mucho Esther.

—Lo sé..., y a mí también.

Fue en ese momento cuando recordé algo que solía decir mi madre, «las lesiones tardan en curar, cuanto más graves, más tiempo hace falta», y Esther había sufrido muchas lesiones en su vida, y yo conocía la más espinosa y amarga de todas.

Una, dos o tres oportunidades.

Las que necesitara.

Lunes, 5 de octubre de 2015

Fue un día un poco desastroso, al menos en mi intención de que mi padre

cambiara su actitud hacia Víctor, el cual me sorprendió de nuevo viniendo a interesarse por el enfermo, y no solo eso, sino que además se presentó con un bizcocho casero que tenía una pinta deliciosa. Justo lo que necesitaba mi padre, un amigo que supiera cocinar. Obviamente, lo invité a pasar y los dejé a los dos solos en el salón mientras preparaba el café, esperando que mi padre se hiciera a la idea de que ya no tenía ninguna posibilidad de seguir quejándose ni del vecino ni del perro.

—¿Cómo te encuentras?

La cocina era un lugar estratégico, puesto que se oía todo lo que hablaban.

—Bien, gracias, no ha sido nada grave.

—Me alegro... Tu hijo estaba muy preocupado, bueno..., y Coco también.

—¿Coco? —preguntó mi padre, evidentemente confuso.

—Mi perro. Fue él quien vino a buscarme para llevarme hasta la valla, quería que te viera. Es un chico muy listo.

Pude oír una especie de gruñido como respuesta de mi padre.

—Sí, Grisín también llevó a Héctor hasta mí.

Aquello parecía una competición para ver cuál de los dos recibía el premio a la mascota del año.

—Hay que reconocer que tenemos unos animales de compañía que son muy inteligentes. Por cierto..., te debo una disculpa por lo de mi nieto. Me despisté un segundo mientras iba al baño... y aprovechó para colarse con el perro por el agujero de la valla. Yo mismo te la voy a arreglar.

—No..., ya lo hago yo.

—Sí, vi que estabas justo arreglándola cuando..., bueno, cuando te desmayaste. Es justo que me encargue yo, después de todo ha sido Coco quien la ha roto.

Mi padre volvió a protestar.

—No hay más que hablar —insistió Víctor—, ahora tú tienes que descansar y yo tengo tiempo de sobra.

—¡Estoy perfectamente! —exclamó mi padre, tal vez molesto porque se lo considerara un mueble viejo. Era evidente que no sabía interpretar a nuestro vecino, que estaba sorprendiéndome más que satisfactoriamente por su buena voluntad.

Se hizo un silencio que intuí incómodo. Víctor tosió antes de romperlo.

—Oye..., siento mucho lo de tu mujer... No he tenido oportunidad de decírtelo hasta ahora.

No sabía cómo se tomaría eso mi padre, me tenía preocupado con sus posibles reacciones; sin embargo, después de unos angustiosos segundos, le dio las gracias secamente.

—En realidad te envidio... Yo debería haber reaccionado como tú cuando murió mi mujer y en cambio... fue justo al revés, me sentí libre por primera vez en mi vida. Y cuando me jubilé fue todavía mejor, creo que el trabajo y mi mujer me impedían ser feliz..., o yo me impedía ser feliz dejando que me amargaran. Ahora que no está ella controlándolo todo disfruto más de mis hijos y mis nietos.

Casi se me cae la cafetera al suelo ante aquella inesperada confesión. Mi padre debía estar, cuanto menos, sorprendido, pero, tras un gruñido que podía significar cualquier cosa, preguntó abruptamente:

—¿Cuántos años tiene el padre de tu nieto?

—¿Antonio? Tiene treinta y seis. Mi hija Vanesa tiene cuarenta, y dos chicas adolescentes. Por desgracia, desde que Vanesa se mudó a Asturias con su nueva pareja, las veo muy poco.

Treinta y seis, uf, estaba salvado. Sabía lo que pretendía mi padre, compararse con su enemigo, aunque por lo visto estaban hablando como personas civilizadas.

—Bonita música...

Mi padre, como siempre, tenía de fondo una pieza de música clásica, aunque ninguno habíamos salido a él, de modo que no sabía qué compositor sería.

—Es la *Sonata para piano número uno* de Brahms.

—Oh..., yo no entiendo mucho de ese tipo de música.

—Ah... ¿Y de qué tipo de música entiendes?

—Soy más de *heavy metal*.

No podía ver la cara de mi padre, pero imaginaba que era un poema.

—Bueno..., de hecho, desde que me jubilé doy clases de guitarra eléctrica a chavales apasionados del *heavy*.

Con esa frase la situación no debía haber mejorado, sobre todo porque no oía la voz de mi padre, y eso no auguraba nada bueno.

—¿Qué demonios...? —preguntó de pronto mi padre.

Me sobresalté al escuchar exclamar algo así a mi padre y me asomé por si acaso había decidido echar al vecino a causa de sus gustos musicales. Sin embargo, los encontré a los dos asomados a la cristalera que daba al jardín, observando algo que yo no podía ver. Víctor soltó una carcajada.

—¿Has visto eso?

—Sí, tu perro está persiguiendo a Grisín —dijo mi padre visiblemente molesto.

—Bueno..., no es del todo cierto... Mira ahora..., creo que están jugando.

La forma positiva de ver las cosas de Víctor chocaba con la negativa de mi padre, esperaba que fuera algo pasajero derivado de su dolor, él nunca había sido así. Estaba seguro de que tan solo necesitaba un empujoncito para despedirse de la amargura que le provocaban su indignación y sus ganas de venganza por haber perdido injustamente a mi madre.

Decidí salir de mi escondite, tenía curiosidad por participar de aquel espectáculo. Me coloqué junto a mi padre para comprobar que el vecino tenía razón, ambos estaban jugando al escondite o, más bien, al pillapilla. Claro está que Grisín siempre se había considerado de la raza contraria. De vez en cuando se juntaban y se revolcaban en el césped (que no era verde como debería) como harían dos perros juguetones. Coco era evidentemente más grande que nuestro gato, pero tampoco demasiado, de modo que hacían una gran pareja.

—Vaya vaya..., nunca había visto algo igual —dije divertido—. A veces los enemigos más acérrimos acaban convirtiéndose en los mejores amigos.

Víctor asintió ante mi comentario; sin embargo, mi padre me dirigió una mirada atónita además de contrariada.

Cuando mi padre por fin se durmió, bajé con una copa de vino al sótano. Hacía tiempo que no pisaba la cueva. Seguía teniendo la esencia que tuvo en el pasado, pero había muchas cosas nuevas, aunque la mesa de *ping-pong* seguía allí como recuerdo de otra época. Me senté en el sofá y saqué el móvil del bolsillo. Busqué su nombre, *Inspectora* (sabía que debía cambiarlo por

Esther, pero todavía no estaba preparado). Tenía allí su número, tan solo tendría que apretarlo para hablar con ella, pero había tantos pensamientos que me lo impedían... Como, por ejemplo, que no eran horas de llamar.

No conseguía quitarme a Héctor de la cabeza, las imágenes de la noche que habíamos pasado juntos volvían una y otra vez sin permiso alguno. Él no lo sabía, pero había conseguido algo asombroso, que me dejara llevar, que por primera vez en mucho tiempo disfrutara del tacto, de los olores, de los besos. Me había hecho olvidar la razón por la que ya no quería volver a querer a nadie, me había hecho olvidarme de todo, y lo había conseguido de un modo tan natural, tan simple..., con caricias, con besos, haciéndome reír, hablándome. Con ese carisma que tenía y que lo hacía destacar sobre los demás, había ahuyentado mis demonios durante unas horas, e incluso me habían entrado ganas de volver a confiar en el amor. Pero en cuanto me había separado del calor de su cuerpo todo había vuelto a ser como siempre y el miedo me había hecho escribir aquella nota. No me arrepentía, era lo mejor, no merecía amar ni ser amada.

Oí el sonido de mi móvil y fui en su busca. No podía creer que tuviera narices para llamarme. Cerré los ojos antes de contestar. Debía enfrentarme a esa llamada (después de todo había sido idea mía), debía concluir ese capítulo de mi vida de una vez por todas.

—Hola.

—Hola, Esther. Sé que no son horas...

—Dime qué quieres.

—Quiero hablar contigo sobre los papeles que me ha hecho llegar tu abogado.

—No hay nada de que hablar, firmalos y ya no tendremos nada en común.

—No puedo, Esther, yo sigo enamorado de ti. No puedes terminar con nuestra historia de esta forma.

—Tomás..., no hay nada entre nosotros desde hace años, ya no hay nada, ¿no lo entiendes? Por favor, firma esos papeles y acabemos con esta pesadilla.

—Pesadilla...

—Sí. Ya no te quiero, no puedo quererte. No tiene sentido seguir casados.

—Hay otro, ¿verdad?

—Eso no es de tu incumbencia, hace años que no somos marido y mujer.

—Decidí cambiar el tono—. Tomás, si me quieres, si me has querido alguna vez, por favor, no sigas haciéndome daño. Quiero que empecemos de nuevo cada uno por su cuenta, quiero empezar de cero.

—Pero...

—De verdad, no creo que sigas enamorado de mí, soy un saco vacío que solo sirve para trabajar, ya no puedo ofrecer nada a nadie... ¿Los vas a firmar?

Silencio.

—Si es lo que quieres..., aunque...

—Sí, es lo que quiero. Gracias. —Y colgué.

Me sentí tan sumamente hundida después de esa llamada que necesité hablar con un amigo, pero la cuestión era que no tenía. ¿O tal vez sí? Busqué su nombre en el móvil. En realidad él había sido el único amigo que había tenido en mi vida, y seguía sintiendo que podía confiar en él. Sin embargo, no le había hablado de mí, al menos no de la parte que me impedía acercarme a él, que me impedía acercarme a nadie.

Apreté el dedo sobre su nombre a pesar de que sabía que era mala idea y que no eran horas de llamar.

—Esther...

Si él supiera la contradicción que se producía en mi interior al escuchar cómo decía mi nombre con esa voz profunda, sorda y susurrante, una mezcla de paz y agitación que me dejaba sedada, no pararía de repetirlo.

—Hola, Héctor —dije después de algunos segundos—. Perdona por llamar tan tarde.

—Nunca es tarde si eres tú la que llama.

—¿Cómo está tu padre? —pregunté ignorando su comentario.

—¿Cómo sabes que mi padre...?

—Héctor..., que soy policía. Sé que habéis pasado la noche en el hospital, y parte del día.

—Es cierto, había olvidado que nos perseguíais...

—No os perseguimos...

—Ya, ya, lo sé, era una broma, inspectora. Mi padre está bien, solo ha sido un susto.

—Me alegro mucho.

—Esther..., oye, necesito verte, hablar contigo...

—No es buena idea, Héctor.

—Lo sé, pero solo será un momento. Solo hablar. No sabes cómo necesito hablar contigo.

Esas palabras debía haberlas dicho yo, al menos era lo que sentía; por suerte él las había pronunciado en mi lugar.

—Está bien.

—Tendrás que venir a casa de mi padre..., no quiero dejarlo solo.

—Claro, lo entiendo. Ahora mismo voy.

Colgué para evitar la tentación de poner una excusa, porque yo había sido la que había llamado y la que más necesitaba hablar con alguien, o con él en particular. Encima me había hecho el favor de pedirme lo mismo que pretendía pedirle yo.

No me esperaba que me llevara a la cueva, y mucho menos que colocara una botella de cava y dos copas en la mesa frente al sofá. ¿Era una broma?

—¿Qué es esto?

—¿El qué? ¿El cava? Me temo que ya no queda vino y es lo único que había en la nevera, sobró del cumpleaños de mi padre y si no lo bebemos acabará estropeándose.

Eso lo explicaba todo, simple casualidad. Caminé a lo largo del sótano y me paré frente a la columna que más recuerdos me traía. Héctor apareció junto a mí y me tendió la copa de cava.

—¿Quieres emborracharme?

—¿Con cava? No creo que lo consiguiera, eso solo sirve para emborrachar a una chica de quince años que bebe por primera vez.

Sonreí y bebí la copa de un tirón. La verdad era que me sentía un poco traviesa, algo impropio de mí, al menos desde hacía una eternidad, pero Héctor me provocaba un calor tremendo con unos simples vaqueros y ese jersey verde que le sentaba demasiado bien para mi estado emocional. Me apoyé en la columna y no sé cómo lo miré, pero provoqué que se acercara a mí

hasta casi rozarme.

—Estás guapísima, Esther. Pensaba que nunca te ponías falda.

—En realidad no es una falda, sino un vestido, pero a veces hay que romper con la rutina.

—Y hoy lo has hecho dos veces.

—¿Dos veces?

—Estás aquí, ¿no?

Héctor me quitó la copa de la mano y la dejó sobre un estante que estaba pegado a la columna, después me acorraló.

—Esther... —Me apartó el pelo de la cara y lo colocó con mucho cuidado detrás de la oreja.

Demasiadas casualidades, pero no iba quejarme. Acarició mis labios con el pulgar repetidas veces. Sentí la tentación de cerrar los ojos, pero quería seguir observando cómo me devoraba con la mirada. Aquella vez no había acebo colgando del techo, tampoco necesitábamos ninguna excusa, éramos mayorcitos para expresar nuestros deseos.

—Bésame, Héctor.

Primero fue un beso dulce, después, mientras sus manos se metían bajo mi vestido y acariciaban mi trasero con frenesí, nuestros besos dejaron de ser tan inocentes. Héctor era más rápido de lo que estaba acostumbrada, se había agachado y me bajaba la ropa interior después de que yo misma me despojara de las bailarinas. Estaba tan entregada y mi cuerpo tan desesperado, que olvidé todos los buenos y generosos propósitos que había hecho desde la última vez. Además, lo deseaba tanto como él. Lo observé mientras se desnudaba por completo. Una parte de mi cuerpo me hizo saber que le gustaba lo que estaba viendo, pero perdí el norte cuando se arrodilló y hundió su cabeza entre mis muslos. No mucho después, se enderezó y me elevó, yo lo rodeé con las piernas y comenzaron las embestidas. Entre suspiro y suspiro observaba cómo se le tensaban los músculos del brazo.

—Esther..., me gustas, tú y tu nombre.

Aunque intuía que él estaría mucho peor que yo, teniendo que sostenerme con sus brazos, terminé agotada y respirando con dificultad. No podía creer que hubiera vuelto a caer en la tentación, pero ahí estaba, abrazada al hombre

que antaño había sido mi mejor amigo y mi amor platónico, sin dejar de escuchar la voz de Eric advirtiéndome que si quería algo con su hermano solo había dos opciones: o una noche de sexo o una relación seria. Por lo visto no estaba preparada para ninguna de las dos.

Héctor me llevó hasta el sofá, que por suerte estaba bastante cerca, y se sentó conmigo encima.

—Me encanta tenerte en mis brazos, pero será mejor que me quite el preservativo.

Me hice a un lado para dejarle espacio.

—¡Oh no! —Me miró aterrado—. No sé qué ha pasado, pero me temo que no me lo he puesto. Creo... creo que se me ha olvidado.

Era evidente su preocupación.

—Tranquilo..., es prácticamente imposible que me quede embarazada. Además..., yo tampoco me he preocupado mucho.

—¿No puedes tener...? ¿No puedes quedarte embarazada?

—Son cosas mías, Héctor.

Por suerte no insistió.

—¿Por qué te gusta tanto mi nombre?

—Bueno..., hay varias razones.

—Cuéntamelas. —Me acomodé en el sofá para escuchar esa historia.

—La primera y más importante: el hombre perfecto para las que tienen tu nombre es el primer novio que tuvieron.

—Es broma, ¿no? —Tuve que reírme.

—No es broma. Segundo, necesitan muy poco para ser felices, les basta un buen hombre a su lado y un trabajo que les apasione. No son demasiado brillantes...

—Vaya..., gracias.

—... pero son tan trabajadoras que acaban teniendo mucho éxito en su trabajo. Y tercero..., son muy exigentes a la hora de buscar pareja..., ¿sabes por qué?

A pesar de que sabía que era cierto, desconocía los motivos, de modo que negué con la cabeza.

—Porque siempre están buscando al hombre perfecto.

No pude evitar estallar en carcajadas.

—¿Por qué te ríes? —Parecía molesto—. Todo lo que te he dicho es cierto.

Como sabía que ocurriría, no tardó en unirse a mí. Siempre había sido así y por lo visto, en ese sentido, no cambiaríamos jamás.

—De modo que eres el hombre perfecto —me burlé.

—¿Es que lo dudabas?

—Cuando tenía quince años no lo dudaba.

Su rostro se volvió serio.

—No sabes cómo he sentido siempre el error que cometí cuando...

—Déjalo, Héctor, es agua pasada.

Suspiró y llenó la copa que quedaba sobre la mesa antes de ofrecérmela.

—Toda tuya. —Le hice una señal para que se la bebiera él.

Se la bebió de golpe y se levantó, todavía desnudo.

—Iré a buscar tu ropa. Tal vez quieras usar el aseo, ya sabes dónde está. Yo iré al baño de arriba.

Admiré su desnudez mientras recogía la ropa de ambos. Me la tendió con una de sus adorables sonrisas antes de desaparecer escaleras arriba.

Después de asearme me recosté en el sofá y cerré los ojos. No quería pensar en nada, desde luego no en el futuro, y mucho menos en el pasado. En ese instante era feliz y quería seguir así lo poco que durara. Me sentía a gusto con lo que había sucedido en general y con Héctor en particular.

Estaba a punto de quedarme dormida cuando sentí una manta sobre mí.

—¿Me dejas un hueco?

—¿Qué estabas haciendo? Casi me quedo dormida.

—Soy un poco lento, ya sabes. Y he aprovechado para echar un vistazo a mi padre. Venga..., mueve el culo, inspectora.

Dicen que a las mujeres nos gusta sentirnos protegidas. En nuestro caso era yo la que llevaba pistola y la que tenía el deber de amparar a los demás y jamás había necesitado que me protegieran, al menos desde que era policía, y sin embargo, por una vez, por una noche, como excepción, disfruté del sentimiento de seguridad que me proporcionaba tenerlo junto a mí, rodeándome con el brazo en aquel minúsculo sofá.

Mi intención no era quedarme dormida, pero cuando abrí los ojos descubrí en el reloj de la pared que eran las cinco de la mañana. No podía comprender cómo había podido dormir tantas horas, inmovilizada como estaba y con el peso muerto del brazo de Héctor sobre mí, sin contar con el calor que producía su cuerpo. Un auténtico enigma.

Héctor hizo un sonido muy gracioso que indicaba que lo había despertado.

—¿Qué tal has dormido?

—Ni me he movido —dije dándome la vuelta con dificultad.

—Tampoco es que pudieras —respondió divertido.

—No pretendía quedarme a dormir.

—Pues yo sí que pretendía que te quedaras. Mi antigua cama hubiera sido algo más cómoda, pero pensé que, si te la ofrecía, te negarías.

—¡Cómo me conoces!

—Era más fácil engañarte con descansar un rato en el sofá —dijo besándome en el cuello.

—Eres una mala influencia para mí, Héctor Dekker, y que sepas que has conseguido que duerma porque le tengo cariño a este sótano.

—Ya..., más que a mí seguro. Hablando del pasado..., ¿tú sabías cuál fue la razón de que el padre de Tomás no me denunciara cuando le di aquella paliza?

¿A qué venía esa pregunta?

—Si lo sé, no lo recuerdo.

Héctor me explicó lo que había hecho su padre y lo poco orgulloso que se sentía. Una lucecita que parpadeaba los últimos días en mi cerebro iluminó repentinamente todo y me incorporé de golpe.

—¡El padre de Tomás!

—Sí..., hablábamos de él. —Me miró extrañado.

—Oh..., Dios mío, cómo no lo había tenido en cuenta.

—¿El qué? ¿De qué hablas?

Me puse rápidamente las bailarinas y la chaqueta.

—Tengo que irme, Héctor. Tengo trabajo.

—¡Pero si son las cinco de la mañana!

—Ya..., pero yo tengo que demostrar que tú no eres culpable de asesinato.

Y además..., hoy creo que me darán los resultados de los...

¿Pero qué estaba haciendo?

—Olvida lo que te he dicho. Adiós, Héctor. Saldré por aquí.

Me encaminé hacia la puerta. Cuando estaba a punto de salir, escuché su voz.

—Otro rasgo es que se puede confiar en ti.

—¿Es una característica del nombre o mía?

—Sobre todo tuya.

Nombre 17: Mera

Mera, agosto de 1997

En Galicia nunca sabes qué tiempo va a hacer, es una completa incógnita, por esa razón nos hemos pasado todo el mes de agosto mirando hacia el cielo y con el traje de baño y la toalla a mano por si aparece el sol, en cuyo caso salimos todos los primos en tropel hacia la playa de Penatouro, apenas a unas manzanas de la casa de mi madre y mi tía.

Hoy es uno de esos extraños días (como me oiga mi madre me mata) en los que hace bueno, además de un calor insoportable, porque una cosa es cierta, cuando el calor se empeña en apretar en el norte, ganaría a cualquier playa de Andalucía, aunque, como es habitual y en contra de lo que sucede en otras costas de España, la temperatura del agua nunca acompaña, aunque a mí eso me da igual. En realidad me da todo igual.

Eric, Ana y los demás vienen a buscarme a la toalla para que vaya a las rocas con ellos. Se refieren a las que conectan con la playa de Espiñeiro, que son una de las pocas diversiones que tenemos en la playa, ya que los días de olas son, digamos, exóticos. Les digo que vayan yendo, que los alcanzo enseguida. Me he vuelto un mentiroso patológico, pero mi hermano, como es de esperar, no se lo traga, ese movimiento negativo de cabeza me lo advierte. Por lo menos los demás sí me creen y salen casi corriendo hacia el final de la playa. Es más fácil intentar engañarlos que decir la verdad, y la verdad no es otra más que no tengo ganas de nada. Estoy mejor sentado, escuchando a Jarabe de Palo y su canción de la Flaca. Esta canción me recuerda a Esther, y no es porque esté como la protagonista de la canción, a pesar de que ha perdido bastante peso desde que la conocí, sino porque cuando empezó a quedar con la pandilla la llamaban así (espero que ella nunca lo sepa). Y yo en estos momentos daría lo que fuera por un beso de la Flaca, de Esther, aunque solo uno fuera.

Esther, Esther... Si pudiera quitármela de la cabeza tal vez podría ir a trepar por las rocas, pero su imagen, su voz, su aroma, toda ella se ha quedado

incrustada en mi cerebro, y la única posibilidad de arrancármela sería con una trepanación. Sé que aquí sentado sin hacer nada no voy a conseguir quitarme esta mala sensación que tengo, pero ¿qué otra opción hay? Soy menor de edad y he tenido que acompañar a mi familia de vacaciones. Además, aunque me hubiera quedado en Madrid tampoco habría podido resolver nada. Estoy enfadado, frustrado, preocupado y desolado, todo a la vez. ¿Se puede sentir todo eso al mismo tiempo?

No, no, no. Mi madre acaba de sentarse en mi toalla. Sé que lo de pasarme la Coca-Cola y el bocadillo (hoy tortilla de patata, ¡bien!) es solo una excusa para echarme una charla.

—He pensado que tendrías hambre, ya que apenas has desayunado.

—Sí, gracias —miento, cogiendo la comida.

Los días que sale el sol no perdemos el tiempo en ir a comer a casa, aquí el sol es un bien preciado y la costumbre es comer un bocadillo en la playa para poder absorber todos los rayos uva que seamos capaces. Lo de quemarse es un problema secundario que no preocupa demasiado a mi familia, por suerte, a pesar de ser rubio, paso al bronceado sin casi abrasarme.

—¿Por qué no vas con tu hermano y los primos a las rocas?

—No me apetece, prefiero escuchar música.

—Ya..., pues yo creo que lo único que te apetece es comerte la cabeza con Esther.

—No, no es eso —miento de nuevo.

—Mira..., ¿sabes lo que pienso? Que está perfectamente y que se han ido de vacaciones. Seguro que cuando volvamos en septiembre ya estarán de vuelta y podrás volver a verla..., aunque sea en secreto.

—No, mamá, tengo el presentimiento de que no volveré a verla.

—¿Pero qué dices? ¡Cómo no vas a verla! Cuando empiece el colegio podrás hablar con ella.

—No sé cómo explicártelo... He intentado contactar con ella de todas las formas posibles..., creo que la van a apartar de mí. Sé que cometí un error gravísimo dándole esa paliza a Tomás..., pero ya le he pedido perdón, y lo mejor de todo es que él me ha perdonado. Pero su madre nunca lo hará.

—Bueno..., vosotros sabíais que su madre no quería volver a verte con

ella después de eso y...

—Lo sé, nos pilló. ¿Pero no se da cuenta de que estamos hechos el uno para el otro?

—Sois muy jóvenes, Héctor, la vida da muchas vueltas.

—Mamá..., no creo que encuentre a ninguna chica que pueda ser al mismo tiempo mi amiga y mi novia. Es como si hubiera perdido dos personas y es el doble de doloroso, ¿lo entiendes?

—No has perdido nada, deja de dramatizar. E intenta aprovechar el tiempo y el estar con tu familia y amigos. ¡Es verano! ¡Estamos de vacaciones! ¡Y hoy hace bueno!

Para mi madre estar aquí y de vacaciones es lo más de lo más, y lo entiendo; las pocas semanas que tiene libres las exprime al máximo. Pero supongo que yo tengo mucho tiempo libre y no lo valoro igual que ella, de hecho daría lo que fuera porque se hubieran terminado las vacaciones y estar de vuelta en Aravaca.

—¿Qué me dices, Héctor? ¿Intentas disfrutar un poco?

—Está bien... No sé cómo, pero lo intentaré. Pero, por favor, déjame volver a casa con papá.

Mi padre se va una semana antes que nosotros, de ese modo ganaría unos días extras para intentar ver a Esther.

—Está bien, si veo que me haces caso y disfrutas de las vacaciones, te dejaré ir con tu padre.

—Gracias, mamá. Lo prometo.

—Buen chico, así me gusta —dice acariciándome la cabeza.

—Mamá..., no soy un caballo —protesto al escuchar las frases que suele susurrarles a sus amigos de cuatro patas.

—Pues últimamente te pareces más a ellos que a mi hijo.

Mientras devoro el maravilloso bocadillo y me pregunto cuál será el secreto de que las gallegas cocinen tan bien, las imágenes de lo que sucedió antes de venirnos a Mera vuelven a mi cabeza. En realidad podría decir sin lugar a equivocarme que ha sido el mejor mes de julio de toda mi vida.

Villamanrique, julio de 1997

El viaje se me está haciendo eterno, tanto como las dos semanas que llevo

sin ver a Esther. Necesito verla, hablar con ella, comprobar con mis propios ojos que está bien, que se ha recuperado de la paliza.

Ya no sé qué pensar de Tomás. Ha cambiado, Esther tenía razón. Al menos se comportó como una persona normal cuando fui a hablar con él para disculparme. Mi madre insistió en que tenía que hacerlo, pero ella no sabía que yo ya lo había decidido antes de que me lo propusiera. Me aseguró que se sentía fatal por lo que le había pasado a Esther, que todo era culpa suya (era la primera vez que estábamos de acuerdo en algo). Tengo que confesar que me había hecho una idea equivocada de él, me sorprendió que fuera capaz de expresar sus sentimientos y más todavía que parecieran sinceros. Incluso me dijo que se merecía la paliza que le había dado, que eso compensaba la única vez que había pegado a Esther. Eso sí que me dejó sin palabras, por lo visto tenía conciencia. Yo también la tengo y me arrepiento de haberme pasado de la raya de ese modo. Me asusta haber perdido el control y, sobre todo, no recordar cómo llegué a hacerlo. Es evidente que había subestimado mi fuerza, además de sobreestimar mi cordura.

Eric y yo hemos insistido (cada uno tiene sus razones) a mis padres para que nos dejen venir a la casa de los tíos en Villamanrique un par de semanas. En Aravaca nos aburríamos y la mitad de la pandilla se había ido de vacaciones con sus familias. Estoy seguro de que mi madre sabía perfectamente la razón de mi interés en venir a este pueblo tan caluroso, y es que mi prima Ana ha invitado a Esther a pasar unas semanas. Eric, en cambio, anda detrás de una amiga de Ana que está alojada en casa de otros primos.

Los padres de Ana tienen una finca familiar enorme en este pueblo de Ciudad Real. En realidad es un coto de caza de jabalíes, conejos y otras especies. La vivienda es pequeña y antigua, sin apenas pretensiones, de hecho no hay agua corriente ni electricidad, al menos no del modo tradicional, el agua la sacan de un pozo y la electricidad funciona gracias a un generador de gasoil que se conecta solamente por las noches. El último verano mi tío decidió transformar la enorme alberca en una especie de piscina aprovechando el salto de agua de un manantial natural; aunque lo correcto sería decir que la convirtió en un lago, ya que la superficie es casi infinita y, al ser del mismo color que los árboles que la rodean, te da la sensación de que

forma parte del paisaje. El agua está helada, pero es una gozada sentir su frescura con el calor que suele hacer.

Eric y yo bajamos del coche y salimos casi corriendo hacia la casa, dejando abandonado a mi padre con las maletas. Sé que se molestará, pero tengo muchas ganas de verla. A medida que me acerco el corazón se me acelera, y más todavía cuando la veo, sentada en el bordillo de la alberca, sonriendo mientras juega con el hermano pequeño de Ana. Me sorprende que haya adelgazado en apenas dos semanas, seguro que ella está encantada; a mí me da igual, siempre me ha gustado con sus kilos de más y con sus kilos de menos, además está guapísima.

Por el rabillo del ojo veo que Eric se comporta mucho mejor que yo y besa a mi tía y a mi prima, pero yo solo tengo ojos para mi luciérnaga. Está riéndose cuando levanta la vista en mi dirección. Parece que la semana que lleva aquí le ha sentado bien, necesitaba alejarse de su casa en general y de su madre en particular. Me encanta la sonrisa que me dedica, ya no tiene ni rastro de los moratones que tenía la última vez y eso me alivia, aunque sigue teniendo el brazo escayolado. Tengo que respirar un par de veces para ahuyentar las imágenes que se forman irremediabilmente en mi mente al pensar en la paliza que le dieron y en que yo encima me equivoqué de culpable. Casi es mejor que no sepa quiénes fueron, si no, no respondería de mí mismo.

Esther consigue que deje de divagar al levantarse y caminar hacia mí. Estoy a punto de besarla en los labios cuando mi tía nos interrumpe.

—¡Hola, Héctor! ¿No me das un beso?

No sé si lo ha hecho a propósito para estropear este momento. Vacilo y le doy a Esther un beso en la mejilla, con tantos espectadores (todos nos están mirando) ya no me atrevo a besar a mi chica. Después obedezco a mi tía.

—Ahora id a poner os el traje de baño.

Es tan mandona como mi madre, pero Eric y yo obedecemos como corderitos y entramos en la casa justo cuando oímos a mi padre saludando y maldiciéndonos por no ayudarle con las mochilas. Tan solo se quedará un rato y después volverá a Madrid. Eric se mete en lo que será nuestra habitación y yo en el baño.

Estoy a punto de ponerme el bañador cuando la puerta se abre, por supuesto he olvidado que no estoy en mi casa y no he cerrado el pestillo. Es ella. Se queda paralizada observando mi cuerpo desnudo. A mí no me da ninguna vergüenza, aunque parece que a ella sí. Es obvio que no pretendía encontrarme en esta situación, pero pienso aprovecharme de este momento de intimidad. Me acerco muy despacio y la aparto con suavidad de la puerta para poder cerrarla. A pesar de que está seca tiene una toalla enrollada en el cuerpo. Mis dedos no tardan en deshacerse de ella, que cae al suelo permitiéndome deleitarme con lo bien que le sienta este traje de baño. Me gustan sus hombros anchos y su cuello de cisne. Estoy seguro de que no es consciente de lo extraordinariamente bella que es. La atraigo hacia mí y le doy el saludo que le corresponde. Ella me rodea el cuello con su brazo sano. Su sabor es el mejor aperitivo del mundo, de hecho podría quedarme sin comer si sus besos fueran la alternativa. No comprendo cómo he podido evitar esto durante tantos meses. Es obvio que he sido el chico más tonto y cobarde del mundo por apartarme de ella, no solo por miedo a perder la amistad de mi única amiga, sino, sobre todo, por miedo a poner nombre a mis sentimientos. Ahora lo sé, estoy loco por ella, y estoy seguro de que podemos tener ambas cosas; y esa combinación, amistad y amor, es lo más grande que puede tener una persona.

Noto como mi cuerpo reacciona a la cercanía de su piel y al aroma a flores frescas que desprende. Ella no tarda en percatarse de mi estado físico, porque se aparta de mí y me mira entre azorada y sorprendida.

—¡Venga, pesado! ¡Vamos a la charca esa! —Eric llama a la puerta ignorante de lo que está pasando tras ella—. No estarás cagando, ¿no?

Esther ahoga una risa nerviosa mientras yo pienso que lo que estoy es a punto de convertirme en nieve derretida o en una bola de fuego a punto de estallar.

—Sí, justo. Vete yendo.

—¡Por supuesto! Yo no me quedo a limpiarte el culo.

Acaricio el rostro de Esther. Enseguida noto que tiene la piel de gallina. Me encanta ver cómo los pezones se le ponen duros. Me encantaría acariciarle los pechos y comprobar si, como intuyo, tienen el tamaño perfecto para mis

manos, pero, por supuesto, eso es algo que ni se me pasa por la cabeza.

—Escarabajo..., deberíamos irnos.

Sé que tiene razón, pero no sé cómo hacer para volver a mi estado físico anterior.

—Será mejor que no salgas así.

No sé si se refiere a la consecuencia de su cercanía o a mi nula indumentaria, tal vez a las dos.

—Vete yendo, creo que será mejor que me dé una ducha fría.

Pasamos el resto de la tarde a remojo, de hecho el frescor del agua me viene genial para mantenerme a raya, aunque al principio me cuesta un poco relajarme, después de la sesión tan cercana y sensual que hemos vivido en el baño. Al final consigo olvidarme y meterme en los juegos acuáticos, mi tío ha tenido la gran idea de poner una red en medio de la alberca para jugar al voleibol.

Los días transcurren y no tardamos en construir una especie de rutina. Por las mañanas nos vamos temprano a pasear por la finca. Mi tío nos lleva cada día a una zona diferente que, según él, no podemos perdernos: la casa de la bruja, la laguna de las aves...; en fin, a mí me parece que todo es igual, pero supongo que es un modo de poner metas. De todas formas me encantan esas excursiones porque por el camino no dejamos de charlar y bromear y me lo paso genial. Después de la caminata nos bañamos hasta la hora de la comida.

Mis tíos han contratado a una señora del pueblo que viene todos los días a preparar la comida. A veces cocina con leña sobre un trípode de hierro en un anexo que hay junto a la casa; arroz caldoso y conejo al ajillo son algunos de esos manjares.

Después de comer hace demasiado calor para salir de la casa, con lo que nos entretenemos como podemos con juegos de mesa, leyendo o durmiendo. En el campo no hay televisor y mucho menos videojuegos. Un día me tumbé en el sofá, más por aburrimiento que por cansancio, y Esther no tardó en unirse a mí; acabamos los dos dormidos uno encima del otro. Me gusta la libertad semivigilada en la que vivimos, a mis tíos no parece importarles; también es cierto que somos lo suficientemente cuidadosos como para no morrearnos delante de ellos, eso lo dejamos para los momentos en los que estamos solos o

cuando podemos escabullirnos durante un rato sin que nadie nos eche de menos.

Las tardes o las pasamos a remojo en la alberca o visitamos las fincas de otros primos que viven por la zona, que, obviamente, es lo que Eric siempre quiere hacer. La cena suele ser bastante informal, y siempre acabamos echando una partida al Continental o al Trivial.

Hoy mis tíos nos han traído a las fiestas del pueblo. Ellos se han quedado con los pequeños en el tiiovivo y nosotros nos vamos directos a montar en los coches de choque. Esther se empeña en conducir a pesar de que tiene que hacerlo con una sola mano.

—Venga, Esther, así no vas a poder conducir.

—¡Que sí! Claro que puedo, ¿no lo ves?

Me demuestra cómo puede dar la vuelta sin problemas y decido que tiene razón y que es muy capaz, de modo que me relajo. Hasta que en una de las vueltas no logra realizar el giro completo y nos estampamos contra el borde. Como es de esperar, Eric aprovecha para embestirnos. No sé por qué, pero Esther estalla en una carcajada de esas pegadizas mientras los dos intentamos movernos sin ningún éxito. Por desgracia se oye el sonido de que la vuelta ha terminado. Eric y Ana nos hacen una seña para ir a montar al barco pirata, aunque de camino se paran a hablar con unos conocidos. Aprovecho la posibilidad de sacar un momento íntimo y tiro de Esther hacia un recoveco junto a una de las taquillas. La apoyo sobre la estructura metálica, Esther sonrío traviesa y comenzamos a besarnos. Dios, esto es adictivo. No sé qué me pasa pero estoy desatado y me arriesgo a tocarle los pechos por encima de la camiseta blanca ajustada, que lleva volviéndome loco toda la tarde. Me sorprende que no me pare y por eso no lo hago. Estamos tan apretados que intuyo que se ha dado cuenta de que la cercanía de su cuerpo tiene consecuencias sobre el mío. No puedo evitarlo. Estamos tan compenetrados que muchas veces no necesitamos comunicarnos con palabras, de modo que, después de unos instantes, nos separamos al mismo tiempo, ambos respirando con dificultad pero sin dejar de sonreírnos, y retomamos el camino hacia el barco pirata. Eric sonrío malicioso cuando nos ve a lo lejos y nos hace una seña para que nos metamos con ellos en la cola que se ha formado.

Caminamos cogidos de la mano sin dejar de mirarnos, seguramente por esa razón chocamos con unos chicos. Me disculpo, porque lo cierto es que últimamente camino entre nubes. Lo que no comprendo es la expresión del rostro de Esther, que no deja de mirar a uno de los dos, parece ¿asustada?

—¡Fíjate quién está aquí! —dice el chico.

Ahora que lo pienso, me resulta vagamente familiar.

—¿Sabe tu hermanito que estás en este pueblo con este *pringao*?

¿Con *pringao* se refiere a mí?

—¡Déjame en paz, Búho! —Esther tira de mí y continuamos nuestro camino.

Enseguida caigo, el Búho es uno de los secuaces de Sansón.

—¡Se lo diré a Tomás! —grita el muy cabrón.

Noto que Esther está temblando.

—Tranquila, Esther..., seguramente es un farol.

—No lo es, es un bocazas y se lo dirá a Tomás. Y tal vez él se lo diga a mi madre.

—Oh... ¿Hasta qué punto podemos fiarnos del nuevo Sansón?

—No lo sabremos hasta que vuelva a casa.

Aunque intento hacer reír a Esther durante el resto de la noche, se ha vuelto taciturna y no consigo sacarle ni una sonrisa más. Yo creo que no hay que preocuparse excesivamente, ya se me ocurrirá algo para solucionar cualquier obstáculo que se nos presente. Pero ella es diferente y cuando algo la hace cambiar de humor le cuesta recuperarlo, o sencillamente no lo recupera.

Madrid, agosto de 1997

Eric se ha empeñado en acompañarme a la guarida del lobo. Al parecer, mi plan es mucho más divertido que ver la tele o tomar el sol; a mí no me parece nada divertido lo que voy a hacer. Mi padre piensa que estamos en la piscina de Alejandro y, sin embargo, nos encontramos en plena Castellana, vestidos con nuestras mejores ropas como si fuéramos a hacer una entrevista; nada más lejos de la realidad.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarle? —me pregunta la recepcionista.

—Vengo a hablar con el señor Valiente.

—Oh... ¿Tenía cita con él?

—No, dígame que es personal.

—¿Su nombre, por favor?

—Héctor Dekker.

—Espere allí por favor. Le avisaré.

Mientras esperamos me torturo pensando que, a pesar de lo seguro que estaba de que solucionaría cualquier problema que surgiera, ahora no me creo capaz de hacerlo. Desde Villamanrique no he vuelto a ver a Esther ni he conseguido que coja el teléfono, ni siquiera Ana lo ha conseguido. Me temo que ya no se fían de ningún miembro de mi familia, ni siquiera de mi madre.

La estancia en Galicia se me hizo eterna por primera vez en mi vida. A pesar de que conseguí engañar a mi madre e incluso a mí mismo, no hubo ni un solo día en el que no pensara en ella.

Eric quiso venirse con mi padre y conmigo a Madrid. «No te hagas ilusiones, no lo he hecho por ti, sino porque estoy harto de tanta lluvia» fueron sus palabras. En realidad no había quien se lo tragara, dejábamos Mera con un sol radiante, un desperdicio de varios días veraniegos.

Ha llegado el momento. No sé por qué me sorprende de que nos haya tenido allí esperando una hora entera, sentados en esos sofás tan elegantes de cuero negro. Acompaño a la agradable y elegante recepcionista hasta la segunda planta. Tengo que reconocer que, cuando entro en su despacho y ese hombre me hace un repaso con la mirada, me acobardo, pero después recuerdo que no sé nada de Esther desde hace más de un mes y recupero la compostura. Por su sonrisita de medio lado deduzco que se ha dado cuenta de mi primera reacción, y parece de esas personas a las que les gusta causar temor en su oponente. Ni me ofrece asiento ni falta que hace.

—Necesito saber dónde está Esther —suelto sin ningún preámbulo.

No contesta. La mirada que me dedica sigue siendo la misma, como si quisiera asesinarme.

—Con respecto a lo que sucedió con su hijo, ya me disculpé con él. Siento mucho lo que pasó, pero no sé si usted está al tanto de lo que hacía sufrir a Esther.

Ese hombre sigue acribillándome con la mirada, pero no parece dispuesto

a hablar conmigo. Es como si yo fuera un cuadro colgado en la pared con la imagen de alguien a quien detesta.

—Solo he venido porque estoy preocupado por Esther y quiero saber dónde está. Necesito hablar con ella, y si no me dice dónde puedo encontrarla llamaré a la policía.

—Mira, chaval..., no sé cómo tienes la desfachatez de presentarte en mi trabajo después de lo que le hiciste a mi hijo... En cuanto a tu acusación, te diré que bastante hizo mi hijo por esa niña.

Al oírlo hablar de ella de ese modo, comprendo que en realidad para él Esther es una consecuencia molesta derivada del hecho de haberse casado con su madre, su intención no es formar una familia con ella.

—Lo que suceda en mi casa es cosa mía. Y ahora, si me disculpas, tengo mucho trabajo. Ya puedes irte.

—No me iré hasta que me diga dónde está mi amiga. —Me cruzo de brazos y lo miro del mismo modo que él a mí, yo también sé hacerme el duro.

Pero para qué nos vamos a engañar, él puede echarme de allí sin tener que arrugar su elegante traje. Escucho cómo llama a seguridad y cuando cuelga vuelve a atravesarme con esa mirada entre despectiva y arrogante. Ante eso no puedo callarme.

—No hace honor a su apellido, señor Valiente. Es usted igual que su hijo.

Se levanta cuan grande es, ahora ya entiendo de dónde viene Sansón.

—Te prohíbo que hables así de mi hijo... Y si quieres saber dónde está esa niña, te diré que no volverás a verla, no está en Aravaca, ni en Madrid, ni siquiera está en España.

Por unos segundos me quedo mudo por la conmoción.

—Ya era hora de que su madre lo abandonara. —Es mi forma de vengarme. Empiezo a pensar que la madre de Esther es tan solo una víctima de este hombre.

—¡Eso nunca sucederá!

¿Su madre se ha deshecho de su hija y sigue junto a este desalmado? No entiendo nada. Quiero seguir sacándolo de sus casillas, pero unos gorilas enormes aparecen de pronto y me sacan del edificio casi en volandas, lo que provoca una sonrisa deslumbrante de Eric, por lo visto ha sido como vivir una

escena de una película. Será imbécil. Después se ablanda y hace su papel de hermano asegurándome que, aunque la hayan enviado lejos, Esther buscará la manera de ponerse en contacto conmigo.

Aravaca, octubre de 1997

Esté sábado está resultando de lo más deprimente, no solo porque lleva toda la tarde diluviando, sino porque hoy es uno de esos días en los que no paro de pensar en ella. Ni siquiera me anima el torneo de *ping-pong* que ha organizado Eric en la cueva.

Durante un tiempo, para no volverme loco, me aferré a la idea de que conseguiría contactar conmigo, como decía Eric, pero en tres meses no he recibido noticias tuyas, ni una llamada, ni siquiera una mísera carta. Está demostrado que mi hermano se ha equivocado.

Suena el teléfono, pero dejaré que contesten mis padres..., aunque no parece que tengan intención de hacerlo, puesto que ya ha sonado cinco veces. Levanto el auricular.

—¿Sí?

Me parece oír algo, pero no entiendo nada por culpa del griterío que hay.

—¡Eh, chicos, callaos un momento! —exclamo molesto—. ¿Sí? ¿Quién es?

Los chicos siguen jugando al *ping-pong* y no hay forma de oír nada, ni siquiera sé si realmente hay alguien en la línea.

—¡Podéis callaros de una vez?!

El grito que pego los deja a todos con los ojos como platos, pero por suerte también mudos. El silencio me permite escuchar una respiración agitada al otro lado.

—¿Pero quién es? —Pego un respingo al escuchar su voz junto a mí, ni siquiera sé cómo se ha acercado tan rápido sin que me dé cuenta.

—Un segundo, Marta.

Presto de nuevo mi atención en esa respiración y entonces tengo una corazonada.

—¡Esther!, ¿eres tú?

—Pero... ¿es Esther? —pregunta Marta de nuevo.

Le doy la espalda, ignorándola.

—Si eres tú, por favor, dime dónde estás...

Sé que está ahí, puedo incluso imaginarla.

—¿Esther?...

La línea se corta y me siento profundamente decepcionado. Algo me dice que era ella, aunque no entiendo por qué no ha hablado conmigo, y mucho menos qué la ha llevado a colgar el teléfono.

Esther acaba convirtiéndose en una especie de fantasma que ronda mis sueños nocturnos y mis ensoñaciones diurnas, un fantasma al que me encuentro muchas veces en los lugares más insospechados y que me mira con desolación, con decepción. Un fantasma que me tiene apartado del sexo femenino durante un tiempo, hasta que Eric me echa un discurso monumental sobre lo estúpido que estoy siendo, asegurándome que ella ya no me quiere y que nunca más volverá y que estoy perdiendo miles de oportunidades. En realidad tiene razón. No puedo seguir enamorado de un fantasma, de una ilusión, de un recuerdo.

Llega un momento en el que decido olvidarme de ella. Quemo todas las fotos en las que sale, las cintas de música y de vídeo que me ha grabado, incluso regalo a mi prima Ana el libro de Harry Potter que nunca he llegado a leer. A base de ejercitar su olvido, consigo un efecto secundario que no pretendía: borro de mi mente su rostro.

Nombre 18: Charly

Martes, 6 de octubre de 2015

Me dejé caer en el sofá y, cuando descubrí que dolía mirar esos muebles y ver todas las imágenes que se dibujaban a su alrededor, decidí cerrar los ojos. Esperaba que no tardara mucho en despertarse, aunque esperaba hasta que lo hiciera, le debía una visita antes de cumplir mi deber como inspectora.

No hacía demasiado tiempo mi vida había estado allí, encerrada entre esas paredes, donde todo había comenzado después de volver a España y sacarme la plaza de policía. En aquella época yo estudiaba muy duro para conseguir mi sueño de convertirme en inspectora de la Policía Judicial y no dejaba que nada ni nadie me distrajera. Aquel día fue una excepción que cambió el rumbo de mi vida...

Caminaba concentrada en mis cosas, con los ojos fijos en el pavimento y cargada con una cartera llena de libros, cuando oí una voz diciendo mi nombre que hizo que me detuviera en seco en medio de la calle, sorprendida y con el corazón acelerado. Me giré, no sin cierto miedo, para intentar descubrir si mis recuerdos estaban intactos.

—¡No puedo creer que seas tú! —exclamó acercándose a mí y dándome dos besos seguidos de un abrazo tan cálido y familiar que cerré los ojos para disfrutarlo. Nunca había sido muy dada a las demostraciones afectivas, aunque en ese instante era él el que hacía todo el trabajo.

Cuando por fin nos separamos observé que, a pesar de seguir siendo tan grande y fuerte, estaba mucho más estilizado. Tal vez por eso la mayoría de las chicas que pasaban junto a nosotros le echaban miradas furtivas.

—¿Qué haces aquí, en España?

—Volví hace dos años.

—Oh..., vaya, no lo sabía. ¿Cómo está tu madre?

—Bien, ¿y tu padre?

—También bien, gracias. ¿Y a qué te dedicas? ¿Tienes pensado quedarte aquí mucho tiempo? ¿Dónde vives?

Tuve que reírme.

—No puedo contestar tantas preguntas, Tomás.

—Tienes razón. —También se rio—. Es que me hace mucha ilusión verte... Y estás guapísima, Esther, aunque te veo diferente...

—Oh, será el corte de pelo.

—No sé..., también estás mucho más delgada. ¿Sabes?, te eché mucho de menos cuando te fuiste.

—Eso no hay quien se lo crea —objeté incrédula.

—Pues te juro que fue así.

Se quedó observándome con una sonrisa resplandeciente y un brillo en sus oscuros ojos que me hizo comprender que estaba siendo sincero.

—Bueno, yo... —intentó excusarse la Esther que siempre sale corriendo cuando algo emotivo parece asomar en el otro.

—Vayamos a comer algo...

—No puedo.

—No acepto un no por respuesta. Hace..., ¿cuánto hace que no nos vemos?, ¿diez años? Quiero que nos pongamos al día, por favor.

Tuve que aceptar, era lo mínimo que podía hacer por los viejos tiempos, aunque esos tiempos fueran un poco confusos y equívocos. Enseguida me enteré de que trabajaba desde hacía unos años en la empresa de su padre, donde había entrado como becario y había ido ascendiendo y esperaba, con el tiempo, convertirse en el director financiero. Obviamente, que su padre fuera el director general ayudaba bastante, pero parecía satisfecho con su vida. Yo también estaba ascendiendo aunque, a diferencia de él, a base de esforzarme y luchar con garras y dientes, haciéndome hueco en los rincones que solían ocupar normalmente hombres, más o menos valiosos y más o menos competentes. El mío sería un hueco permanente al que dedicaría todo mi esfuerzo y talento, y no dejaría que nadie me lo arrebatase. Tampoco dejaría que nadie me robara mis honradas ambiciones, que me llevarían hasta mi siguiente objetivo. Aunque Tomás no lo supiera, él, o parte de él, me había arrastrado a perseguir ese sueño y formaba parte de mi vida, de mi ser, de mi esencia.

A veces nos equivocamos con las personas, nos empeñamos en avivar una

intuición, una imagen distorsionada basada en malas interpretaciones, en prejuicios, en habladurías, en apariencias engañosas. Yo me había equivocado con Tomás, aunque lo había comprendido demasiado tarde. Seguramente por eso, ese día le dediqué mis horas de estudio, aunque tal vez no solo por eso, sino también porque, por una vez, disfruté de la compañía de otro hombre y disfruté de saber de su vida, de comprender cuánto había cambiado, mejorado. Me asombré al descubrir que seguía enamorado de mí, que nunca había dejado de estarlo, y me sorprendí imaginándomelo desnudo junto a mí, besándome con la pasión que me transmitían sus ojos y su tacto cada vez que rozaba mi brazo o mi mano. Esa noche no sucedió nada y, sin embargo, lo cambió todo.

Fuimos entrelazando los días, las noches, los momentos, los lugares, hasta que nos convertimos en algo más que unos desconocidos que en el pasado habían compartido una casa, una mala experiencia, un mal ambiente. Comenzamos a compartir anécdotas, sentimientos, secretos, experiencias, hasta que, después de un tiempo, se convirtieron en nuestras, y el salto lógico fue formalizar nuestra relación. Nos casamos.

Fue extraño juntar a mi madre y a su padre aquel día, hacía unos años que no se hablaban. En contra de lo que cualquiera hubiera imaginado, había sido él quien había abandonado a mi madre al encontrar una mujer menos guapa pero más joven a quien engatusar. Siempre pensé que mi madre no había comprendido en aquel momento que era una liberación para ella y que cuando lo hizo fue demasiado tarde. Por lo menos me alegraba saber que Tomás era consciente de cómo era su padre y de sus defectos, y llevaba bien que yo apenas tuviera contacto con él más allá de una comida dos o tres veces al año.

Cuando parecía que todo en mi vida marchaba bien fue cuando todo se vino abajo, aunque a veces, cuando las cosas se derrumban, no lo hacen de golpe, sino que empiezan poco a poco a desmoronarse para después hacerte caer por el precipicio sin cuerdas a las que poder agarrarte, y mi madre fue la primera caída. Comenzó a perder la memoria y a perderse por la ciudad cada vez que salía a hacer un recado. Después de algunas pruebas llegó el diagnóstico más demoledor; sufría demencia senil e iría en aumento. Cerré su casa y la llevamos con nosotros, algo que hizo que Tomás y su padre discutieran asiduamente. Pero yo no pensaba dar mi brazo a torcer, era mi

madre y, a pesar de nuestro pasado, cuidaría de ella.

Tomás siempre me apoyó. Fue un marido cariñoso, comprensivo, generoso, que comprendió la presión que me producía mi cargo de responsabilidad y se privaba de mi compañía cuando tenía un caso importante entre manos, más a menudo de lo que me hubiera gustado. Nunca se quejó ni se interpuso en mi ambicioso camino.

También había comprendido perfectamente mi situación. No me había resultado fácil explicárselo, de hecho había temido perderlo a causa de ello. Sin embargo, su reacción había sido amable, abierta, flexible, y me había aceptado con todas mis virtudes y defectos, con todo lo que aquello acarreaba.

Y entonces, para nuestra sorpresa, me quedé embarazada.

Ya eran las siete de la mañana y decidí que era hora de ponerme en marcha. No quería seguir pensando en el pasado, debía olvidarlo todo y seguir adelante. Me dirigí a la cocina y preparé el desayuno, todo seguía donde siempre, no había nada fuera de su lugar. Incluso en la nevera había cosas que tan solo comía yo. No me sorprendió, Tomás seguía esperando que volviera y, sin embargo, ya no había vuelta atrás, no podríamos reconstruir lo que se había destruido ni aunque fuéramos los mejores arquitectos del mundo. La vida puede cambiar de la noche a la mañana, y no somos conscientes hasta que nos damos el gran golpe, el gran batacazo que acaba haciendo añicos todo lo que teníamos. La vida son instantes, momentos de felicidad, segundos que debemos disfrutar por si se diera el caso de que fueran los últimos. No deberíamos dejar para mañana lo que se nos pasa hoy por la cabeza, ni siquiera una caricia, un beso, una palabra de disculpa. Todo lo que no hagamos puede servir de excusa para que la conciencia nos lo recuerde eternamente a base de dolorosos martilleos en la cabeza, lo que no hicimos puede servir de tormento para el resto de nuestros días.

Ni siquiera había oído sus pasos silenciosos, casi me asusté yo más que él.

—¡Dios mío, Esther! ¡Qué susto me has pegado! Pensaba que eras un ladrón.

Llevaba un paraguas en la mano con el que, obviamente, tenía pensado golpearme si no me hubiera reconocido a tiempo. Tal vez me lo hubiera merecido, no había sido justa con él; su dolor debía ser mucho peor que el

mío, su remordimiento debía ser tan insoportable que no sabía cómo podía vivir con ello. Odiaba el daño que le había ocasionado, pero los efectos secundarios habían sido tan fuertes que arrasaron con todo, aniquilaron sin piedad lo que antes amaba.

—¿Qué haces aquí? ¿Has venido para que firme los papeles? Están ahí —dijo señalando la encimera completamente inmaculada—, ya los he firmado, ¿estás contenta?

No estaba enfadado, sino decepcionado, roto. Lo agarré suavemente de la mano.

—Siéntate, por favor.

Tomás me obedeció, tal vez sorprendido por mi tono suave de voz.

—Quiero hablar contigo. No he venido por los papeles.

—¿Todavía hay esperanza?

Me dolió en el alma tener que negarlo, sus oscuros ojos seguían brillando por mí, no era merecedora de ello.

—Quiero que sepas que no te culpo por lo que pasó.

Tomás bajó la mirada, tenía los ojos inundados de lágrimas; a mí también me pasaba, no podía hablar de ello sin ponerme a llorar.

—Podría haberme sucedido a mí también.

Levantó una mirada desgarrada.

—No, Esther, a ti no te hubiera sucedido. Lo siento tanto...

—No quiero que sigas culpándote, Tomás, tienes que seguir adelante.

—¿Para qué? Ni siquiera estás tú.

—Yo... yo no te merezco, Tomás, yo no puedo darte lo que necesitas. No puedes seguir esperándome. —Hice un gesto hacia la nevera; creo que me comprendió, porque de nuevo bajó la mirada—. Date otra oportunidad, sigue luchando, pero por ti, para ti.

—No puedo, Esther..., no puedo.

—¡Mírame! Sé que puedes, eres fuerte, siempre lo has sido. Has llegado hasta hoy, puedes seguir haciéndolo.

—Lo único que me mantenía cuerdo era la esperanza de recuperarte.

—Por favor, Tomás, tienes un futuro prometedor en la empresa...

—No me importa mi trabajo, hace semanas que me he despedido.

—¿Qué? ¿Por qué lo has hecho?

—No puedo seguir ahí, me siento asfixiado. Mi padre me agobia demasiado.

—Comprendo... Entonces no vuelvas. Piensa qué te gustaría hacer, estoy segura de que hay algo que te devolverá a la vida. Inténtalo.

Tomás se levantó y miró por la ventana.

—Esta casa me va a engullir.

—Véndela, vete a vivir a otro sitio... Junto al mar, siempre te ha gustado.

—Sí.

—Siempre te ha gustado mucho cocinar, ¿y si..., no sé, montas un restaurante junto al mar?

Tomás se giró y me miró ¿sorprendido por que supiera lo que le gustaba? Siempre había dado la impresión de no enterarme de las cosas, y no era cierto, lo conocía mejor que él mismo. Una no es inspectora por casualidad, son muchas horas de observación y dedicación en busca de la verdad.

—Hazlo por ti, Tomás. Hazlo por él.

Más lágrimas recorrieron sus mejillas, al igual que las mías.

Se acercó y con una suave caricia me las secó.

—Está bien, Esther..., me has convencido, lo haré por él. Creo que podría funcionar. Lejos de aquí, lejos de ti... No puedo estar junto a ti y no tenerte.

—Lo comprendo.

—Y gracias por haber venido a verme. Creo que es hora de que te vayas... Y no olvides tus papeles.

—Nuestros papeles —le corregí y el asintió—. Antes de irme necesito hacerte una pregunta. ¿Has vuelto a ver a Héctor en alguna ocasión?

—¿A Héctor? —Me miró extrañado—. ¿Tu amigo Héctor, el que me pegó aquella paliza?

Asentí.

—No, no lo he visto. ¿Por qué? ¿Te has encontrado con él?

—Sí, algo así.

—Oh..., entiendo. Sabía que era cuestión de tiempo que os reencontrarais. Siempre he envidiado la relación que teníais, y yo quería algo igual para nosotros, aunque creo que no lo he conseguido.

—Claro que lo conseguiste, Tomás.

—¿Tú crees?

—Sí, lo creo. Y ahora... —dije levantándome con lentitud—, tengo que irme. ¿Qué crees que dirá tu padre cuando le digas que te vas de Madrid?

Ni siquiera me veía cuando me clavó esa mirada, miraba más bien a través de mí.

—No le va a gustar nada, pero... ¿sabes qué?, me importa una mierda.

«Bravo, Tomás», pensé.

Era lo que necesitaba escuchar para poder cumplir con mi trabajo, no querría hacerle más daño por nada en el mundo, suficiente daño se hacía él a sí mismo.

—Lláname desde la playa, ¿lo harás?

—Sí, lo haré, Esther. Buena suerte con Héctor.

¿Cómo lo sabía? Me giré para encontrar respuestas, pero él estaba de nuevo de espaldas, perdido en las vistas de la ventana. O tal vez ya estaba en otro lugar, lejos de allí, junto al mar.

Era extraña la sensación que tenía después de visitar a Tomás. Me sentía orgullosa de haber sido sincera con él y haberle mostrado una posible solución a su vida, pero también estaba destrozada; esa casa, él, sus ojos oscuros, todo lo que le rodeaba me recordaba demasiado a mi pequeño, por eso no había podido ir a verlo hasta aquel día. Creo que Héctor, sin ser consciente, me había dado fuerzas para dar un paso al frente y encarar las palabras que debía haber pronunciado hacía tiempo, para llevar a cabo todo lo que tenía pensado hacer pero no hacía por miedo a enfrentarme a los recuerdos de esa casa. Por un lado, me sentía menos pesada por haber descargado algo de la culpa que llevaba arrastrando y, por otro, me llevaba parte de la tristeza de Tomás. Al menos esperaba que sirviera para hacerle la vida más llevadera a partir de ahora. Aunque él no lo supiera, todavía lo quería con ternura, pero no con locura como antes. Faltaba la chispa, que ya estaba apagada y que nunca podría volver a prender, por lo menos en su candil.

Decidí ir en transporte público, necesitaba tiempo para despojarme de todas las extrañas sensaciones que se habían apoderado de mí. No podía

presentarme ante él con el alma desgarrada y con lágrimas en los ojos, debía ponerme mi traje imaginario de inspectora fría y calculadora. Sabía hacer mi papel, llevaba años practicándolo, de hecho formaba parte de mí, pero había momentos en los que tenía que quitarme ese traje para pisar tierra firme y poder sentir libremente. Desde que Héctor había aparecido en mi vida lo hacía más a menudo, como había ocurrido aquella noche.

Había sido maravilloso dormir en sus brazos, oler su aroma, reír con sus tonterías. Era una mañana luminosa que luchaba con la noche abismal, era un rayo de luz entre unas nubes tormentosas, era una sonrisa a veces tierna, a veces burlona, en un mundo de semblantes serios despojados de felicidad. Él iba a ser con seguridad mi despertar a la vida, podía sentirlo. Él quería serlo y yo le iba a dejar porque creía atisbar en mí unas ganas renovadas de vivir de nuevo, de intentar salir a la superficie y llenar mis pulmones de aire puro.

Pero si quería que eso sucediera debía seguir mi olfato de investigadora y resolver ese caso de una vez por todas, aunque ni siquiera tuviéramos los resultados de los análisis de muestras.

Sentí el móvil vibrar en mi bolso.

—Dime, Charly.

—¿Dónde crees que vas sin mí?

—¿Cómo dices?

—Mira a tu izquierda.

Giré la cabeza y me encontré con la mirada sonriente de mi compañero.

—¿Qué haces aquí?

Se tiró sobre el asiento que estaba junto a mí.

—¿Creías que te iba a dejar sola?

—Pero... ¿cómo me has encontrado?

—Mejor no preguntes.

—Pregunto, y mejor me contestas.

Soltó una carcajada.

—Si es una tontería, Esther. Iba de camino a recogerte cuando te he visto salir de tu antigua casa. Llevabas una cara... que no me he atrevido a pitarte.

Se detuvo y me miró como esperando una explicación.

—¿Y entonces has decidido espiarme?

—Pues tampoco quería dejarte sola, así que te he seguido. No sé cómo no te has dado cuenta.

—Estaba muy concentrada en mis cosas —me excusé de un modo casi infantil.

—También estoy al tanto de tu visita a casa del padre de Héctor.

—Oh... Imagino que el agente que estaba vigilando te ha informado.

—Sí..., órdenes tuyas —respondió con sarcasmo—. Por cierto, ¿tienes algo que comentarme?

—No —respondí categóricamente.

Charly puso los ojos en blanco.

—Bien... ¿A dónde vamos?

—A interrogar al padre de Tomás.

—¿De tu marido?

—Futuro exmarido.

—No lo entiendo. ¿Qué tiene que ver él con todo esto?

—Me consta que él odia a Héctor.

—Oh..., bien, comprendo. ¿Por qué razón?

—El otro día te lo conté. —Su mirada confusa hizo que se lo aclarara—: La paliza que le dio Héctor a su hijo.

—¿Qué? Eso fue una cosa de chiquillos. Bueno, casi... ¿Dónde vamos exactamente?

—A Air Liquid, allí trabaja él, es el director general de la empresa.

—Por cierto..., ha llegado el informe preliminar de la muerte de la falsa periodista.

La pobre mujer se había quedado con ese extraño apodo entre nosotros debido a la historia que nos había narrado Héctor.

—Todas las huellas se corresponden con personas que tuvieron acceso al piso según el listado de la agencia... Aparte de las de Héctor, claro.

Suspiré agobiada.

—Era de esperar.

Sentí cierto vértigo cuando llegamos a la entrada del edificio, al fin y al cabo no todos los días tiene una que interrogar a su suegro. Apenas habíamos tenido relación y mucho menos en los últimos tres años, desde que todo se

había torcido; pero me constaba que él había estado pendiente de su hijo, lo que en cierta forma había sido un alivio, Tomás necesitaba a alguien que lo apoyara ya que yo era incapaz de hacerlo.

Charly y yo acordamos que el interrogatorio, si es que lo aceptaba, lo llevara él, pensé que el querido director general se lo tomaría mejor que si era yo la que preguntaba.

—Buenos días, hemos venido a ver al señor Valiente —le dijo Charly a la recepcionista.

Sonreí al darme cuenta de la situación. Por lo visto mi compañero había elegido a su siguiente conquista, el tono de voz, más seductor de lo habitual, así como la sonrisa burlona que había empleado para hablar con ella lo confirmaban.

—¿Tenían cita con él?

Del mismo modo, a ella también le había impresionado el físico de Charly (era comprensible), al menos, el hecho de que se hubiera erguido en la silla y que las pupilas se le hubieran dilatado sugería que no le importaría hacerle un favor.

—El subinspector Biosca y la inspectora Aguilera, de la Policía Judicial. No teníamos cita.

Me dieron ganas de soltar una carcajada, se había puesto muy digno y había conseguido su objetivo, ahora tenía toda su atención.

—Enseguida lo aviso. ¿Pueden enseñarme su documentación?

No sabíamos si mi suegro nos tendría mucho tiempo esperando. Conociéndolo era más que probable, por lo que Charly y yo habíamos planeado poner en marcha nuestro plan de emergencia, a nadie le gusta tener a la policía en la empresa, y mucho menos si no han sido invitados. Nos turnamos para pasearnos por la recepción haciendo llamadas ficticias y dejando claro nuestro puesto, sin parar de repetirlo a la más mínima oportunidad. La bella y joven recepcionista no tardó en hacer una llamada silenciosa. Después se acercó a nosotros para avisarnos de que el señor Valiente ya estaba disponible. Obviamente, para Charly fue un placer que nos acompañara hasta su despacho en el segundo piso; mientras yo observaba que la señorita iba inmaculadamente vestida, él mostraba excesivo interés en la

anatomía de su futura conquista durante todo el camino. Lo conocía muy bien, no se iría sin pedirle su número, pero nunca antes de cumplir con su deber.

Como me esperaba, Julián Valiente estaba al teléfono, mostrándose indiferente a nuestra presencia. Nos tuvo unos minutos esperando, siempre le había gustado darse más importancia de la que tenía.

—Inspectores —dijo resumiendo ambos cargos y sin demostrar que nos conocíamos de forma personal, lo cual agradecí—, siéntense. ¿En qué puedo ayudarles?

—Investigamos el asesinato del hipódromo... —comenzó a explicar Charly.

—Entiendo..., era cuestión de tiempo que vinieran a verme.

Charly y yo nos miramos extrañados.

—Imagino que están localizando a todo el que estuvo ese día en el hipódromo.

Eso hubiera sido lo ideal, localizar a todos los que habían ido aquel día a ver las carreras, pero había supuesto un reto imposible. Habíamos revisado varias veces las grabaciones de las pocas cámaras que había en el recinto, así como las fotos que habíamos conseguido recopilar, y habíamos identificado a muy poca gente. Por supuesto, él no había aparecido en ninguna de ellas, no me habría pasado por alto.

—Sí, efectivamente. —Charly prefirió seguirle el rollo—. ¿Puede decirnos cuándo llegó y cuándo se marchó del hipódromo ese domingo, señor Valiente?

—Puede llamarme Julián. Llegué sobre las once y creo que nos fuimos hacia las tres y media.

—¿Fuimos?

—Oh, sí, mi mujer y yo.

—¿Son asiduos a las carreras? —preguntó Charly, yo estaba allí tan solo para observar las reacciones de mi suegro.

—En realidad no, pero siempre habíamos querido ir y decidimos hacerlo ese domingo. ¿Soy sospechoso de algo?

—No, por supuesto que no. ¿Conocía a José Galiano?

—No, no tenía el gusto.

—¿Y qué hay de Belén Hernández?

—Mmm, no me dice nada ese nombre.

—¿Y Carolina Conde? ¿La conoció usted?

—¿Conde? —Aquello pareció sorprenderle, de hecho me lanzó una mirada nerviosa.

—Sí, Conde Pérez.

—Sí, conocía a una mujer que se llamaba así, vivía a unas manzanas de mi casa.

Charly, como siempre, iba preparado para todo y le tendió una foto.

—Sí, es ella. ¿A qué se debe esta pregunta?

—Lo siento, Julián, pero no puedo darle detalles, forma parte de una investigación. ¿Vio algo sospechoso el domingo que acudió a las carreras?

—No, yo diría que no.

—¿Tiene alguna relación con Héctor Dekker Conde?

Esa pregunta no le sorprendió.

—Ninguna, es el hijo de Carolina Conde, vecinos hace años, como le he dicho.

—¿Es cierto que hace dieciocho años Héctor Dekker le pegó una paliza a su hijo por la que tuvo que ser ingresado en urgencias?

Aunque lo disimuló muy bien, esa pregunta tampoco se la esperaba, a juzgar por cómo se curvó levemente su ceja derecha y por cómo se tiró de la camisa. El lenguaje corporal era lo mío, y no solo por ser psicóloga sino, más bien, por los años que llevaba practicando. Nosotros no somos conscientes, pero hacemos un montón de movimientos involuntarios cuando algo nos afecta personalmente, nos sorprende o nos asusta, a veces son tan sutiles que nadie más que un experto observador es capaz de detectarlos.

—Es cierto.

Como sospechaba, él no había olvidado aquel suceso. Sin embargo, yo lo había borrado de mi mente y no lo había recordado hasta que salió en la investigación, de hecho había intentado borrar todos los recuerdos relacionados con Héctor Dekker, con unos había tenido más éxito que con otros.

—Bien..., ¿les puedo ayudar en algo más? Tengo una reunión en unos

minutos y...

—Por el momento es suficiente. Si necesitamos algo más volveremos a vernos —dijo Charly dándole la mano.

Estábamos a punto de salir cuando mi suegro se levantó.

—¡Esperen! ¿Podría hablar un momento a solas con la inspectora? —preguntó mirando directamente a Charly.

—Sí, por supuesto. Te esperaré en recepción.

Julián cerró la puerta y se acercó tanto a mí que pude oler su pestilente aliento a resentimiento engraido.

—¿Se puede saber por qué le has metido en la cabeza a mi hijo que tiene que irse de Madrid?

Conque se trataba de eso. No comprendía cómo Tomás se lo había dicho tan rápido, pero tal vez fuera mejor así.

—Yo no le he metido nada en la cabeza, simplemente le he sugerido que tal vez le vendría bien alejarse de aquí un tiempo y vivir junto al mar.

—¡Tú no eres quién para inmiscuirte en su vida, y mucho menos en la mía! —El tono de voz iba en aumento con cada recriminación.

—Mira..., Julián, pronto tú y yo no tendremos nada en común, tan solo depende de una gestión. Pero que sepas que he querido y sigo queriendo a Tomás; me preocupa que acabe engullido por esa casa llena de recuerdos y por esa razón le he dado un consejo, solo un consejo. Él es mayorcito para hacer lo que quiera, ¿no te parece?

—¡Tú nunca le has querido! Eres una zorra egoísta que le abandonó cuando más te necesitaba, y eso que no entiendo y jamás he entendido por qué te ha necesitado ni por qué se casó contigo. ¿Podría haber tenido a cualquier mujer que hubiera querido!

En cierta forma tenía razón, yo le había fallado cuando más me necesitaba, pero yo no era una persona en aquellos momentos, más bien un muerto viviente.

—Como te haga caso y se vaya lejos de aquí, acabaré con tu carrera. A él no le viene bien estar alejado de la gente que le quiere.

Que yo supiera tan solo lo tenía a él, un padre controlador y asfixiante que para ser feliz tenía que tener a su hijo junto a él en todos los ámbitos de la

vida.

—Me alegro de que te haya tenido a ti, pero Tomás hará lo que quiera con su vida. Y ahora, si me disculpas —dije abriendo la puerta—, tengo un caso que resolver.

Sabía que una vez abierta la puerta no replicaría, podrían oírlo desde los demás despachos y para él siempre había sido muy importante el qué dirán.

Encontré a Charly apoyado en el mostrador de recepción, sonriendo como un auténtico *latin lover*. Esperaba que en esa ocasión el enamoramiento le durara más de unas semanas. ¿Sería aquella chica la excepción a la regla de Charly de no comprometerse? El tiempo lo diría.

Nombre 19: Tomás

Villamanrique, julio de 1997

Estamos en el anexo de la casa, donde Roberta a veces cocina, pero es por la tarde y estamos solos. Nos hemos escabullido para estar juntos un rato, necesitamos un poco de intimidad. Ya se han pasado las dos semanas y mis padres han dado por imposible que volvamos, por suerte mis tíos les han asegurado que por ellos no hay problema. Eric lleva unos días durmiendo en casa de mis primos para estar más cerca de Rosa.

Hay un gran sillón y Esther está encima de mí, nos besamos desde hace un rato. Por primera vez me he atrevido a aventurarme por debajo de su camiseta y ella me lo ha permitido. Es una delicia tocar sus pechos, son tan suaves como la seda. Me encantaría besarla por todo el cuerpo, pero creo que eso sería ir demasiado lejos.

Ambos nos incorporamos bruscamente al escuchar la voz de mi tía llamándonos a gritos, bueno, en realidad está llamando a Esther. Nos miramos y asentimos, ya sabemos lo que tenemos que hacer. Ni siquiera necesitamos palabras para comunicarnos (al menos no cuando a mí me da por estar calladito), eso me encanta de nuestra relación.

Observo las largas y suaves piernas de Esther mientras se coloca bien la camiseta de tirantes, lleva unos pantalones cortos que le quedan de cine, después sale en pos de la voz de mi tía. Yo espero un tiempo prudencial y salgo también. Tengo curiosidad por saber por qué la llama con tanta insistencia.

Lo primero que veo es un coche conocido que hace que me detenga y piense si no debería esconderme de nuevo, pero después oigo la voz de Esther, no parece preocupada, de modo que avanzo hacia el sonido, aunque no tardo en quedarme paralizado al verlo allí.

—Ven..., Héctor —me dice Esther.

—Hola, Héctor.

Realmente parece otra persona, ¿qué le ha sucedido?

—Me ha dicho Tomás que mi madre estaba empeñada en venir a buscarme, por lo visto es hora de que me quiten la escayola, pero él ha conseguido convencerla para venir en su lugar.

—Oh. —Es lo único que me sale.

—El Búho me dijo que estabas aquí —dice Tomás dirigiéndose a mí—, y sabía que si os pillaban juntos Esther tendría problemas.

—Sí, me habría encerrado para el resto de mi vida —comenta Esther riéndose.

Tengo que reconocer que esta situación es surrealista, estamos hablando amigablemente con Sansón. No hace mucho le di una paliza de muerte y poco antes tenía aterrorizada a Esther; no me gustan sus colegas y que fume maría constantemente tampoco me da ninguna confianza. ¿De verdad alguien puede cambiar tan rápido? Creo que debo seguir sin fiarme de él.

—Pero entonces, ¿te vuelves a Madrid?

—No, dice tu tía que me lo quita el médico de aquí.

—Venga, vamos —interrumpe Tomás.

¿Vamos? Si se piensa que voy a dejar que se lleve a Esther con él, está muy equivocado. Además, ¿por qué la mira de ese modo?, como si le importara, como si le gustara, parece embobado. Bueno, eso lo entiendo, yo también lo estoy. Es que está realmente guapa, sus ojos brillan más que nunca y hoy parecen más verdes que castaños.

—Os acompaño —digo rotundamente.

—Vale —responde Esther sonriendo. Tomás se calla, y hace bien.

Sin embargo, justo ahora, sale mi tío y me pide ayuda para arreglar no sé qué de la alberca. Le pregunto si puedo ayudarlo luego, ya que ahora voy a acompañar a Esther al médico, sin embargo mi tío insiste en que me necesita ya y dice que Esther está bien acompañada. Tomás me dedica una sonrisa medio complacida medio maliciosa que me cabrea, pero no tengo escapatoria. Los veo alejarse en el coche con el corazón encogido.

Sansón sonríe mientras conduce, no sé muy bien por qué. Creo que Héctor se ha quedado preocupado porque esté con él, pero mi visión de Tomás ha cambiado. Para empezar acaba de salvarme la vida, si en lugar de él hubiera

venido mi madre, estaría perdida. Aunque obviamente todavía hay cosas que debemos aclarar.

—¿Por qué lo has hecho, Tomás?

—¿El qué?

—Ya sabes..., venir hasta aquí.

—Bueno..., no hace mucho que me he sacado el carnet y era una buena excusa para conducir un montón de horas.

—Ya... —digo poco convencida—, ¿y qué más?

Me mira sorprendido.

—Me siento fatal por lo que te hice, y también por lo que te hicieron en mi lugar... Es mi forma de redimirme.

Eso me cuadra más y sin embargo algo me dice que no está siendo completamente sincero.

—Creo que ya recibiste tu merecido.

—Lo sé..., pero no es suficiente.

—La verdad es que no te entiendo, Tomás. Cuando se casaron nuestros padres me odiabas y me ignorabas a partes iguales, después me molestabas e insultabas todo el tiempo hasta que un día... perdiste los nervios y me pegaste. Después seguiste atosigándome, te tenía miedo..., mucho miedo, y después de eso... nada, comenzaste a ignorarme. Luego descubrí que había sido gracias a Héctor, no porque hubieras recapacitado. Y ahora..., ahora pretendes que crea que te has vuelto una buena persona y que solo quieres ayudarme.

—Bueno, no es exactamente así.

—Lo sabía. ¿Qué me ocultas?

—Ya hemos llegado —dice aparcando a la única sombra que hay en toda la calle.

—No voy a salir hasta que me digas la verdad. Sé cuando alguien oculta algo.

Tomás suspira y después me mira de un modo indescifrable.

—Está bien... ¿Sabes por qué me portaba tan mal contigo? ¿Sabes por qué me ha costado tanto ignorarte todos estos meses? ¿Sabes por qué he decidido cambiar para intentar ser mejor persona?

Algo me dice que no quiero escuchar la respuesta a esa retahíla de

preguntas.

—Porque me gustas..., mucho. Antes no comprendía lo que me hacías sentir..., ahora ya lo sé.

—¿Qué quieres decir? Tú y yo no...

—Lo sé, sé que no sientes nada por mí, tranquila... Pero me haces querer mejorar, y ya lo estoy haciendo, ya no fumo maría ni nada de eso. Por eso he venido. Te prometo que no pretendo nada, sé que estás loca por Héctor, a pesar de que no lo comprenda, y no voy a interponerme. Lo único que pretendo es poder ser un buen hermano, protegerte y asegurarme de que nadie te haga daño.

—¡Puedo protegerme a mí misma!

—Eso también lo sé, pero a veces, solo a veces, los hombres son más fuertes que las mujeres, y es en esos momentos cuando podrás contar conmigo. No sé qué decir, estoy completamente descolocada.

—Cuando Héctor me amenazó con enseñarle a mi padre aquellas fotos..., ¿recuerdas que luego te dije que el trato ya no servía? —Asiento sin saber a dónde quiere llegar—. Pues porque en realidad lo que más me preocupaba era que tú lo supieras, no quería que empeorara la opinión que tenías de mí. Ese día fue cuando empecé a comprender cuánto me importabas.

Sigo en estado de conmoción.

—¿Me crees?

Lo observo unos instantes, se ha cortado el pelo, está recién afeitado, huele bien y se ha vestido como si fuera a un encuentro familiar, con un polo Lacoste, unos chinos beis y unos náuticos marrones, nada que ver con el Sansón de antes. Sus ojos negros me parecen sinceros, su gran tamaño me produce seguridad, su mano sobre la mía me transmite un cariño genuino. Podría decir que es la primera vez que lo veo de verdad, tanto por dentro como por fuera. No es mal chico como yo había pensado y no es en absoluto feo, más bien lo contrario, tiene una belleza indefinible. Mi percepción de él estaba completamente distorsionada.

—Sí, te creo. Pero... por el momento estás a prueba.

—Bien, trato hecho. ¿Bajamos? Es hora de que te quiten esa escayola.

Mientras me quitan la escayola, no paro de darle vueltas a la situación.

¿Puede alguien cambiar de un modo tan drástico al comprender lo que siente por una persona? ¿Lo habrá hecho madurar el hecho de que Héctor le haya dado una paliza? Dicen que cuando alguien cambia de pronto de un modo radical es porque ha habido un punto álgido que le ha hecho ver todo a través de un prisma diferente. Puede ser cierto que yo le haya gustado desde el principio, puede incluso que en su subconsciente le diera rabia sentir algo por la hija de la nueva mujer de su padre y por eso decidiera odiarme, hostigarme, para intentar quitarse esa sensación de encima. Lo ayudaré a luchar contra esa parte malvada de sí mismo; yo también tengo un lado oscuro que en ocasiones me asusta, ¿quién no tiene algo que ocultar? Estamos juntos en esto, en la nueva vida que nos han obligado a vivir con personas que no hemos elegido, pero tal vez si nos unimos podamos acabar sacando algo positivo.

—¿Cómo te sientes? ¿Te duele? —me pregunta Tomás camino del coche.

Muevo con precaución el brazo, por fin libre de ataduras.

—Lo siento muy débil y... está más delgado que el otro.

Tomás se ríe.

—Sí, es normal, a mí también se me rompió un brazo hace unos años, justo unos días antes de que mi madre...

Tomás no es capaz de terminar la frase.

—Lo siento mucho, Tomás.

Él cierra los ojos y yo aprovecho para darle un beso fraternal en la mejilla. Los abre tan rápido que me pilla demasiado cerca de él, en ese momento comprendo que ha sido completamente sincero acerca de lo que siente por mí. Tal vez no tenía que haberlo besado.

—Yo también siento lo de tu padre.

—¿Crees que nuestros padres están enamorados?

—Creo que tu madre necesitaba seguridad y mi padre necesitaba una mujer bella y obediente a su lado.

Creo que ha dado en el clavo. Me sorprende lo consciente que es de las cosas, había llegado a pensar que su inteligencia no iba a la par con su corpulencia. Muchas veces nos equivocamos al juzgar a las personas, sobre todo porque consideramos todo lo que les rodea, y él no tiene la culpa de haber perdido a su madre, él no tiene la culpa de que sus amigos sean tan

capullos, él no tiene la culpa de que su padre sea tan estricto.

—Te llevaré de vuelta a casa de los tíos de Héctor. Si en algún momento quieres que te venga a buscar, llámame y vendré enseguida.

Le dedico una sonrisa sincera llena de admiración.

—Gracias, Sansón.

—Conque me llamáis así, ¿eh?

—Ya lo sabías —le reprocho.

—No es un mal mote...

—¿Crees que mi madre aparecerá aquí sin previo aviso? —le pregunto de camino a casa.

—Ella me ha dicho que vendrá a buscarte el uno de agosto.

Todavía me quedan muchos días para disfrutar de Héctor.

—Luego tienen preparado un viaje para los cuatro.

—¡¿Qué?!

—Sí, nos vamos de viaje a no sé dónde. Pero no será un viaje barato, eso ya te lo digo yo.

—¡Oh, no!...

No tengo ninguna gana de ir de viaje con ellos.

—¿Crees que cuando estemos con ellos tenemos que fingir que seguimos sin llevarnos bien?

Pienso detenidamente la pregunta de Tomás.

—No, creo que sería un buen momento para demostrarles que ahora somos amigos —sonrío con travesura.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Porque he llegado a la conclusión de que ellos en el fondo prefieren que nos llevemos mal.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Lo sé, pero... ¿acaso los instintos más primitivos de las personas tienen algún sentido? ¿Pegar a seres más débiles? —baja la cabeza al sentirse identificado—, ¿sentir celos de las personas a las que quieres?, ¿competir por el amor de una persona?, ¿manipular las situaciones para conseguir un beneficio propio?, ¿aprovecharte de la debilidad de los demás?

—Dios..., Esther, me estás agobiando con todo lo que dices... No soy

responsable de cómo actúan los demás.

—Olvídalo... Es que a veces me pongo a pensar en las injusticias de la vida y me cabreo mucho.

—Serás una buena abogada.

—¿Abogada? No, yo quiero ser policía.

—Ah..., eso también te pega.

—¿Y tú? ¿Qué quieres hacer tú?

—Algo que estoy seguro de que mi padre no aprobará jamás..., quiero ser cocinero..., chef. Es lo único que me gusta..., yo no valgo para estudiar.

—¡Pero qué dices! Si sacas buenas notas.

—No las saco para mí, te lo aseguro, no me interesa estudiar.

—¡Pero eres un crac en mates!

—Ya..., no me cuesta nada, pero tampoco me apasionan.

Acabamos de llegar a la finca y Héctor está junto a la cancela de hierro. ¿Qué hace ahí? Por la expresión de su rostro está preocupado, celoso e incluso, yo diría, un poco desquiciado.

Durante los siguientes días Héctor y yo vivimos en una especie de nube de felicidad. Todos los momentos a solas son mágicos, tanto que sería imposible repetirlos en un futuro ni aunque lo intentáramos una y otra vez. A veces formamos parte de esa familia postiza en la que hemos sido adoptados este verano, pero otras estamos totalmente ajenos a todos y todo lo que nos rodea, solo existimos el uno para el otro. Reímos, nos besamos, nos acariciamos en lugares recién descubiertos, hablamos..., incluso Héctor llega a confesarme los celos que le produce Tomás. Es entonces cuando le cuento todo lo que estuvimos hablando, no sé si es contraproducente o no, pero no quiero ocultarle nada. De cualquier manera, yo tan solo tengo ojos para él, y así se lo digo. Aunque hay algo que me guardo para mí, y son todos esos meses en los que estuve enamorada de él, vamos, desde el instante en que lo vi por primera vez.

Estamos en la alberca. Héctor intenta ganarme a hacer largos a la piscina buceando y, por supuesto, va perdiendo por una gran diferencia, más que nada porque no consigue aguantar la respiración hasta el final. Ana aparece casi sin aliento.

—Tu madre..., está aquí.

La miro asustada. Puedo sentir mi corazón palpitando tan fuerte que creo que voy a desmayarme.

—Pero... si es domingo..., aún faltan unos días hasta el uno de agosto.

—Pues ha adelantado su visita. ¿Qué hacemos?

—Héctor, tú tienes que esconderte.

—Es inútil —dice Ana.

—¿Cómo?

—Sabe que está aquí, ha venido hecha una furia.

Medito unos segundos.

—Tomás... —dice Héctor.

—No, Tomás no ha sido. No sé cómo se habrá enterado, pero estoy segura de que él no me ha traicionado. —Me giro hacia Ana—. Vale..., dile que no nos encuentras. Danos unos minutos.

Nos dirigimos sin hablar a nuestro nido de amor. Por primera vez cierro el pestillo de hierro. Ambos estamos chorreando. Ni siquiera lo he pensado, pero mis manos deciden por mí y por primera vez me desnudo ante él. Héctor se queda mudo y su mirada se pasea por mi cuerpo, no sé si devorándolo o admirándolo, quizás las dos cosas. Mis manos están demasiado activas y desatan el cordón de su traje de baño, que cae al suelo. También han decidido tocarlo por primera vez, Héctor cierra los ojos y murmura algo ininteligible. Después me acerco a él y lo beso. Él me imita y me atrapa entre sus brazos, pero después se aparta y recobra el habla.

—Esther, ¿qué estás haciendo?

—Quiero hacerlo.

—Creo que nuestra primera vez debería ser de otra manera, más lenta, con tiempo para conocer nuestros cuerpos, para estar seguros de lo que hacemos.

—Estoy segura, y no hay tiempo.

—No tiene por qué ser así, habrá más oportunidades. No es que no quiera..., quiero más que tú, pero...

—Shh, calla, Escarabajo. No lo estropees con palabras.

Atrapo su boca con la mía y mi mano busca con inseguridad otra parte de su anatomía; por fin deja de poner impedimentos. Voy empujándolo hasta que

nos caemos sobre el pequeño sofá, yo encima de él. Su miembro me ha encontrado sin casi proponérselo.

—Ya no puedo más, así que... ¿estás segura, Esther?

—Sí, lo estoy.

—Pero no tengo nada aquí, no estoy preparado.

—No importa, no estoy en un día fértil.

Después de esa afirmación, Héctor se deja llevar. Sé que esta batalla la tiene perdida porque yo la quiero ganar, y nadie va a convencerme de lo contrario. Sé lo que quiero porque algo me dice que no volveré a tenerlo para mí, aunque no tengo ni idea de por qué ni a qué viene ese pensamiento tan oscuro. Además, siempre he querido que él sea el primero, y tal vez el último.

A pesar del poco tiempo que tenemos, Héctor es delicado y habilidoso, aunque sé que para él también es una novedad. A pesar del poco tiempo que tenemos, seré capaz de recordar cada caricia y cada sensación el resto de mi vida. A pesar del poco tiempo que tenemos, durante unos instantes me siento en la cima del mundo, con la sensación de que podré conseguir cualquier cosa que me proponga sabiendo que Héctor me desea y me quiere de ese modo, incluso aunque él se mantenga en un extraño silencio. A pesar del poco tiempo que tenemos, no me arrepiento en absoluto de mi arrebato, ha merecido la pena; si lo pierdo, siempre tendré estos recuerdos. A pesar del poco tiempo que tenemos, todo sucede para mí a cámara lenta y queda grabado en mi memoria, en mi retina, en mi piel, con un pegamento tan fuerte que nadie podrá despegarlo jamás.

Es tan bonito y tan peligroso al mismo tiempo quererme de ese modo siendo tan jóvenes... Paladeo esa sensación dulce que nadie podrá arrebatarme, en la boca y también en mi corazón. Antes de sumirme en una oscuridad que sé que durará demasiado tiempo, Héctor me susurra al oído algo que también atesoraré durante muchos años: «No lo olvides, Luciérnaga..., te quiero. Corto y cierro».

Nombre 20: Delphine

Martes, 6 de octubre de 2015

Esa tarde todo el equipo estaba a pleno rendimiento. Cada uno de nosotros tenía asignadas nuevas tareas, y tal vez el hecho de tener algo más concreto que investigar los hacía trabajar con ganas y no prestar tanta atención al reloj, que normalmente les recordaba que era hora de volver a casa. Yo nunca había estado pendiente de si se hacía tarde o no, al menos no desde hacía unos años, pero ese día sí lo hacía, aunque por una razón muy distinta: se me estaba acabando el tiempo.

La investigación actual giraba en torno al nuevo sospechoso, que solo lo era por una de mis corazonadas, por lo que necesitaba desesperadamente pruebas que abrieran una nueva línea de investigación. Pero la variopinta lista de personas implicadas en el caso era un auténtico rompecabezas:

Héctor Dekker, veterinario de caballos del hipódromo. Al que todo apuntaba como doble asesino y al que yo quería exculpar por todos los medios.

Julián Valiente, CEO de Air Liquid, empresa líder en industria química. Si realmente mis sospechas eran ciertas, la clave consistía en comprender cuál era el nexo que lo unía a Héctor aparte, claro está, del hecho de que siempre lo había detestado.

José Galiano, preparador de los caballos de Luis Amador, compañero y amigo de Héctor. Si creía a Héctor (y quería creerlo), había que encontrar una explicación a su muerte que no fuera una simple discusión con el veterinario.

Luis Amador, propietario de los caballos del hipódromo y cliente de Héctor. No conseguíamos comprender cómo podía estar interesado en que uno de sus caballos se lesionara.

Andrea Amador, hija de Luis y, al parecer, enamorada de Héctor. Involucrada en la farsa representada en honor de Héctor y señalada por la falsa periodista y el *jockey* como organizadora.

Belén Hernández, agente inmobiliaria amiga de Andrea, segunda víctima.

Parecía que haberse hecho pasar por periodista para hacerle un favor a una amiga había tenido nefastas consecuencias.

Pablo Valverde (probable nombre falso), hombre de pelo canoso que se había hecho pasar por director del hipódromo. Todavía no habíamos podido dar con él y encontrarlo nos podría llevar a descubrir quién estaba detrás de todo el montaje.

Paco (posible nombre falso), el hombre del tatuaje que avisó del desmayo de la periodista. Otra persona que nos podría llevar a encontrar al que organizó la escena cuyo único espectador fue Héctor.

Raúl Mendoza, entrenador sustituto de Jose. Aparentemente el único al que beneficiaba la muerte de Jose. Una opción que por el momento habíamos aparcado.

Javier Martín, el *jockey* que forzó al caballo. Nos había ayudado al señalar a la hija de Luis Amador como la persona que se lo había ordenado.

Carolina Conde, madre de Héctor y antigua veterinaria de los caballos de Luis Amador. Quizás su muerte no había sido tan casual como parecía y tuviera alguna relación con los hechos actuales.

Rafael Álamo, forense en la autopsia de Carolina Conde. Estaba claro que había falsificado el informe, la clave estaba en el porqué.

Si conseguíamos encajar todas las piezas del puzle, podríamos demostrar que todo había sido un montaje para culpar a Héctor de la muerte de su amigo Jose.

Algo me decía que estábamos en el buen camino.

Charly y yo llevábamos un buen rato encerrados en mi despacho dándole vueltas tanto a la conversación que habíamos tenido por la mañana con Valiente como al interrogatorio que le habían hecho Charly y Amaia a su mujer, Delphine Miro. Por lo visto, ella había corroborado las coartadas de su marido para ambos asesinatos, lo que dificultaba enormemente la opción de involucrar a Julián en aquel caso. Sin embargo, yo me negaba a aceptarlo.

—Entonces crees que su mujer miente —comentó un Charly agotado.

—Sí.

—Pero si tú no estabas presente cuando hablamos con ella, ¿cómo estás tan segura? —se quejó mi compañero con mucha razón.

—Algo me dice que ella confirmaría cualquier cosa que dijera su marido.

—Bueno..., es cierto que tú la conoces... ¿La conoces?

—No mucho, pero lo suficiente para saber que podría mentir.

—Pero si él es tu suegro y ella su mujer tú deberías...

—No hemos tenido una relación cordial con ellos, yo al menos te aseguro que no. En cuanto a Tomás..., no se llevaba bien con ella. Ten en cuenta que es su tercera mujer..., mi madre fue la segunda.

—Eso sí que es extraño.

—Lo sé, es el tipo de hombre que no puede vivir sin tener una mujer a quien mandar, a quien controlar.

—Me pregunto qué pasó con su primera mujer...

—Murió en un accidente.

Charly se quedó en modo estatua, su típica postura de meditación, y yo aproveché para terminar el café a pesar de que estaba ya frío como un témpano.

—¿Sigues pensando que hay dos asesinos? —me preguntó volviendo a la vida.

—¿Tú no?

—Obviamente, es una opción, pero también el hecho de que el segundo asesinato fuera más..., digamos, violento pudo deberse a la improvisación.

—O puede que el asesino del hipódromo encargara a alguien acabar con la falsa periodista, de ahí las diferencias entre ambas muertes.

—Un sicario... Sí, es posible, pero yo sigo pensando que el asesino es el mismo y simplemente en esa ocasión su *modus operandi* fue distinto porque no tuvo tiempo para prepararlo.

—Puede que tengas razón, pero algo me dice que son dos autores distintos. Tal vez estuvieran vigilando a Héctor y cuando se dieron cuenta de que él estaba hablando con Belén Hernández, se la cargaron para que lo culparan de una muerte más, o simplemente por la información que le dio ella y que podría señalar al verdadero asesino.

En ese instante ambos nos giramos hacia la puerta al oír como llamaban, aunque no hizo falta que contestara, Amaia entró muy agitada.

—Su primera mujer desapareció del mapa.

—¿Cómo? —pregunté confusa.

—Desapareció de la noche a la mañana. Julián Valiente fue el principal sospechoso durante la investigación, al fin y al cabo era su marido y recibiría una importante cantidad de dinero del seguro de vida.

Me quedé petrificada pensando en Tomás y en cómo ese padre que decía quererlo tanto le había mentado toda la vida. Siempre creyó que ella había muerto en un accidente de tráfico. Era evidente que él, con apenas seis años, era demasiado pequeño para comprender lo que sucedía a su alrededor, y a Julián no le habría resultado demasiado complicado contarle otra versión de los hechos. Además, era el tipo de hombre capaz de convencer a cualquiera de lo que se propusiera, y a su hijo más todavía. De hecho, él había sido la única razón por la que me había planteado casarme o no con Tomás. Jamás me gustó, y mucho menos lo que había descubierto en una de las visitas de mi madre a Gales.

En su momento no pude evitar preguntarme si su hijo acabaría pareciéndose a él. Por suerte, no tardé en descubrir que Tomás era justo lo opuesto a su padre; generoso, bueno, sencillo e incapaz de hacerle daño a nadie. Es cierto que cuando éramos pequeños la primera impresión que tuve fue la contraria; de hecho, durante un tiempo, Julián hizo tan bien el papel de marido y padrastro que me dejé embaucar, viendo todos sus defectos reflejados en su hijo además de en mi madre. Estaba completamente cegada por las apariencias.

—¿Nunca la encontraron? —preguntó Charly. Yo estaba demasiado consternada.

—Nunca llegaron a encontrar su cuerpo, y sin cuerpo..., ya sabéis, no hay delito.

—Dios..., es estremecedor. Ese hombre me da mala espina —dijo Charly —. Tres mujeres... Por lo menos tu madre sigue viva.

Viva era un decir.

—Bien..., gracias Amaia, buen trabajo. Vete a casa, necesitas descansar.

Ella comprendió mi indirecta y salió del despacho con cara de satisfacción.

—Bien hecho, jefa.

—¿Qué?

—Ese comentario..., creo que estás empezando a ser la de antes.

—¿La de antes?

—Sí, ya sabes, desde que pasó..., quiero decir... —Charly tragó saliva— que es normal que cambiaras un poco. Y ahora... te veo mucho mejor, más sonriente, positiva y empática. Me gusta que te estés recuperando.

Era la primera vez que mi compañero me hablaba de un modo tan personal. Teníamos confianza, pero más bien para comentarios sarcásticos y ese tipo de cosas, no para hablar de temas tan íntimos, y mucho menos temas tabú como ese.

—Emm..., gracias.

No sabía qué decir y por lo visto él tampoco, ya que apartó la mirada.

—Creo que tengo que hacerle una visita a su mujer.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Julián trabaja hasta tarde, así que estará sola en casa.

—Te acompaño —dijo Charly incorporándose con decisión.

—No..., esto tengo que hacerlo sola.

—Pero...

—No hay peros que valgan, no es una visita policial, al menos no del todo. Tengo que hacerla hablar, y creo que solo lo hará si piensa que está hablando con la todavía nuera de su marido.

—Puede que tengas razón..., pero vamos juntos y te espero en el coche.

—No insistas, Charly, iré sola, ¿de acuerdo? No va a pasarme nada.

—Como digas, jefa.

—Además..., creo que tienes una cita, ¿no es cierto?

—¿Cómo demonios lo sabes?

—Ah..., soy observadora.

El subinspector me miró desafiante.

—Está bien... —me rendí—, antes he visto la pantalla de tu móvil, tenías un wasap y..., en fin, que estoy sorprendida con tu capacidad de conquistar mujeres. Es asombroso...

—Es que soy un tío guapo e interesante. Y, por favor..., que seas mi jefa no te da derecho a cotillear mis wasaps —dijo sin rencor, más bien divertido

por mi comentario.

Estallé en una carcajada.

—Anda..., te dejo... Diles a los demás que se vayan pronto a casa.

—Lo que decía..., has cambiado para bien.

Salí del despacho meditando sobre lo que había mencionado Charly. ¿Tendría razón? ¿Estaría volviendo a la vida, a mi antiguo yo? Tal vez era cierto, me sentía alegre y con ganas de enfrentarme a cualquier cosa. Héctor... Tomás... Tal vez Héctor había presionado mi tecla de encendido y el haberme enfrentado a Tomás había cortado las alas a mi remordimiento, me sentía liberada de una pesada carga, ligera por primera vez en mucho tiempo. Además, el hecho de sentir que estaba más cerca de descubrir la verdad, ayudaba a ese sentimiento de nirvana que me invadía, aunque algo me decía que lo que iba a descubrir no me iba a gustar lo más mínimo.

Estaba a punto de salir por la puerta de la comisaría cuando alguien me retuvo por el brazo.

—Esther..., te buscaba.

—Oh..., estaba a punto de salir a interrogar a...

—Será solo un momento. Salgamos fuera.

Me acompañó hasta el coche. Lo más extraño de todo era que no me había soltado el brazo, como si no quisiera dejarme ir o como si quisiera detenerme.

—¿Qué sucede, Ramón?

Era mi jefe, pero nos conocíamos desde hacía años y me extrañó su actitud misteriosa.

—Verás..., he recibido una llamada de uno de mis superiores.

—¿Quién?

—Eso no importa, la cuestión es... qué haces molestando a un hombre tan importante como Julián Valiente.

Me crucé de brazos. No podía creer lo que me estaba diciendo. Siempre había sospechado que los tentáculos de ese hombre llegarían hasta al infierno con tal de tener cubiertos ambos flancos, pero nunca imaginé que sus garras llegaran hasta mis superiores de la Policía Judicial.

—Estoy intentando resolver un par de asesinatos y él es sospechoso.

—¿Qué pruebas tienes?

—Pues..., verás, yo...

—Esther..., que te conozco, nada de suposiciones o presentimientos.

¿Tienes o no algo en su contra? ¿Alguna prueba?

—Estoy en ello.

—Con eso no me vale.

—¿Confías en mí? —era la única arma que me quedaba.

Él me miró confundido.

—Pues sí..., claro, pero ¿eso qué tiene que ver?

—Déjame un día más, por favor, solo un día más. Si no encuentro nada lo dejaré en paz, lo prometo.

Resopló inquieto y se pasó las manos por el pelo canoso.

—¡Un día!, ¡tan solo uno! Porque espero que los análisis preliminares ya no tarden mucho y podamos tener pruebas concluyentes para incriminar a ese veterinario... Lo más probable es que haya sido él.

Tragué saliva nerviosa al escuchar esas palabras sobre Héctor. Después me señaló con el dedo índice a modo de advertencia.

—Y mañana hablamos a primera hora en mi despacho.

—Por supuesto. Buenas noches, Ramón.

—Buenas noches —murmuró molesto antes de alejarse del coche.

Suspiré angustiada, el tiempo iba en mi contra y yo debía ganarle la batalla. Las siete y media, esperaba tener razón con respecto a que Delphine estaría sola. Puse el Google Maps para calcular el tiempo que me llevaría llegar al Viso, una zona de un nivel adquisitivo bastante alto e inalcanzable para madrileños normales como yo. Debía hacerlo en menos tiempo del que me daba aunque tuviera que pisar el acelerador.

Solamente había estado una vez en el chalet del padre de Tomás, una Nochebuena que se empeñaron en que fuéramos a cenar con ellos. Bastante avanzada la cena, su padre comenzó a hablar del pasado e irremediablemente salió mi madre en la conversación. Sabía que sus hirientes palabras eran en parte fruto del alcohol que había ido ingiriendo a la largo de la noche, pero aunque Tomás intentó tranquilizarme no pudo evitar que cogiera mis cosas y me marchara. Agradecí que me acompañara. Lógicamente fue la última vez que pisé aquella casa. Conocía perfectamente los defectos de mi madre (el

mayor de todos fue casarse con él y caer en el embrujo de un hombre que solía dominar física y mentalmente a todos los que lo rodeaban), sin embargo, precisamente él, no tenía derecho a llamarla puta desagradecida y unos cuantos insultos más. Sonreí al pensar que lo que más debía molestarle era que mi madre hubiera conseguido parte de su fortuna, y eso a pesar de no haberlo peleado. Se la merecía después de haberlo aguantado tantos años y de haber sido sometida a una continua manipulación cuyos efectos había vivido yo en mis propias carnes. Lo que mi madre no se mereció fue la enfermedad que le llegó poco después y que me impidió poder redimirme.

A diferencia de aquella primera y única vez aparqué fuera de la propiedad, ese día no había sido invitada y dudaba que fuera a ser bienvenida. A pesar de la sorpresa inicial y sin necesidad de explicarle qué hacía allí, Delphine accedió a abrirme la verja. Un camino asfaltado llevaba hasta la casa, un gran chalet de color gris y estilo moderno con grandes ventanales y un jardín trasero inmenso presidido por un pádel y una gran piscina.

—Hola, Esther, ¿a qué debo tu visita? Tengo que decirte que es una decepción verte a ti, esperaba al agente Carlos Biosca... —dijo haciendo aspavientos como si fuera una actriz de teatro—, el subinspector que ha venido esta mañana a hablar conmigo, es tan atractivo y sexy...

Delphine, francesa que llevaba más tiempo viviendo en España que yo misma, me esperaba apoyada junto a la puerta a lo Marilyn Monroe, en una postura seductora que obviamente no tenía ningún efecto en mí. Era extraño que teniendo tan solo dos años más que yo, gracias a su modo de vestir y de expresarse, aparentara ser una señora de cuarenta y pico años, aunque tal vez fuera comprensible si teníamos en cuenta que su marido tenía veinte años más que ella. Sinceramente no entendía cómo podía estar con él, aunque imaginaba que para ella el amor y la atracción sexual no pesaban tanto en la balanza como otros valores más materiales.

—Entiendo que puedo entrar —dije pasando a su lado con decisión.

—Claro..., tú misma.

Mis pasos me llevaron al salón donde habíamos cenado aquella Nochebuena. La mesa estaba exquisitamente puesta, aunque esa vez para dos.

—Tú dirás —dijo sentándose en un sofá blanco enorme de cuero.

La observé detenidamente. Sabía, y no solo por su aliento, que iba cargada por lo menos con cuatro copas de vino. Llevaba un vestido blanco hasta las rodillas tan ajustado que la obligaba a sentarse de lado. Una pulsera enorme intentaba ocultar un moratón en la muñeca. No había más marcas visibles, pero apostaría lo que fuera a que debajo del vestido sí las había.

—No vengo en calidad de policía.

—¡Ah!, ¿no? —No parecía creerme.

—No..., vengo como todavía mujer de Tomás en particular, y como mujer en general.

—¡No me hagas reír! —exclamó cogiendo su ¿quinta? copa de vino, que reposaba sobre una mesa auxiliar de una madera exquisita—. Sé perfectamente que Tomás y tú no os habláis.

—Eso ha cambiado, hoy mismo de hecho.

—Oh, ¿vais a volver?

«No es asunto tuyo», pensé. Pero si quería conectar con ella tendría que darle algo a cambio.

—No, pero hemos acabado amigablemente.

—Mejor, eso alegrará a Julián, nunca le has gustado.

—Ya..., y él a mí tampoco.

De pronto vi un portátil sobre la mesa y recordé algo importante.

—¿Puedo ir al baño un momento?

—Ya sabes dónde está. —Hizo de nuevo un ademán muy teatral para indicarme el camino.

Una vez dentro marqué el teléfono rezando para que hubiera alguien todavía en la oficina. Sería complicado, puesto que les había dicho que se tomaran un respiro, sin embargo alguien cogió el teléfono. En ese instante tiré de la cadena para que Delphine no pudiera oírme, aunque lo dudaba, el salón estaba un poco lejos del aseo.

—Hola, Cristian, soy yo. ¿Podrías hacerme un favor? Tal vez ya lo hayáis hecho, pero necesito que alguien compruebe las redes sociales de la mujer de Valiente. Se llama Delphine Miro, creo que su Facebook es algo así como D. Miro de Nancy. Es muy adicta a las redes sociales. Quiero que te fijes en las fechas de los asesinatos por si ha colgado algo que nos dé una pista de dónde

estaba esos días.

—¿Cómo se escribe su apellido, jefa?

—Nancy como la muñeca.

—Nos ponemos a ello.

—¿Nos? ¿Quién más queda en la oficina?

—Todo el mundo.

—Pero... si os dije que podíais ir.

—Ya, pero todos estamos en medio de algo y no hemos terminado. Estaremos el tiempo que haga falta hasta encontrar lo que buscamos.

—Oh —estaba asombrada—, vaya, gracias. Si encuentras algo mándame un mensaje. Gracias.

Me lavé las manos y mientras lo hacía me fijé en que uno de los azulejos de la pared tenía un aspecto diferente al resto. Le di unos golpecitos, lo que suponía, estaba hueco. Busqué en el baño algo que poder utilizar para hacer de palanca, pero fue en vano. Entonces decidí probar con la hebilla de mi cinturón; era probable que no funcionara, sin embargo cumplió su cometido. Dentro había una bolsita de plástico con polvos blancos. Era inodoro, aunque creía saber lo que era; si estaba en lo cierto, confirmaría mi antigua sospecha sobre Julián.

Encontré a Delphine sentada donde la había dejado, pero había otra copa de vino sobre la mesita.

—Oh..., pensaba que te habías caído por la taza del váter.

—Perdona..., es que algo no me ha sentado bien.

—Tal vez un poco de vino te reanime.

—No, gracias.

—Insisto... —me tendió la copa—, si no, pensaré que has venido en calidad de policía de servicio.

Bebí un sorbo en contra de mi voluntad para que aquello funcionara.

—Bueno..., ¿de qué querías hablar conmigo?

—Se trata de tu marido.

Evidentemente, se puso tensa.

—Tú no eres quién para venir a hablar de mi marido.

—Lo hago en calidad de mujer y como hija de otra que también fue su

víctima hace años.

Se levantó indignada, una reacción que me esperaba. Cuando metes el dedo en la llaga, normalmente, la gente se indigna, porque a nadie le gusta que le muestres las miserias de su vida, ya que ellos mismos las encierran bajo llave en su subconsciente para no tener que enfrentarse a ellas.

—¡Tú no tienes ni puñetera idea!

—Tranquila, Delphine... Hizo lo mismo con mi madre..., he visto esas mismas marcas en sus muñecas.

Ella reaccionó ajustándose la pulsera que intentaba ocultarlas.

—También sé que de vez en cuando te duermo para hacer lo que le plazca contigo.

Me miró confundida.

—Tal vez eso no lo supieras o solo lo sospecharas, pero es cierto...; es un depravado.

—¡Lárgate de aquí y no vuelvas a pisar mi casa! —señaló la puerta, como si yo no supiera dónde estaba.

Todo lo que iba sucediendo era previsible, pero entonces vi como Delphine levantaba la vista asustada. Mi cuerpo, ya acostumbrado a situaciones inesperadas, reaccionó y el puño de Julián fue a parar al sofá mientras yo aprovechaba para encararme a él, que me miraba desafiante. No dudé en descargar mi puño en forma de martillo en sus partes más sensibles, lo que provocó que se encorvara por el dolor, después rematé propinándole un rodillazo en la nariz. Lo que no me esperaba fue el golpe que recibí en la cabeza y que me dejó fuera de juego.

Abrí los ojos aturdida. No sabía si lo que veía era fruto de un sueño o era real, un enano calvo me miraba fijamente. Antes de volver a sumirme en la oscuridad vi un tatuaje en su brazo y recordé la descripción que Héctor había hecho del tipo del hipódromo. Parecía que después de todo había encontrado al tal Paco, por desgracia, no en las circunstancias ideales.

Estaba preocupado por Esther, no respondía a mis llamadas. Al principio le quité importancia pensando que una inspectora de policía ocupada en investigar dos casos de asesinato no podía contestar las llamadas de un pobre

enamorado paranoico al que le había dado por pensar que algo malo estaba pasando. Sin embargo, la angustia fue apoderándose de mí con más fuerza hacia las ocho de la tarde, sin saber la razón lógica que la provocaba. Tal vez porque nunca me había pasado algo tan potente y extraño, desesperado y casi desquiciado, decidí llamar a su compañero.

—Hola, soy...

—Sé quién eres, Héctor... Dime qué quieres que estoy liado —respondió con desgana.

—Estoy preocupado por Esther, no contesta mis llamadas. Sé que está liada y no debería estar molestándola, pero... tengo un mal presentimiento.

Silencio en la línea. Suponía que no tardaría en colgarme.

—Yo también tengo ese presentimiento desde hace un rato, en realidad desde que dejé que se fuera sola...

—¿Sola? ¿A dónde?

—Lo bueno es que sé dónde está.

—Bien, pues baja. Te estoy esperando frente a la comisaría.

—No pienso ir contigo, esto es un tema policial.

—¿Podrías no discutir? De verdad que creo que le ha pasado algo.

—Esto es cosa mía, Héctor, iré a buscarla ahora mismo.

—Vamos..., Charly, yo te llevo, será lo más rápido. Espero que no la hayas dejado sola haciendo algo peligroso.

—¿Cómo demonios lo sabes?

—¿Está haciendo algo peligroso?!

—No..., bueno, no lo sé, pero está sola aunque insistí en acompañarla.

—Que yo sepa siempre vais en pareja. Charly..., por favor, tengo un mal presentimiento. Y creo que no debemos perder tiempo.

Oí como el subinspector tragaba saliva.

—Bajo ahora mismo.

No tardó en aparecer con paso apresurado. Entró en el coche con un gesto de crispación.

—¿Estás bien?

—Sí... Anda..., arranca, vamos a ver si Esther está bien. Lo más probable es que lo esté y seamos un par de histéricos.

—No, tengo una mala sensación, aunque espero equivocarme. ¿A dónde vamos?

—Al Viso. Yo te indico.

—¿Quién vive allí?

—Vamos al domicilio de Julián Valiente —respondió a regañadientes después de unos instantes.

—Pero... ¿te refieres al Julián Valiente que fue padrastro de Esther? No entiendo... ¿Qué tiene que ver él con...?

—¡No te interesa! ¿De acuerdo?

—¿Y se puede saber por qué la has dejado sola? —Si él estaba molesto conmigo, yo más.

Sentí como me atravesaba con la mirada a pesar de que tenía los ojos clavados en el Mercedes al que intentaba adelantar.

—Primero..., no eres quién para recriminarme nada. Segundo..., parece que no la conoces, es muy obstinada. Y me dijo que no iba en calidad de policía, sino a hablar con la mujer de ese engreído.

—Siempre salvando al mundo..., no sé por qué me extraño. Está bien..., tienes razón, cuando se pone en ese plan no hay nada que hacer.

Suspiró, no sé si aliviado o molesto.

Durante un rato ninguno de los dos habló. Esperaba que no tardáramos mucho en llegar, pero tenía la mala suerte de que todos los hombres tortuga se ponían en mi camino justo el único día que iba en modo *rally*.

—Estoy al tanto de lo vuestro —murmuró de pronto Charly.

Jamás pensé que Esther tuviera tanta confianza con su compañero, y primera noticia de que le gustara hablar de su vida personal con nadie.

—Oh..., vaya. ¿Quieres contarme tu opinión al respecto? —pregunté no falto de ironía.

—Poco importa lo que yo opine, pero ya que lo preguntas...

Suponía que lo que pensara, aunque me importara más bien poco como él decía, no sería muy favorable dadas las circunstancias.

—Creo que le conviene alguien como tú, alguien que la quiera desde hace tiempo —¿cómo sabía él eso?—, alguien que la conozca ya y no tenga que aprender a hacerlo ahora que no es la misma de antes. Aunque tengo que decir

que desde que está contigo la veo mucho mejor, creo que estás consiguiendo curar sus heridas.

Aquello no me lo esperaba, aunque no estaba muy seguro de que fuera cierto.

—Sé lo que pasó cuando erais unos niños.

Tuve que apartar la vista del asfalto, eso había sido un golpe bajo y no comprendía cómo Esther podía haberle hablado de nuestras cosas. No le pegaba en absoluto confiar tanto en la gente con la que trabajaba.

—Me refiero a lo de la paliza... No creas que me lo ha contado como una confidencia..., salió en la investigación y tenía que ponerme al tanto. Pero a pesar de todo..., a pesar de que me parezca que le convienes, te pido por favor que no la hagas sufrir.

Últimamente no comprendía a la gente, primero mi padre y ahora ese desconocido. Estaba empezando a hartarme de que todo el mundo pensara que yo era el malo de la película. No haría daño a Esther ni en un millón de años, si lo único que pretendía era que me dejara amarla.

—¡A la derecha!

Giré bruscamente completamente al límite y como consecuencia recibí un merecido bocinazo del que iba detrás de mí.

—¿Podrías avisarme con más tiempo?

—Perdón..., estaba concentrado en hablarte de Esther.

—Con respecto a tu petición de que no le haga daño..., estoy al tanto de lo que le pasó y te aseguro que soy la última persona que querría verla sufrir más.

—Bien..., ya me quedo más tranquilo. ¿Te lo ha contado ella?

—No.

—Y entonces ¿cómo lo sabes?

—Mi padre y mi hermano la investigaron para saber si sería una buena inspectora para llevar mi caso.

—¡No puedo creerlo!

—Lo siento..., sé que no habríamos debido indagar en su vida..., desde luego no era mi intención, aunque imagino que podría haberlo descubierto cualquiera.

—No creas..., seguramente su suegro se encargó de que no fuera fácil encontrar la noticia para proteger a su hijo.

Recordé que mi padre nos había explicado que no había encontrado gran cosa sobre Esther hasta que consiguió que alguien cercano a ella se lo contara. ¿Quién sería ese suegro tan poderoso?

—Ahora gira por aquí y la primera a la derecha.

Seguí sus instrucciones y nos detuvimos frente una verja.

—¿Es esta la casa?

—No..., hemos parado un poco antes por precaución. Será mejor que apagues el motor. —Obedecí inmediatamente—. Su coche no está aquí, pero tal vez haya aparcado dentro de la propiedad, al fin y al cabo es parte de la familia.

—Nunca imaginé que seguiría relacionándose con su padrastro.

Charly me miró boquiabierto.

—Porque, con lo de parte de la familia, te refieres a ese parentesco, ¿no? —pregunté mosqueado.

—No..., claro que no. Me refiero a... No sé por qué razón no te lo habrá contado Esther, pero... supongo que ya no tengo más remedio que aclararte que es su suegro.

Durante unos segundos no escuché ningún sonido, ni siquiera la voz de Charly, suponiendo que siguiera hablando. ¿Esther se había casado con su hermanastro? Aquello no podía ser real.

—... tal vez haya metido la pata.

—Esther se casó con Sansón... —dije en voz alta para ver si de ese modo podía terminar de creerlo

—¿Quién narices es ese?

—Oh..., me refiero a Tomás, el hijo del señor Valiente.

—Claro, pensé que lo sabías. Seguramente Esther me mate por habértelo contado, sus razones tendría para ocultártelo. ¡Espera! Está saliendo un coche...

—¡Es el coche de Esther!

—Tienes razón. ¡Arranca! ¡Síguelo!

Arranqué casi con violencia intentando alcanzar el coche antes de que

girara, pero no llegué a tiempo. Aun así tan solo se podía torcer a la derecha, de modo que no perdimos su rastro.

—Es extraño... —comentó Charly—, apenas sobresale la cabeza del conductor..., es como si... como si no fuera ella la que conduce.

—¿Quieres decir que alguien se ha llevado su coche?

—Sí, eso quiero decir.

—Entonces debemos volver, podría estar en casa de ese hombre y...

—No, debemos seguir al coche. Pero voy a pedir refuerzos para que vayan a casa del señor Valiente. Tú concéntrate en no perderlo de vista.

Escuché cómo el subinspector pedía ayuda mientras yo seguía al coche de Esther sin acercarme demasiado, aunque mi ansiedad crecía a medida que recorríamos kilómetros hacia un destino incierto. ¿Y si habíamos cometido un error y Esther estaba en la casa y le habían hecho daño? Sabía que ella era muy valiente, tal vez demasiado, y muy capaz de defenderse de cualquiera que intentara hacerle daño, pero concretamente al padre de Tomás lo recordaba demasiado alto y corpulento para que pudiera con él.

Llevábamos un rato en la carretera de Andalucía y estaba empezando a desesperarme cuando el coche salió hacia la vía de servicio. No tardó en detenerse frente a una nave industrial en la que no había ningún nombre ni letrero que indicara qué era aquello, de hecho estaba bastante aislada en aquella zona llena de fábricas y almacenes. Un hombre no demasiado alto pero fuerte descendió del vehículo confirmando que estábamos siguiendo una pista falsa, lo más probable era que tan solo fuera un ladrón. Pero, entonces, el farol que estaba junto a la puerta metálica que el hombre estaba intentando activar iluminó su rostro, dejándome completamente helado. Por mis muertos que ese hombre era uno de los cabos sueltos de mi patética historia.

—¿Te acuerdas del hombre que buscábamos en el hipódromo que respondía al nombre de Paco, bajo y con un tatuaje en el brazo?

—¿Ese que jamás encontramos por más que insististe?

—Justo... Acabamos de encontrarlo —dije señalando el coche que se adentraba en el recinto.

—Joder... Y yo pensando que eran imaginaciones tuyas —murmuró mi compañero antes de volver a llamar a la comisaría pidiendo refuerzos.

No estaba seguro de si Charly estaba fijándose en lo que estaba descargando Paco del maletero del coche, pero cuando intenté abrir la puerta me agarró del brazo.

—Voy a entrar, tú te quedas aquí.

—Ni hablar, ¿no has visto como descargaba un cuerpo del maletero? Creo que es Esther. Ay, Dios, como la haya matado...

—Lo he visto, Héctor, puedo hablar por teléfono y mirar delante de mis narices. Tú te vas a tranquilizar y te vas a quedar aquí quietecito, no vas armado ni eres policía, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien —dijo sacando una pistola no sé de dónde, después bajó del coche.

Charly estaba a punto de alcanzar la puerta de entrada de la nave cuando me coloqué justo detrás de él. Se volvió para apuntarme con la pistola.

—¡Joder! ¡Qué susto me has pegado! —susurró enfadado—. ¿Qué narices haces aquí?

—No pienso quedarme esperando, Esther es... es... mi amiga y... creo que mi futura novia.

Suspiró desesperado y me indicó que me quedara detrás de él. Ambos entramos en el interior ocultándonos como podíamos. Mis ojos se fueron directos a la única figura que se movía. No comprendía qué era aquel lugar, no había nada más que dos grandes estructuras metálicas que parecían hornos gigantes. El cuerpo de Esther estaba en el suelo y, desde donde estábamos agazapados, podía ver que le sangraba la cabeza. Me estaba poniendo de los nervios y no dejaba de agarrar el jersey del subinspector. De hecho Charly no tardó en girarse y soltar indignado mis manos de su ropa haciendo una mueca de lo más extraño, supuse que tenía ganas de gritarme unos cuantos improperios pero, por desgracia para él, no podía.

Paco, o como se llamara ese espécimen, abrió una de las puertas metálicas y comenzó a echar algo, posiblemente carbón, en el interior de la enorme caldera. Charly me hizo una seña para que me quedara donde estaba y, como había hecho antes, asentí para que pensara que se salía con la suya, pero nada más lejos de la realidad. Ese desquiciado pretendía quemar a Esther en la

hoguera como si fuera una bruja, pero yo no iba a permitirlo. Sin embargo, mi querido compañero no quería dejarme ser el héroe del día, ni siquiera supe cómo había conseguido acercarse a él tan rápido. Era evidente que Paco ya lo había visto y aun así seguía con lo suyo, de hecho ya había conseguido encender la caldera en tiempo récord, imaginaba que utilizando algún producto químico, puesto que había un bote blanco a sus pies, y se dirigía hacia el cuerpo de Esther como si la pistola de Charly no le importara lo más mínimo.

—Detente o tendré que dispararte. Estás rodeado de policía, de modo que será mejor que levantes las manos.

Ese hombre se había empeñado en seguir con su labor sin importarle que alguien lo amenazara con un arma a diez metros de distancia. Charly disparó al aire, supuse que para asustarlo, pero, aparte de un respingo, no se dio por enterado.

—Tú lo has querido. —Charly le disparó en el pie. El hombre se detuvo por unos instantes con un gesto de dolor que afeó más su aspecto, sin embargo, continuó arrastrando el cuerpo de Esther.

Ya estaba a la altura de Charly cuando mi cuerpo decidió actuar. No podría decir por qué lo hice, ni siquiera cómo, ya que no fue de un modo consciente; salí corriendo hacia él como un lunático, gritando como si me hubiera poseído el mismísimo demonio. El hombrecillo se llevó tal susto que soltó el cuerpo de Esther mientras yo continuaba hasta abalanzarme sobre él, no porque fuera mi intención, sino por una cuestión física, mi impulso había sido tan fuerte que no pude pararme. Ambos caímos al suelo. Él tuvo peor suerte que yo al darse un golpe contra la caldera de hierro.

Charly me levantó del suelo.

—Bien hecho, Héctor.

—¡Pero qué dices! Creo que lo he matado.

—¡Qué va! Solo lo has dejado fuera de juego.

—¿Seguro?

—Que sí, hombre.

En ese instante oímos las sirenas que llegaban a la nave. Esther seguía inerte y me pregunté si estaría inconsciente o si habríamos llegado demasiado tarde.

Los días de angustia todavía no habían terminado.

Nombre 21: Monmouth

Monmouth, diciembre de 1998

Mi tía acaba de salir para llevar a mi madre al aeropuerto, de vuelta a España. Por un lado me siento como una auténtica mierda, una víbora, una desgraciada después de lo que ha ocurrido, pero por otro, al recordar cómo se deshizo de mí el año pasado enviándome al exilio e impidiéndome volver a mi hogar (si la casa de ese hombre se la puede considerar como tal), pienso que he sido demasiado suave y que se merece algo mucho peor. En cualquier caso, ya no puedo hacer nada. Espero que el remordimiento, con razón o sin ella, no tarde demasiado en abandonarme, ya que no sé cuándo volveré a verla y es inviable intentar disculparse por teléfono o por carta; además, dudo de que lo haga, ni se me da bien ni hay razones de peso para hacerlo. Tampoco es que se preocupe mucho por mí, en todo este tiempo tan solo ha venido cuatro veces a verme. Ahora mi familia y mi vida están en esta casa de pueblo antigua, y la única a la que puedo considerar una madre de verdad es a mi tía Ángela.

Mi madre ha estado con nosotras tan solo cinco días, cinco míseros días para su familia de verdad (para mí su marido es tan solo un contrato, un papel, no es de su sangre, por lo tanto no es su familia). El día que llegó, mi tía insistió en que la acompañara al aeropuerto, pero, como ya se imaginaba, me negué. ¿Qué quería?, ¿que me echara en sus brazos después del daño que me había hecho? Y, para colmo, hacía menos de un mes mi madre me había llamado para preguntarme, como si tal cosa, si quería volver a España, asegurando que me echaba de menos y que podría volverme con ella en Navidades y empezar en enero en un instituto maravilloso que había encontrado en Madrid; obviamente, volver a mi instituto de Aravaca no era una opción. Las cosas son cuestión de tiempo, y el tiempo las cambia todas; si me hubiera propuesto lo mismo hace un año o unos meses, tal vez habría sido un alivio para mí volver a mi anterior vida.

Unas semanas antes de la extraña llamada de mi madre había recibido una de Tomás, el único que mantiene contacto conmigo desde que dejé España, por

carta muy a menudo y por teléfono en días especiales como Navidad, mi cumpleaños y el suyo. Ese día era su cumpleaños y, el muy gracioso, me llamó para que lo felicitara, lo mismo que el año pasado. La verdad es que no deja de sorprenderme que él sea mi único contacto con España, es una pura ironía que sea él precisamente el único que no se ha olvidado de mí. Y ese día, por alguna incomprensible razón, me atreví a preguntarle por primera vez si sabía algo de Héctor. El silencio que siguió a mi pregunta no auguró nada bueno, y así fue. Me confesó que llevaba saliendo con Marta desde el verano. ¡Marta! Precisamente tenía que estar saliendo con la única chica que me había provocado unos celos terribles. Una chica guapa, delgada, femenina, agradable..., vamos, justo lo contrario a mí. Eso me destrozó más que cualquier otra cosa, aunque en lo más profundo ya lo sospechaba desde aquella única llamada que había hecho hacía tiempo.

Esa es una de las razones por las que no quiero volver a España, pero no la única. Después de la extraña propuesta de mi madre intenté visualizarme de nuevo en casa, con su marido, lejos de mi acogedora e irremplazable tía Ángela, lejos de este pueblo galés tan encantador, lejos de las compañeras de clase, que, a pesar de no ser cariñosas y supersociables, son unas chicas normales a las que les gustan los libros y la música como a mí, y me di cuenta de que era demasiado tarde para retomar el pasado. No solo por errores de mi madre había acabado en este rincón del universo, y por el momento estaba bien donde estaba. Supongo que podría considerarse una especie de síndrome de Estocolmo, pero aquí me siento a gusto conmigo misma y con el mundo en mi nueva situación, y tal vez no vuelva a casa nunca más.

Dicen que no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes, y hasta ese momento no había valorado mi nueva vida. Desde esa llamada, aprecio mucho más los paseos por los alrededores del río [Wye](#), las charlas con las compañeras de clase, pasar el fin de semana en familia con mi tía, a la que he cambiado la vida de un modo radical y, sin embargo, se muestra encantadora y cooperadora en absolutamente todo y jamás me ha echado nada en cara, sino todo lo contrario, no deja de decirme lo feliz que está de tener compañía. En realidad no es difícil imaginar lo sola que estaba antes, viuda y sin hijos, y aun así siempre la he considerado una mujer correctamente satisfecha con su vida, con

la suerte de conservar sus amistades, que no viven lejos de su casa, con las que mantiene un contacto diario. De hecho, yo las considero también mis tías. En el fondo, no me he montado nada mal mi segunda vida lejos de mi madre y de los que creí en su día que eran mis amigos. Al único que echo en falta es a Tomás, pero espero que en algún momento su padre lo deje visitarnos.

Unos días antes...

Vuelvo a casa dos horas después de que mi madre ya haya llegado del aeropuerto. Mi tía está en la cocina, como siempre entre cacerolas, preparando algo para comer. Me hace una seña familiar para que sepa que ella se ocupa de todo y subo a mi dormitorio. Sé que mi madre no tardará en aparecer, puesto que, desde el día que me comentó su extraña idea de que volviera a casa, no he vuelto a hablar con ella. Me temo que no voy a poder evitar una conversación seria, y la verdad es que no tengo ninguna gana. No tarda en llamar a la puerta. Como es habitual entra sin haber recibido respuesta, así es ella.

—Hola, Esther...

Me sorprende que esté nerviosa, yo en cambio no lo estoy porque ya sé lo que quiero.

—Hola, mamá.

—Mira, hija... —se sienta en la cama, el único sitio disponible aparte de la silla donde estoy yo—, me sorprendió que me colgaras el día que te llamé y más todavía que no te hayas querido poner al teléfono todo este tiempo.

Me mantengo fría, con los brazos cruzados, quiero dejar que se explique. Voy a intentar mantener la calma como mi tía me ha enseñado, o al menos ha intentado enseñarme.

—Sé que fue así, de pronto, pero estuve dándole vueltas a las cosas... y no tiene sentido que estés tan lejos de mí.

—Tú me enviaste lejos de ti. —Sé que no voy por buen camino.

—No te estaba enviando lejos de mí, sino de ese chico.

—Se llama Héctor...

Ella hace una mueca, molesta; sé que la incomoda que diga su nombre, por eso lo repito siempre que sale en una conversación.

—Bueno..., el caso es que ya ha pasado mucho tiempo y estoy segura de

que todo irá bien.

—Te refieres a que al enviarme a ese colegio maravilloso de Madrid tendré menos oportunidades de encontrarme con él... Recuerda que Héctor es nuestro vecino..., a menos que vayas a darme una buena noticia y me digas que has decidido divorciarte de ese hombre.

He conseguido enfadarla, se levanta con los ojos desorbitados.

—¡Ese hombre es mi marido y por supuesto que no voy a divorciarme!

Mi madre suspira y vuelve a sentarse en la cama. Debe estar contando para serenarse, algo que mi tía me ha enseñado a mí también.

—Ahora no quiero hablar de ese chico..., tan solo quiero que vuelvas a casa.

—Casa..., creo que esa palabra está sobrevalorada. —Mi madre me mira como si estuviera hablando en otro idioma—. Casa significa un lugar donde te sientes segura y protegida, casa significa un lugar donde recibes amor, casa significa un lugar donde una puede opinar libremente sin que la castiguen enviándola a mil setecientos kilómetros... ¿Sigo?

Mi madre está contrariada y seguramente sorprendida de que no esté gritando como hago habitualmente. Creo que estoy madurando, la vida me ha hecho madurar, sobre todo el hecho de estar lejos de mi madre.

—Hija..., no discutamos, sé que he hecho mal las cosas y...

—¡Oh! Eso sí que es una novedad. —No puedo evitar utilizar un tono irónico—. ¿Lo admites?

—Bueno..., sí, he sido un poco exagerada.

—¿Un poco?

—¡Pero sabía que lo vuestro iba a acabar mal! Y como ves así ha sido...

Eso sí que es un golpe bajo que una madre no debería llegar a dar.

—No puedo creer lo que estás insinuando... Nada habría ido mal si tú no te hubieras entremetido; ni siquiera estaríamos en esta situación.

—Ah..., ¡ahora resulta que es culpa mía!

—Por supuesto que es tu culpa, mamá. ¡Todo es tu culpa! —Siento las lágrimas amenazando con salir, pero no quiero demostrar ni un ápice de debilidad ante ella—. ¡Tú me encerraste aquí injustamente impidiéndome estar con la gente que quería! Al mínimo error, eso según tú, me exiliaste sin haber

hablado conmigo. Me mentiste diciéndome que eran solo unos meses, ¡unos meses! —la técnica de no estallar ha vuelto a fallar, lo siento por mi tía—, y llevo aquí un año y medio. Por supuesto, mis amigas piensan que he venido a aprender inglés... o que simplemente estoy escondiéndome. —Suelto una carcajada amarga—. Ni aprender inglés ni esconderme, ¡estoy desterrada!

—Esther, sabes que tu comportamiento no fue el correcto..., pero reconozco que es cierto que actué sin haberlo meditado.

—Oh..., y después de un año y medio tengo la suerte de que lo meditas y ahora se me permite volver a casa. ¿Pues sabes qué? Que no pienso volver nunca contigo...

—Pero..., Esther, yo lo siento mucho...

—No pienso volver contigo porque por fin he encontrado a una madre que se comporta como tal. Y me quedo con ella aquí.

Mi madre no se esperaba esta confesión, es evidente por sus ojos vidriosos y la mandíbula casi desencajada.

—Y no lo digo para enfadarte y vengarme de ti..., hablo en serio. Ojalá tú fueras la mitad como la tía Ángela... Y ahora, si no te importa, tengo cosas que hacer.

Salgo del dormitorio dejando a mi madre hundida en la miseria.

El resto de los días que pasa con nosotras son demasiado tensos y no volvemos a hablar, no porque mi madre no lo intente, sino porque yo la evito a todas horas y salgo a pasear siempre que puedo.

A veces me pongo a pensar en qué habría pasado si mi madre no se hubiera interpuesto en nuestro camino e imagino que Héctor y yo habríamos seguido juntos, porque estábamos enamorados, porque éramos los mejores amigos, porque era una relación perfecta de esas que pueden durar eternamente. Pero otras veces pienso que en realidad todo son imaginaciones mías, puesto que a Héctor ya no le importo nada; ni siquiera ha intentado contactar conmigo, no ha peleado por mí, sino al contrario, me ha dejado atrás y me ha sustituido por esa estúpida de Marta. ¡Maldito seas, Héctor Dekker!, jamás te lo perdonaré. Aunque lo más probable es que no vuelva a verlo.

El día antes de que mi madre se vaya de vuelta a España, tropiezo sin quererlo con una conversación que no debo escuchar. Ambas hermanas están

en la cocina tomando un té, yo acabo de despertarme de una siesta bien merecida de libro y manta y bajo a por un vaso de agua cuando oigo sus susurros.

—Entonces dices que estás muy cansada. —Es la voz melodiosa de mi tía, la hermana mayor, siempre generosa con todos, incluso con mi madre, que apenas tenía contacto con ella hasta que se le ocurrió traerme a vivir a este pueblo.

—Sí..., sobre todo los fines de semana.

—Bueno..., eso es normal, todo el mundo está más cansado después de una semana intensa de trabajo.

—No..., no es normal. A veces me despierto en la cama y ni siquiera recuerdo haberme acostado. Es muy extraño.

—Oh..., ¿y vas a ir al médico?

—Ya he ido... Sospecha de una intoxicación y me ha hecho unos análisis, los tengo en la maleta...

—¿Y qué pone? No me tengas en ascuas.

—Los he abierto pero al final no me he atrevido a leerlos..., la intoxicación descartaría cosas más graves. Creo que es mejor que se los lleve al médico para que me lo explique.

—Yo te puedo ayudar..., de algo tiene que servir la carrera de farmacia.

—Te lo agradezco, pero creo que prefiero dejarlo para después de vacaciones.

—Por si acaso es una mala noticia...

No oigo ninguna respuesta de mi madre, de modo que subo la escalera lo más silenciosa que puedo hasta el dormitorio de invitados, donde se ha instalado mi madre. Enseguida veo su maleta asomando por debajo de la cama. No se oye ningún ruido proveniente de la planta de abajo, por lo que me aventuro a abrirla. Saco un sobre con el logotipo de un laboratorio y con el nombre de mi madre. Menos mal que está abierto, de este modo no podrá saber que he estado fisgando. En realidad no sé lo que creo que voy a encontrar, ni si voy a comprender los resultados, pero la curiosidad mezclada con preocupación me hace seguir adelante.

Echo un vistazo a las hojas en busca de alguna marca en negrita o algún

comentario. Lo encuentro en la última página: *ha dado positivo a benzodiazepinas en orina.*

No tengo ni idea de lo que significa eso, pero me da la impresión de que es una sustancia de alguna medicación de mi madre. Es algo extraño, si toma un medicamento que le produce sueño, ¿por qué no lo sabe?

No dejo de darle vueltas al asunto y cuando mi tía vuelve de acompañar a mi madre al aeropuerto al día siguiente muy temprano (esta vez no ha insistido y ha comprendido que no era la mejor idea que fuera con ellas), se encuentra con el desayuno preparado en la mesa de la cocina, una cocina que a pesar de ser bastante grande consigue tener un aire acogedor, obra seguramente de la estufa de leña, que suele estar cargada durante el invierno, y de los muebles de madera pintados de color azul. Casi siempre hacemos todas las comidas en esta estancia y, por una razón u otra, las conversaciones importantes las mantenemos aquí, frente a un despliegue de comida. Mi tía dice que para hablar de un tema serio hay que tener el estómago bien preparado, por eso tal vez le sobran unos cuantos kilos. Por suerte, yo me mantengo en forma con mis asiduos paseos.

—Vaya vaya..., supongo que quieres hablar de lo que ha pasado con tu madre —dice al mismo tiempo que se sienta.

—No, en realidad no, solo quiero preguntarte algo. Imagina que alguien tiene en su organismo benzodiazepinas, ¿qué significa?

La sonrisa de mi tía se congela de repente.

—¿Dónde has visto eso escrito?

—Pues..., he leído un artículo en un periódico sobre...

No sé ni qué decirle, en mi cabeza he preparado una excusa perfecta, pero en la realidad me está saliendo fatal.

—Esther..., no sé por qué, pero intuyo que has cotilleado la maleta de tu madre, ¿verdad?

No tengo escapatoria, de modo que asiento.

—¿De verdad ponía eso en los análisis? —Mi tía parece más preocupada que yo. Asiento—. Oh, Dios mío.

—¿Qué pasa? ¿Qué es? ¿Está enferma?

—No..., creo que es algo mucho peor... Está en peligro.

—¿A qué te refieres?

—Es evidente que ella no toma ese sedante conscientemente..., de modo que alguien tiene que estar administrárselo.

—¿Te refieres a que alguien la está drogando?

—Me temo que sí.

—Su marido —digo sin pensármelo mucho.

—Háblame de él.

Durante un rato le intento explicar lo contradictoria que ha sido mi opinión sobre él. Hay veces que alguien te da mala espina, hace que se te pongan los pelos de punta sin ninguna explicación, y no sabes la razón por la que esa persona no te gusta, incluso a veces crees que el problema lo tienes tú por sentir algo tan extremo sin tener un argumento lógico para ello cuando todo el mundo a tu alrededor parece aceptarlo e incluso apreciarlo. Esa fue la sensación que empezó a crecer dentro de mí al cabo de unos meses de convivencia, precisamente cuando la relación con Tomás mejoró. No sé exactamente cuál fue el detonante, pero durante las vacaciones de verano, antes de que me exiliaran a Gales, al mismo tiempo que mi opinión sobre Tomás ganaba puntos positivos, la que tenía sobre Julián comenzó a caer en picado. Ahora mi tía insinúa que él ha estado drogando a mi madre, tal vez mi instinto es más fiable de lo que pienso. Aunque no lo entiendo..., ¿con qué finalidad la drogaría?

Mi tía me asegura que ella se ocupará del tema y, la verdad, es un alivio, yo no sé cómo actuar. Le pido que, por favor, no le diga a mi madre que he sido yo quien ha leído los resultados de los análisis.

Experimento una mezcla de sentimientos encontrados, estoy preocupada por mi madre y al mismo tiempo no puedo perdonarla por haberme apartado de mi vida y de España.

Nombre 22: Emma

Jueves, 24 de diciembre de 2015

Casi tres meses después todavía no lo había superado. Estaba sentado sobre las piedras que rodeaban, haciendo un círculo imperfecto pero bonito, el pozo de la cuadra, en la que había vuelto a trabajar. Tan imperfecto como mi vida. No podía creer cómo habían cambiado las cosas, mis expectativas de futuro habían dado un giro imprevisto y ya ni siquiera sabía qué esperar, qué hacer y qué no hacer.

¿Cómo podía ser más infeliz ahora que cuando era sospechoso de asesinato? ¿Tenía algún sentido siendo por fin libre? Bueno, tal vez eso no era del todo cierto; estaba enjaulado por la ira y la decepción y no sabía si podría recuperar mi libertad.

¿Cómo podía sentirme así cuando las personas que habían querido acabar conmigo pagarían por ello?, o al menos eso esperaba.

Gracias a mi aventura como investigador criminal junto a Carlos Biosca, este y yo habíamos hecho buenas migas y me tenía bien informado sobre cómo se desarrollaba la investigación. Además, había recibido una llamada de Andrea de lo más sorprendente unas semanas después del secuestro de Esther. Todavía seguía dándole vueltas a si la historia que me había relatado era verosímil; no debía olvidar que esa chica había estudiado arte dramático y había demostrado que sus dotes como actriz eran merecedoras de un premio. Según ella, llamaba para disculparse por lo sucedido, asegurándome que nunca había estado al tanto de las verdaderas intenciones de Julián (en esto la creía) y que todo lo había hecho para ayudar a su padre en su difícil situación financiera. Al parecer, Valiente le había explicado que quería hacerse con una cuadra y quería quitarse competencia del medio; eso implicaba la cuadra de Jose y, más concretamente, a mí por ser uno de los mejores veterinarios deportivos que había conocido (¿y él qué sabía?) y porque, decía, me había negado a trabajar para él (menudo mentiroso). Para conseguir que yo no volviera a trabajar en el hipódromo, quería que me sancionaran por dopaje,

así que le había ofrecido una cuantiosa suma a cambio de que consiguiera que yo dejara ese día el coche en el hipódromo.

Después de su confesión había prorrumpido en llanto afirmando que para ella había sido muy duro aceptar aquel sucio trato, tender aquella cruel trampa para arruinar la vida del hombre del que estaba enamorada (sí, claro), pero que se había convencido a sí misma de que yo necesitaba un cambio de aires, ya que no me veía muy feliz desde la muerte de mi madre, y que tal vez, si conseguía que me enamorara de ella, podríamos irnos a otro país y empezar de cero (ni en sueños). Cuando me dijo que se había visto incapaz de decirme todo eso a la cara, fui incapaz de responder nada, estaba completamente impactado por su perorata; tan solo me salió un «adiós, Andrea» antes de colgar. Definitivamente, esa chica no era merecedora de su nombre.

Cuando después compartí con Charly toda esta información, él me ratificó que esa había sido la misma explicación que les había dado en comisaría y que les cuadraba absolutamente todo. Yo, sin embargo, siempre me quedaría con la duda de si no habría sido todo otra obra de teatro. Supongo que en ocasiones te quedas con preguntas sin respuesta.

A pesar de todo, en mi interior esperaba que no saliera muy mal parada en el juicio por complicidad en el asesinato de mi amigo Jose, al fin y al cabo era muy joven y ¿se puede culpar a alguien por intentar ayudar a su familia?

En cambio a Julián no le deseaba un buen final, y su situación era bastante peor. Se enfrentaba a una dura condena por el asesinato de Jose y por el de Belén como inductor, también por tentativa de asesinato al haber ordenado a Paco que matara a Esther. Charly me había contado que les había costado mucho sacarle la confesión, pero que se había derrumbado finalmente ante la firmeza de los testimonios de Andrea, Paco y un tal Félix, químico de Air Liquid al que había pagado para que preparara un veneno de apariencia casera. Ni sus magníficos y variados contactos habían podido evitar que lo encarcelaran ni su dinero le había servido para comprar su libertad pagando una fianza que le denegaron por considerar que había riesgo de fuga. En cuanto a las causas por las que ese hombre había matado a gente inocente para inculparme a mí, convirtiéndose en un asesino desalmado, eran completamente desconocidas, pero si había alguien que pudiera conseguir que hablara, esa era

Esther.

Delphine, su mujer, no podría ser acusada de nada a pesar de haber mentido en su declaración corroborando la coartada de su marido y de no haber hecho nada ante la agresión a Esther, por lo visto la ley la eximía por intentar proteger a su marido. Se había descubierto, gracias a sus publicaciones de Facebook, que el día de las carreras no había estado en el hipódromo, sino comiendo con unas amigas en un restaurante.

Los análisis de las muestras recogidas en la escena del crimen de Belén Hernández revelaron restos del ADN de Paco Gutiérrez, lo que demostraba la presencia del fiel trabajador de turbia ocupación del señor Valiente en la escena; finalmente había confesado que su patrón le había pedido que matara a aquella mujer, corroborando de ese modo la sospecha de Esther de que había dos asesinos diferentes. También sería acusado por el secuestro, agresión e intento de asesinato de Esther y por el encubrimiento del asesinato de Jose, ya que había reconocido que estaba presente cuando su jefe lo había hecho, además de ayudarlo a transportar el cadáver y haberse ocupado de conseguir el vial con mis huellas rebuscando entre la basura de la cuadra.

Finalmente, el resto de los implicados habían sido descartados como cómplices. El hombre que se había hecho pasar por el director del hipódromo en la escena que se representó para engañarme tan solo era un actor, conocido de Andrea, al que esta había contratado. Y al señor Amador lo habían eximido de toda responsabilidad gracias a que su hija había declarado que ninguna de las órdenes orientadas al engaño había procedido de su padre.

Lo que más me fastidiaba de todo era que el *jockey* se fuera de rositas, cuando por su culpa (bueno, y también de Andrea, eso no lo olvidaba) mi amigo Platón había tenido que estar de baja durante más de un mes.

A pesar de no estar entre barrotes yo tampoco me sentía libre, de hecho era menos libre de lo que había sido nunca. Y para colmo aquel día había empezado con mal pie, acababan de llevarse a Platón para operarlo de urgencia de un cólico de estómago, la primera causa de muerte en caballos. Después de haber seguido el protocolo a rajatabla para poder atenderlo, había tenido que llamar para que se lo llevaran y me culpaba por ello. Tal vez no estuviera concentrado para llevar a cabo mi trabajo.

Me pasé las manos por el pelo, ahora más largo que nunca, puesto que últimamente no tenía ganas ni de adecentarme. Estaba muy enfadado, desilusionado y frustrado a partes iguales. Esther había acabado conmigo y no sabía cuánto tardaría en recomponerme.

Lo único que me consolaba era que mi padre había mejorado mucho durante los últimos meses. Eric había cumplido su parte del trato y ambos nos habíamos afanado en que cambiara sus hábitos alimenticios y de ejercicio, pero como consecuencia, y sin ser conscientes, habíamos revolucionado también su vida social. Y en ese sentido tenía mucho que ver nuestro vecino, con el que mi padre, a pesar de las primeras hostilidades y los muros de contención que había construido para evitar su amistad y forzado por la necesidad que tenían Grisín y Coco de saltarse la frontera y jugar juntos, no había tenido más remedio que ir entablando conversaciones, al principio más secas y cortas y, a medida que pasaba el tiempo, más cercanas y largas. De hecho, no se había llegado a arreglar el cerramiento y con respecto a eso se me había ocurrido una idea que tenía pendiente de plantearles. Me gustaba comprobar que ambos se hacían compañía a diario, aunque mi padre en ocasiones a regañadientes (nunca confesaría lo bien que le sentaba tener un amigo), y no me habría extrañado verlos algún día paseando a Coco y Grisín por la calle (creo que nuestro gato alcanzaría el cenit de su vida si lo llevaran con una correa). Y por tener, hasta tenía un sueño: que Víctor enseñara de una vez por todas a cocinar a mi padre; lo de los vídeos de YouTube había sido una nefasta idea, ya había quemado varias cacerolas y sartenes, y cuando no estábamos ni Eric ni yo mi padre seguía engullendo lasaña congelada.

No hacía demasiado tiempo mi padre, mi hermano y yo habíamos tenido una seria conversación sobre mi madre. Mi padre nos contó que era cierto que estaba enferma, pero que ella le había pedido expresamente que no nos implicara en su enfermedad y él tan solo había querido cumplir su promesa. Nos desconsolaba el hecho de que su muerte no hubiera sido un accidente y que de momento no se hubieran encontrado pruebas que condenaran a Julián como autor del crimen aunque todos estábamos seguros de que había sido él. Aún albergábamos esperanza porque, por lo que me contaba Charly, Esther todavía no se había dado por vencida; además el forense encargado de la

autopsia había desaparecido, lo que había abierto otras líneas de investigación.

El ruido de unos pasos enérgicos entrando en la cuadra hizo que levantara la vista. Aunque mi hermano se vistiera de modo informal los fines de semana, todavía me impactaba verlo vestido con vaqueros y jersey, eso sí, como no podía ser de otra manera, llevaba un abrigo magnífico de color beis que le daba ese toque estiloso que nunca faltaba en él.

—¿Estás aquí! —exclamó sentándose a mi lado—. ¿No hace un poco de frío para estar tomando el sol? ¿Qué te pasa? ¿Cómo estás?

—Eso son muchas preguntas... No estoy tomando el sol, solo estoy pensando y estoy preocupado por Platón, se lo han llevado al quirófano.

—¿Un cólico de esos?

—Sí, un cólico de esos. He hecho todo lo que podía, no entiendo por qué no he conseguido salvarlo... Bueno, era un cólico grave, una torsión.

—No te mortifiques..., eres un gran veterinario —dijo dándome unos golpecitos en el hombro.

—¿Y tú qué haces vestido así? Pensaba que siempre ibas a trabajar con traje.

—Hoy no trabajo, es veinticuatro.

—¿Hoy es Nochebuena?

—Sí, Dek..., la vida continúa y hoy es un día importante. Por cierto, ¿qué haces tú trabajando hoy?

—No existen festivos para los caballos enfermos, ni tampoco para los veterinarios que somos responsables de ellos. Así es la vida que he elegido.

—Sí, y como sigas eligiendo como lo haces, cada vez te va a ir peor.

No hice comentario alguno, ya sabía a dónde quería llegar.

—Tienes que darle una oportunidad, Dek..., estás perdiendo un tiempo precioso.

—Mira quién habla...

—No he venido a hablar de mí.

—Oh..., eso sí que es extraño, con lo que te gusta hablar de ti.

—Solo te diré que es cierto, que mi vida amorosa ha sido un desastre, pero eso está cambiando.

—Ah, ¿sí?

En el fondo le encantaba hablar de sí mismo, a lo mejor era un defecto de los abogados.

—Bueno..., hace dos meses que he conocido a alguien.

—Oh... ¿Quién? Cuéntame.

—Pues..., es algo curioso, precisamente el día que secuestraron a Esther me encontré en la comisaría con la secretaria del señor Valiente.

—¿Qué? —pregunté confuso.

—Sí, ella estaba allí esperando al subinspector. Me choqué con ella, empezamos a hablar, le sonsaqué para qué había ido allí y, al no aparecer su cita de esa noche, pues se vino conmigo.

—¡Eres la monda! —exclamé riendo—. ¿Quieres decir que llevas saliendo con ella desde entonces?

—Sí, más o menos. Vamos a nuestro ritmo.

—Ya..., ya sé cuál es tu ritmo.

—Te equivocas, Dek, con ella es diferente.

—Bueno, bueno..., el ligón de mi hermano enamorado, eso es increíble.

—Lo sé, pero todavía no se lo digas a los chicos, ¿vale?

—Por mí vale, ni siquiera me apetece salir últimamente.

—Te voy a decir una cosa, Dek..., y es en serio. Vas a ir ahora mismo a una peluquería a cortarte esa melena, luego te aseas, te afeitas y te presentas en casa de papá a las nueve, hoy hay cena familiar.

Bufé como un gato enfadado.

—¿De acuerdo? Si no aceptas te arrastraré conmigo.

Suspiré derrotado, mi hermano era capaz de eso y más todavía.

—Trato hecho, pero no quiero que vuelvas a sacar el tema de Esther, ¿de acuerdo?

—No te prometo nada... —respondió al mismo tiempo que se levantaba.

Aún me quedé allí sentado un rato dándole vueltas al pasado.

Miércoles, 7 de octubre de 2015

Ya era de día y Esther seguía inconsciente. Desde que la habían trasladado al hospital clínico de San Carlos no me había separado de ella. Los médicos

debían pensar que era mi pareja y por esa razón me mantenían informado de todo; me habían asegurado que era cuestión de horas que volviera en sí.

Había dormitado intranquilo en una silla junto a su cama. Los ratos que me despertaba me entretenía observando su rostro, memorizando su nariz griega, sus perfectos y armoniosos labios rosados y sus mejillas ovaladas. Del mismo modo, aprovechaba para coger su mano, algo que había echado mucho de menos. Lo que sentía por ella venía de antiguo, pero también estaba mezclado con nuevas sensaciones, como el orgullo que me producía tener una mujer tan audaz a mi lado. Charly me había chivado que el señor Valiente había recibido un puñetazo en la mandíbula que lo había dejado fuera de combate.

Un mensaje del móvil hizo que apartara la mirada de ella. Era mi hermano recordándome que ese día me tocaba ocuparme de mi padre.

—¡Mierda! —exclamé en voz alta.

Eric estaba al tanto de lo sucedido y se había quedado con mi padre a pasar la noche, pero comprendía que debía irse a trabajar. No quería dejar sola a Esther, pero por lo menos debía ir a prepararle el desayuno y asegurarme de que salía a dar un paseo. Después volvería con ella. Aunque deseaba con todas mis fuerzas que se despertara, esperaba que no lo hiciera en el rato que iba a ausentarme; no debe ser muy agradable despertar en un hospital y encontrarse completamente solo. Sin embargo, mi deseo no fue concedido y cuando volví una hora y media después me encontré con que ya no estaba. Por lo visto había firmado el alta voluntaria. Salí resoplando del hospital. Además de valiente, la mujer de la que me había enamorado era más cabezota que una mula.

Charly me confirmó que no estaba trabajando, de modo que me presenté en su casa. Llamé al timbre pero fue en vano, por eso decidí llamarla al móvil. Cuando descolgó pude oír que iba conduciendo. ¿Dónde estaría?

—Inspectora Aguilera —respondió de un modo frío y distante.

—Soy yo. Perdona por haberte dejado sola en el hospital... Pero ¿cómo se te ocurre darte de alta? Han roto una botella de vino en tu cabeza...

—Estoy bien —me cortó—. Cuando me he despertado he recordado que tenía a alguien esperando en el aeropuerto.

—Oh..., podías habernos pedido a mí o a Charly que recogiéramos a esa

persona. ¿Quién es?

—Charly ya me ha puesto al tanto de todo y parece que habéis hecho migas.

—Estoy en tu casa esperándote.

—¿Qué? No, Héctor, es mejor que nos veamos otro día. Hoy no puedo.

—Solo quiero comprobar que estás bien, luego me iré.

—Insisto en que no, voy de camino a casa y tengo compañía. —No fui consciente de que hubiera dejado de respirar, pero así había sido. ¿A qué se refería con compañía?—. Emm..., se trata de una amiga que viene de Reino Unido.

—Bueno, prometo no molestar, solo te veo y me marcho enseguida. No quiero estropear un encuentro de amigas.

Realmente había pensado que no tenía amigas. A excepción de mi prima Ana nunca había congeniado con ninguna mujer.

—Héctor, ahora no te lo puedo explicar, pero no es buen momento. Luego te llamaré. Adiós.

No entendía su comportamiento huidizo, ¿qué quería ocultarme?

No pretendía contradecirla ni volverme un hombre controlador compulsivo y celoso, pero tardó tan poco en llegar que todavía no me había decidido a irme.

Ella no me vio sentado al volante de mi coche, o eso me pareció. Abrió la puerta automática desde el coche y entró tan rápido que casi se cierra dejándome fuera.

—¡Héctor! ¡¿Qué haces aquí?! —Miró nerviosa hacia la puerta del copiloto, que en ese momento se estaba abriendo.

—Lo siento, estaba preocupado por ti...

Mis ojos siguieron los de Esther y se quedaron clavados en la figura que me miraba con una sonrisa.

—¡Hola! ¿Tú eres Héctor, el que ha llamado antes? Me temo que te ha mentado... —Entonces se giró hacia Esther—. ¿Por qué lo has hecho, mamá?, es mono...

¿Mono? ¿De qué iba todo eso? ¿Había dicho *mamá*?

—Emma..., por favor, déjanos solos. Vete entrando.

—Está bien —dijo con jovialidad, desapareciendo escaleras arriba.

Esther comenzó a hablar pero yo no la escuchaba. Esa niña... ¿Por qué me sonaba tanto?

Esos ojos color miel con toques verdes, tan grandes.

Esas pestañas arqueadas, tan abundantes.

Esas piernas, tan largas.

Esa sonrisa luminosa, tan parecida a la de mi madre.

¿Cuántos años tenía?

Mi mente hizo cálculos sin parar.

—Esa niña...

—Tenemos que hablar, Héctor, pero será mejor que no lo hagamos aquí. Vamos al parque.

—Esa niña... —repetí como un autómata.

—¡Héctor! ¡Vamos! —Me urgió desde la cancela.

La seguí sin parar de rebobinar mi vida, hasta el verano que había estado con mi primera novia, Esther. La última vez que la había visto, cuando había venido su madre a recogerla a Villamanrique, había vivido mi primera experiencia sexual, corta, rápida, casi no me había dado tiempo a saborearla, y sin embargo jamás la olvidaría porque lo había hecho con la persona que más quería. No había utilizado preservativo, ni siquiera lo tenía pensado y todavía no me había hecho con ninguno. Ella me aseguraba que quería hacerlo y que no era un día fértil y yo me había dejado llevar porque la deseaba más que a nadie en el mundo.

Al llegar al parque Esther me agarró con suavidad del brazo.

—Héctor...

Cualquier otro día tenerla tan cerca me habría hecho sonreír, la habría atraído hacia mí con fuerza y la habría atrapado entre mis brazos, pero ese día no.

—¡Suéltame! —exclamé molesto—. ¿Quién es esa niña? ¿Por qué se parece tanto a mí?

Esther parecía ¿preocupada?, ¿temerosa?

—Es..., ella es... Emma.

—Ya, eso ya lo he oído.

—Es mi hija.

—Esto también lo he oído.

—Es tu hija —dijo bajando la cabeza y clavando la vista en el suelo. Era evidente que no quería ver la expresión de mi cara en ese instante, y tal vez fuera mejor, estaba furioso a la par que confundido.

—¿¡Qué?! Eso... eso no puede ser.

—Lo es, Héctor, desde hace diecisiete años.

Me estaba mareando. Busqué un banco y me encaminé hacia él. Me senté derrumbado.

—¿Cómo no me lo dijiste?

—Cuando me enteré, unos meses después de que mi madre me enviara a Gales a la fuerza, te llamé a tu casa. Mi tía solía tener el teléfono bien controlado y no me dejaba usarlo, según ella una conferencia con España era muy cara, aunque por supuesto tan solo era una excusa. Ese día mi tía no estaba en casa y decidí arriesgarme, estaba desesperada.

—¡Espera! ¿Eras tú la que llamaba aquel día?

Esther asintió.

—Estaba muy confusa, no sabía qué hacer ni con quién hablar y la única persona con quien me apetecía compartir una noticia así, eras tú. Pero...

—Eso..., ¿por qué no hablaste? Yo estaba al otro lado de la línea.

—Marta...

—¿Marta? —pregunté desconcertado.

—Oí que decías su nombre y eso confirmó mis más oscuros miedos, que siempre te habías sentido atraído por ella y que había algo entre vosotros.

—¿¡Qué?! ¡Claro que no!

—Pero un año después sí saliste con ella.

Bajé la mirada.

—Es cierto... Estaba desilusionado porque no podía localizarte y amargado porque no quisieras contactar conmigo. Lo nuestro no duró mucho...

—Claro que intenté contactar contigo..., por carta.

—¿Qué carta?

—Ahora lo sé..., quiero decir que lo supe años después. Mi madre convenció a mi tía para que las quemara, para que no las llevara nunca al

correo. Y yo me fui consumiendo pensando que ya no te importaba. ¿Cómo iba a decirte que tenías una hija?, creía que ya no me querías...

Aquello me conmovió.

—Sabías que estaba loco por ti..., no debiste dudar.

—Tú también dudaste..., ¿a que sí? —Era cierto, de modo que tuve que asentir—. Ambos dudamos, pero en mi caso los adultos que se suponía que me querían me mintieron..., es algo que todavía no les he perdonado. Fue una época difícil, Héctor, tuve que tener un bebé con diecisiete años. ¿Sabes lo que es eso? Ni siquiera estaba preparada para tener un novio. Por suerte mi tía se hizo cargo de Emma mientras yo estudiaba.

—Cómo pudiste no decírmelo... —le reproché dolido—, yo no me hubiera desentendido de ella, ni de ti.

—Ahora lo sé, pero comprende que después de creer que yo ya no te importaba, el hecho de informarte de que eras padre era la última de mis preocupaciones.

—¿Y qué hay de después? Tuviste más oportunidades para informarme de mi paternidad. Cuando volviste a España...

—Es cierto... —dijo apesadumbrada—, pude hacerlo, de hecho tuve el impulso de buscarte en varias ocasiones. Pero entonces me encontré con Tomás...

—¿Tomás? —Aunque ya lo supiera y fuera una tortura para mí, necesitaba escucharlo de sus labios.

—Sí, Tomás..., Sansón. Es mi marido... Bueno, dentro de poco ya no lo será.

Suspiré desesperado, o tal vez celoso, antes de apoyar los brazos en mis rodillas y pasarme las manos por el pelo.

—No puedo creerlo, Esther... Te casaste con Tomás, ni siquiera me diste la oportunidad de volver a verte. Yo seguía pensando en ti, lo he hecho toda la vida. —Esther suspiró agobiada—. Yo era el padre de tu hija y sin embargo te casaste con otro y no me lo has dicho hasta ahora, y para colmo ella no sabe que soy su padre.

Entonces levanté la cabeza.

—¿Qué le has dicho sobre su padre?

Esther me miró turbada, lo cual indicaba que lo que iba a decirme no iba a gustarme en absoluto.

—Cuando era pequeña evité hablar sobre ello, pero no hace demasiado me exigió saber la verdad.

—La verdad... —repetí, sabiendo que no se la había dicho.

—Tuve que decirle que habías muerto antes de que naciera.

Aquello fue demasiado para mí y me levanté de golpe.

—¿Que había muerto? ¿Ni siquiera fuiste lo suficientemente valiente para contarle la verdad, que su madre era una cobarde que no se atrevía a avisar a su padre de que tenía una hija adolescente?

El corazón me latía con demasiada fuerza y cada vez respiraba con más dificultad, estaba tan superado por la situación que debía irme de allí antes de que me diera un ataque de ansiedad y cayera redondo al suelo.

—Esto es demasiado para mí... —murmuré antes de girarme para irme.

—Lo siento, Héctor, de verdad, no tengo ninguna excusa para lo mal que he hecho todo.

—Por supuesto que no la tienes.

—¡Hablaré con ella y le contaré todo! —oí que me gritaba.

—Es demasiado tarde, Esther.

Lo dije tan bajo que seguramente no lo oyó, pero era lo que sentía.

Era demasiado tarde.

Ya no se podía hacer nada.

Recuperar el tiempo perdido era imposible.

Diecisiete años de vida desaprovechados.

Recuerdos que jamás tendría de mi hija.

Momentos importantes de su vida, imposibles de recuperar.

Todo perdido.

Tenía una hija, una hija demasiado mayor que no sabía ni que existía.

Una hija con mis ojos, tal vez con mi carácter, yo qué sabía.

Era una desconocida, y yo un desconocido para ella.

Mientras yo terminaba el bachillerato, mientras yo estudiaba la carrera de veterinario, a cientos de kilómetros, vivía mi hija, en otro país, ajena a mi existencia, ajena a su otra familia.

Me había ocultado una personita que era parte de mí.

¿Y si me hubiera encantado ver su primera sonrisa, escuchar sus primeras palabras, llevarla por primera vez al colegio, reírme y enfadarme con ella, presentársela a mis padres? Mi madre..., cuánto habría disfrutado ella de semejante noticia, pero ella ya no podría conocerla porque Esther lo había impedido.

Yo tampoco la conocería.

Era demasiado tarde.

Jueves, 24 de diciembre de 2015

Había hecho caso a Eric y me había cortado el pelo. También me había puesto una camisa y una chaqueta para presentarme en casa de mi padre, al fin y al cabo llevaba años sin ver a mi prima Ana y esa noche estaría allí con su marido y su hija, de cinco años. Llevaban mucho tiempo viviendo en Canadá y por fin habían transferido a César a España. No estaba muy animado, pero tal vez esa noche podría centrarme en los demás. No me aguantaba a mí mismo.

Fue Ana quien abrió la puerta para darme la primera sorpresa de aquella Navidad.

—¡Pero bueno! ¿Cómo no me había enterado de esto? —dije abrazándola con cuidado.

Ella se rio.

—Quería que lo vierais en persona.

—¿Es otra niña?

—No, esta vez será niño.

—Bueno, sujétalo bien que no queremos tener que salir corriendo al hospital.

—Todavía falta un mes para que nazca.

—Pues no sé si te va a caber ahí dentro tanto tiempo.

Ella rio de nuevo y entramos al salón. Después de saludar a su marido y acercarme a hablar, o más bien hacer el tonto, con su hija, sonó el timbre. Supuse que sería Víctor, quien también nos acompañaría ese día. Según me había contado Eric, su familia no podía pasar la Nochebuena con él y mi hermano había animado a mi padre a que lo invitara. Por lo menos el vecino

pensaría que la idea había sido de mi padre.

Por primera vez no había participado en el menú. No podía seguir así y lo sabía. Mi propósito para el año 2016 sería intentar olvidar a Esther y a nuestra hija. Debía empezar de cero de nuevo. Ya lo había hecho más veces, pero nunca me había costado tanto. Y para colmo seguía dándole vueltas al significado de su nombre, Emma. De nuevo una mujer fuerte, luchadora e independiente. Una mujer que desconfía de aquellos a quienes no conoce hasta que le demuestran lo contrario. Una mujer preparada para enfrentarse a la vida y a sus problemas, sin miedo a la soledad. Una mujer que abandona el nido familiar muy pronto en pos de su verdad. En realidad no necesitaba un padre, y su madre tampoco necesitaba un hombre en su vida. Eran muy capaces de vivir sin mí, aunque me habría gustado que no fuera así. Era cierto que Esther había intentado contactar conmigo a través del teléfono, e incluso había venido a casa a romperme el timbre de la puerta de un modo insistente, pero últimamente me había dejado tranquilo y no sabía si lo agradecía o si me sentía decepcionado. Estaba hundido en un mar de dudas negativas y muy perjudiciales para la salud.

Abrí la puerta con desgana para quedarme clavado al suelo, incapaz de moverme ni de hablar.

—¡Hola! —dijo con la misma jovialidad que la primera vez que la vi, tenía que reconocer que me encantaba.

—Hola, Héctor, ¿podemos pasar?

Llevaba una bandeja en las manos y debía pesar bastante. Se la arrebaté y me hice a un lado todavía sin pronunciar palabra alguna. Las tres entraron.

—Eric y tu padre nos han invitado —murmuró.

—¡Esther, pasad al salón!

La voz de mi hermano llegó rotunda desde la cocina. Debía haber imaginado que Eric no se contentaría con dejar que las cosas siguieran su curso, al final tenía que meter sus narices en todo.

Observé cómo Esther, ataviada con un vestido negro entallado que ensalzaba su figura, me quitaba la bandeja y agarraba a su madre para dirigirse al salón. Esther no dejaba de sorprenderme ocupándose de ese modo de su madre con lo mal que aparentemente se había portado con ella cuando era

joven. Eso decía mucho de ella. En cualquier caso, no era asunto mío.

Justo cuando me preguntaba dónde andaría Emma sentí su mirada, se había quedado a un lado y no dejaba de observarme de un modo de lo más extraño. Llevaba un vestido negro parecido al de su madre, pero acompañado de unas botas negras militares que le daban un toque rebelde. No podía ser de otra manera con el nombre que tenía.

—¿Podemos hablar?

Podía escuchar de fondo el emotivo reencuentro de Esther y Ana, que no se veían desde que eran unas niñas.

—Sí..., por supuesto. —Le hice una seña para bajar las escaleras que estaban a nuestra derecha y que llevaban a la cueva.

Emma recorrió el sótano inspeccionándolo como si fuera a comprarlo.

—No me hubiera importado tener algo así en casa de mi tía.

—¿Te refieres a ese sitio de Gales?

—Sí, Monmouth.

—Sentémonos —propuse acomodándome en el sofá. De pronto recordé que la última vez que había estado allí abajo había sido en compañía de su madre. Una de esas noches maravillosas que intentaba borrar de mi mente sin resultado.

Emma hizo lo propio, pero en vez de sentarse junto a mí lo hizo de frente. Necesitaba que fuera ella la que diera el primer paso, más que nada porque no estaba seguro de si estaba al tanto de lo que nos unía.

—Mi madre me ha contado la verdad.

—¿La verdad?

—Sí, lo que pasó entre vosotros cuando teníais mi edad. Y de paso aproveché para echarme una charla sobre los peligros de hacerlo sin protección y sobre el error del mito de que la primera vez no te quedas embarazada. Ya sabes... —Asentí—. Lo que no entiendo es por qué no has intentado hablar conmigo antes.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Me lo contó el mismo día que a ti.

—Oh...

—Sí..., creo que dos meses y medio es tiempo suficiente para haber

asumido que tienes una hija...

De modo que estaba molesta. En realidad tenía razón.

—Lo sé, Emma..., he sido un poco egoísta por haberme escondido todo este tiempo.

—¿Un poco?

No supe qué decir, era evidente que estaba enfadada conmigo e intenté ponerme en su lugar.

—Siempre quise tener una familia normal como mis amigas, un padre y una madre aunque luego se divorcieran; en cambio solo he tenido una madre ausente, al menos desde hace unos años.

Ese comentario me dejó fuera de juego.

—No supe nada de ti hasta hace tres años, cuando mi madre me contó que habías muerto antes de nacer yo. ¿Y sabes qué?... que no la creí. De modo que comencé a investigar por mi cuenta. Pero justo entonces pasó lo de mi hermano.

Se quedó callada a la espera de mi reacción, tuve que asentir, confirmando que estaba al tanto de la tragedia.

—Y abandoné la investigación, además, al poco tiempo mi madre decidió que lo mejor era que volviera con mi tía a Monmouth, pero cuando volví las Navidades pasadas reanudé la búsqueda, y fue entonces cuando fui a hablar con el padre de Tomás.

—¿Con Julián Valiente?

—Sí, con él. Pensé que, teniendo tanto dinero, podría ayudarme a contratar a un investigador privado.

—¿Y qué te dijo?

—Que se ocuparía de ello... Todavía estoy esperando su respuesta. Lo llamé cientos de veces e incluso fui a verlo a su oficina, pero siempre me decía que estaba en ello y que estaba siendo muy complicado. De nuevo otra persona que me mentía a la cara. ¿Por qué los adultos pensáis que no nos damos cuenta cuando nos mentís?

—Emma..., ¿le has contado a tu madre esto de la investigación? ¿Que pediste ayuda a Julián?

—¡Por supuesto que no! ¡Estás loco! Se enfadaría mucho conmigo.

Sentí un escalofrío al darme cuenta de que tal vez era un dato importante para la investigación.

—Tienes que prometerme que se lo contarás.

—¡No pienso hacer eso!

Suspiré y fui a sentarme junto a ella.

—Puede que tenga que ver con el caso que lleva tu madre. No sé si estás al tanto de lo que ha pasado.

—Sé que han metido en la cárcel al señor Valiente y que lo van a juzgar por asesinato. Por mí, como si se pudre en la cárcel.

—Oh..., ya, supongo que muchos de nosotros nos alegramos, yo el primero, ya que si tu madre no lo hubiera descubierto estaría yo en la cárcel.

—¿Por qué?

Por lo visto no sabía tanto como decía.

—Es una larga historia, tal vez te la cuente la próxima vez que nos veamos. En cualquier caso, ¿puedes prometerme que hablarás con ella de lo que me has dicho?

—Solo si tú me prometes algo.

—Por supuesto. Y siento haberte defraudado como padre..., no he pensado nada más que en lo enfadado que estaba porque tu madre no me hubiera hablado de tu existencia desde un principio.

—De saberlo, ¿habría cambiado algo?

Medité sobre su pregunta.

—No sé lo que habría hecho, puesto que tu madre estaba muy lejos de aquí y tu abuela no quería que nos volviéramos a ver, pero te aseguro que habría movido cielo y tierra por estar junto a ella y ocuparme de ti cuando naciste.

—No hubieras podido...

—Es posible que no, tenía tu edad y no podía independizarme, pero algo habría hecho, si no en ese momento, tal vez cuando fui mayor de edad. Mis padres me habrían echado una mano... Por cierto, ¿sabes que me recuerdas mucho a tu abuela Carolina? Cuando sonríes eres como una aparición.

—La conocí...

—¿La conociste? —No daba crédito.

—La investigación que realicé sobre el pasado de mi madre me trajo

directamente a esta casa... y conocí a Carolina. —La sonrisa que lucía daba a entender que había sido una buena experiencia—. Fue muy cariñosa conmigo.

En ese instante se me quitó un peso de encima. Por lo menos mi madre no había muerto sin saber que tenía una nieta, ya que estaba seguro de que ella había reconocido el parecido que tenía conmigo.

—¿De qué hablasteis?

—Le dije quién era y le expliqué que estaba intentando contactar contigo porque quería hacerle una fiesta sorpresa a mi madre juntándola con sus amigos de la infancia.

—¿Y mi madre te creyó?

—No lo sé..., tal vez no, pero me siguió la corriente y me dijo que hablaría contigo cuando volvieras de viaje y me llamaría... Nunca me llamó, y ahora sé por qué.

—De todas formas me alegro de que llegaras a conocerla.

—Yo también me alegro, sobre todo ahora que sé que era mi abuela.

Emma suspiró y después se cruzó de brazos.

—Bueno..., ¿quieres escuchar el trato?

—Oh..., pues claro.

—Verás, no tengo muchas esperanzas puestas en ti como padre...

—Oh, vaya..., pues gracias, Emma.

—Así que es mejor que dejemos que las cosas vayan surgiendo sin forzarlas, pero... mi madre es otra historia.

Me sorprendía la madurez de esa niña.

—Está fatal porque la ignoras desde hace meses.

¿Fatal? Eso no me lo esperaba.

—Está realmente destrozada, nunca la había visto tan afectada, tan enamorada de alguien como de ti.

—Pero... ¿qué hay de su marido?

—Exmarido... Siempre lo querrá, y lo quería, pero de otra manera. Lo vuestro es... una de esas historias de novela. Os queréis desde que teníais mi edad, ¡por Dios!, eso es muy raro —dijo acompañando su comentario de una sonrisa— y a la vez mágico, porque, aunque tú no digas nada, te he visto mirarla cuando hemos llegado y estás irremediabilmente colado por ella.

—Sí..., supongo que tienes razón.

—Y además..., he estado observándola y hace cosas muy raras...

—¿Como qué?

—El otro día cogió unos álbumes de fotos antiguos y comenzó a ver fotos de cuando era pequeña, tú salías en ellas, y se puso a llorar como una Magdalena. Hacía mucho tiempo que no la veía llorar. Es algo impactante, créeme..., todavía estoy en *shock*. También se ha puesto a ver todas las películas de *Misión imposible*..., ¿tiene algún sentido?

Eso hizo que soltara una carcajada. Cuando éramos pequeños era mi película preferida, de hecho la habíamos visto juntos unas cuantas veces.

—Algo de sentido tiene.

—Así que yo le contaré lo de mi investigación si tú arreglas lo vuestro de forma inmediata.

—¡Madre mía! Más me vale resolverlo, no quiero tener a una chica de diecisiete años dándome órdenes —repuse riendo por su comentario.

—Pues venga, vamos a cenar que tengo mucha hambre.

Después de aquella conversación tan surrealista con mi recién adquirida hija, encontramos a todos los asistentes a aquella cena sentados a la mesa. Me sorprendió el buen ambiente que había a pesar de que el grupo era de lo más heterogéneo, todos hablaban animadamente menos la madre de Esther, que estaba sentada junto a ella mirando hacia su plato, y la pequeña Sandra, que revoloteaba por la alfombra con un buen despliegue de juguetes a los que no les quitaban ojo ni Coco ni Grisín, que estaban tumbados uno junto al otro siguiendo los movimientos de niña y juguetes como si se tratara de un representación de danza contemporánea. Emma se sumó a la pequeña y comenzó a jugar con ella, cosa que me sorprendió positivamente.

La única persona que levantó la vista al llegar nosotros fue Esther. Me dedicó una mirada triste pero al mismo tiempo esperanzada. De hecho, me llegó al alma y tragué saliva antes de entrar en acción.

—¿Falta algo?

—Sí —respondió Eric—, trae el champán que está en el congelador, por favor, y una botella de vino.

—De acuerdo.

—Te ayudo. —Esther se levantó y me siguió hasta la cocina.

Me quedé esperándola junto a la nevera. Cuando entró, mi corazón se aceleró tanto que supe que ya había expulsado el resentimiento y la ira de mi vida. Debía olvidar nuestro pasado y centrarme en un prometedor futuro junto a ella y mi hija, aunque esta última no se hiciera muchas ilusiones conmigo. Al fin y al cabo ambas se parecían mucho, no confiaban fácilmente en los demás. Debía ganármela igual que en su día, y no hacía demasiado tiempo, me había ganado a su madre. En cualquier caso, de la noche a la mañana tenía una familia al completo y debía empezar a asumirlo.

—Fue idea de tu hermano... Yo no quería, me parecía una encerrona —fue su manera de disculparse.

—Ha sido lo mejor que ha hecho mi hermano en mucho tiempo, pero prefiero que no se lo digas..., es bastante creído.

—¿De verdad lo piensas? —De nuevo aquella mirada llena de esperanza.

—Sí, he hablado con nuestra hija... Es... es una chica poco común.

—Lo sé.

—Hemos hecho un trato.

—¿Un trato? —Me miró confusa.

—Ella te dará una información tal vez necesaria para tu investigación y yo... yo te pido perdón por lo estúpido que he sido y comenzamos de cero como una pareja normal, como una familia normal. Es lo que quiere Emma.

—¿Y tú también quieres? ¿Qué es eso de la investigación?

—Yo lo quiero desde el principio, pero me ha cegado el orgullo. En cuanto a lo de la investigación..., tengo que confiar en Emma..., ella te lo contará. Entiendo que estás lista.

—¿Lista?

—Te dije que te esperaría hasta que estuvieras lista.

—Estoy lista desde que volví a verte, idiota, y soy yo la que ha estado esperándote.

—En eso tienes toda la razón, inspectora, y... puedes llamarme idiota todas las veces que quieras, sobre todo si lo acompañas de un *estoy lista*.

La atraje hacia mí y la besé, aprovechando para acariciar aquel trasero tan provocador.

Esther no se dio cuenta, pero nuestra hija abrió ligeramente la puerta y me hizo un gesto con el dedo gordo que esperaba que significara «bien hecho, papá». Bueno, tal vez lo de papá no lo hubiera pensado, ella no era de las que se hacían ilusiones.

Cuando entramos en el salón, Eric se puso a aplaudir y no tardó en seguirle todo el mundo excepto la más veterana; Sandrita fue la que aplaudió con más entusiasmo a pesar de no saber por qué y Coco se sumó con sus ladridos mientras Grisín huía, no como lo haría un gato normal asustado por el alboroto, sino en su estilo altanero, como si tuviera cosas más importantes que hacer. Esther bajó la mirada y se sentó rápidamente, nunca le había gustado ser el centro de atención. Yo me senté junto a Víctor.

—Qué bien que hayas venido, Víctor.

—Gracias a tu padre, que me ha invitado.

—En realidad fue idea de Eric —soltó mi padre.

Mi padre recibió a cambio una mirada, o dos, de reproche.

—Papá..., no seas modesto... Cuando te dije que Víctor pasaría solo la Nochebuena, tú me dijiste que te apetecía que viniera a cenar, que así tendrías a alguien con quien, cito textualmente, hablar de cosas de tu edad.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Dije eso? Bueno..., a un abogado penal no se le puede llevar la contraria.

No estaba seguro de si mi padre estaba actuando, si pretendía ser gracioso o si comenzaba a chochear.

Cuando César desapareció con la niña, supuse que para acostarla, decidí que era el momento de anunciar un par de cosas. Di unos golpecitos a la copa y no tardé en obtener la atención de casi todos.

—Tengo algo que anunciaros.

La audiencia estaba atónita, pensando tal vez que era un anuncio de tipo personal, y no se equivocaban.

—Aunque supongo que ya os habrán presentado a las invitadas especiales —hice un gesto hacia las tres—, no estoy seguro de si todos estáis al tanto de nuestro parentesco. Evidentemente, mi padre y mi hermano ya lo saben.

Mi padre tosió en ese momento, distrayéndome durante un instante.

—Bueno, pues Emma, aparte de ser hija de Esther, es también mi hija.

No me pasó desapercibido que la única que no estaba al tanto de la nueva situación era mi prima. A Víctor debía habérselo contado mi padre, puesto que no mostró ninguna sorpresa.

Mi padre tosió de nuevo.

—Papá, ¿estás bien?

—Sí, hijo, quiero decir, no. Verás..., yo en realidad lo sabía desde hace más tiempo.

—Sí, lo sé, cuando os lo conté a Eric y a ti hace un par de meses.

—No, me refiero a que lo supe antes que tú.

En ese momento me di cuenta de que mi padre no paraba de mirar a Esther con nerviosismo.

—No entiendo.

—¿Recuerdas el día que nos contaste a Eric y a mí que eras sospechoso de asesinato?

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

—Yo me quedé en casa investigando sobre la inspectora Aguilera mientras Eric y tú ibais al hipódromo. Cuando volvisteis os expliqué que la inspectora era en realidad Esther. Siento decir esto ahora, Héctor, pero lo cierto es que también descubrí la existencia de Emma.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté molesto.

—Yo no debía ser quien te lo contara —repuso mirando a Esther.

—Tu padre me llamó y me explicó que había investigado mi pasado y que estaba al tanto de todo.

Esther hizo un silencio que me dio a entender que sabía que yo me había enterado de lo de Ángel.

—Tu padre me sugirió que hablara contigo y te contara la verdad.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—No estaba todavía preparada, pero al final viste a Emma y..., en fin, te enteraste de todo.

—Papá..., ¿por qué no me lo dijiste el día que os conté lo de Emma?

—Uy, Héctor, ese día echabas humo por las orejas. Sinceramente, no me atreví a confesarte que yo ya lo sabía.

Era cierto, ni siquiera creo que les hubiera dado opción ni a él ni a Eric de

decir nada, no había parado de hablar durante una hora martirizándome con todas las cosas que me había perdido de mi hija.

—Está bien, papá..., no pasa nada. En cualquier caso, mi intención es dar la bienvenida a Emma y a Esther, y, claro está, a Manuela, y de paso hacer un brindis por teneros aquí en un día tan familiar.

Todos se pusieron en pie y brindamos, a excepción de la madre de Esther que, evidentemente, seguía mirando hacia el plato.

—Por cierto, Héctor —preguntó Eric cuando ya habíamos vuelto a sentarnos y nos servíamos de las bandejas—, ¿qué es esa puerta de madera que hay en la terraza?

—Ah..., la puerta. Es otra cosa que quería comentaros. He estado pensando que no hace falta cerrar nuestros muros.

Era evidente que los tenía despistados.

—Grisín y Coco —ambos levantaron la cabeza al oír sus nombres— nos han demostrado durante estos meses que no hay que poner cerramientos donde no hacen falta. Por esa razón..., mañana mismo voy a colocar esa puerta de madera entre los dos jardines. Como tiene una gatera enorme, ambos podrán pasar de una casa a otra sin problemas. ¿Qué os parece?

Eric y Emma sonrieron al instante, recordándome a mi madre. Esther y Ana miraban divertidas, sin saber del tema histórico que estábamos tratando. Mi padre tenía los ojos desorbitados y el semblante serio y Víctor parecía complacido.

—A mí me parece una buena idea. Y si necesitáis ayuda contad conmigo —se ofreció Emma—, me encantan los animales.

Al menos ya teníamos algo en común.

—Pues si a Emma le parece bien, no hay nada más que hablar. Mañana mismo la colocamos.

Mi padre bufó al modo Grisín dando por imposible el arreglo de la valla que, por unos temas o por otros, había quedado paralizado hacía meses.

Nombre 23: Ángel

Sábado, 26 de diciembre de 2015

Ya le he dado demasiadas vueltas a las posibles opciones y la verdad es que sigo sin comprenderlo. Siempre digo que un inspector de la Policía Judicial no debería buscar las razones que llevan a una persona a cometer un homicidio, de hecho es uno de los principios que intento inculcar en mi equipo, y sin embargo en estos momentos estoy traicionando esos principios, además de hacer algo que ya no me compete. No tendría que estar aquí, no tendría que estar esperando a esta persona, no tengo ningún derecho, ni siquiera un deber, y sin embargo aquí estoy, a la espera de que traigan a Julián Valiente. Podría haber venido como exmujer de su hijo Tomás o como inspectora del caso, pero la realidad es que estoy aquí por mí misma, porque necesito una explicación. Sobre todo después de lo que me ha confesado mi hija.

No puede ser una simple cuestión de azar que Emma fuera a hablar con él poco antes de que muriera la madre de Héctor, antes de que la mataran, porque, a pesar de que no puedo probar quién lo hizo, tengo evidencias de que no fue un accidente. No existen las casualidades y yo lo sé mejor que nadie, las cosas pasan por algo. Aunque hay algunos sucesos que escapan a nuestro conocimiento porque son parte de un plan superior que no controlamos y que jamás entenderemos.

Están siendo las Navidades más extrañas de mi vida e, irónicamente, las más sociales y familiares. De pronto, Emma, mi madre y yo formamos parte de una familia que nos ha aceptado con los brazos abiertos, como si siempre hubiéramos tenido nuestro hueco reservado, y eso a pesar del sabor amargo que produce que Carolina no esté entre nosotros.

Me entristece que nuestras madres no puedan disfrutar de este momento; son las dos personas que más disfrutarían de esta nueva vida y, por distintos

motivos, ya no están aquí.

Mi madre está físicamente con nosotros, pero en realidad no es ella, solo el reflejo de una persona completamente vacía por dentro que no puede hablar ni participar de la cotidianidad de la vida. Que acabara así es completamente injusto, el cabrón de Julián había hecho que desperdiciara sus mejores años y cuando volvió a ser una mujer sin cadenas, cuando recuperó su personalidad, su mente comenzó a perder el hilo de la realidad.

Y eso que mi tía intentó una y mil veces que comprendiera lo que ocurría y la instaba a que abandonara a Julián, pero el resultado fue nefasto. Tanto que, con el tiempo, consiguió que mi madre dejara de confiar en ella, incluso casi dejó de ir a visitarnos y cuando lo hacía, en Semana Santa o Navidad, se alojaba en un hostel y nos veíamos fuera de casa de mi tía; mi madre no quería ni verla. A veces intentas ayudar a alguien para que abra los ojos y lo único que consigues es perder a esa persona. La gente no soporta que te metas en su vida y le muestres sus debilidades, sobre todo cuando quieren permanecer en la ceguera consciente y no luchar por volver a ver las cosas con claridad y recuperar su libertad. La mayoría de la gente es muy cobarde, y mi madre era una de ellas. Hace unos años, por accidente, fui testigo de unas marcas en su muñeca, además de en el abdomen, que no sugerían nada bueno y que mi madre ocultó rápidamente, evitando hablar de ello. ¿Cómo puedes salvar a alguien que no quiere ser salvado?

Nunca pude pedirle perdón por esos años perdidos en los que nos alejamos la una de la otra, tanto física como emocionalmente, primero el orgullo y el rencor me lo impidieron, después su estado mental lo hizo imposible.

Y Carolina... Sé que el recuerdo que tengo de ella es antiguo y seguramente está desdibujado por el paso del tiempo, y también puede que no tenga derecho a sentirlo, pero la extraño mucho. Nos falta su alegría, su positivismo, su amabilidad, su disposición a ayudar a los demás... Creo que jamás he conocido a nadie tan generoso como ella. Aunque tal vez Héctor haya heredado esa faceta suya, todavía estamos conociéndonos de nuevo y debemos crear nuevos recuerdos, nuevas anécdotas, ahora de los tres. Por primera vez tendremos que construir un hogar permanente, uno en el que nadie vuelva a

irse, a distanciarse, uno que no vuelva a resquebrajarse, uno que no vuelva a alterarse por nadie ni por nada. Eso es lo que debo hacer, pero algo me dice que no lo conseguiré hasta que descubra por qué el abuelo de Ángel se ha convertido en un asesino.

Ángel... Eso es lo que era, ahora lo sé, por esa razón se fue al cielo tan pronto y tan bruscamente. Era demasiado bueno para vivir entre nosotros. Era una luz, una estrella, y necesitaba volar muy alto para convertirse en lo que es: un ángel. Siempre te querré y nunca dejaré de echarte de menos, pequeño.

El ruido de la puerta que se abre y la voz desganaada del celador me hacen volver al presente, a esta fría y solitaria habitación. Seco rápidamente una lágrima solitaria que había comenzado a deslizarse por mi mejilla; ahora no puedo ponerme sentimental, tengo que enfrentarme al hombre que ha destrozado la vida de tantas mujeres.

—Tienen diez minutos.

—Necesito por lo menos veinte minutos, por favor —le imploro, también con la mirada.

—Estaré aquí fuera —gruñe sin especificar si me dará el tiempo que necesito.

Julián me dedica una mirada de supremacía mezclada con arrogancia que hace que me apresure.

—Bien..., vayamos al grano. Necesito saber por qué quisiste implicar a Héctor.

Aunque su risa pretende ser prepotente y despreocupada, suena a risa amarga y sobrepasada por las circunstancias. Apuesto lo que sea a que la vida en la cárcel no es como imaginaba, sino peor.

—No hablaré contigo, inspectora.

—¿Prefieres volver a tu celda? —pregunto con ironía.

—Sinceramente, sí.

—Está bien..., en ese caso llama al vigilante.

Espero unos segundos, segundos de los que carezco, pero debo aparentar que yo no tengo nada que perder.

—¿Qué quieres? —me pregunta molesto.

—Ya te lo he dicho. Quiero saber por qué te has vuelto un asesino. ¿Tan

solo para implicar a Héctor? No tiene sentido.

—Sentido... ¿Crees que las cosas siempre tienen sentido? Porque no es cierto. ¿Qué sentido tiene que mi propio hijo matara a mi nieto?

Eso es un golpe bajo, no puede hablarme ahora de Ángel. Ya lo he dejado marchar al cielo en paz, he decidido dejarlo marchar para siempre por su bien, por mi bien, por el de Tomás, por Emma, por Héctor.

—¿Y que yo le llamara al móvil en ese preciso momento con una emergencia laboral y por esa razón él se olvidara al niño dentro del coche todo el día en pleno verano? ¿Tiene eso algún sentido?

Respiro profundamente, no estoy dispuesta ni preparada para remover malos recuerdos, no puedo. Ni siquiera era consciente de haberme levantado y cuando lo soy ya estoy a punto de abrir la puerta, pero entonces recuerdo lo importante que es para mí tener respuestas, de modo que cuento hasta diez para serenarme y vuelvo a sentarme.

—Te propongo un trato... Tú respondes a mis preguntas y yo te doy información sobre Tomás.

Tomás me ha contado que no le dirige la palabra desde que se despidió del trabajo, y menos todavía después de saber que es un asesino.

—Tengo toda la información que se puede tener sobre mi hijo, no necesito que una poli me dé lecciones. Sé que está viviendo en Alicante y que ha cogido en traspaso un restaurante junto al mar, parece que le va bien —me dice con su tono habitual de soberbia.

—No me refiero a la información que te pasa tu investigador privado, hablo de otros temas; por ejemplo de cómo se siente...

Me sorprende que Julián baje la mirada. Lo tomaré como un sí.

—¿Por qué mataste a José Galiano? Lo hiciste para inculpar a Héctor, ¿verdad?

—Ha sido todo culpa de tu querida hija.

Esto sí que no me lo esperaba.

—¿Cómo dices?

—Sí, tu querida Emma..., ella empezó todo.

—No comprendo.

—Claro que no comprendes —sonríe condescendiente—. Ella vino a

verme y me pidió ayuda para averiguar quién era su padre. Es curioso que precisamente tú hayas sido de las pocas personas que me han engañado en mi vida. Creí esa estúpida historia que inventasteis sobre el padre de tu hija. Ese galés pijo con el que tuviste una aventura nada más llegar a tu destino y que luego se desentendió del asunto. Tu hija, sin embargo, fue más astuta que todos y no se creyó tu historia, así que vino a mendigarme que la ayudara.

Odio que hable así de mi hija, pero no quiero estropear el momento, necesito que siga hablando.

—Contraté a uno de los mejores detectives y no tardó en informarme de que no hubo ningún novio galés ni nada por el estilo. Comencé a darle vueltas a las cosas, haciendo cálculos..., y entonces me di cuenta de que tu hija era el vivo retrato de su padre, ni siquiera comprendo cómo no nos dimos cuenta ni Tomás ni yo.

Hago uso de todo mi autocontrol para que no se me escape una sonrisa. Siempre me había sentido orgullosa de que Tomás jamás le contara la verdad a su padre.

—Ahora parece que os lleváis muy bien, pero hace un año Tomás y tú no os hablabais y mi hijo sufría con tu silencio más que por su remordimiento de conciencia por lo sucedido. Aunque no fueras consciente de ello, estabas acabando con él.

Tengo que bajar la mirada, puesto que la verdad avergüenza y duele a partes iguales.

—Y lo peor que podía pasarle en ese momento, lo que conseguiría que se hundiera definitivamente, habría sido que tú y ese tal Héctor os reencontrarais a causa de tu hija. Eso sí que hubiera acabado con él definitivamente. No he querido a muchas personas en mi vida, pero una de ellas es Tomás. Y no pienso tolerar que nadie le destroce la vida, ¿comprendes? Es mi hijo.

—Pero yo no...

—¡Calla! Ahora que he decidido hablar, deja que termine.

Decido obedecer aunque no me guste ni un pelo cómo me ha gritado.

—El problema es que tu hija siguió investigando...

Ahora sí que estoy asombrada, mi hija solo me ha contado la primera parte de la historia.

—... y, no sé cómo, descubrió quiénes habían sido tus amigos de Aravaca. La primera visita que hizo fue precisamente a casa de los padres de Héctor. Ese día estaba solamente su madre en casa. No sé de lo que hablaron, pero cuando se despidieron en la puerta atisbé una sonrisa en el rostro de Carolina que me hizo pensar que se había percatado de que era hija de Héctor, el parecido era increíble. Por suerte, en esos momentos Héctor estaba de viaje, así que no pudo contárselo.

—De modo que te deshiciste de Carolina por si pensaba contárselo a su hijo y a su marido.

Julián suspira, no sé si arrepentido o cansado de mis interrupciones.

—No sé cómo murió Carolina..., pero me vino muy bien. Problema resuelto.

No lo creo, ya no.

—Tu hija tuvo que volver a Gales y yo me olvidé del asunto..., hasta que... os vi juntos un día.

—¿Juntos? ¿A quiénes? —pregunto confusa.

—A ti y a Héctor.

—Eso es imposible...

—Hasta aquí ha llegado mi relato, si quieres que siga contándote, cumple tu trato.

No me queda más remedio que aceptar el parón en su historia, aunque no comprenda a qué se refiere con que Héctor y yo estábamos juntos.

—Hablo con Tomás a menudo. Le pedí que me llamara en cuanto se estableciera en Alicante. No sé si sabes que la inauguración de su restaurante fue un éxito. —Julián asiente—. ¿Y que lo ha llamado Cenando con un Ángel? —Volvió a asentir, esta vez con impaciencia, estaba claro que se sabía al dedillo la vida de Tomás—. Lo que seguro que no sabes es que ser chef ha sido siempre su sueño y que se siente feliz de hacer por primera vez lo que más le gusta. También está yendo a terapia..., una terapia que seguramente tú no aprobarías por ser poco convencional, pero gracias a ella creo que está empezando a curarse y a olvidar, a dejar el pasado a un lado.

Julián se queda pensativo unos instantes.

—Por favor..., cuando vuelvas a hablar con él pídele que venga a verme o

que me coja el teléfono la próxima vez que le llame.

—No puedo hacer eso, Julián... Es mayorcito para decidir lo que quiere hacer con su propio padre.

—No es justo lo que está haciendo..., yo siempre me he preocupado por él.

Más bien diría controlado, atosigado, reducido bajo su mandato, pero es mejor no entrar en una guerra que no es la mía.

—Le pediré que, cuando esté preparado para hablar contigo, conteste al teléfono cuando lo llames. Ahora es tu turno.

Julián asiente y tose ligeramente antes de continuar hablando.

—Aquel día yo había ido a hablar con mi hijo, pero no le encontré en casa, de modo que decidí hacer tiempo dando un paseo por el parque.

Nuestra antigua casa de casados, donde guardaba tantos recuerdos, algunos, los más amargos de mi vida.

—Me senté en un banco mientras atendía una llamada de trabajo y, cuando colgué y levanté la vista, estabais los dos caminando a punto de cruzaros. Me quedé inmóvil y sin respiración.

—Yo no había visto a Héctor hasta que comenzó la investigación.

—Te juro que estuvisteis a punto de chocaros. Por suerte tú ibas mirando el móvil y él iba caminando cabizbajo y ninguno os disteis cuenta. Decidí que no podía dejar eso al azar...; en cualquier caso, tu hija podría volver a intentar investigar.

Si supiera que Héctor no me habría reconocido... No me reconoció en ningún momento, hasta que su padre le abrió los ojos.

—De modo que decidiste matar a José Galiano.

—Decidí que lo mejor era que le arrestaran por asesinato y así se pasaría media vida en la cárcel, pero la verdad es que no contaba con que llevaras tú el caso. Mi fuente me había asegurado que estarías de vacaciones un par de semanas.

Lo cierto es que tenía razón. Ramón me había pedido que pospusiera mi viaje a Gales por un problema familiar.

—Pues te salió mal la jugada...

—No descartaba que pudiera suceder...

—Entonces..., ¿qué ganabas tú si igualmente iba a reencontrarme con Héctor? No acabo de entenderlo.

—Sinceramente, estaba convencido de que a una inspectora de policía tan profesional como tú le decepcionaría que su antiguo amor estuviera envuelto en algo tan turbio y fuera sospechoso de asesinato. Pensé que eso evitaría que volvieras a enamorarte de él. Y en cualquier caso... acabaría entre rejas, y es difícil mantener una relación a distancia.

La fría sonrisa se le hiela en el rostro, tal vez al darse cuenta de que es él el que se encuentra en esa situación.

De cualquier modo, su explicación no deja ser era una sarta de estupideces, no comprendo que pueda poner su amor por Tomás como excusa para convertirse en un asesino.

Ya he escuchado suficiente, de modo que me levanto airada, con ganas de acabar con la conversación. Aunque no pienso irme sin decirle una última cosa.

—Julián..., quiero que sepas que tengo pruebas de que la muerte de Carolina Conde no fue un accidente, sino que alguien la empujó. Estoy convencida de que untaste al forense que llevó a cabo la autopsia y estamos investigando su desaparición partiendo de la premisa de que tú tuviste algo que ver. Quiero que tengas claro que seguiré investigando hasta relacionarlo contigo... No pararé hasta lograrlo.

—Es probable que pase muchos años en la cárcel, ¿no es suficiente para ti?

—¡No! La madre de Héctor era inocente, al igual que José Galiano y Belén Hernández, y nadie, ni siquiera tú, puede jugar a ser Dios y matar a quien le molesta para, según tú, proteger a su hijo. Eso no es un acto de amor...

Eso le molesta lo suficiente para que se levante y llegue hasta mí y me coja de la camisa amenazadoramente.

—¡Tú qué sabes del amor! Eres una mala esposa, una mala madre, una espantosa mujer... En cuanto perdiste a tu hijo dejaste de querer al mío, no mostraste ni un ápice de humanidad...

En ese instante el guardia abre la puerta y viene corriendo hacia nosotros, aunque yo empiezo a verlo todo a cámara lenta.

—¡Apártate de ella!

Lo separa de mí rápidamente y se lo lleva hacia la salida.

—¡Sabes que digo la verdad! ¡Lo sabes!

Desaparecen de mi vista, pero sus palabras se me han clavado en una parte del cerebro que se encarga de repetir las una y otra vez, en bucle: mala esposa, mala madre, mala mujer.

Me siento abatida en la silla.

Por más que sé que sus palabras están destinadas a provocarme, a dañarme, a destruirme, yo mejor que nadie sé que son ciertas.

Fui terrible con Tomás. Él sufría incluso más que yo, puesto que al dolor de haber perdido a nuestro hijo se le sumaba su terrible remordimiento por haber sido el responsable. Debí haberlo ayudado en su duelo y en vez de eso lo taché de mi vida, lo marqué como el malo de la película, como el culpable de todos mis males.

Julián también había contribuido en la tragedia al haber hecho aquella fatídica llamada que hizo que su hijo se distrajera y se agobiara con una urgencia del trabajo.

Maldito trabajo, maldito móvil, maldito estrés de vida que tenemos que consigue que nos olvidemos de lo más importante.

Hacen que alguien olvide a su propio hijo, que, paradójicamente, se ha quedado callado como una tumba porque por fin, después de varias noches sin dormir, ha decidido hacerlo de camino a la guardería.

Hacen que alguien olvide que no ha bajado a su hijo del coche y no lo ha dejado en la guardería y abandone el coche, tome el tren y se sumerja en su rutina diaria habiendo dejado atrás a la persona más importante de su vida.

Ojalá Julián no hubiera llamado. Ojalá Tomás no hubiera respondido. Ojalá no hubiera sido verano. Ojalá alguien lo hubiera visto. Ojalá...

Pero no fue así.

—¿Está usted bien, inspectora?

Pero ahora, desde la objetividad que producen el tiempo y el sosiego, lo veo de otro modo.

No fue solo su culpa. Yo me había convertido en una mujer insufrible al intentar compatibilizar el ser madre primeriza con ser la mejor inspectora de

la historia de la comisaría.

Por el camino había olvidado lo más importante: disfrutar de mi familia, de mi marido y mi hijo.

Si hubiera sabido el poco tiempo del que disponía, todo habría sido diferente. Supongo que siempre decimos eso después de haberlo perdido todo.

No merezco empezar una nueva vida, no merezco ser feliz de nuevo, aunque lo sea, aunque lo estoy empezando a ser junto a Héctor, junto a Emma.

No sé si podré recomponerme del todo, una parte de mí se fue con mi Ángel. ¿Cómo voy a darles una versión incompleta de mí? Tal vez haya días en los que pueda ser yo completamente, pero seguramente habrá días que no, habrá días que mi mente estará vagando entre las nubes buscando ese ángel que se perdió en las alturas.

Ni siquiera sé por qué Tomás sigue contando conmigo para compartir sus avances. Tampoco me lo merezco después del daño que le he hecho.

¿Cómo voy a contarle que estoy con Héctor? ¿Que ahora tengo lo que debería haber tenido con él?

No sé si estará preparado para algo así.

Ni siquiera lo estoy yo.

—Inspectora Aguilera, voy a llamar a alguien para que la ayude. Creo que no se encuentra usted bien.

Y mucho menos decírselo ahora que está atisbando una ráfaga de paz consigo mismo, de orgullo por hacer lo que siempre ha querido, de libertad por no tener a un padre controlador a su alrededor.

No puedo hacerle algo así.

Tengo que hablar con Héctor y ser sincera con él. Y sin embargo, solo imaginarme que tengo que olvidarme de él...

No puedo.

Y Emma tampoco me lo permitirá. Ella se merece una vida normal por una vez, sin tener que ir y volver de Gales.

—Inspectora Aguilera..., hemos llamado al subinspector, estaba esperándola fuera.

—¡Esther! ¡Esther! ¿Qué te pasa?

Siento como alguien me coge de las manos. Levanto la cabeza y veo a

Charly.

Es entonces cuando empiezo a llorar. ¡Maldita sea! Últimamente me pongo a llorar a la mínima, aunque esta vez es peor, no puedo parar de hacerlo. Charly se acerca más a mí y me refugio en sus brazos.

—¿Pueden dejarnos solos un momento, por favor? —Oigo como la puerta se cierra—. Tranquila..., ya se acabó, no te preocupes por nada. Lo peor ha pasado. Ahora tienes a tu hija y a Héctor en tu vida.

—No puedo.

—¿Qué es lo que no puedes?

—No puedo hacerles esto..., no sé si puedo hacerlo otra vez.

—Claro que puedes..., eres muy fuerte, Esther. Puedes empezar de nuevo. ¿Qué es lo que te ha hecho ese cabrón para que estés así?

—Decirme la verdad.

—¡Ese tío no tiene ni idea! Está trastornado, es un asesino. ¿Me oyes? ¡Él no te conoce! Lo has hecho lo mejor que has podido y estás recomponiendo tu vida. Eres muy valiente y él es un cobarde porque ha decidido convertirse en un asesino.

Sigo llorando mientras Charly me abraza con fuerza, de hecho creo que me está sujetando para que no me caiga.

—¿Sabes lo que vamos a hacer ahora? Te voy a llevar a casa con Héctor y Emma y ellos van a cuidar de ti, porque son tu familia.

—¿Y cómo le voy a decir esto a Héctor?

—¿Esto? ¿A qué te refieres?

Charly se aparta de mí y yo señalo una parte de mi anatomía.

—No... ¿En serio? ¿Cómo...? ¿Tan rápido?

—No..., idiota —me rio sin dejar de llorar al mismo tiempo—, fue hace meses cuando empezamos.

—¿De cuánto estás?

—De doce semanas.

—Oh..., Dios mío. Es maravilloso... Creo que es un milagro, una nueva oportunidad.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. ¿Crees que puedes levantarte?

Charly tiene razón..., es una nueva oportunidad. Lo he estado ignorando desde que me enteré de que estaba embarazada, pensando que era imposible que me sucediera algo así. A Tomás y a mí nos costó muchísimo tener hijos, y con Héctor en cambio parece que siempre sale bien a la primera, esté o no preparada para repetirlo. Ni siquiera sé cómo se lo va a tomar él, pero esta vez tengo que hacerlo mucho mejor, no voy a ocultárselo como en el pasado, ni un minuto más. En esta nueva oportunidad que me está dando la vida seré buena madre, buena hija, buena esposa y mejor persona. Está decidido. Me seco las lágrimas y me levanto. Charly está pendiente de mí por si me derrumbo de nuevo, sin embargo me siento mucho mejor, me siento dispuesta a comunicarles la noticia a las dos personas que más quiero del mundo aparte de mi madre, ella nunca se enterará de las buenas noticias.

—Gracias, Charly..., eres un buen amigo.

Charly ha demostrado ser un gran compañero de trabajo y mejor amigo, estoy sorprendida por lo mucho que me está ayudando. Ha estado a mi lado todo este tiempo que para mí ha sido un auténtico infierno y en el que no he prestado atención a los que me rodeaban.

—No sé cómo me has aguantado estos años, te prometo que voy a cambiar.

—Ya lo has hecho..., aunque no te hayas dado cuenta.

Lo miro confusa.

—¿De verdad?

—Sí..., en cuanto apareció Héctor en tu vida. Bueno, y siempre que Emma está en casa tu ánimo mejora considerablemente.

No entiendo cómo pude enviar a Emma con mi tía, siempre la he necesitado.

—Venga..., vámonos. ¿Estás lista?

—Sí, muy lista... —De pronto me siento muy incómoda por lo vulnerable que me he mostrado ante Charly. Suelto lo primero que se me ocurre—: Por cierto, espero que ya no estés molesto con Eric por que te robara tu nueva conquista.

Charly estuvo un tiempo despotricando contra Eric porque había aprovechado el hecho de haberla dejado abandonada para salvarme la vida junto a Héctor. Decía que no había sido juego limpio.

—He decidido pasar página.... Además, si todavía sigue con él como tengo entendido, es que no era para mí.

Voy de camino a Peralejo. Cuando he llegado a casa me he encontrado con una nota de Héctor donde decía que se habían ido con Francesco. Después de una Nochebuena muy familiar repetimos escenario para Navidad, y fue un acierto, a Emma se la veía cómoda con aquellas personas desconocidas pero encantadas de que estuviéramos con ellas. Héctor y yo no nos atrevimos a dormir juntos con Emma en casa, pero le pedí que fuera hoy a ocuparse de nuestra hija. Ella es suficientemente mayor para estar sola, tan solo era una excusa para que comenzaran a conocerse. Rezo por que mi hija acepte a Héctor en su vida. Siempre ha sido una chica muy valiente, con las ideas muy claras sobre lo que quiere y lo que no, pero me temo que es poco sentimental y no sé cómo se está tomando lo de tener un padre. Cuando se lo conté no mostró mucho entusiasmo y estoy realmente preocupada.

Al llegar al centro hípico no hay ni rastro de ellos, de modo que me encamino al sendero que Héctor y yo tomamos aquel día. No tardo en vislumbrar un par de caballos, uno blanco y uno negro, trotando hacia mí. Emma sonrío, su cabello castaño revolotea travieso en el aire y tiene las mejillas sonrojadas. Héctor es la estampa de la felicidad. Parece que después de todo no debo preocuparme por nada, debería haber confiado en que él haría que todo fuera sencillo, como siempre ha hecho.

—No sabía que supieras montar a caballo —digo cuando se detienen a mi lado.

—Yo tampoco. Es mi primera vez.

—¡Ha nacido para montar a caballo! —exclama Héctor visiblemente orgulloso.

Emma sonrío satisfecha y eso es buena señal. Héctor desciende de Pitusa con gran maestría y no puedo evitar admirar su atlético cuerpo. El atuendo de jinete siempre le ha sentado demasiado bien y mi cuerpo me lo hace saber a través de un latigazo nervioso.

—¿Quieres llevarte los caballos a la cuadra, señorita?

—Sí, claro que quiero.

Emma desaparece subida encima de Francesco y agarrando las riendas de

Pitusa como una auténtica profesional.

—¿Cómo lo haces? —le pregunto.

—¿El qué?

—Hacer que todo sea tan sencillo, tan normal.

—Yo no he hecho nada, creo que lo lleva en la sangre.

—No me refiero a que de pronto sea una gran amazona..., sino a que esté sonriendo junto a su recién descubierto padre.

—Ah..., eso... No lo sé. Estaba asustado cuando he entrado en tu casa y ella me ha dirigido una mirada de «no sé qué haces aquí, no necesito *canguro*».

Su comentario me hace reír y él aprovecha para agarrar mi cara y besarme con ternura.

—Por cierto..., ¿por qué la llamaste Emma? —Héctor y los nombres..., nunca cambiará—. ¿Lo hiciste porque empezaba por e?

—Sí.

—¿Y tiene algo que ver que yo me llame Héctor? —pregunta seductor.

—Claro que sí..., en esa época le daba importancia a esas tonterías.

—Los nombres no son una tontería —comenta con seriedad —, y debo decir que elegiste muy bien el suyo, no sabes lo bien que va con su personalidad. Aunque creo que la hache de mi nombre hace que no pertenezca a vuestro círculo.

—No digas tonterías..., ahora somos un triángulo... —Héctor sonrío ante mi comentario— y pronto seremos un cuadrado.

—¿Un cuadrado?

Me desabrocho el abrigo y acerco su mano a mi barriga, no es mucho, pero esta redondez no es habitual en mí.

—¡Oh, Dios mío! ¿Hablas en serio? —pregunta visiblemente feliz.

—¿Recuerdas la noche que pasamos en la cueva? Te dije que no podría quedarme embarazada... Pues volví a equivocarme, vamos a tener un bebé.

Héctor se queda sin palabras... o no.

—Eso... eso es maravilloso... ¿En serio? ¿De verdad vamos a tener un hijo? ¿Cómo puede ser posible? ¿Solo porque esa noche no...? Es... es fantástico. ¿Qué va a ser?

No puedo evitar reírme por el atracón de preguntas.

—Todavía no lo sé, Héctor..., pero tal vez lo averigüemos en la próxima ecografía, después de las fiestas.

—¿Y Emma qué opina?

—No lo sabe todavía, primero quería avisar a su padre.

—Padre..., padre, me gusta esa palabra. Gracias... —Me acaricia la mejilla y su tacto cálido me produce un escalofrío de lo más agradable.

—¿Gracias?

—Por darme la oportunidad de formar una familia juntos.

Mis ojos se llenan de lágrimas. ¿Quién es esta mujer tan sensible y dónde está la inspectora fría y distante de antaño?

—¿Si es niña podremos llamarla Carolina?

Sonrío ante su propuesta.

—Pero entonces romperemos la armonía de las es.

—Podré sobrellevarlo.

—¿Y si es niño?

—Mmm, no lo sé, pero creo que no vamos a tener ese problema, va a ser niña.

Eso me hace reír. Entonces oímos la voz de Emma llamando nuestra atención, por lo visto Pitusa se le resistía y se ha escapado.

FIN

Héctor te estaría eternamente agradecido si dejaras tu opinión sobre la novela en Amazon, es la primera vez que actúa como protagonista y está muy nervioso. También quiere saber si te apetece que actúe en una segunda parte.

María N. Mera

Twitter: @Mery_Mera

Facebook autora: María N. Mera Escritora

Fanpage en Facebook: Fran o Francesca

E-mail: mnunezmera@gmail.com

METEDURAS DE PATA

(también llamadas licencias literarias)

El significado de los nombres que hay a lo largo de la novela no es del todo real, ha sido extraído de páginas de internet y no tiene ningún rigor científico. Me disculpo de antemano por si alguien se siente ofendido. Obviamente, he buscado nombres con significados que le iban a gustar a Héctor (es muy exigente con este tema).

La escena de Misión imposible a la que hago alusión es real, pero no tengo claro que pertenezca a la primera película de la serie, la única estrenada antes de diciembre del 96.

No creo que en el parque Arroyo Pozuelo haya un acebo, pero Héctor necesitaba uno para la escena.

Mi correctora insistió en que no podía meter Acusados en el saco de las películas guarras. La película merece todo mi respeto, pero he reflejado el impacto que debe producir en una niña de quince años, el que yo sentí aun siendo mayor que Esther cuando la vi.

Reconozco que es absurdo que Esther encargue a su tía un libro aún no publicado y del que seguramente no ha oído hablar, pero es un reto que me propuse cuando escribí mi primera novela y que consiste en mencionar a J. K. Rowling o a Harry Potter en todas o, en el caso de las sagas, al menos una de ellas. Os invito a que comprobéis que lo he conseguido . Y sí, me declaro fan incondicional de Harry Potter.

Me consta que las fiestas de Villamanrique no son en julio, pero tenía que cuadrar los tiempos (perdona, Jaime y Marta).

Por último, me gustaría aclarar que, a pesar de las fuentes tan magníficas con las que he contado para escribir esta novela, si existiera cualquier error, el máximo responsable sería Héctor.

AGRADECIMIENTOS

Sin vosotros no hubiera sido posible, o al menos la historia hubiera quedado menos *real*. Mis más sinceras gracias a (el orden no indica nada, pero el número uno es siempre para mis lectores):

Mis lectores habituales, como tú, sin ti yo no estaría aquí.

Virginia Crespo, procuradora judicial de los tribunales de Collado Villalba, por su ayuda y por ponerme en contacto con Mónica.

Mónica G. Z., inspectora jefa de la Jefatura Superior de Policía de Madrid, por tener la paciencia de atenderme con cada pregunta que me surgía para el papel de Esther Aguilera.

Lorenzo Álvarez, compañero de trabajo, por ponerme en contacto con E.M.

Erik M., veterinario de caballos de deporte, por ayudarme con las dudas veterinarias para el personaje de Héctor.

Marta G. y **Jaime** por la información sobre Villamanrique.

Borja Manso, de Huckleberry Films y gran conocedor del hipódromo de la Zarzuela, por responder a todas mis dudas sobre el hipódromo y por ofrecerme la oportunidad de entrevistar a un preparador de caballos *in situ*.

Mi prima **Ana Gardón** y su amiga **Isabel Martín** por solventar todas mis dudas legales.

Mi amiga **María E.** por ayudarme en las distintas localizaciones de Aravaca.

Adolfo, marido de María E., cirujano, por atender todas mis dudas médicas.

Mis hermanos Bego y Joaco y mi cuñado, **Fede**, por responder por el chat de *family* a mis dudas sobre música, películas y cualquier otra tontería que me ha surgido de los años 96 y 97, cuando ellos tenían la misma edad que Esther y Héctor.

Mis compañeros del colegio Parque por responder en el chat a dudas sobre películas y motos.

Mi correctora, **Anaí**, por ser tan condenadamente perfeccionista y la **Tata** por su activa participación.

Mis lectores cero, **Marta G.**, **Gema V.**, **Beatriz M.**, **Sergio R.**, **Pedro L.** y, en especial, la más pequeña, **Celia L.**, por querer formar parte de este grupo tan querido y valioso.

Mi hermana **Bego**, por sus portadas únicas.

Mi marido, **Pedro**, por su ayuda en todo y por llevarme los manuscritos al registro de la propiedad intelectual.

Mis hijos, **Pedro, Juan y Alberto**, por molestarme mientras escribo.

MIS OTRAS NOVELAS

Saga Ojos de gata

(Romántica, Fantasía, Saga familiar)

Ojos de gata I.

Ojos de gata II. Los orígenes

Ojos de gata III. El secreto de los gatos

Ojos de gata IV. La luz que brilla en la oscuridad



Saga +qav

(Romántica contemporánea)

Más q. un amor de verano

Un don un tanto molesto

o **Una familia diferente**



Las palabras de sus ojos

(Romántica, misterio, ficción contemporánea)

